

ALFREDO MANEIRO

NOTAS POLÍTICAS

Fundación Editorial
el perro y la rana

NOTAS POLÍTICAS

Título original: Escritos Políticos

Centro Simón Bolívar, Torre Norte, piso 21, El Silencio,
Caracas - Venezuela 1010.
Teléfonos: 0212-7688300 / 7688399

Correos electrónicos
atencionalescritorfepr@gmail.com
comunicacionesperroyrana@gmail.com

Páginas web
www.elperroylarana.gob.ve
www.mincultura.gob.ve

Redes Sociales
Twitter: @perroyranalibro
Facebook: Fundación Editorial Escuela El perro y la rana

Diseño de la colección
Dileny Jiménez / Hernán Rivera

Diseño de portada
Mónica Piscitelli

Edición
Lenin Brea

Corrección
José Jenaro Rueda / Víctor Valdés / Arlette Valenotti

Diagramación
Jairo Noriega

Hecho el Depósito de Ley
Depósito legal DC2018000076
ISBN: 978-980-14-3137-4

La colección *Alfredo Maneiro. Política y sociedad* publica obras necesarias, capaces de desentrañar el significado de los procesos sociales, políticos y económicos que dictaminan el curso del mundo actual. Venezuela tiene un papel activo y determinante en la escena global contemporánea, de allí la importancia del pensamiento, la investigación, la crítica, surgidos del análisis y la comprensión de nuestra realidad. Firmes propósitos animan esta colección: por una parte, rendir homenaje a la figura de Alfredo Maneiro, uno de los principales protagonistas de los movimientos sociales y políticos que tuvieron lugar en Venezuela durante los duros y conflictivos años sesenta y ochenta del siglo pasado; y por la otra, publicar libros que permitan difundir temas e ideas medulares de nuestro tiempo. Está conformada por cuatro series: *Pensamiento social, Cuestiones geopolíticas, Identidades* y *Comunicación y sociedad.*

Pensamiento social es un espacio para el debate teórico en torno al ideario económico, político y social que ha perfilado el devenir histórico latinoamericano y caribeño. Igualmente, sirve para problematizar y profundizar el espíritu emancipador de nuestro continente.

Cuestiones geopolíticas sirve de foro para la creación de una nueva cartografía contrahegemónica del poder mundial, a través de la exploración en los ámbitos económicos, sociales, políticos y culturales de las relaciones Norte-Sur y Sur-Sur, sus estrategias e implicaciones para la humanidad.

Identidades indaga en la diversa gama de culturas ancestrales y populares latinoamericanas, en la búsqueda de los aspectos que nos definen como pueblos.

Comunicación y sociedad aborda los diferentes temas de la comunicación, a partir de sus dimensiones políticas y sociales, en relación con los problemas del mundo contemporáneo.

ALFREDO MANEIRO

NOTAS POLÍTICAS

colección ALFREDO MANEIRO
Pensamiento social

Nota editorial

La presente edición de *Notas Políticas* incluye los mismos contenidos que la última de esta casa editorial. La diferencia con la anterior radica en que, además del imprescindible trabajo de corrección, hemos ordenado los textos con un criterio diferente.

Nuestra edición precedente reproducía íntegramente, excepto por el título, la de El Agua Mansa (1986), cosa que sucedió con todas las ediciones conocidas que apostaron por la recuperación de los escritos de Alfredo Maneiro desde la publicación de la primera versión[1] . Por lo que hemos podido investigar, aquel trabajo editorial fue hecho en condiciones muy difíciles, tanto económicas como políticas, a la vez que fue determinado por la urgencia de dar a conocer el pensamiento del autor y brindarle un merecido homenaje. Como no encontramos en ella un criterio explícito de organización de los textos, ni siquiera el cronológico, y estos presentaban mucha heterogeneidad con respecto a su extensión y género, decidimos darle a esta nueva edición una estructura diferente. El orden de los documentos está determinado aquí por la conjunción de varios criterios.

1 Además de la edición de El Agua Mansa, cuyo título es *Escritos políticos*, conocemos la edición del Fondo Editorial A.L.E.M. (1997), y la del Ministerio del Poder Popular para la Energía Eléctrica titulada *Escritos de filosofía política*, 2012.

Con respecto a los textos que aparecieron publicados originalmente en *Notas negativas* (Ediciones Venezuela 83, Caracas, 1971) respetamos el orden que Maneiro les dio para aquella publicación[2]. Los restantes textos se agruparon en dos conjuntos: "Entrevistas", y "Artículos de prensa y publicaciones periódicas". Dentro de estos conjuntos se usó un criterio cronológico.

Además, por su singularidad ubicamos aparte el discurso de Alfredo Maneiro en la presentación de la candidatura de Jorge Olavarría. También, dejamos el epílogo que ha formado parte del libro en todas las ediciones aludidas, como una forma de comunicar al lector el afecto y respeto que sentían por Maneiro las personas que lo conocieron e hicieron vida política junto a él. Al respecto de este último texto, nos fue imposible determinar quién lo escribió. De acuerdo a conversaciones con parientes y allegados es posible que su autor haya sido Pablo Medina. En todo caso, el anonimato en que ha caído el documento expresa bien los afectos colectivos que Maneiro ganó a lo largo de una trayectoria política valiente y consecuente. Por último, mantuvimos el prólogo de nuestra edición anterior, escrito por Wladimir Ruiz Tirado. Aunque este texto hace referencia a la organización que tenía el libro en aquella edición, su contenido fundamental se mantiene vigente. Es, además, un homenaje a su autor, quien falleció recientemente.

Queda por decir que la Fundación Editorial El perro y la rana realiza esta edición para celebrar el 80 aniversario del nacimiento de Alfredo Maneiro y bajo la creencia de que su pensamiento es útil en una coyuntura que exige el fortalecimiento de los partidos y otras formas de organización política, que sustentan la Revolución Bolivariana, para lo cual el trabajo teórico y conceptual de Maneiro es fundamental por su perspectiva crítica.

Por úlitmo nos gustaría agradecer a la Familia de Alfredo Maneiro por liberar los derechos de la obra y por la ayuda recibida para esta edición.

2 En el ensayo *¿Por qué y para quiénes son estas notas?*, que sirvió de introducción a *Notas negativas*, Maneiro da cuenta de las razones para publicación y de su contenido.

Prólogo

Fue un filósofo. Alfredo Maneiro fue un auténtico filósofo. No al estilo de los constructores de grandes sistemas interpretativos, aquellos quienes han pretendido abarcar el conocimiento de todo lo existente, reduciendo la actividad filosófica a un ejercicio meramente intelectual, sino definiendo un campo de estudio cuya razón es producir criterios, es decir, perfeccionándolos y adecuándolos para un fin determinado.

Esa fue la tarea que se impuso. Por eso, la clave, o al menos una de ellas, para encontrar las pistas de la vigencia de su pensamiento y de su propuesta está precisamente en considerar que la filosofía, a diferencia de la ciencia, trabaja en la dirección de producir un sistema de criterios en vez de uno de conocimientos.

Adentrándose en la polémica acerca del uso práctico de la filosofía, llegó a la conclusión de que el campo de utilidad de la misma es el de producir criterios políticos refinados, esto es, asumir la filosofía de la praxis "no solo como supuesto, como fin y como objeto, sino, además, como conocimiento". Es por ello que Maneiro destaca que esta filosofía incluye el cálculo de su propia realización dentro de los términos de su reflexión.

En su obra *Maquiavelo, política y filosofía* reivindica el carácter de pionero que tuvo el florentino en el surgimiento de la filosofía política, pero, además, le permite concluir que si bien existe una

rama de este pensamiento de corte evolutiva y conservadora, existe otra de carácter revolucionario cuando su tarea es dar origen a un nuevo Estado o modificar su precedente. Aunque Maneiro señala que Maquiavelo enlaza ambas concepciones, nos dice que en las condiciones que le tocó actuar él asume la segunda.

Lo anteriormente expuesto explica por qué en Maneiro existe una plena coherencia, una fluida relación entre teoría y práctica. No hay campo para la retórica ni para la fraseología hueca, mucho menos para la especulación discursiva. Cuando asumió el proyecto de construir un instrumento político para transformar la sociedad lo hizo con coordenadas bien claras, absolutamente definidas. Sus pasos, tanto teóricos como prácticos, estaban milimétricamente elaborados. Hay quienes admiran su sagacidad y su genio para actuar y desenvolverse en las condiciones más adversas posibles, como efectivamente ocurrió, sin embargo, además de eso, nosotros subrayamos su carácter de visionario, de hombre con el talento y el talante adecuado para aportar una concepción del mundo que trascendiera su época.

Quien lea el libro *Notas políticas,* sin ser un avisado cuadro político o sin tener referencias puntuales acerca de la importancia del mismo, tendrá entre sus conclusiones que allí no hay lugar para la improvisación o el azar. Cada uno de sus escritos, sean ensayos, entrevistas, artículos de opinión o documentos, están en perfecta sintonía con los problemas o situaciones políticas a resolver.

Como ejemplos de lo anterior podemos tomar dos. En un primer caso, "Notas negativas", el subtítulo es elocuente en lo que afirmamos: "¿Por qué y para quiénes son estas notas?" Allí, Maneiro acotaba perfectamente cuál era el sentido y los destinatarios de este ensayo, escrito en medio de la división del Partido Comunista y cuyo objeto era plantearse los problemas políticos y organizativos de ese entonces. El otro fue el documento político "Ante la situación nacional y el desconcierto de la izquierda", publicado el 02-06-1974, en el cual no solo hace un diagnóstico atinado del país, sino que desnuda la disminuida estatura de la izquierda de la época y

propone una política como fue la reducción drástica de la producción petrolera.

Igualmente, de ambos textos precitados podemos retomar algunas de las contribuciones políticas más importantes, tanto de la época que le tocó vivir, como para constatar su vigencia plena en la Venezuela de hoy.

La primera de ellas, en "Notas negativas", tiene que ver con la creación y desarrollo de la categoría "calidad revolucionaria". Decía Maneiro que cualquier organización política, no importa qué ideología tenga, puede llegar a ser "eficaz" políticamente, es decir, alcanzar posiciones de gobierno o de poder. Sin embargo, ello no es una condición suficiente para calificar la calidad de un proyecto de cambio revolucionario, si se entiende como tal la capacidad de los miembros de una organización para transformar realmente a la sociedad y a ellos mismos como sujetos del cambio.

Como quiera que en su concepto tal realización solo pudiera ejecutarse desde una posición de gobierno, en su tiempo la única vía era diferenciar con el análisis y el estudio de las organizaciones existentes las características no deseables para una organización revolucionaria. Y así lo hizo. Criticó acerbamente aquellas organizaciones que se constituían en unos aparatos concebidos como un fin en sí mismos, convirtiendo el ejercicio de la militancia en una pesada obediencia burocrática, limitando severamente las capacidades creadoras de ella, a la vez que restringiendo su espíritu crítico. No se puede —señalaba— confundir obediencia con disciplina, porque ello implica atrofiar el libre juego de las ideas y las opiniones en el seno de un colectivo o de una organización política determinada.

A la luz de las realidades de hoy, donde el proceso político ha permitido a diversas fuerzas políticas, sociales y militares asumir posiciones de gobierno y de poder, vale la pena dar una ojeada a las características generales de la dirección política de la misma. Ensayando, por supuesto, y bajo nuestra absoluta responsabilidad, la utilización del termómetro de la calidad revolucionaria.

Una de ellas tiene que ver con la dirección política del proceso. Si alguna característica se ha manifestado en relación al tema de la dirección entre los actores revolucionarios en el proceso político venezolano, luego del golpe de Estado del 11 de abril y, en forma más patente, durante la segunda intentona con el paro petrolero de 2002-2003 y en algunos otros eventos políticos subsiguientes, ha sido el de su incoherencia y dispersión.

Incoherencia y dispersión que se manifiestan en la inexistencia de una dirección unificada, colectiva, con unidad de propósitos y, sobre todo, con un programa político único. A este proceso lo ha venido salvando el olfato político de parte de su dirigencia y la incuestionable presencia del liderazgo de Chávez; se ha necesitado mucho de lo anterior para superar o, al menos minimizar, el tremendo impacto de los golpes opositores.

De la misma manera se manifiesta una relación asimétrica y desigual entre los principales actores que fungen como rectores del proceso. En el cuadro general de la dirección encontramos: actores con mucha fuerza física y militar sin la pericia y la formación para el liderazgo político; con mucha fuerza social, influencia política en las bases sociales, pero sin la visión estratégica del proceso; con clara visión política y fuerte formación, pero sin arraigo social desarrollado; un liderazgo como el del presidente Chávez con un enorme peso específico en la conducción del proceso, pero con excesiva valoración personal de su papel en la dirección; en fin, múltiples variedades de roles y papeles por diferentes agentes del proceso que han derivado en un cuadro muy disperso para centralizar políticas.

Plantearse estos problemas supone la evaluación crítica de las organizaciones políticas que se asumen como dirección del proceso. El debate es necesario; a este proceso político le falta la confrontación sana de ideas en esta materia. El tema de la calidad revolucionaria debe ser abordado sin complejos, sin temor a traumas. Si no queremos copiar los modelos de organizaciones que terminaron reproduciendo lo que pretendían cambiar, este es un tema necesario de la agenda política revolucionaria de hoy. El tema

de la unidad, tan machacado por el presidente Chávez, sobre todo recientemente, está igualmente asociado estrechamente al de la calidad revolucionaria.

El otro tiene que ver con la gestión de gobierno, es decir, la calidad de ella. Si el propio Presidente reclama persistentemente a sus funcionarios, tanto el marcado burocratismo como la ineficacia en el cumplimiento de los objetivos, ello debe ser motivo de gran preocupación entre todos aquellos quienes apostamos al futuro y a la consolidación de la Revolución. En el año 2004 se hizo un taller de alto nivel para producir las ideas y objetivos del salto adelante; está uno pendiente, por efectuarse; este es uno de los escenarios para una evaluación, ampliación y corrección de políticas públicas. Escenario apropiado para la elaboración de criterios políticos refinados, como lo subrayamos al comienzo. Por razones de espacio no podemos analizar con detalle este tema, solo queremos decir que, en materia de agenda política, la evaluación de la calidad de gestión del gobierno es primera prioridad. Honraremos con ello la herencia política de Maneiro.

Con relación al segundo documento al cual hicimos referencia: "Ante la situación nacional y el desconcierto de la izquierda", solo queremos acotar lo siguiente: si en aquella oportunidad Maneiro retrató al país, resaltó su condición petrolera y, sobre todo, vaticinó la debacle económica, política y moral de la república como consecuencia de la bonanza petrolera, alertándonos acerca del espejismo que representaba la riqueza fácil, y en especial a los revolucionarios acerca de la difícil circunstancia para emprender el camino de la revolución, hoy más que nunca está vigente este alerta. Por una doble razón. En primer término, porque estamos en una posición de gobierno, en una circunstancia donde se está repitiendo una coyuntura de gruesos excedentes petroleros y, si bien es cierto que se ha reiterado que ellos serán utilizados como palancas para la transformación social, también lo es que los peligros del envilecimiento del proceso están al acecho; vale aquí el "ojo pelao".

Sería largo inventariar la obra completa de Maneiro. Una temática rica y compleja para el desarrollo de la filosofía política. Sería

más bien materia para un estudio de unas proporciones distintas a un prólogo, sin embargo, hay que señalar que toda ella, vista en su conjunto, ofrece al estudioso de los procesos políticos de la Venezuela contemporánea una herramienta de primer orden. De igual manera, es una propuesta metodológica para afinar el ejercicio de la política y la elaboración teórica de la misma y, a la vez, un aporte que ha enriquecido su patrimonio mundial. Sobran las razones para una reedición de esta obra que prologamos, pero hay una que resalta sobremanera: salvo excepciones, hay escasa producción y elaboración de obras teóricas y políticas que estén a la altura de los grandes desafíos de hoy, el ensayo permanente de la relación entre teoría y práctica, valga decir, el desarrollo de una filosofía de la praxis, es decir, la continuidad de la obra de Maneiro. Puede interpretarse esta edición como una invitación para hacerlo.

Fue Maneiro un filósofo que pensaba y actuaba a la vez, sin disociar pensamiento y acción. Organizaba juegos con pelotas de goma en Catia; se reunía con los obreros siderúrgicos; buscaba con lupa a algún intelectual que pudiera servir de interlocutor con los sectores populares; viajaba a Maracay para conocer al entonces subteniente Hugo Chávez; criticaba la escasa estatura moral y política de la izquierda; escribía y elaboraba teoría política y filosófica; estudiaba el legado de Maquiavelo; buscó el centro político con Jorge Olavarría; deslindó con el modelo soviético. Estas, entre tantas otras actividades de su vida, estaban orientadas a un fin: construir una organización para transformar la sociedad. En esa tarea lo sorprendió la muerte.

Nuestro agradecimiento a Miguel Márquez y a Francisco Sesto por invitarnos a prologar esta reedición de la obra de Maneiro. Estamos seguros de que este esfuerzo de la Editorial El perro y la rana es una contribución importante para la discusión política necesaria en el proceso político que vivimos.

Wladimir Ruiz Tirado, 2006

NOTAS NEGATIVAS

¿Por qué y para quiénes son estas notas?*

Celebraron dos congresos comunistas (El "IV Congreso del PCV" y el "IV Congreso de la Mayoría Comunista"). Ambos eventos aprobaron programas y estatutos diferentes, produjeron declaraciones políticas distintas y eligieron dos comités centrales. En las dos direcciones, bastante más de la mitad de sus miembros habían figurado hasta diciembre de 1970, es decir, hasta la víspera de la división, en el Comité Central único del PCV unido.

Con esta división, con la aparición de dos partidos donde antes había uno, culminó la intensa crisis que, desde el VIII Pleno de su Comité Central, venía conmoviendo al más antiguo y menos exitoso de los partidos políticos venezolanos.

Las raíces de esta crisis son múltiples y viejas, pero su acentuación desde el VIII Pleno del CC y su rápido y, en cierta medida, público desarrollo sobre todo durante 1970, están determinados por un cuadro nacional organizado e internacional relativamente reciente. Sin embargo, no entra ahora en nuestro interés ni es tampoco necesario referirnos en estas notas al conjunto de ese cuadro. Solo algunos de sus aspectos serán tocados; aquellos que

* Publicado orginalmente en: *Venezuela 83*. "Editorial". 1971

tengan significación más o menos inmediata para un cierto número de exmilitantes del PCV.

La división del PCV no fue una operación exacta. No fue como la que ocurre, por ejemplo, al dividir veinte entre diez; sino más bien se pareció a una como veinte entre siete. Es decir, fue una división con residuo.

Ahora bien, todas las divisiones políticas en nuestro país (con su altísimo porcentaje de proceso oculto, para iniciados) dejan un residuo: un sector más o menos numeroso de militantes expresa su añoranza por la unidad perdida negándose a participar en ninguno de los resultados de la fractura, y otro sector infinitamente menos ingenuo aprovecha la división como coartada para honorablemente renunciar a la actividad política. Son los llamados marginados que, habida cuenta de las numerosas crisis de los partidos venezolanos, deben ser ya muy numerosos. Pero residuos de esta naturaleza son una constante y no afectan en sí mismos la exactitud de la división. En realidad preexisten a cualquier división bajo la forma de "militancia" inactiva.

Pero no fue la gente de esta clase la que hizo la inexactitud que nos ocupa. Al contrario, el residuo de la división del PCV estaba formado por militantes y cuadros de densa actividad que, en sus respectivos niveles, habían sido protagonistas destacados de la crisis y sin cuya presencia como sus agentes conscientes, difícilmente hubiera adquirido ella la irreversibilidad que adquirió.

Lo cierto es que para enero de este año el movimiento comunista conocía dos partidos: uno tradicional, otro renovado y al lado de ellos y sobre todo, inicialmente y a regañadientes, en el seno del segundo, un grupo de cuadros y militantes tan activamente descontentos con la unidad anterior como insatisfechos y frustrados ahora por el resultado de la división.

Ya en esa oportunidad, ese grupo se planteó a sí mismo y también nos planteó a nosotros (es decir a los más conspicuos, notoriedad, desde luego, limitada a los estrechísimos círculos del PCV representantes de la insatisfacción con los resultados de la

división) que asumiéramos la realidad de la división tal y como se produjo y, por consiguiente, asumiéramos nuestra propia existencia como activistas políticos sin partido a la vista que nos satisficiera y, por qué no decirlo, sin partido a la vista que nos quisiera. De un planteamiento de tal clase parecía deducirse, como tarea lógica, la formación de otro partido. La consumación lógica y ahora sí exacta, de la división del PCV parecía exigir la formación de otro partido que organizara y expresara a ese residuo.

Tal posibilidad, tal idea, fue considerada y rechazada. Algunas de las más importantes razones de ese rechazo subsisten todavía y no han perdido nada de su fuerza. A explicarlas está dedicada una parte importante de la primera de estas notas. Otras de las razones aducidas en enero, no solo han dejado de ser tales sino que incluso se han transformado en su contrario. De razones para no intentar un camino partidista propio en enero, se han convertido en razones para sí intentarlo ahora o en un tiempo inmediato. Como veremos de seguidas, este segundo tipo de razones es el que da destino y una eventual significación práctica a estas notas para la discusión.

Antes de considerarlas es importante, para nosotros y entre nosotros, dejar claro lo siguiente: en ningún momento, ni ahora ni en enero, pesaron problemas como el pequeño número, la escasa significación nacional y el reducidísimo auditorio al que podíamos tener acceso. Tampoco entraron en consideración lo desasistido del grupo y sus increíblemente escasos medios materiales. Ni mucho menos sedicentes razones políticas acerca de la grupusculización de la izquierda, la atomización, el miedo al ridículo político, etc. Todas estas cosas no tienen nada que ver con la decisión misma, aunque sí, desde luego, tienen muchísimo que ver con la forma de implementarla, con la conducta política, con los alcances y limitaciones de la actividad, con las aspiraciones inmediatas, las metas, los plazos, etcétera.

En todo caso, en enero las cosas se planteaban así: ¿debíamos o no constituir un partido? ¿Debíamos o no organizar como tercer partido en la discordia comunista, al residuo de la división del PCV? Algunas razones indicaban que tal paso no se debía dar, que era

enormemente aventurado y arriesgaba, muy probablemente, un fracaso rotundo.

Tales razones eran relativas a la composición del propio grupo, a su calidad real y a los pronósticos sobre su posible conservación y desarrollo.

En efecto, el grupo estaba formado por activistas del PCV y de la Juventud Comunista, sumamente jóvenes y de reducida experiencia política. Casi todos eran militantes de los años sesenta que habían vivido lo que la jerga comunista llama su desarrollo como cuadros, sobre todo al calor de la reciente crisis interna. Cierto que su actividad había sido destacada, que su participación en la crisis del PCV había sido particularmente temprana y que su entusiasmo era elevado. Pero su experiencia estaba reducida a su propia y directa práctica, y esta era de reciente data.

De esta manera y habida cuenta de las difíciles condiciones que iban a rodear este gesto, la seguridad absoluta de que este iba a tener poca o ninguna resonancia, de que las dificultades lo llevaban inevitablemente a un tipo de trabajo particularmente paciente, meticuloso, en pequeñísima escala, con resultados apenas perceptibles y para plazos impredecibles pero, en todo caso, largos (trabajo para el cual estaban precisamente menos preparados), lo más probable era que el grupo fracasara. Es decir, lo más probable era que un grupo así, enfrentado a tan grandes dificultades y, sobre todo, vencido por su propia inexperiencia, por su falta de probada solidez, de comprobada perseverancia, terminara renunciando a las ideas y a los compromisos políticos abrazados y, con tanto ahínco, defendidos durante las discusiones internas en el PCV. Que esa renuncia, que ese fracaso se expresara en una progresiva despolitización, en una vuelta a las soluciones individuales (el estudio, la "carrera", el dinero, etc.) o se expresara en cambio, en la desesperación, en las acciones directas, etc., era algo absolutamente irrelevante. En todo caso, existían nueve posibilidades sobre diez de que el grupo perdiera su calidad inicial, la confianza en sí mismo y que terminara por no insistir en los supuestos políticos de los cuales partía.

La cosa se complicaba porque el grupo perdió incluso su condición de tal. Es decir, el dilema de constituirse o no como un partido fue francamente considerado y rechazado no solo en el sentido de renunciar a convertirse en una organización con existencia pública, nombre distinto, estructura determinada, etc., sino aun en el sentido mucho más elemental de crear mecanismos de relación entre sus miembros, formas de coordinación, acuerdos que garantizaran, regularizaran al menos, el contacto entre ellos. Se renunció a cualquier forma de disciplina exterior, de jerarquía de cualquier clase, de comisiones, equipos, planificación, etc. En otras palabras, se facilitaron abierta y francamente las tendencias a la despolitización, a la búsqueda de soluciones individuales, al acomodo en cualquiera de las múltiples organizaciones, legales o no, de la política venezolana, a la eventual desesperación, a las acciones directas, etc. Cada uno de los miembros del grupo quedó librado a su propia decisión sin posibilidad arreglada de que pudiera, al menos, consultarla o referirla a criterios de otros. Y esto se hizo sin previsión de ninguna clase, sin término a la vista. De esta manera, el residuo de la división del PCV que ya en enero era firme aspirante al nada esperanzador título del más pequeño de los grupúsculos políticos venezolanos, dejó de ser incluso eso. El grupo dejó de existir, orgánicamente se igualó a cero. Esta liquidación consciente de las posibilidades de rápida —aunque pequeña— organización ocurrió, paradójicamente, cuando las opiniones políticas eran más coincidentes, el entusiasmo más elevado y las posibilidades de un cierto efecto publicitario más grande (cualquier decisión diferente a la adoptada se hubiera inscrito, al menos, en la relativa atención pública que rodeó la división del PCV).

Ahora bien, ¿cuál ha sido el resultado de todo esto? Efectivamente, varios de los candidatos a formar el tercer partido de filiación pecevista en enero se han marginado de cualquier actividad política conocida, otros han mantenido cierta militancia precaria —y en algunos casos que conozco, conflictiva— en agrupaciones políticas existentes y, finalmente, los más de ellos han venido haciendo solos —es decir, aislados, sin organización— lo mismo

que hubiéramos hecho de habernos organizado en enero. O sea, se mantuvieron ligados al movimiento popular, participando como activistas de sus más variadas manifestaciones: festivas, deportivas, reivindicativas, etc. Procuraron descubrir en cada caso la circunstancia o condición que mejor revelara las limitaciones sociales o políticas que impiden, estorban o envilecen el desarrollo de cualquier actividad popular; de acuerdo a la experiencia práctica de la gente (experiencia que, dadas las circunstancias, era la de ellos mismos) alentaron las tendencias que eventualmente elevarán a su nivel de conciencia y de organización; participaron en la crítica, por demás, bastante fácil del cuadro político actual, de la abundante politiquería y oportunismo, procurando que ella —ya esto es más difícil— no fortaleciera el escepticismo (no, desde luego, el extendido y justificado escepticismo sobre lo que se puede esperar de la política actual, sino el que reduce la confianza de la gente en sus propios esfuerzos, el que descalifica por utópico, aun sin haberlo intentado, cualquier esfuerzo por cambiar *desde abajo*, los términos de la política).

En otras palabras, las razones que, partiendo de la no probada calidad del grupo, hacían de cualquier intento de organizarlo una aventura de pronóstico reservado, se han venido transformando en razones para iniciar con una nueva, adquirida y no decretada confianza mutua, cualquier cosa. Contra todos los temores que, franca o insidiosamente, se habían expresado en el mundillo de la izquierda sobre su capacidad para perseverar, para insistir, sin desesperarse o desfallecer, en las ideas sobre la lucha política que habían hecho suyas durante las discusiones pecevistas, la mayoría de los miembros del grupo, incluso dejando este de ser tal, había conservado y hasta desarrollado su calidad individual inicial.

Por otra parte, uno de los rasgos de la situación actual es la existencia de una cierta cantidad de personas que realizan cotidianamente actividades similares a las que estos exmilitantes del PCV, venían practicando. Hace ya bastante tiempo que las preocupaciones políticas y la actividad por los intereses generales han dejado de ser solo posibles en los marcos partidistas. En realidad,

al margen de los partidos y a menudo en contra de ellos, una cantidad de personas, sobre todo jóvenes, han venido adquiriendo y ejerciendo liderazgos de naturaleza crecientemente política. Era entonces perfectamente natural que en los niveles y localidades donde estos antiguos militantes del PCV y de la JC realizaban sus actividades, se desarrollara un fácil acercamiento con personas de preocupaciones similares y de un origen diverso. Esta comunicación, allí donde se produjo, tuvo, además de otras implicaciones obvias, la muy importante de golpear los condicionamientos comunistas[3], el oportunismo y la politiquería, el espíritu de permanente maniobra, el paternalismo y la falsa modestia, los rasgos, en fin, que hacen tan escasamente atractivos los partidos y movimientos comunistas venezolanos y que no han podido menos que influir en quienes han militado en ellos.

De esta manera, la constancia de la mayoría de quienes una vez fueron el residuo de la división del PCV y la inteligencia establecida entre ellos y un conjunto de personas sin ese origen ha venido produciendo una cierta reagrupación.

Progresivamente, los contactos, reuniones, encuentros y participación conjunta en actividades populares y estudiantiles, ha venido exigiendo y, al mismo tiempo, creando elementos de coordinación, síntesis de experiencias comunes, etc. Esta reagrupación gradual ha sido difícil, laboriosa y a menudo espontánea. Pero en definitiva, una nueva situación ha venido poco a poco sustituyendo los dispersos e individuales esfuerzos anteriores.

Ahora bien, en esta nueva situación es absolutamente natural que se presentaran los problemas de la organización del grupo y que se replanteara la cuestión del partido. Frente a estas cosas, existe en nosotros una justificada y, por lo demás, absolutamente justa prevención a resolverlas de manera simplemente administrativa y, sin embargo, existe también la expresa convicción de que es

3 Ahora y en adelante, la palabra comunista se usa para señalar la mentalidad y la conducta de los comunistas organizados de Venezuela. Es decir, los militantes de alguna de las dos organizaciones que se proclaman comunistas.

posible —y a estas alturas es necesario— ir dotando a todos los activistas sin partido, del movimiento popular —conocidos o no— de elementos tangibles de discusión que faciliten el descubrimiento y la probable ampliación de las coincidencias y el tratamiento franco de las posibles divergencias. Elementos que sirvan de referencia para la búsqueda consciente de una apreciación común de la política, que pueda servir de base para acordar, libre y voluntariamente, niveles determinados de organización.

Por esto son estas notas. Ellas no agregan nada nuevo a las discusiones tal y como las hemos venido adelantando. Simplemente permite una referencia más concreta para ellas y posibilitan, además, sacarlas de una mecánica demasiado artesanal y limitada, facilitando la incorporación a la misma de todos los que, eventualmente, puedan estar interesados en desarrollarla.

Por último, las notas incluidas son las siguientes:

Organización y Política, un esquema redactado en julio de este año a solicitud de un grupo de estudiantes, para facilitar la discusión entre ellos.

Nota sobre la lucha armada guerrillera en Venezuela. En este caso se trata de un pequeño trabajo escrito en noviembre de 1970, como contribución a un proyecto de libro que teníamos un pequeño número de miembros del Comité Central del PCV. La idea era publicar cuatro trabajos breves sobre problemas que la dirección del Partido había logrado mantener al margen de la discusión pre-congreso. De esta manera, a más de adelantar opiniones sobre asuntos que, en todo caso, merecen ser discutidos, avivábamos la lucha interna y favorecíamos la concentración de ciertas ideas. Es innecesario decir hoy que el proyecto no culminó. Al incluir ahora esta nota, hemos respetado el texto íntegro del pasado noviembre sin ampliarlo en absoluto. Esto, desde luego, no es lo mejor. Creemos que el asunto merece ser profundizado y que algunas ideas del texto pueden ser consideradas y aclaradas más ampliamente. Sin embargo, razones prácticas nos hicieron desistir de una nueva redacción.

Después incluimos *Para esta situación*. En este caso lo que hacemos es copiar sin ninguna modificación, la transcripción de una intervención que hice ante el colectivo del PCV, en El Tigre, estado Anzoátegui. En aquella oportunidad, la JC de Anzoátegui la editó en multígrafo y ahora hemos utilizado íntegramente una de esas copias multigrafiadas.

Luego viene un análisis hecho por Lucas Matheus de las recientes elecciones en Sidor. Lucas fue dirigente regional del PCV en Monagas y, con mucho, el participante más destacado en las discusiones internas de ese Partido en el Oriente del país. En el Congreso de fundación del MAS, declinó la candidatura para el Comité Central de esa organización. Desde entonces viene realizando una actividad similar a la de muchos marginados de los partidos y movimientos comunistas venezolanos.

Finalmente dos notas de Homero Arellano. De todos los casos de exmilitancia comunista que conozco, ninguno más extraño que el de Homero Arellano. Militante pecevista de muchos años, ejerció durante considerable tiempo como funcionario de la organización. De destacada y valiente participación en las luchas anti-perezjimenistas fue considerado siempre como hombre de confianza de la dirección para los más delicados trabajos. Nunca defraudó esa confianza. Dada su situación, su incorporación a la lucha interna al lado de las posiciones menos formales, fue una sorpresa para todos. De él incluimos dos notas. Una de ellas, originalmente escrita para este volumen, apareció, sin embargo, como artículo en la edición de *Últimas Noticias* del 6 de junio de este año.

Julio de 1971

Nota sobre organización y política

1.- En los últimos diez-quince años la sociedad venezolana se ha transformado en una medida tan completa e irreversible, que solo un escrúpulo cientificista impide calificar de radical.

En un período tan corto como el señalado, Venezuela se ha convertido de país rural en urbano, de campesino en industrial, de "atrasado" en "moderno". Para adelantarnos a una discusión rigurosa de estas categorías digamos que, en nuestra opinión, Venezuela ha llegado a ser todo lo urbano, industrial y moderno que podía ser en condiciones de dependencia.

Esta afirmación acerca de la transformación del país tiene, por lo menos, un sentido político preciso: si ella es cierta, se hacía y se hace necesario, entonces, reelaborar todo con ella, toda la crítica social revolucionaria.

2.- El motor de esta transformación ha sido un determinado proceso de crecimiento económico. Los rasgos y características de este proceso han sido, en general, descritos por los economistas, y sus afirmaciones al respecto constituyen a estas alturas punto menos que un lugar común.

Con relación a esto, lo que nos interesa destacar es que:

a) A una política revolucionaria no le resulta posible hoy, ni tampoco le es necesario o conveniente negar la realidad de tal proceso.

b) Este crecimiento económico ha arrojado y está arrojando considerables beneficios y, a la vez, ha exigido y está exigiendo un elevado costo. Pero, como se ha operado a través y en medio de determinadas relaciones sociales, es un hecho que los cuantiosos beneficios del mismo han ido a parar, están concentrados y están siendo manejados por unas pocas manos venezolanas y extranjeras. Y es un hecho también que el elevado costo social del mismo ha sido pagado y está siendo pagado por la inmensa mayoría de los habitantes de este país. En este sentido, sobre ejemplos de cómo Venezuela se ha hecho en pocos años un país más rico y más miserable, de cómo un proceso cuyo brillo nos restriegan a diario en las narices convive y depende de otro proceso lóbrego y dramático.

Lo cierto es que una Venezuela satisfecha y brillante, ahíta y ostentosa, formada por el alto mundo de los negocios, por los socios criollos del capital extranjero y por la alta burocracia estatal, ha visto multiplicados en los últimos tres lustros sus goces, fortunas y oportunidades al mismo tiempo que —y precisamente porque— otra Venezuela descontenta y oscura, explotada y arruinada, necesitada y precaria, formada por los obreros de la ciudad y el campo, por campesinos y "marginales", por pequeños empresarios y "profesionales", ha visto multiplicados en los últimos tres lustros sus necesidades, problemas y dificultades.[4]

4 Es bastante fácil descubrir la realidad social que condiciona los progresos y también cómo resulta agravada por ellos. Todo esto referido a progresos reales y ciertamente defendibles por los amigos de la Venezuela tal y como está. Sin embargo, el uso de los recursos no se caracteriza precisamente por ellos. Al contrario, el lujo desenfrenado, la ostentación del mismo y la irracionalidad más escandalosa, incluso en la lógica del capitalismo dependiente, es lo dominante. A tal punto es así que el Dr. Pérez Alfonzo propone una reducción de la riqueza disponible como remedio heroico para reducir las posibilidades del gasto inconsciente y antinacional. El inconveniente de esta disciplina exterior, aplicada a los privilegiados de la democracia representativa, es que ellos al mismo tiempo que pródigos son tutores de sí mismos. De esta manera, conservándo el mismo cuadro de poder, la reducción del ingreso significaría ciertamente una disminución del lujo y de la estulticia pero, en el mejor de los casos, ello solo será una disminución proporcional.

En fin, la transformación social y el proceso de crecimiento económico que la ha hecho posible ha aumentado las tensiones sociales, ha potenciado y robustecido el enfrentamiento tradicional de intereses entre el pueblo venezolano y las minorías privilegiadas. Esta transformación, además, se ha vivido en un lapso relativamente tan corto, que sus efectos no han podido menos que ganar en intensidad y ha aumentado extraordinariamente la carga de explosividad latente que la sociedad venezolana había venido, desde antes, acumulando.

3.- Sin embargo, no baste el reconocimiento de este proceso para explicar la intensidad de las contradicciones actuales, el grado de descomposición de la sociedad venezolana, las grandes posibilidades del movimiento popular y la magnitud de los problemas a resolver.

4.- En efecto, el ahondamiento brutal del abismo que siempre separó a los privilegiados de la mayoría venezolana multiplicó su fuerza explosiva por las especiales condiciones políticas que rodearon la mayoría de los últimos años.

Es un hecho que las fuerzas políticas organizadas, comprometidas con los más profundos intereses populares, se plantearon la lucha por el poder como una tarea práctica inmediata e intentaron resolver esta utilizando todas las formas de lucha, incluyendo las más altas y exigentes: numerosos años del último decenio se convirtieron en lo que la jerga política de izquierda conoce ahora como el período de la lucha armada.[5]

5.- La lucha armada es una forma de lucha política particularmente dura y exigente. En su ejercicio, parte fundamental de los cuadros, de la capacidad política disponible, de los recursos organizativos y materiales, de las relaciones con el movimiento popular, tienen que subordinarse, de grado o por fuerza, a sus grandes exigencias. La calidad de la dirección política puede tratar de

5 En esta nota solo nos interesa llamar la atención sobre una determinada relación de la lucha armada con la situación social actual. Una cierta ampliación de este tema, así como consideraciones sobre otros aspectos del mismo asunto, pueden encontrarse en las notas siguientes.

administrar esta situación y aun mantener ciertas proporciones, pero no puede evitarla.

Durante los años de la lucha armada, las organizaciones que participaron en ella redujeron sustancialmente su contribución —a menudo fundamental— a las luchas populares defensivas, reformistas.[6]

La participación de los activistas de izquierda en las luchas sindicales, campesinas, estudiantiles y profomentistas —de las llamadas "específicas"— se vio drásticamente reducida. Ahora bien, una reducción de esta clase que, en cualquier momento, rebaja la capacidad de defensa y negociación del pueblo, ocurrió precisamente en los años en que el crecimiento económico castigaba más duramente sus espaldas. De esta manera, precisamente los años del relativo crecimiento industrial con la extensión y agravación consiguiente, de la explotación capitalista, fueron los años de la más pobre actividad sindical. Precisamente, los años claves de la descomposición del campesinado y de la irrupción del capitalismo en el campo fueron los años más grises en la actividad de las ligas campesinas y, en general, de la actividad defensiva de los campesinos. Precisamente los años del crecimiento acelerado de las ciudades, los años en que se multiplicaron los ranchos y los barrios "a juro", los años en que el marginalismo alcanzó dimensiones sociales y comenzó a conquistar la notoriedad de la que goza hoy entre los sociólogos y los partidos políticos, transcurrieron sin juntas promejoras, sin el habitual trabajo profomentista en el que tan entrenados estaban los militantes urbanos de izquierda. Precisamente los años del aumento brusco de la población estudiantil, y de la agravación consiguiente de las condiciones de estudio y de los llamados problemas académicos, fueron los años de la reducción de

6 La palabra reformista está aquí usada en sus dos acepciones. Tanto en la que permite entenderla literalmente como actividad de lucha por reformas, como en la que permite usarla, con toda justicia, para calificar una casi permanentemente desviación del movimiento revolucionario venezolano.

la capacidad y de las posibilidades de los centros y organizaciones de estudiantes.

Nada de lo dicho es, desde luego, una añoranza. La cuasi-desaparición durante varios años de la actividad defensiva, significó un duro y esperamos que mortal golpe para las concepciones reformistas en el trabajo político de los revolucionarios. La ruptura de la tradición reformista en la actividad de los cuadros populares representa una ventaja enorme para las nuevas generaciones.

De lo que se trata simplemente es de constatar que la baja capacidad defensiva del movimiento popular[7], haciéndose sentir justamente en los años en que era más necesaria, no pudo menos que aumentar las tensiones, cohibir sus escapes y multiplicar la explosividad del cuadro general.

6.- Hay más. Las luchas revolucionarias generaron "una contrarrevolución cerrada y potente". En el país se creó un cuadro represivo, militar y policial, brutal e indiscriminado. Es necesario destacar esto porque, en general, podría objetarse que el hecho de que los revolucionarios hubieran reducido su participación en las luchas defensistas populares no tenía por qué inhibir demasiado estas. Después de todo, no son los militantes políticos de izquierda los inventores de la actividad gremial, de la lucha obrera y campesina, de los movimientos estudiantiles y barriales, etc. Es más, la actividad popular defensista siempre precedió a la organización política de los revolucionarios. Pero el cuadro represivo de esos años actuó de tal manera, que las posibilidades de una acción popular autónoma, espontánea y no comprometida políticamente, resultaron claramente disminuidas. En una situación como la de esos años, donde si tres personas se reunían eran disueltas a planazos, y si treinta, lo eran a plomo; donde cualquier grupo de vecinos que exigiera del Concejo Municipal servicios mínimos era considerado un foco guerrillero en potencia y tratado como tal; donde si cualquier grupo de estudiantes intentaba mantener un centro

7 Una alta capacidad en este sentido no hubiera impedido los procesos sociales y económicos señalados, pero sí habría amortiguado y disminuido sus efectos más dolorosos.

estudiantil vivo y combativo era considerado parte de un arreglo conspirativo y tratado como tal, en una situación así, las posibilidades de la acción popular defensiva al margen de la actividad de los revolucionarios en ese sentido eran sumamente estrechas.

7.- En resumen, durante años Venezuela sobrecargó sus tensiones. Esta sobrecarga, que tiene sus explicaciones últimas en procesos económicos y sociales, resultó potenciada porque se efectuó en un marco político que impidió su liberación parcial.

Al término de los años sesenta, Venezuela, cargada de presión y con las espitas obstruidas, presenta un cuadro general explosivo y esperanzador.

8.- Lo dicho no tiene nada de truculento y, por el contrario, bien pronto se hicieron evidentes las grandes posibilidades que se ofrecían a los interesados en una reconstrucción de las bases de la sociedad venezolana.

Para 1967 coincidieron diversos procesos políticos. Por un lado, fuerzas importantes habían reconsiderado su participación en la actividad armada y, con el nombre de "repliegue", tenían algún tiempo planteando una política de estímulo exclusivo a las actividades de masas no armadas, preferentemente legales. A poco significar, esto suponía una revaloración de las luchas llamadas "específicas". Por otro lado, el languidecimiento de las luchas armadas y la búsqueda ostensible de legalidad (campaña pro-amnistía, línea electoral, etc.) restaron oxígeno a las acciones represivas, redujeron sus posibilidades y las forzaron a una cierta sofisticación. Finalmente, la campaña electoral que comenzaba imponía sus peculiares exigencias de una cierta libertad de movilización y agitación política. En síntesis, alrededor de 1967 el cuadro político se ablandó considerablemente y las tensiones acumuladas no podían menos que comenzar, abruptamente, a expresarse. Latentes y potenciales, los hasta entonces contenidos problemas inician su desarrollo vigoroso.

9.- En efecto, a pocas semanas de iniciado el clima electoral y usando como pretexto un reducido problema laboral que apenas afectaba a decenas de trabajadores del Aseo Urbano, el pueblo de

Maracaibo realiza inusitados y masivos combates. Lo novedoso de los mismos, además del hasta entonces apacible escenario, es la falta de paternidad conocida, lo impreciso de sus objetivos y la ausencia de dirección orgánica. Los acontecimientos de Maracaibo fueron el comienzo de los movimientos espontáneos e inesperados que, desde entonces, se han vuelto sistemáticos.

Después, revueltas populares contra Cadafe, en Río Caribe. Acciones masivas y tomas de las llaves de agua en la urbanización 23 de Enero de Caracas. Pobladas por la repavimentación de las calles, en San Félix. En el curso del año, conflictos laborales a contra pelo de las direcciones sindicales y políticas, en la zona del hierro.

¿Cuántas veces, en los años inmediatamente anteriores, hubo problemas obreros en el Zulia sin trascendencia alguna? ¿Cuántas veces falló la luz eléctrica en Río Caribe o faltó el agua en el 23 de Enero, sin consecuencias que afectaran a nadie, excepción hecha de los usuarios? De manera inarmónica y fragmentaria, sin expresión política y con escasas o ningunas relaciones orgánicas, el movimiento popular comenzó en 1967 —de modo nada gradual— su rápida recuperación. Después vinieron, en acelerada cadencia, la Renovación Universitaria, los nuevos movimientos obreros, la reactivación de los barrios, el asombroso movimiento liceísta, etc., hasta llegar a la encrespada vida social de la Venezuela de hoy.

10.- Pero esta recuperación permitió que se revelara otro proceso oculto: el desgaste y la quiebra de las organizaciones políticas y de masas, incluyendo aquellas que más utilizaron la retórica sobre las condiciones objetivas y la prédica sobre la recuperación del movimiento popular, como alibi para su disminuida combatividad. Así, las huelgas obreras, tan maltrecha dejaban la paz social como en ridículo la autoridad de los dirigentes sindicales de cualquier signo; la renovación universitaria contó entre sus primeras víctimas a las organizaciones tradicionales de ese estudiantado; los barrios y los liceístas, que tanto han motivado —en direcciones opuestas, por supuesto— a los publicistas del Cendes, a los deliberantes del Congreso de Arquitectos y a los agentes de la Metropolitana, no le han concedido atención ni oxígeno a sus desfallecidas

organizaciones "específicas". De esta manera, la recuperación del movimiento popular resultó no solo inesperada sino, además, incómoda para los que se suponía más interesados en lograrla.

En síntesis, la recuperación del movimiento popular coincidió paradójicamente con la quiebra de los instrumentos dedicados a su control y conducción.

Pero de todas las organizaciones, las más resentidas fueron los partidos políticos. Disminuida su influencia popular y quebrantado el control sobre sus propios afiliados, comenzó para ellos un período de crisis permanente, fracturas y envilecimiento. Incidentalmente, la crisis de los partidos políticos, a tiempo que facilitó la recuperación del movimiento popular y creó las condiciones para un remozamiento de la política, planteó problemas todavía no solucionados y entorpeció el desarrollo de algunas formas de la lucha popular. No nos referimos, desde luego, a la cuestión del nivel político de las luchas concretas y a la calidad de las consignas de validez general, es decir, a la cuestión universal de la "vanguardia". En este sentido es bastante poco lo que perdía o pierde el movimiento popular con la crisis de no importa cuál partido o de todos ellos. Nos referimos simplemente a algunas cuestiones "menores".

De hecho, los partidos habían venido funcionando como vasos comunicantes de las diversas luchas populares. Podían enlazar y en efecto enlazaban, los distintos conflictos locales y los proveían de una cierta resonancia nacional. Con el entrabamiento de los partidos, con la disminución brusca de su audiencia, de su capacidad de movilización y de su fuerza real, esta función que mal que bien, realizaban disminuyó hasta casi desaparecer. Con ello, cuestiones como la solidaridad, la síntesis y la uniformación de las experiencias y la potenciación de las luchas locales quedaron sin solución o con una muy precaria y, en todo caso, absolutamente insatisfactoria.

11 .- Por lo que al PCV respecta, la cosa se complicaba por el peso adicional de su política durante el año clave de 1958, por la incompetencia revelada por su dirección durante el período de la lucha armada y, sobre todo, por los mecanismos que impedían el libre

examen de los problemas del partido. De estos mecanismos, uno particularmente odioso comenzó a ser sospechoso por los militantes: poco a poco se abrió paso la oscura y extendida conciencia de que la discusión si al fin se hacía, sería de tal naturaleza que no tendría consecuencias; de que en definitiva, solo serviría para el desahogo, como catarsis; de que la composición del equipo de dirección y una suerte de eclecticismo permanente eran intangibles; de que, en fin, la democracia interna era una fábula y de que el socorrido consejo de que "hay que luchar dentro" era la ilusión que la mantenía.

En el PCV la crisis consistió en una extendida y espontánea insatisfacción de la militancia. Es decir, ella no fue el producto de la acción de ningún comando fraccional. Nada más fácil en las reuniones con los colectivos del Partido, en las distintas regiones, que descubrir, en el curso de la reunión y por las opiniones y preguntas, la existencia de una "izquierda" más o menos abiertamente enfrentada a la dirección.

12.- Por lo que a nosotros respecta, esta insatisfacción tenía, entre otros relativos a lo específicamente comunista, el sentido de cuestionar la eficacia política y la calidad revolucionaria de la organización. Pues bien, en este sentido o, mejor dicho, por lo menos en este sentido, nuestro descontento con la militancia que ejercíamos coincidía con las razones de muchos activistas políticos no comprometidos, para negarse a encuadrar en las organizaciones existentes. Por eso, el tratamiento actual de esta cuestión —aunque sea somero, aun como mera aproximación— tiene interés para el conjunto de nosotros, tanto para aquellos cuyas opiniones sobre el asunto los llevaron a dejar la militancia en las organizaciones comunistas venezolanas, como para aquellos quienes, por compartirlas, no han llegado nunca a militar en ellas. Esto nos obliga, entonces, a no abordar el asunto de la exmilitancia como historia. Un tratamiento histórico del asunton tiene interés solo para un grupo reducido de nosotros, arriesga abrir una querella absolutamente irrelevante y no posee significación práctica para nuestra conducta actual. Con este cuidado, tratemos de acercamos al asunto de la eficacia política y de la calidad revolucionaria. Como

intentaremos explicar, ambas cosas no están indefectiblemente ligadas y el intento de dar una por supuesta, existiendo la otra, conduce o a gestos de valor puramente ético, o a un pragmatismo permanente, a un oportunismo sin principios.

13.- Por eficacia política entendemos la capacidad de cualquier organización política para convertirse en una alternativa real de gobierno y para, eventualmente, llegar a dirigir este. Sabemos que, por ejemplo, AD y Copei (para no hablar sino de partidos. Ya sabemos que otras instituciones sociales que no pretenden ser tales y que, al contrario, rechazan expresamente esa condición, son absolutamente satisfactorias en este sentido) son partidos eficaces y tenemos, en cambio, el conocimiento de que URD no solo no ha sido eficaz, sino que sospechamos que no llegará a serlo.

Pues bien, el PCV lucía a nuestros ojos, y es una evidencia que también a los ojos de la mayoría de los venezolanos, como un partido políticamente ineficaz.

Esta ineficacia no provenía de la naturaleza de sus fines últimos. A pesar de que esta es una teoría muy usada. En efecto, parece partirse de que el "comunismo" es algo que limita, estrecha, reduce la posibilidad de adquirir una verdadera dimensión social en nuestro país y que la clave está, entonces, en presentarse como "socialistas", para de esta manera hacer más digerible el asunto. El problema, creemos, es de naturaleza distinta: cualquiera sea tu condición ideológica, ella no te va a obviar el indispensable trabajo de ofrecer una solución posible, coherente y de conjunto a los problemas del encallejonado y permanente subdesarrollo venezolano. Y más concretamente tu condición ideológica, aun ablandada deliberadamente con la fraseología socialista al uso, no te va a obviar el indispensable trabajo de ofrecer una política concreta para los problemas del presente. En esto, hasta del propio Copei nos viene una lección: fue su política del "cambio" y no su condición socialcristiana lo que le valió su triunfo electoral. Tan es esto verdad, que en los últimos tiempos hemos visto cómo el reexamen de la mediación entre ideología y política ha provocado en Copei una discusión enconada y una diferenciación

bastante neta: nos referimos al debate sobre "sociedad comunitaria", "participación", etc.

Incidentalmente, puede ser útil señalar otra peregrina derivación de la misma teoría: es la idea, también muy usada, de que la realidad del movimiento comunista mundial nos carga de servidumbres que obligan a pagar aquí culpas ajenas. A más de que esto oculta un eclecticismo vergonzante sobre problemas ideológicos, uno no logra conciliar el hecho de que los que más se quejan de estas realidades incómodas, no desperdician oportunidad de hacer suyos los méritos ajenos: hemos visto, por ejemplo, cómo se hacen campañas electorales estudiantiles, donde se reclama el voto en nombre del heroísmo vietnamita. De la misma manera, uno no logra conciliar el hecho, por lo demás bastante irritante, de que al mismo tiempo que se trata de convertir en un objeto de irrisión, la afección del grupo llamado "Nueva Democracia" al pensamiento de Mao Tse-tung, o la condición fidelista del grupo Rocinante, se proceda a convertir su periódico en una especie de "Pravda" en español, como lo hace el PCV, o se proceda a presentar con gran despliegue en el suyo, el visado concedido a su acta de nacimiento, por parte del Partido Comunista rumano, español, italiano, etc., como lo hace el MAS.

Esta ineficacia no provenía tampoco, de su últimamente muy menguada participación en los procesos políticos reales. Más aún, esa evidencia de la ineficacia del PCV no fue siempre tal. Es un hecho que, a diferencia de la mayoría de los partidos comunistas latinoamericanos, el PCV ha conocido períodos de agigantada importancia política. El problema consiste en que antes, durante y después de cada uno de ellos, el PCV ha permanecido siempre idéntico a sí mismo. De esta manera, ningún acontecimiento, ningún éxito, ningún fracaso, alteraba en nada su estructura, su estilo, sus dirigentes. El partido devino rígido e inmutable, su disciplina una relación grotesca, todo él un fin en sí mismo. Sin flexibilidad, sin usar incluso su propia experiencia para proceder a los inevitables ajustes, ninguna organización política puede pretender eficacia. Esto fue particularmente notable después del período de la lucha armada: la increíble ligereza con que se trató la experiencia

de los últimos años se convirtió, a más de una prueba evidente de la incorregible ineficacia de nuestras organizaciones comunistas, en causa directa del marginamiento y del acendrado y negativo escepticismo de muchos valiosos militantes.

14.- Un problema de particular importancia es el relativo a la calidad revolucionaria de la organización. Por calidad revolucionaria entendemos la capacidad probable de sus miembros para participar en un esfuerzo dirigido a la transformación de la sociedad, a la creación de un nuevo sistema de relaciones humanas. Como quiera que tenemos el íntimo convencimiento de que un esfuerzo de tal naturaleza solo se puede realizar desde el gobierno, solo puede ser un propósito estatal, parecería entonces que una petición de calidad revolucionaria no puede realizarse antes sino después de resolverse, en beneficio de una organización cualquiera, el problema político. En efecto, parece no solo inoportuno sino ingenuo (e incluso demagógico) formular tal exigencia, cuando nadie puede garantizar la calidad suya ni la ajena, antes de que esta sea puesta a prueba. Esto es verdad. Pero, si bien es cierto que no se puede afirmar *a priori* la calidad de una organización política cualquiera, sí se puede negar *a priori* la calidad de algunas de ellas. Es decir, ciertas estructuras partidistas desarrollan un espíritu de secta tan marcado, sustituyen de tal manera la disciplina por la obediencia, vician a sus afiliados con un juego tan complicado de jerarquías, gradaciones, amiguismos, arbitrariedades, etc., y, sobre todo, crean tales dificultades a la confrontación libre de opiniones, que la lucha interna solo puede expresarse a través de zancadillas, corrillos, pactos ominosos y manejos oscuros. Estructuras así terminan por producir un militante condicionado, de mediocres aspiraciones y cuya audacia, valor y espíritu crítico se resuelve, a menudo, en una racionalización forzada de las verdades, valores e intereses del partido. En realidad, abundan modelos organizativos que, no importa sus reclamos ideológicos, devienen modelos en escala reducida del mismo "sistema" a cuya destrucción dicen aspirar. En realidad, existen organizaciones revolucionarias que parecen

solo preparadas para adueñarse del aparato del estado existente con el objeto de "ponerlo en marcha para sus propios fines".

Sin embargo, sobran ejemplos de cómo la falta de calidad revolucionaria de organizaciones dadas, tiene bastante poco que ver con su posible eficacia política. Es decir, esta especie de temprana burocratización de estructuras y de cuadros no tiene por qué afectar demasiado su eventual participación exitosa en la lucha política.

15.- En resumen, la creciente duda sobre la eficacia política de la mayoría de las organizaciones existentes, y la nueva aprensión sobre la calidad revolucionaria de todas ellas, fueron fundamentalmente nuestra renuencia a militar. Sin embargo, como la tendencia en todos nosotros apuntaba a cualquier parte, menos hacia la despolitización, la inhibición o la desesperación, entonces es evidente que tenemos que considerar estos problemas en sentido positivo, o, lo que es lo mismo, tenemos que intentar aclararnos la significación política de nuestra práctica actual.

16.- El problema se nos plantea así: por donde quiera que se examine el asunto, parece que la llamada cuestión de "la vanguardia" es un prerrequisito para cualquier empresa política seria. Es decir, parece que el movimiento popular solo puede resolver sus problemas actuales, en conjunto y de manera definitiva, en un nivel político. Y solo puede aspirar a que sus luchas tengan significación y peso a ese nivel, en la medida en que resuelva el problema de la vanguardia. Por lo menos esa es la conclusión que con más facilidad se extrae, del examen de las grandes movilizaciones sociales de nuestra época, tanto de las que produjeron profundas e irreversibles transformaciones como de las que se resolvieron en simples aunque gigantescas conmociones.

La conclusión parece ser entonces que, si no concebimos una manera diferente a la política de resolver en serio los grandes problemas nacionales y sociales, y si, al mismo tiempo, ninguna de las organizaciones actuales nos satisface lo bastante, lo honesto, lo consecuente, es intentar una nueva organización. Sin embargo, no fue este el camino que escogimos, no es tampoco el camino que escogemos, ni es, desde luego, el camino que proponemos.

17.- Si todo el problema fuera el asunto de la eficacia, si creyéramos, por ejemplo, que las organizaciones existentes no son políticamente efectivas y, con razón o sin ella, supusiéramos que una agrupación determinada sí lo sería, entonces resultaría absolutamente lógico que ayudáramos, estimuláramos y, en definitiva, participáramos en la formación de esa nueva agrupación, ahora sí, eficaz. Pero hemos tratado de explicar que la eficacia política, si bien necesaria, indispensable, no resulta por sí misma suficiente para comprometer a satisfacción plena todo el esfuerzo.

Por ejemplo, durante los años sesenta, toda nuestra complicación se reducía a resolver el problema de la eficacia de nuestra política. Tomando el asunto en serio, discutíamos y estudiábamos grandes ejemplos de solución exitosa de los problemas de la lucha política, y también grandes ejemplos de empresas políticas derrotadas. Fue una moda (por lo demás, muy útil entonces y ahora) de esos años estudiar la liberación argelina, la lucha yugoeslava, la Revolución china y, también, la derrota griega, la pérdida de la República española, etc. Tratábamos de descubrir los elementos de aplicación universal que hicieron posible, en unos casos, la victoria política y que, en otros, explicaban la derrota. Fue común en ese entonces, el estudio de las contadas experiencias revolucionarias políticamente exitosas.

Pero hoy es evidente que eso no basta. Hoy sabemos de la existencia de diversas organizaciones políticas populares que, desde el punto de vista de los resultados de sus respectivas luchas por el poder político, tienen méritos equiparables, pero que desde el punto de vista de su acción revolucionaria ulterior difieren notablemente. Dicho de otra manera, en varios casos conocidos, tan ejemplar y aleccionadora es la suma de habilidad, audacia, sentido de la oportunidad, cálculo y manejo de la correlación de fuerzas, etc., en la lucha por el poder, como decepcionante ha resultado después la gestión administrativa estatal, la participación en la revolución social ininterrumpida, la continuación de la lucha social en condiciones de gobierno popular, la ampliación de la nueva democracia, la profundización de la conciencia popular, la resistencia a las

tendencias burocráticas, degenerativas y regresivas, etc. Pareciera, en suma, que varias de las transformaciones políticas que, en su hora épica, concitaron con justicia la admiración de todos, se les pudiera luego saludar con las premonitorias palabras que usó un general mexicano para festejar el triunfo revolucionario en su país: "Ahora que la Revolución degeneró en gobierno...".

18.- Nos encontramos, pues, que paralelo al estudio de los procesos revolucionarios propios y extraños, de ahora y del pasado, debemos adelantar el conocimiento específico sobre las vanguardias revolucionarias, sobre aquellas organizaciones populares propias y extrañas, de ahora y del pasado, que resultan aleccionadoras.

Incidentalmente, es significativo señalar el notorio y renovado interés sobre este asunto: en los años sesenta, por ejemplo, la dirección del interés fundamental de los activistas políticos provocaba el éxito de libros como los que trataban las enseñanzas de la insurrección de Moscú, los escritos sobre la guerra prolongada, los opúsculos del Che sobre la lucha guerrillera, los relatos y descripciones de la Revolución argelina, etc. Incluso de la agotada antología de Marx, Engels, Lenin y Stalin sobre la guerra de guerrillas, se hizo una reedición en Venezuela. Ahora, por el contrario, son los materiales sobre la cuestión general del "partido" los que están más cerca de la necesidad de información de los activistas: nuevamente de *¿Qué hacer?*, los materiales sobre el partido, sobre la lucha de opiniones, sobre las contradicciones en el seno del pueblo, de Mao, etc., incluso del ensayo de Lucio Magri y M. Johnstone sobre las ideas de Marx y Lenin sobre el partido, se ha hecho una reedición en Venezuela.

Ahora bien, ya al considerar, en los años sesenta, las luchas políticas exitosas, nos impresionaba la reducida cantidad de ellas. De los muchos ejemplos de lucha popular, eran bastante pocos los que culminaban con el triunfo y, por consiguiente, todas nuestras búsquedas y discusiones se agotaban en una decena escasa de ejemplos válidos de eficacia política. Ahora la consideración sobre la calidad revolucionaria de las vanguardias trabaja, a nuestro juicio, sobre un conjunto igualmente reducido. Resultan pocas (o,

al menos, nosotros conocemos pocas) las organizaciones revolucionarias que sean punto de referencia en este sentido, en el sentido de la calidad revolucionaria. Son pocas las que entusiasman por su régimen interno, por su frescura, creatividad, relaciones con las masas, sensibilidad ante ellas, firmeza en los principios. Son pocas las que, en sí mismas, presentan una prefiguración satisfactoria de una eventual gestión estatal. Son pocas, en fin, las que pueden ostentar el raro y noble título de conciencia de su época.

Dicho de otra manera, existen poderosas organizaciones que concitan, en los medios revolucionarios, cierta desconfianza acerca de si todo su poderío las hará algún día con el poder político. Pero, visto desde otro ángulo, el acartonamiento, el dogmatismo, la rigidez burocrática y el punto de vista estrechamente administrativo de que hacen gala sus inamovibles estructuras dirigentes, deja lamentablemente abierta la discusión sobre si su aparente incapacidad para tomar el poder es, en definitiva, un reproche que debemos o no hacerles. Lo que quiere decir que la afirmación, hecha originalmente por publicistas franceses y repetida recientemente aquí en una de las charlas del Ateneo, de que "el peor de los socialismos es preferible al mejor de los capitalismos", no es una verdad tan evidente. Después de todo hasta Birmania se proclama socialista.

19.- Desde luego, una consideración específica sobre el tema debe evitar la trampa de considerar como vanguardias satisfactorias solo aquellas que triunfaron. Creemos, por ejemplo, que al tratar el asunto no se pueden dejar de lado organizaciones como la I Internacional y la Liga espartaquista, a pesar de que la primera se propuso dirigir la revolución en Europa y es un hecho que no logró hacerlo, y la segunda se frustró en el empeño. En este sentido, es defendible la preferencia de compartir un fracaso en buena compañía a la de participar en muchos gabinetes reales o *in petto*.

20.- En todo caso, si la calidad revolucionaria no supone de suyo la eficacia política, tampoco la excluye. En este sentido, organizaciones como el Partido Bolchevique, el Comunista chino, el vietnamita, son

defendibles en bloque y la historia de su construcción es un capítulo obligado en la formación de cualquier revolucionario.

21 .- Organizaciones como estas se nos presentan siempre como agrupaciones libres de revolucionarios. Organizaciones donde las indispensables limitaciones a la libertad del militante devenían, paradójicamente, conquista, afirmación y prueba de esa libertad. Y esto no solo en el sentido de que esas limitaciones eran voluntariamente aceptadas sino, además, en el sentido de que ellas fueron siempre el resultado de la conciencia de su necesidad. Así, por ejemplo, el centralismo democrático leninista, que se nos presenta siempre (y que, con ese nombre o sin él, funciona con ligeros cambios en todos los partidos venezolanos)[8] como una receta, como un prerrequisito axiomático, no fue en el partido bolchevique el alfa de su acción, sino, al contrario, una conquista, un resultado de un cierto momento en el desarrollo de la organización. Las soluciones organizativas fueron siempre, en organizaciones como las citadas, síntesis de las experiencias en la construcción de la vanguardia y, en ningún caso, decisiones puramente administrativas de cenáculos dirigentes. Síntesis logradas a través de discusiones francas, a menudo duras y siempre muy amplias. Basta ver, por ejemplo, los cambios introducidos en los nuevos estatutos del PC chino y la influencia evidente y, por lo demás, expresamente señalada, de la revolución cultural y de la crítica masiva en ellos.

22.- La diferencia evidente entre organizaciones revolucionarias como las citadas, y los partidos de la izquierda venezolana, está sin duda en el fondo del permanente estado de postración de estos, de su escasísima capacidad de movilización y de esa situación de desconfianza que, por parte de las masas, rodea a menudo la acción de sus cuadros (esta situación la conocen sobre todo los cuadros de base, los que más directamente tienen que representar al "partido"). Tal diferencia es la que le da sentido al considerable rechazo del cuadro político organizado, por parte del movimiento popular. Hemos intentado antes destacar que este rechazo, lejos de

8 Solo formalmente, desde luego. Es decir, abstracción hecha de su finalidad.

coincidir con un estado de despolitización o de depresión del movimiento de masas, es, al contrario, el rasgo más notable de la recuperada vitalidad de este.

En los últimos años, la quiebra de las organizaciones tradicionales ha extendido la convicción sobre la existencia de un profundo vacío de dirección revolucionaria. Es un hecho que esa convicción se ha sentido —y se ha expresado— de distinta manera en el seno del movimiento de masas y en el interior de las organizaciones tradicionales mismas. En estas últimas, se ha enfrentado el problema, por un lado, con esfuerzos a menudo patéticos por renovar el lenguaje y, sobre todo —muy a la moda—, por un tardío nacionalismo. Por otro lado, los menos ingenuos en materia de posibles resurrecciones políticas, los más sensibles a lo que juzgan el espíritu de los tiempos y los más avisados sobre los chances del evidente deterioro del conjunto institucional, han abordado el problema por la vía de las soluciones "nuevas". En los últimos años, todas las organizaciones tradicionales —incluidas algunas de corta y hasta reciente "tradición"— han dado origen, de su seno y con su gente, a nuevas y hasta novedosas organizaciones que "ahora sí", garantizan la idoneidad de la conducción popular.

Invariablemente, la creación de estas nuevas organizaciones ha sido un acto puramente administrativo, sujeto siempre al siguiente inmutable guión: un grupo, más o menos numeroso, de exmilitantes de un partido dado, deciden —al no más romper con este— celebrar una reunión en que, paradójicamente se hacen esfuerzos porque se desarrolle en el cuadro de la legalidad partidista rechazada; es decir, paradójicamente, al reunirse para constituir, aplican sus esfuerzos a que la reunión sea lo menos constituyente posible. Allí, en ese punto muerto entre la inercia y la iniciativa, aprueban un programa, unos estatutos y una estructura jerárquica. Inmediatamente, se aprueba una declaración política al país que tiene, siempre y en todos los casos, el sentido siguiente: al fin, Partido Habemus. He aquí el Partido que esperábamos. Conócelo. Reconócelo. Afíliate. Milita. Confía en él, etc. A partir de su fundación,

toda la llamada construcción del partido se limita, simplemente, a hacerlo crecer.

Una regla invariable, en la fundación del nuevo partido, es una serie de pactos y arreglos ominosos dirigidos a conservar las jerarquías disidentes y no, por cierto, por lo que tengan de disidentes, sino por lo que tenían de jerarquía. Y todo, claro, en nombre de la unidad, en nombre de las necesidades de la cohesión.

De todos estos arreglos, ninguno más constante en todas las divisiones, que el dirigido a ignorar el pasado. No a acomodar y hermosear el pasado, según las necesidades del presente (por más cuidado que se ponga en tan difícil tarea, siempre se arriesga la rotura de los techos de vidrio, y conservarlos intactos es precisamente la base del arreglo), sino a ignorarlo, simplemente. Dada la agitada y comprometedora política venezolana, durante el último decenio este celo por el pasado va dirigido, en primer lugar, a las cuestiones de ese período y, dada la desigual y a veces encontrada participación de los disidentes en la crisis del partido matriz, los inevitables manejos fraccionales a que se halla reducida la lucha interna en nuestras organizaciones políticas, etc., este celo por el pasado va dirigido, también, a la génesis del nuevo partido, a la crisis del partido matriz.

De esta manera, sigue ocurriendo que las peores tradiciones se conservan, continúan y hasta se fortalecen. No porque no se hable de él, el pasado deja de existir, pero el conocimiento acabado del mismo se mantiene confinado a los que lo vivieron, pasa a ser un arcano de iniciados. En otras palabras, la experiencia política que es, por lo demás, uno de los ingredientes fundamentales de la formación política, se convierte en uno de los más importantes factores para la perpetuación de esas inamovibles y curiosas castas jerárquicas, que hacen de la condición del dirigente político venezolano una especie de profesión inmutable y vitalicia. Así, por ejemplo, nadie mejor emplazado para intentar la crítica del decenio adeco, que los dirigentes del MEP; sin embargo, es un hecho que nadie parece estar menos dispuesto que ellos para emprenderla. En tal ambiente, es perfectamente natural que se desarrollen

nuevas sacralizaciones y nuevos condicionamientos. Es perfectamente natural que el partido devenga, de nuevo, un fin en sí mismo.

23.- En todo caso, parece que no hubiera una forma distinta de resolver el problema de la vanguardia, que imaginarla como el inicio y el fin del movimiento popular, como su alfa y omega. Fundamos el partido —y a partir de ese acto por medidas administrativas que resuelvan la distribución de los cuadros “ya determinados”, la “penetración” en sectores que se juzgan fáciles o importantes, por iniciativas efectistas de propaganda, etc.— aspiramos a la formación de un movimiento de masas que nos crea, nos apoye y nos siga.

Y en la propia fundación damos todo tan acabado y resuelto que, al movimiento de masas y a la militancia de filas, en un alarde de participación a la moda y de modestia, también a la moda (por el estilo de declarar que “no monopolizamos la verdad”, etc.), le garantizamos, incluso estatutariamente, que su opinión será tomada en cuenta (lo que, desde luego, en sí mismo no significa nada, pero aparece como una tremenda concesión democrática), le garantizamos que podrá influir en la elaboración de nuestra política, en su práctica y eventualmente en su “enriquecimiento”; pero cuidándonos de que no pueda participar, aunque sea por la vía elemental del acceso a la información, en la composición de la vanguardia misma. Un mecanismo de esta clase creemos que conduce fatalmente a la recomposición de las roscas internas, al fortalecimiento del espíritu y de la práctica de círculos innominados y vergonzantes, a la elevación, en fin, del papel de los hombres y mecanismos del “aparato”.

Incidentalmente, es bueno señalar que estos aparatos, que en conjunto tienen un nítido perfil y un celoso espíritu de cuerpo, tienden a ser por dentro desdibujados y amorfos. Dirigentes hay, que al calor de ellos han llegado a ser tales, a quienes se les reconoce un no se sabe cuál oscuro poder para influir en las decisiones y manejos internos, pero de quienes pocos pueden presumir de haberles oído una opinión concreta sobre un asunto cualquiera. Estos aparatos coexisten con los que la jerga partidista llama “hombres de masas”. Cuadros de naturaleza distinta, con una concepción generalmente

diferente y hasta opuesta sobre las implicaciones, los deberes y el sentido de la vocación revolucionaria. Cuadros particularmente útiles cuando la política rebasa los moldes partidistas, cuando se trata de elecciones, asambleas, relaciones amplias, etc. Cuadros de este tipo son y se hace lo posible porque sean poco numerosos y de un efectivamente escaso poder de decisión en el conjunto del partido. Sin embargo, tienden a funcionar (a menudo para mal) como una especie de conciencia interna y como una piedra de tranca para las arbitrariedades y pequeñeces.

24.- Pero la construcción de la vanguardia consiente, en las condiciones venezolanas, otro tratamiento. Partiendo de que sin ella el movimiento popular no llegaría nunca, en su propio beneficio y con arreglo a sus propias metas, a participar de luchas políticas decisivas. Es decir, partiendo, al fin y al cabo, de la necesidad de la vanguardia pero, al mismo tiempo, previendo su probable envilecimiento podemos, sin embargo, intentar contribuir de otra manera a la solución de este problema, el más alto e importante, a nuestro juicio, del movimiento revolucionario actual.

25.- En efecto, si alguien puede concebir la fundación de un partido político como el comienzo de un movimiento revolucionario, ¿por qué es imposible imaginar la construcción de una organización política de avanzada, no como el comienzo, sino como el resultado de un movimiento revolucionario, en un cierto grado de su desarrollo?

¿Por qué no es posible que en una serie de activistas populares se acuerde la intención de alentar, en el curso de las múltiples prácticas de masas que diariamente realizan, las tendencias que eventualmente eleven el nivel de conciencia y organización de las masas?

¿Por qué no es posible que quienes están convencidos de la necesidad de elevar a un nivel político la asombrosa y espontánea capacidad de movilización de las masas, le den el contenido que supone esa convicción, a su diaria y permanente práctica en el seno de ellas?

¿Por qué no es posible participar en las infinitas y variadas formas del movimiento popular, con el deliberado propósito de completar el justo y extendido escepticismo sobre los partidos existentes, con una positiva confianza de que las masas pueden y deben resolver por sí mismas el asunto de su dirección política?

¿Por qué, en fin, un activista político está condenado, para que su acción tenga significación, a terminar militando en estructuras que íntimamente rechaza, con estilos, mentalidades y prácticas que no concitan su entusiasmo?

26.- Pues bien, de eso se trata. Lejos de partir de una estructura partidista ya dada y trabajar en consecuencia en su beneficio, confiamos en que el movimiento de masas pueda tomar en sus manos la tarea de producir, de su seno y bajo su observación y control, un nuevo liderazgo. Estamos convencidos de que la experiencia del movimiento apunta, cada vez más, en esa dirección.

Partimos de que la situación general del movimiento popular, su creciente politización y su extendido rechazo al cuadro político organizado crea no solo la necesidad, sino también la posibilidad para un esfuerzo por una organización política desde abajo.

Concebimos que la eventual cristalización de una actividad en el seno de las masas, con este expreso propósito, no es solo una tarea práctica, ni siquiera una pura tarea organizativa, sino que supone, además, y sobre todo, un esfuerzo conscientemente dirigido a buscar una base política común, un estilo político común, una apreciación política común. En este sentido, la tarea de la construcción de una vanguardia, genéticamente ligada al movimiento de masas, que se quiere surgida de su práctica y de su experiencia, es también una tarea de construcción ideológica. Paralelo y como parte del reconocimiento de los cuadros surgidos y probados en mil formas de actividad popular, conflictivas y ordinarias, se produce el descubrimiento y la concentración de las ideas revolucionarias. Este esfuerzo no puede ser otro que uno polémico, abierto y franco, donde hagamos lo posible y vigilemos porque la argumentación y la síntesis de la experiencia práctica sean los instrumentos del mismo. Sin embargo, nadie va en cero a una actividad que se reconoce tan

francamente política, y así como la práctica de las masas preexiste a cualquier planteamiento político, de la misma manera las ideas preexisten a cualquier planteamiento de trabajo. Reclamar entonces una discusión cuya oportunidad está madura, iniciándola simplemente, es lo que le da sentido y destino a estas notas.

Haremos todo lo que podamos por lograr, en torno a ellas, un acuerdo sustancial entre un número significativo de activistas populares.

Julio de 1971

Nota sobre la lucha armada guerrillera en Venezuela

I

Un intento serio de explicar y asumir en una nueva política revolucionaria la experiencia de la lucha armada guerrillera en Venezuela debe partir de la siguiente constatación: a diferencia de otros países, en Venezuela la guerrilla no surgió como consecuencia del desarrollo de la lucha de clases en el campo. La actividad guerrillera que comenzó en nuestro país en el primer semestre del año 62 y que con cambios esenciales se mantiene hasta ahora no fue, ni ha llegado a ser, el resultado del deterioro ni de la agudeza de las relaciones sociales en el medio rural. A diferencia de China, de Vietnam y en buena medida, de Colombia, Venezuela no ha producido y no ha vivido una guerra campesina. De una guerra de tal clase nuestro país no ha tomado sino los teatros de operaciones, e incluso esto último no resulta sino relativa y parcialmente cierto.

Pero, por otra parte, debe resultar igualmente evidente que la actividad guerrillera en la política venezolana de este decenio no es asimilable a las heroicas pero episódicas luchas de este tipo o a los intentos por practicarla, que revolucionarios latinoamericanos han realizado en algunos otros países de nuestro continente[9]. Esta

9 Creo que queda entendido que Colombia no forma parte de los "algunos otros países". Debo admitir ahora que también debe hacerse excepciones con Guatemala. En todo caso o en la prédica o en la práctica, casi toda

otra diferencia específica de lucha guerrillera venezolana tiene, al examinar nuestro inmediato pasado, una resonancia particular: en efecto, más de un crítico —y no solo por cierto desde el gobierno sino, al contrario, haciendo ejercicios de análisis revolucionario— se apoyó en la ausencia ostensible de relaciones sólidas entre nuestras guerrillas, y el grado de conciencia y actividad de las masas campesinas para llegar a la fácil, superficial y equivocada conclusión de que las guerrillas no eran y no expresaban un movimiento de masas, que no eran sino expresión del vanguardismo de unos pocos e impacientes ilusos y que, finalmente, sus causas se agotaban en una emocional y acrítica asimilación de la experiencia cubana.

En resumen, la explicación de la lucha armada en el campo venezolano no es en el campo donde hay que buscarla. No se puede, por ejemplo, intentar seriamente asociar su origen con los "frentes por el Derecho al Pan"; sin duda, la expresión más alta de la lucha campesina durante el año clave de 1958. Tal explicación tampoco se encuentra, desde luego, fuera de la sociedad venezolana. Ni siquiera —lo que bien podría ser el caso— en la historia de las ideas, discusiones y emociones del reducido sector de la intelectualidad revolucionaria.

Tenemos, entonces, que repensar el asunto guerrillero haciendo un esfuerzo por atender la situación de conjunto de la encrespada y promisora vida política venezolana de los años setenta. Al atender esa situación debemos acudir lo menos posible a los expedientes ciertos, pero excesivamente generales relativos a nuestra condición de país dependiente, a la distribución del ingreso, en unos casos, atrasada y en todos los casos antipopular, estructura de la propiedad de la tierra, al hombre secular, etc. Claro que las realidades que estos y otros expedientes básicos parecidos reflejan están en el fondo de cualquier acontecimiento

América vivió un *boom* guerrillero después del triunfo de la Revolución cubana. Sin embargo, lo que quiero decir es que la explicación del fenómeno se vuelve mucho más complicada y exigente de una consideración específica, de los casos de Colombia, Guatemala y Venezuela.

o proceso político, y su relación más o menos directa con ellos es siempre demostrable. Pero, en primer lugar, esta relación se ejerce siempre a través de mediaciones concretas, de circunstancias que son las que determinan el mecanismo del proceso. Y, además, expedientes de esa clase, tan a menudo usados como justificación histórica y social de cada acción y cada conducta revolucionaria concreta, no pasan de ser condición necesaria; y su relación con las necesidades de un movimiento que tiene el deber de completar y mejorar la experiencia, ahondando en el estudio de la práctica que la produjo, es no solo elemental y prácticamente insignificante, sino también, a menudo, francamente diversionista.

La necesidad del estudio de la política venezolana de los años sesenta y, con ella, de la lucha armada guerrillera de esos años, es desde luego evidente para los revolucionarios. A satisfacerla están dedicados los que la jerga política llama "balances", y la prensa y los materiales de la izquierda han publicado en forma de cartas, artículos y resoluciones de organizaciones, trabajos que implícita o expresamente se presentan como balances del período. Incidentalmente, parece lógico señalar que el hecho mismo de que la mayoría y, con mucho, la más importante de la literatura de izquierda de los últimos tiempos, al referirse a la política de los años sesenta, se presente como literatura de "balance" debe querer decir que esa importante mayoría considera a ese período como cancelado, sin relación alguna, salvo la pedagógica con su práctica actual.

Pero no solo está la cuestión de la experiencia de una generación y de un movimiento tan directamente ligados a la política de esos años. Además, está el hecho de que en la primera mitad de la década del sesenta se condensó mucho de nuestra historia y de que, consecuencialmente, varios e importantes problemas de nuestra sociedad tienen sus raíces precisamente en esos años y estas dos cosas, la consideración histórica y la clave para la comprensión de la actualidad, rebasan con mucho las necesidades de las fuerzas comprometidas desde uno y otro lado en los acontecimientos. Entonces, es legítimo y no debe resultar ocioso referirse a ellos.

II

El verdadero eje de la lucha armada en nuestro país fue la ciudad, y la guerrilla rural en ningún momento llegó a ser otra cosa que la derivación de la insurrección hacia el campo. No hay ni hubo ningún foco guerrillero venezolano que se haya transformado lo suficiente para llegar siquiera a proponer consignas de carácter agrario y con significación local. Las guerrillas trabajaron siempre con las categorías políticas de la lucha urbana. Todos los documentos conocidos de las guerrillas, si por algo se distinguen de los materiales colombianos de igual tipo, es precisamente por su bajo nivel de conciencia ante la realidad campesina —incluso y esto es especialmente notable— la de su propia zona de operaciones.

Si lo que decimos es cierto, en Venezuela lo importante es considerar qué pasó con la insurrección. Insurrección de la cual la guerrilla fue solo una expresión; expresión, es cierto, la más espectacular, la más "a la moda" y la más ceñida a un curioso pensamiento revolucionario europeo que parece no imaginar otra posibilidad ni esperar otra cosa de las sociedades del tercer mundo. Siendo así, la guerrilla tenía que ligar su suerte política a la suerte de la insurrección, programar su actividad según las necesidades y las exigencias de ella. La gradación y el ritmo operacional, las oportunidades, el carácter y el sentido de sus acciones subordinarse al cálculo insurreccional[10]. Pero esto no fue lo que ocurrió, al menos en el nivel de la conciencia y las decisiones políticas.

10 Según describe Marx, en España, cuando la guerra de resistencia contra Napoleón, las guerrillas surgieron como una consecuencia y quedaron como demostración de la incapacidad de la Junta Central para organizar y dirigir la defensa nacional. Así, las guerrillas locales fueron el sustituto lógico de la incapacidad y de las omisiones de la dirección central. En Venezuela debía haber sido exactamente al revés: en nuestro país la insurrección plantea tal clase de problemas, que algunas formas de guerrilla rural tienen que incluirse en su planificación y, de esta manera, su existencia vendría a ser una prueba de la capacidad de cualquier "Junta Central". Debemos, sin embargo, aclarar que al revisar la historia reciente lo dicho valdría solo, y esto con limitaciones, para la presencia guerrillera. En realidad, aquí como en la España que consideró Marx, habría que decir que el régimen operacional de las guerrillas, sus acciones militares, se dejaron de realizar como una consecuencia y

Es decir, puede ocurrir que una situación potencialmente insurreccional plantee a las fuerzas interesadas en desarrollarla la necesidad de alguna clase de actividad guerrillera rural, de la misma manera que la realización de cualquier empresa puede exigir que se acometan obras diferentes e incluso formalmente contradictorias con la actividad principal. La vida diaria ofrece innumerables ejemplos de esto. Pero los límites de las obras accesorias vienen dados por las necesidades de la actividad fundamental y, en cada caso, se espera de la dirección que mantenga conscientemente las proporciones, reduzca los despilfarros y que, sobre todo, conserve la unidad y la jerarquía del propósito. Pues bien, en el caso que nos ocupa, la relación entre la actividad guerrillera y el conjunto de la política revolucionaria, esta "espera" resultó ser vana. Entonces, cuando decimos que la guerrilla en Venezuela fue la expresión rural de la insurrección, la derivación hacia el campo de una situación política crítica, no debe entenderse que fue una derivación planificada y una expresión consciente.

Sin embargo es necesario decir lo siguiente:

Veamos, en primer lugar, algo más de cerca esta cuestión de la dirección.

Más adelante volveremos sobre el asunto, tratando de considerar algunas situaciones que presionaron sobre la dirección de entonces, reduciendo ese ingrediente tan enormemente importante de su capacidad que es la confianza en ella y la confianza de ella en sí misma. Por ahora, tratemos simplemente de registrar algunos rasgos que, sin importarnos si matizan o endurecen la crítica, permitan ilustrar un poco más sobre aquel período:

El rápido crecimiento en amplitud e intensidad de las luchas populares urbanas, sobre todo caraqueñas, desde el propio 23 de Enero; la extraordinaria radicalización de las masas, de nuevo particularmente en Caracas, su asombrosa agilidad para movilizarse, su despertada sensibilidad política y su indiferencia ante

---

quedaron como demostración de la incapacidad de nuestras "juntas centrales", cuya falta de elaboración, precisión y seriedad en estos asuntos fue asombrosa.

el riesgo; la aparición de fuertes corrientes de novedoso signo en las más conspicuas instituciones del Estado, en los más variados sectores y en los más importantes partidos políticos; la conversión de la Cámara de Diputados en una expresión del rechazo popular a la política gubernamental; el deterioro creciente de la coalición de gobierno y su rápida ruptura; la crítica —oficialmente fue calificada de "recesiva"— situación económica y fiscal, y la impopular política con que se la enfrentó. Todo esto parece hacer incuestionable una situación revolucionaria ascensional con ocasiones potencialmente insurreccionales. Pero es necesario recordar que era la hora de Cuba y toda la magia guerrillera, tan magistralmente acreditada por ese fresco ejemplo de iniciativa revolucionaria, hacía que todo intento de pensar la actividad rural en términos distintos a los cubanos tuviera que nadar contra una corriente verdaderamente avasallante de "vocación" guerrillera.

Incidentalmente, queremos señalar que cuando nos referimos a los intentos de pensar la actividad rural en términos distintos a los cubanos, no estamos considerando para nada cierta crítica de la lucha guerrillera que se usó mucho aquellos años, que se utilizó y se utiliza para justificar deserciones e inhibiciones, y que hoy le da contenido a sabias reconvenciones, prevenciones y advertencias. El truco de esa sedicente crítica consiste en considerar la lucha guerrillera como aislada, como no inscrita en la situación general de los primeros años de la década del sesenta, como asimilable e idéntica, en su origen, a las de algunos otros países latinoamericanos. Por esa vía, se usa la crítica a la lucha guerrillera para rebajar la intensidad y la profundidad de la crisis política venezolana durante los años sesenta. Como se ve, esto no tiene nada que ver con "pensar en términos distintos a los cubanos", sino al contrario, de lo que se trata en este caso es de un pensamiento concebido en términos distintos al criterio revolucionario. Debemos, entonces, insistir: para que las guerrillas surgieran en Venezuela, como en otras partes de América, bastaba con la experiencia de Cuba y con el entusiasmo que ella despertó. Pero, para que la guerrilla venezolana lograra la amplitud, la vitalidad y la permanencia que

logró, se hacía necesaria una situación esencialmente revolucionaria, coyuntural, como la que vivimos durante esos años.

De todas maneras, la sola referencia a la vocación guerrillera despertada por el triunfo de la Revolución cubana arriesga el que nos engañemos sobre las responsabilidades del período. Al referirme al entusiasmo guerrillero y al relacionarlo con Cuba, lo único que he intentado es subrayar que resulta demasiado fácil reprochar "ahora" a la dirección de la época, no haber impedido que ante un cuadro insurreccional tan evidente como el de los años sesenta, se produjera una deformación guerrillera. Es decir, que hubiera permitido que la actividad guerrillera y, mucho más que la actividad, que la política guerrillera, fuera más allá de las necesidades de la insurrección. Pero mucho más superficial y equivocado sería excusar esta "debilidad" de la dirección achacando el problema al triunfo de la Revolución cubana. Una simplificación de tal clase sería grosera porque:

1°) Con excepciones casuales y esporádicas, la propia dirección fue agente de la generalización apresurada de los rasgos específicos del proceso cubano. 2°) Es cierto que sin el triunfo cubano, tal vez no se hubieran producido las deformaciones guerrilleras que afectaron el cuadro insurreccional de los años sesenta; pero, 3°) también es cierto que sin el triunfo de la Revolución cubana es improbable que este cuadro insurreccional se hubiera producido.

Por otra parte, considerando ahora sí opiniones pertinentes, podemos afirmar que se hicieron esfuerzos por parte de algunos dirigentes revolucionarios de oponerse a la emoción guerrillera predominante y de pensar y dirigir de acuerdo a las realidades nacionales de la época. Pero estos esfuerzos fueron realizados circunstancial y esporádicamente, de modo inseguro y poco firme y, sin duda, de manera insuficiente.

Además, esfuerzos de esa clase para que sean eficaces, tienen que hacerse siempre de manera abiertamente polémica, pugnando franca y frontalmente contra las concepciones y prácticas que parezcan inconvenientes, intentando abiertamente convertirse en concepción dominante y hasta única para todo el movimiento.

Es evidente que este no fue el caso. Al contrario, cada dirigente cuidó con celo su esfera de influencia y aplicó en ella sus opiniones evitando también allí toda confrontación seria. En efecto, hasta que la llamada política del repliegue dilematizó tan tajantemente las opciones de los revolucionarios, las discusiones fueron poco claras y de escasa envergadura o no fueron absolutamente.

La escasa discusión, la renuencia a desarrollar la lucha ideológica, la mezcla de desprecio y temor que la mayoría de los cuadros de la época sentíamos por la práctica teórica, los esquemas organizativos rígidos y sacralizados que, concebidos o no para eso, limitaban las búsquedas, confrontaciones, constataciones y ajustes insuperables de una elaboración política rica y creadora; todo esto ha venido acompañando en mayor o menor grado, pero siempre en alta medida, a los movimientos políticos venezolanos de cualquier signo. Pero este mal crónico que provoca esa referencia constante y ritual a "nuestro bajo nivel ideológico", presente en todas las autocríticas, se mantuvo en un período y ante una situación compleja y exigente. Tal situación que además de intensa resultaba insólita para los revolucionarios y, por consiguiente, los encontró en un estado de preparación política y técnicamente lamentable, tendía naturalmente a provocar diferencias más o menos profundas, a revelar discrepancias latentes, a poner a prueba la unidad y la fraternidad y a descubrir lo frágil e inestable de todos los monolitismos. No pudiendo resolverse en el estrecho terreno de nuestra lucha ideológica, asomando apenas en polémicas limitadas y casuales, las discrepancias no encontraban otra salida que la llamada "política de los hechos cumplidos", los cabildeos y mentideros, los manejos administrativos y las zancadillas. Esta forma de expresión bastardeó las diferencias, envileció las relaciones entre los cuadros y redujo la lucha de opiniones a una serie de fricciones y recelos entre grupos de existencia más o menos reconocida, y cuyos perfiles venían dados por una común localización geográfica, por una misma esfera de trabajo o por una determinada jefatura.

Veamos ahora, en segundo lugar, un poco más de cerca la cuestión de la subordinación de una posible actividad guerrillera en

una planificación insurreccional que la incluya. Tal acercamiento es necesario porque relaciones como esta, tan esquemáticamente expresadas, tienden a producir simplezas en su interpretación. Por eso, conviene añadir que aún en el caso —que, por cierto, no fue nunca nuestro caso— de la planificación insurreccional más lúcida, consciente, seria y precisa, siempre tiene que quedar un margen para la programación autónoma, en el "campamento", del desarrollo guerrillero.

En situaciones como las consideradas, la tendencia al autonomismo guerrillero actúa como una necesidad. Esto es así porque el carácter específico de la actividad guerrillera puede y, de hecho, tiene que plantear situaciones militares y/o de masas locales que son imposibles de prever en un plan insurreccional y que resulta, además, inútil pretender dirigir y resolver desde un centro único de dirección de cualquier clase. Más aún, resulta vana esa pretensión en un centro que estamos suponiendo como de naturaleza y preocupaciones no guerrilleras, no rurales. La especificidad guerrillera puede, además, producir necesidades —que, en ocasiones, llegan a ser enormemente importantes— morales y de preparación del propio destacamento. Necesidades que resulta improbable que se satisfagan con la simple expectativa insurreccional y que pueden, por consiguiente, forzar decisiones *in situ*. Finalmente, una última apelación, a favor de ese grado relativo de autonomía para una actividad guerrillera de esta clase, puede derivarse de ese capítulo permanente de indeterminación en las cuestiones sociales que deja, aun en las situaciones insurreccionales más obvias y evidentes, abierta la posibilidad de que "la vida se desarrolle de otra manera".

Por consiguiente, incluso la guerrilla más subordinada a un plan insurreccional urbano tiene que dominar y, en cierto sentido, atender las categorías de la acción desde el campo; las categorías que con tanto acierto Mao Tse-Tung llamó "guerra prolongada"; las categorías de "base de apoyo", "zona liberada", etc., y, sobre todo, la idea tan diametralmente opuesta a la perspectiva insurreccional, de la guerrilla como embrión de ejército. Claro que este margen de autonomía guerrillera tiene que manejarse en una situación

como la descrita, con un criterio básicamente restrictivo. La cuestión está en que la regulación del esfuerzo rural en un movimiento, que no tiene en el campo ni su centro ni su mayor esperanza, debe descansar, sobre todo, en la lucha ideológica contra el guerrillerismo y no en los manejos administrativos. Debe quedar entendido que el soporte fundamental de esta lucha ideológica es la claridad y justeza de la línea insurreccional, la firmeza y seriedad de la línea política y la evidencia de la identificación de la dirección con ella. En una palabra, la resolución indudable de la dirección.

III

Volvamos a Venezuela y al período que nos interesa considerar. En efecto, ya hemos visto que una situación continental hace por sí misma explicable la aparición de la lucha guerrillera en nuestro país. Hemos dejado también constancia de que solo una determinada como coyuntural situación nacional permitió la amplitud y permanencia del fenómeno.

Creemos igualmente que, con lo dicho hasta ahora, queda aceptablemente claro cómo ante realidades que reclamaban una política insurreccional básicamente urbana y, más aún, caraqueña, pudo la lucha guerrillera adquirir tanta preeminencia y jerarquía. Sin embargo, es solo con la última consideración general con la que aparentemente se atiende a la progresiva y acelerada autonomía del movimiento guerrillero con relación a las direcciones políticas de esos años.[11]

Pues bien, la atención que le hemos prestado a este último asunto creemos que induce a error, razón por la cual el tema consiente y exige una mayor aproximación.

11 Este proceso de autonomía creciente del movimiento guerrillero, inicialmente desarrollado por oposición a las direcciones políticas generales del movimiento revolucionario, degeneró posteriormente en la práctica autónoma de los destacamentos en relación a las propias direcciones guerrilleras. La multiplicación de comandancias, jefaturas, organizaciones y siglas son los signos de esta degeneración. El primer proceso fue uno de los capítulos de un período rico en posibilidades revolucionarias. El segundo tiene con ese período una relación puramente miasmática y no nos interesa para nada.

En efecto, de la consideración general podría concluirse que en Venezuela, y para la situación concreta de los años sesenta, la autonomía guerrillera surgió como una consecuencia de la debilidad, insuficiencia y/o error de planificación de la dirección insurreccional. Sin embargo, si nos acercamos con más cuidado a las realidades de esos años, aparece inevitablemente una pregunta que, por lo demás, el solo hecho de que sea legítimo hacerla, hace innecesaria la respuesta: ¿Pero es que acaso realmente ocurrió, derrotada o no, alguna insurrección en Venezuela durante los años sesenta?

Debe ser evidente que existió una situación revolucionaria abierta en el propio 23 de enero que no fue culminada por las luchas asociadas a esa fecha y que, por consiguiente, no dejó de profundizarse y agudizarse durante el gobierno de Betancourt. Creo que es igualmente cierto que en el curso del desarrollo de esas condiciones revolucionarias se vivieron situaciones insurreccionales. Pero así como las condiciones revolucionarias no producen fatalmente revoluciones, las situaciones insurreccionales no rematan inevitablemente en insurrecciones. Una insurrección supone el propósito deliberado de realizarla. De tomar el poder político por su preparación consecuente. Este propósito y esa preparación es lo que de "blanquismo" tiene la insurrección; y lo que diferencia y radicalmente separa a ese propósito y a esa preparación del "blanquismo" es precisamente el hecho de que se ejercen en situaciones insurreccionales y atendiendo a las realidades de masas creadas en ellas. Y no parece que nadie haya desarrollado y efectivamente aplicado un propósito tal, durante las conspicuas situaciones que en esos años se vivieron. Una cosa distinta a la insurrección son las llamadas batallas urbanas. No tenemos razón para suponer, por ejemplo, que cuando los argelinos se refieren a la Batalla de Argel y no a la Insurrección de Argel, lo hacen por modestia. Parece más cierto aceptar que la llaman así porque fue "solo" eso: una batalla en la ciudad y hasta —política e ideológicamente— por la ciudad. Pero no existía —que se sepa o, al menos, que sepamos nosotros— el objetivo de que esos combates resolvieran por sí mismos y directamente el control del gobierno en la ciudad.

Ahora bien, Caracas fue escenario de varias batallas que por su forma, virulencia y destacados episodios atrajeron la atención del mundo. En el fondo de todas ellas estuvo, sin duda, la política antinacional y antipopular del gobierno de Betancourt, y en el origen de cada una aparece siempre una iniciativa agresiva y provocadora de esa política. Lo que no es demostrable, pero que siempre se podrá con razón suponer, es que dado el carácter frío y habituado a las maniobras del Sr. Betancourt, tales iniciativas y provocaciones respondían al calculado propósito de desgastar en revueltas un movimiento y una situación como la que tuvo y la que vivió Venezuela en los años inmediatamente posteriores al 23 de enero. Además, un cálculo de esta clase siempre deja abierta la posibilidad, ciertamente aprovechada con amplitud por Betancourt, de considerar como insurrecto y tratar como tal al movimiento, independientemente de su verdadera naturaleza.

Incidentalmente y a manera de paréntesis, creo que puede resultar útil legitimar la sospecha acerca del carácter esencialmente provocador del gobierno del señor Betancourt. En efecto, con el 23 de enero la sociedad venezolana había superado una etapa pero, sin duda, la evidencia de esa superación resultaba atenuada y deformada por la carga de ilusiones y buena fe que habitualmente acompañan la mocedad de los movimientos populares. Fue la época en que los sectores más interesados en hacer irreversible ese formidable avance pretendieron lograr su interés, no por la vía de su profundización acelerada y avance ininterrumpido, sino por la engañosa lucha contra los espectros de la dictadura. Fue el propio movimiento popular el que al grito de "civiles a la junta", literalmente forzó la entrada a Miraflores de Bias Lamberti y Eugenio Mendoza, y convirtió a su obra más directa, esperanzadora y eventualmente útil, la Junta Patriótica, en un elemento decorativo. Sin embargo, pese a sus implicaciones profundas, ni la entrada de Lamberti y Mendoza, ni las defensas incondicionales del nuevo régimen, ni las generosas contribuciones obreras y populares a la estabilidad de la situación política y al reordenamiento constitucional, fueron cocinadas en Fedecámaras ni impuestas por

la fuerza. Al contrario, fue en la calle y con el concurso y el apoyo desprevenido de las masas y de sus dirigentes más acreditados como se hicieron posibles. Por eso, a pesar de su significado real, muchos de los acontecimientos negativos de 1958 se presentaban ante el pueblo y eran asumidos por este, no como derrotas sino, al contrario, como el resultado y la demostración de su fuerza. Y se presentaban así porque en efecto eran eso. Fue necesaria toda la frustración posterior y las amargas y dolorosas experiencias que vinieron, para que se comprendieran en su complejidad, para que se descubrieran como demostraciones de la fuerza popular y, al mismo tiempo, como prueba de la profunda debilidad popular. Pero, en todo caso, que las cosas ocurrieran así significó, además, que los retrocesos reales del movimiento durante 1958 no redujeron sensiblemente la moral de este ni resultara significativamente disminuido su ímpetu. De tal manera, para comienzos del año 59 la situación estaba todavía lejos del ideal congelado de las clases dominantes, y el movimiento popular estaba en condiciones de seguir avanzando.

Con la llegada de Betancourt al poder las cosas comenzaron a transformarse. Ya resultaba premonitorio la toma policial y militar de Caracas cuando su investidura y el carácter agresivo y el tono destemplado de su discurso inaugural como presidente. El plan de emergencia de Larrazábal fue sustituido por el alevoso y camorrero abaleamiento de los desempleados en la Plaza de la Concordia, en agosto del 59. Comenzó el asalto a tiros de los sindicatos. Por cierto, más que los asaltos mismos, lo que reveló la situación del movimiento obrero y la tendencia de su conciencia fue la respuesta del sector revolucionario a los asaltos: "votos sí, balas no". En efecto, los sectores revolucionarios nada tenían que temer de un desarrollo no violento de la situación. La violencia no respondía a su necesidad. Es evidente que su origen estaba en otra parte.

Sin embargo, lo que legítimamente podemos sospechar como provocaciones del gobierno Betancourt, y la agresividad nítida e indudable de su política, no pueden por sí mismas explicar la amplitud de las confrontaciones entre la oposición popular y el

gobierno. Es decir, las políticas impopulares y las acciones represivas han sido, en general, una constante en la conducta de los gobiernos venezolanos durante la mayor parte de nuestra vida republicana; entonces, el que motivos de fricción tan cotidianos en nuestra sociedad como las huelgas, las detenciones de activistas y las medidas impopulares adquieran tanto poder detonante, ilustra sobre la explosividad social concentrada en determinados períodos. Y esto fue precisamente lo que ocurrió con acontecimientos como la huelga telefónica de Caracas y la detención de Humberto Cuenca y Pérez Marcano en octubre y noviembre del 60, y con el asunto de los impuestos municipales para los vehículos en San Cristóbal. Más allá de su significación particular, acontecimientos como estos comenzaron a actuar como pretextos para que se expresaran conflictos sociales de enorme amplitud.

Retomando ahora el tema de esta nota, tal y como lo hemos venido considerando, podemos sintetizar: constada la responsabilidad clave del gobierno del señor Betancourt; la forma como su política condicionó, provocó y atizó los conflictos; pero ya dentro de la situación vivida y ante las tremendas exigencias de ella, debemos concluir que —con las excepciones dichas relativas a algunos dirigentes en algunos momentos y con la atenuante que se desprende de una cierta situación continental— los problemas centrales de la relación entre esfuerzo en la ciudad y esfuerzo en el campo, así como los problemas centrales —mucho más importantes, por supuesto— políticos y operacionales de la insurrección misma, quedaron librados a su desarrollo espontáneo. Que pese a ello, las conmociones vividas hayan sido tan intensas da una idea acerca de las condiciones existentes.

IV

Hasta finales del año 63, la sociedad venezolana estuvo sometida a una tensión extrema. Era general la sensación de que en esos años se estaba decidiendo el destino del país para un período de duración impredecible. La abnegación, la generosidad y el desprendimiento que califican a los cuadros y activistas en todas

las épocas, adquirieron dimensiones sociales: en el movimiento estudiantil y en la población de los barrios pobres de la ciudad, el perfil de la vanguardia se desdibujaba en la acción y sus límites se ampliaron en proporciones geométricas. Las consideraciones sobre el año de estudios y sobre la seguridad del empleo y de la casa quedaron solo para grupos reducidos, desmoralizados y aislados y, por consiguiente, de inocua influencia. A nivel de cada movimiento era patente la rebajada importancia de las llamadas reivindicaciones específicas, y la aceptación de que las luchas parciales se invirtieran en la profundización de la crisis general.

Sin considerar este clima, sin entender lo que significa como presión y sin comprender las posibilidades que alienta, sería inexplicable la ruptura de la coalición de gobierno, el enfrentamiento de la Cámara de Diputados al ejecutivo y la relativa neutralidad de algunos sectores.

Sin embargo, la imprecisión en la búsqueda de confrontaciones decisivas, la notoria falta de norte de cada enfrentamiento, terminó por darle a las acciones un progresivo carácter de aventura, incapaz por naturaleza de vencer la resistencia de los vacilantes y de impedir el recelo y la duda en los decididos. Como suele ocurrir, las imprecisiones con relación al movimiento concreto fueron paulatinamente sustituidas por apelaciones morales, por referencias a los más altos objetivos del menos amplio de los sectores participantes, y por tácticas cada vez más elaboradas e irreales. No es de extrañar que a comienzos del año 60 la tensión se hubiera relajado y el escepticismo hubiera ocupado el lugar del entusiasmo.

El debilitamiento de las luchas urbanas está en relación directa con el retiro del amplio apoyo que hasta entonces recibieron; con la pérdida de las simpatías y neutralidades que despertaron sus esfuerzos iniciales y le permitieron una enorme resonancia en el país durante los años 60, 61 y 62. Es decir, las movilizaciones masivas y las luchas que tal y como nacieron llegaron a interesar a oficiales del ejército, a sectores del clero y a partidos de tan escasa significación revolucionaria como Unión Republicana Democrática; el posible movimiento por el rescate de las libertades democráticas

conquistadas con la caída de Pérez Jiménez y en seguida conculcadas por Betancourt; el movimiento, en fin, llamado a cerrar, realizándola, la revolución popular y democrática iniciada el 23 de enero, se había transformado en una empresa no pertinente al margen de las fuerzas reales de la sociedad.

V

El 23 de enero amplió de repente la gama de las posibilidades de desarrollo de la sociedad venezolana. Entre esas posibilidades estaban incluidas, al parecer inesperadamente, las dirigidas hacia las formas de organización social más progresivas y audaces, más a tono con el contenido fundamental de nuestra época a nivel mundial. En este sentido, el 23 de enero fue una revolución política. Lo que implica que pudo ser el comienzo de un proceso revolucionario ininterrumpido, dirigido hacia una transformación completa, radical e irreversible de las relaciones sociales. Proceso este que resolviera en su curso, de una manera nacionalista, el perfeccionamiento de nuestra soberanía y la liquidación de la dependencia creciente que nos ata a los Estados Unidos.

En general, este es el sentido profundo de cualquier cambio político de carácter progresista. Sentido que varía en su significación histórica según sea más o menos nítido su carácter progresista, según sea más o menos activa la participación popular en el cambio mismo, y según queden más o menos afectados los mecanismos, sobre todo los mecanismos legales, de control y conservación de la situación política anterior. Pero este sentido profundo, inherente a cualquier cambio político de carácter progresista; es decir, el hecho de que haga surgir en la práctica la posibilidad de un desarrollo social nuevo, posibilidad esta absolutamente inexistente como alternativa en las condiciones anteriores a un cambio de tal clase, depende, en definitiva, según sea más o menos alta y según sea más o menos rápida la capacidad de las corrientes y sectores revolucionarios de aprehenderlo, de concebirlo, de revelarlo y de desarrollarlo.

Por ejemplo, pocos años antes que en Cuba, se dio en América Latina un acontecimiento político de contornos asombrosamente

radicales. Una revolución. Por la activísima participación popular, por las transformaciones institucionales, ejército incluido, por el replanteamiento de la cuestión democrática, por la nacionalización de la riqueza fundamental del país; por la democratización de la gestión educacional, sanitaria y, en general, de toda la actividad gubernamental, por la renovación, remozamiento y remoralización de la vida política y, además, por lo acelerado de las transformaciones; la Revolución boliviana no solo llenó de expectativa y esperanza a los movimientos patrióticos, democráticos y populares de toda América Latina, sino que consiente la comparación con la Revolución cubana de 1959. Ambas fueron, sin duda, revoluciones, y no es sino el resultado de una racionalización a posteriori concluir que una lo fue más que la otra. Es evidente que la posibilidad de un desarrollo, o mejor, de un languidecimiento a la boliviana de la Revolución cubana estaba encarnada en Urrutia y la mayoría del primer gabinete, y es conocido que no desapareció del campo de las opciones de la sociedad cubana sino después de una intensa y difícil lucha. ¿Fue o no una revolución el 23 de enero? ¿Es o no "la revolución" el insólito gobierno militar peruano o el triunfo electoral de Salvador Allende? Venezuela en aquella fecha, como ahora Perú y Chile, lograron condiciones que hacían para Venezuela —y hacen para Perú y Chile— posible el perfeccionamiento de la soberanía nacional, la ruptura de la dependencia y el desarrollo de un proceso de profunda transformación social. Cada uno de estos casos es, desde luego, único, específico, irrepetible e inimitable, y todos ellos son, por consiguiente, diferentes entre sí. Es diferente en cada caso el nivel y el grado de participación de las masas, la forma que reviste esa participación, las resistencias que despierta, etc. Pero todos tienen en común que pueden cerrar una etapa del desarrollo social y abrir una etapa nueva. El aumento extraordinario de las posibilidades de organización de las masas, la acelerada incorporación de ellas a la política, la intensificación del ritmo de los acontecimientos y, por consiguiente, la multiplicación y la intensificación de las experiencias populares, son rasgos siempre presentes cuando la sociedad es conmovida por cambios políticos de carácter progresista. En todo caso, es evidente que atributos tales

estuvieron presentes en la sociedad venezolana después del 23 de enero y a todo lo largo de 1958.

Ahora bien, parece que en situaciones políticas y de masas como las que asociamos a esa fecha, las posibilidades y tendencias dirigidas hacia un desarrollo progresivo ininterrumpido pueden ser gradualmente domesticadas y poco a poco reducidas hasta hacerlas languidecer y, finalmente, desaparecer. Pero la política del gobierno de Betancourt escogió un camino más directo, más frontal y —desde el punto de vista del "sistema"— ciertamente, más riesgoso de liquidarlas. En este sentido, el gobierno de Betancourt se presenta como lo más parecido que puede haber a un golpe de Estado y a una regresión dictatorial, conservándose en los límites, ampliados *ad-hoc* escandalosamente, de la "democracia representativa".

Esta política del gobierno de Betancourt que llegó, como ocurrió por ejemplo cuando la violación de las prerrogativas parlamentarias, hasta la ruptura formal con la ideología democrático-representativa, no podía menos que revivir el "elan" del 23 de enero y reactualizar sus posibilidades. Ya hemos dicho la sospecha de que este fuera un riesgo calculado pero, en todo caso, las luchas sociales recibieron así, de donde menos se podía esperar, nuevo y abundante oxígeno.

Esta reanimación de las condiciones coyunturales contó con un aliciente adicional: la radicalización de la Revolución cubana. En general, los avances sociales de gran magnitud y profundidad prefiguran para los pueblos que no los viven, parte esencial de su propio futuro. La universalidad de cada revolución que es, desde luego, la universalidad de todas ellas, la fuerza del ejemplo, constituye un agente subversivo de considerable importancia. En particular, para Venezuela, el ejemplo cubano adquirió un valor potenciado: resultaba no solo una muestra de la perspectiva, sino que implicaba, además, una crítica del pasado inmediato: una crítica del 23 de enero.

Por otra parte, los momentos iniciales del socialismo en Cuba estaban íntima y nítidamente asociados a un recientísimo pasado heroico de enorme poder seductor, y su relación en la agresividad

y pugnacidad de la política imperialista era meridianamente evidente para todos. La propaganda contrarrevolucionaria, la desinformación y la contrainformación sobre Cuba, el aprovechamiento avieso de las dificultades de ese país en su esfuerzo por construir una nueva sociedad en las condiciones del bloqueo norteamericano, etc., no habían todavía logrado reducir ni ensombrecer el atractivo de la Revolución cubana. La radicalización de la sociedad cubana no menguó la enorme amplitud de la aceptación de su camino. Basta, en este sentido, recordar la confusión de los reaccionarios criollos cuando la invasión de Bahía de Cochinos y el pudor y la discreción con que los activistas de derecha, ligados a los movimientos populares y estudiantiles, se enfrentaron a la corriente de simpatía con Cuba en esa ocasión: nadie se atrevió a defender a los mercenarios.

La liquidación del 23 de enero, mientras el movimiento revolucionario era y se presentaba como su defensor más consecuente y su más legítimo albacea, constituyó un manejo riesgoso y sectario de la dirección betancourista que devino, por la naturaleza del conflicto y lo impreciso de los resultados, dirección real de los sectores más dominantes, de mayores intereses y de más conspicuo carácter antinacional y reaccionario. En la medida en que el movimiento revolucionario conservó nítida su filiación con relación al 23 de enero, el gobierno revelaba debilidad y se enajenaba. En efecto, el gobierno con que se inicia Betancourt representaba más del noventa por ciento de los votos emitidos en las elecciones del 58, y más de la mitad del diez por ciento restante correspondían a un partido —el PCV— cuya actitud de expectativa exageradamente generosa distaba mucho de representar una oposición. Antes de que mediara su período presidencial tan importante gobierno, había sufrido la ruptura de la coalición, la salida del gabinete del más popular de sus ministros: el independiente Pizani, la división de Acción Democrática, la pérdida de toda la influencia anterior de ese partido en los medios juveniles y estudiantiles y la creación de un abismo insalvable con relación a las masas populares de las grandes ciudades, particularmente Caracas.

Para el desarrollo de su política, Betancourt contaba con la eficacia de sus provocaciones, con los recursos de fuerza, vasta e intensamente empleados en cada confrontación, y con las debilidades y limitaciones del movimiento revolucionario que debían llevarlo entre ilusiones, desalientos y desesperaciones, a una inconsecuencia suicida con respecto a su contenido inicial. Al final, privado de concursos vitales para la envergadura del conflicto planteado por Betancourt, el movimiento popular para los efectos del enfrentamiento físico quedaba reducido a sus sectores más radicales. Por otra parte, el gobierno de Betancourt, dada la naturaleza y los fines de su política, dejaba un margen sumamente reducido para un desarrollo puramente político de los enfrentamientos. Esta estrechez, este encallejonamiento al que Betancourt condenó la política venezolana de los primeros años sesenta, no podía menos que dificultar un replanteamiento del asunto por parte del conjunto del movimiento.

Con la pérdida de impulso de la lucha revolucionaria, con la mengua de su amplitud y con su ulterior derrota alrededor de 1964, las más brillantes posibilidades abiertas para la sociedad venezolana el 23 de enero, reavivadas durante los primeros años sesenta, desaparecieron como opciones reales. Ahora es impredecible cuánto demorará la recidiva: solo se puede afirmar que no es un asunto de paciencia y espera.

Fueron varias las causas de la derrota y no todas son, desde luego, responsabilidades de los derrotados. En general, aquellas de esas causas que se pueden referir a la conducta de los revolucionarios están asociadas al izquierdismo y al sectarismo. Hemos considerado cómo el izquierdismo influyó en el desarrollo de los acontecimientos durante las luchas contra el gobierno de Betancourt, y en qué considerable medida redujo las posibilidades de una victoria popular en ellas. Ahora debemos considerar el izquierdismo mismo e intentar explicar algunas de las razones que facilitaron su desarrollo.

En conjunto y sin, por cierto, ninguna excepción significativa, la izquierda venezolana venía de una política gris, ilusa y equívoca

durante el año clave de 1958. En general, la ilusión de ese período tenía el signo del oportunismo y facilitó enormemente la readaptación de los intereses dominantes a la nueva situación abierta en los comienzos de ese año. Ahora bien, la forma como el movimiento popular y sus reconocidas direcciones "expiaron" el pecado oportunista de ese año singular explica, en alguna medida, el radicalismo y el irrealismo izquierdista de los primeros años sesenta.

Los acontecimientos del 23 de enero y de los meses que siguieron a esa fecha encontraron a las masas populares con un nivel de conciencia y de cultura política que, en general, iba muy poco más allá del antidictatorialismo, de la democracia formal y del constitucionalismo. La fraseología democrática de la época; la reciente participación común de todas las fuerzas políticas en la lucha contra la dictadura; la falta de experiencias previas en cuanto a qué se puede esperar en materia de transformaciones sociales, de un régimen representativo cuyo sello lo ponga la burguesía; todo esto tendía a fortalecer las ilusiones populares, a robustecer la confianza en el conjunto de la dirección democrática y, de paso, a extender generosamente ese conjunto, incluyendo en él a cualquier sector o personalidad que no estuviera ostensiblemente ligado al gobierno perezjimenista de los últimos meses; a desligar el proceso político de la más elemental reivindicación social y, finalmente, a igualar en la pura condición democrática a fuerzas sociales de diferente contenido e intención.

En esa situación cualquier prevención contra las ilusiones, cualquier llamado a desarrollar la iniciativa y las fuerzas propias del movimiento popular, cualquier intento por hacer nítido su perfil y poner en discusión sus soluciones a los problemas nacionales, sonaba como una impertinencia y contra ella se dirigía toda la retórica de la unidad nacional. Sin embargo, era en impertinencias de esta clase en donde se podía depositar la esperanza de un desarrollo progresivo y de una continuidad revolucionaria para la fluida situación existente. Debe resultar claro que en ningún caso una política revolucionaria, dirigida a impedir el congelamiento de la situación, tenía que resultar en el aislamiento de los revolucionarios.

El enorme prestigio derivado de su consecuente lucha contra la dictadura y de la descollante participación en su derrocamiento, y la existencia de un movimiento de masas activo que, evidentemente, pese a toda su pujanza, estaba apenas a medio andar en el camino de su desarrollo, hacían vano cualquier temor a que una política audaz los condujera al aislamiento. En este sentido, a lo más que se le podía temer era a un cierto aislamiento en términos de la política "oficial" pero, en situaciones como las que vivió Venezuela en 1958, la política oficial no es precisamente la más importante de las esferas políticas.

Ahora bien, un replanteamiento de la política revolucionaria en el año del 23 de enero no podía esperarse que viniera de "abajo", no podía esperarse que surgiera espontáneamente del seno de un movimiento popular cuyo signo era precisamente la credulidad, las ilusiones y la conciencia puramente democrática. Además de que, recordando esa época, se puede sospechar que cualquier intento de esa clase y con ese origen, es decir, a contrapelo de direcciones con tan indiscutible prestigio, hubiera sido ahogado por la credulidad, las ilusiones y la conciencia puramente democrática que dominaba en las "alturas". Un replanteamiento de la política revolucionaria tenía entonces que venir, forzosamente, de las direcciones revolucionarias que, además, estaban bastante bien emplazadas para hacerlo viable.

Es, desde luego, imposible saber qué hubiera ocurrido si las direcciones revolucionarias hubieran acogido en 1958 una hipótesis del desarrollo social distinta a la que tuvieron. Qué habría pasado si la política de la vanguardia hubiera sido distinta. Sin embargo, lo que nos interesa para lo que estamos considerando no es acometer la empresa imposible de calcular los resultados de una política diferente en aquella época sino, simplemente, constatar la peculiar manera como se abrió paso en la mente de los revolucionarios la convicción de que su política del 23 de enero sufría de limitaciones esenciales, y la influencia que esta manera de ocurrir las cosas tuvo en el desarrollo posterior del izquierdismo. Incidentalmente es bueno subrayar que la crítica de la política del 23 de enero

no es formalmente, al menos, un tema polémico en el conjunto de la democracia progresiva venezolana. Es decir, pienso que hoy, con excepción de las direcciones de Copei y del betancourismo, ningún sector político está ni puede estar satisfecho de su conducta durante 1958.

Veamos, pues, el asunto que nos interesa.

Cuando la dirección sostiene apreciaciones que chocan con los sentimientos y opiniones dominantes, no tiene por qué esperar que sus criterios sean inmediatamente comprendidos y aceptados. En períodos ordinarios de desarrollo político, una esperanza de esta clase conduce, generalmente, al escepticismo en la vanguardia, y en situaciones políticas intensas, abre el camino de la impaciencia y de la desesperación. Claro que en ningún caso la solución para la vanguardia puede ser reducir, en beneficio de un sedicente realismo político, sus opiniones hasta el nivel general. Cuando esa diferencia se produce en períodos críticos, la dirección confía en que sus ligazones con el pueblo, las múltiples formas y ocasiones que le permiten explicar su política, consiguen impedir los equívocos, aclarar los planteamientos y vincularlos a la política cotidiana. Y en esas situaciones y, más aún, sometida a las presiones de una táctica revolucionaria, la política es por su ritmo acelerado una cuestión realmente cotidiana. La dirección confía, además, en que la velocidad de los acontecimientos pondrá constantemente a prueba su política y demostrarán su certeza. Pero la dirección confía, sobre todo, en que la propia experiencia de las masas al tomar la política revolucionaria como punto de referencia de su actividad les permite a estas comprenderla, sustituir con sus afirmaciones a las ilusiones y, al hacerla finalmente suya, enriquecerla, ajustarla y practicarla. Este proceso arroja, al final, un aumento de la autoridad de la dirección que suma a su prestigio inicial el hecho, comprobado por el pueblo y evidenciado por su experiencia, de que supo prever, de que supo descubrir los intereses y los caracteres sociales ocultos tras la política declarada, de que supo, en fin, revelar las posibilidades más serias y profundas presentes en la situación.

Pero nada de esto ocurrió. La dirección de 1958 no fue, en general, más allá de las ilusiones comunes. Todo lo contrario: fortaleció las ilusiones al racionalizarlas políticamente y al convertirlas en "línea".

Sin embargo, que un estado de debilidad política y de confusión en los propósitos aqueje a la vanguardia, en períodos como los que vivimos en Venezuela en las semanas siguientes al 23 de enero, no es en sí mismo sorprendente ni, desde luego, constituye una desorientación irrecuperable. Al revés, hasta donde nos dicen otros ejemplos históricos parece que esta fuera una experiencia inevitable en el camino de maduración de la vanguardia[12]. Pero parece también inevitable que para que la vanguardia conserve su condición y salve su imprescindible libertad de movimiento, ella se recupere antes que nadie de la ilusión dominante, ella descubra antes que nadie la situación real y, antes que nadie, precise las tareas reales del movimiento que dirige.

En nuestro país no sucedió, en ninguna de las direcciones posibles del movimiento popular, el golpe de timón que nos parece "ahora" que los acontecimientos exigían. Y ocurrió que la primera reacción "crítica" contra la política de la izquierda durante 1958 previno precisamente del movimiento mismo.

En efecto, la reacción de las masas de Caracas al conocerse los resultados del escrutinio electoral constituyó no solo una revelación dramática —y por cierto inesperada— de las potencialidades de la época, sino también una poderosa crítica de las ilusiones, inconsecuencias y estrecheces del conjunto de la política de la izquierda venezolana, tanto de la izquierda constituida en Partido como de la fuerte e influyente izquierda fraccional que existía en Acción Democrática. Esta "crítica" de las masas de Caracas tuvo,

12 En realidad, lo excepcional es la firmeza revolucionaria y el enfrentamiento con las ilusiones de las "primeras victorias". Lo excepcional es la concepción ininterrumpida del proceso revolucionario: la concepción que se desprende del "Mensaje del CC a los miembros de la Liga" en el pasado; o de las Tesis de Abril; o de la ruptura con la ideología nacionalista en China, después de la derrota japonesa; o de la resistencia a la ilusión cantillo en Cuba.

por espontánea, un carácter impreciso. Tanto más importante era entonces que la izquierda la comprendiera, la elaborara, sacara las conclusiones del caso y se explicara francamente. Que este proceso ocurriera tardíamente, de manera fragmentada y nunca con suficiente claridad y profundidad, tenía que influir en la capacidad de la vanguardia y en sus relaciones con las masas, es decir, en su carácter de tal. Hasta dónde resultó afectada la vanguardia por el peso, no suficientemente asimilado, de sus propias limitaciones, es algo imposible de determinar con precisión, pero es un hecho que en los decisivos años siguientes, en los cuales el papel de la dirección fue tan duramente exigido, no recuperó nunca la altísima moral propia, la confianza en sí misma y la amplísima e indiscutible aceptación de su rol que gozó durante los primeros meses de 1958. Esta forma donde el papel de la conciencia y de la capacidad autocrítica resultó tan claramente rebajado, de devolverse de las ilusiones del 58, aportó, al menos, una parte del conjunto de causas que explican el tránsito del oportunismo tímido del año del 23 de enero, al irrealismo izquierdista y a la temeridad que hicieron crisis el año 64.

Por otra parte, un movimiento que se imponía tantos límites y fetiches para aprender de su propia historia tenía, forzosamente, que desarrollar una capacidad muy menguada para comprender historias ajenas. Así, la llamada "copia mecánica de la Revolución cubana", que surgió alrededor de 1964 como explicación dominante y hasta única —y, por lo demás, totalmente aceptada y compartida— del conjunto de los errores, aparece como una coartada que es más lo que absuelve que lo que critica. En realidad, no era la Revolución del *Granma*, del 26 de julio y de la huelga del 1º de enero, la que inspiraba los errores aunque esto, desde luego, hubiera sido posible, sino la Revolución del mitin de *La Coubre*, de la resistencia al bloqueo y del "medida por medida" contra el imperialismo yanqui. La copia mecánica de la Revolución cubana, como ahora la posibilidad de "peruanizar" o de "chilenizar" el proceso venezolano, no es, en el fondo, sino el precio que la timidez paga a la audacia: su

disposición a admirarla y seguirla siempre, pero siempre que ella se haya revelado exitosa, siempre *post festum*.

La detención casi en bloque de los más calificados dirigentes revolucionarios significó una singular y favorable situación para que los errores se ampliaran y profundizaran, para que las posibilidades de corrección se redujeran y estrecharan y para que, en general, bajara muchísimo la calidad política del conjunto del movimiento. En efecto, entre los detenidos figuraban los cuadros de menos disminuida autoridad, de mayor veteranía y de más supuesta capacidad. Con este éxito policial se potenciaron enormemente las dificultades del movimiento, al mismo tiempo que se reducían sus capacidades y también sus posibilidades de comprenderlas y superarlas.

Desde finales del 63 y, sobre todo, en el curso del 64, se acentúa y se extiende el irrealismo izquierdista. Como parece ser usual en estos casos, para la justificación del conjunto de la actividad armada y para cada una de sus acciones concretas se acudió exclusivamente a las justificaciones morales e históricas y a consideraciones generales sobre la estructura de la sociedad venezolana, sobre su carácter de sociedad atrasada, dependiente y con todas sus posibilidades de desarrollo completamente bloqueadas[13]. Este irrealismo izquierdista se apoyaba, por un lado, en la abnegación, espíritu de sacrificio y valor de los activistas y, por otro lado, en la agresividad

13 En esta perspectiva, es necesario asimilar a la conciencia revolucionaria el problema de que el trasfondo estructural es el marco general, pero no la motivación inmediata de la acción directa revolucionaria, pues esta requiere de su oportunidad coyuntural concreta, más que cualquier otra forma de lucha. En Venezuela, en el plano del condicionamiento general del combate revolucionario, si las condiciones han cambiado con respecto a 1960, es favorablemente en el sentido de la agudización de las contradicciones básicas; pero la oportunidad coyuntural de las luchas de los años sesenta, languideció. Además, es decisivo entender que la coyuntura condiciona mucho más directamente a la insurrección que a la guerrilla, la cual puede permanecer como un rescoldo, gracias a una extraordinaria capacidad de supervivencia que es esencialmente distinta a la de la insurrección. Es teóricamente posible e históricamente comprobable la existencia de generaciones de guerrilleros, como en España y Colombia, por ejemplo.

del gobierno, la brutalidad de las prácticas betancouristas y la visible erosión del perfil de la patria. Además, el fariseísmo dominante y las inconsecuencias notorias de la oposición legal daban una buena coartada ética a la impaciencia y al carácter irreductible de los "gestos".

VI

Lo cierto es que la lucha popular contra el gobierno de Betancourt, que a la altura de 1961 y 1962 interesaba, entusiasmaba y podía incorporar a un porcentaje elevado y, en todo caso, mayoritario de los pobladores de Caracas, que es el centro decisivo de la sociedad venezolana, para el año 64 ya provocaba resistencia y desconfianza. Perdió la facultad de desarrollar su fuerza. Devino un asunto nada más que de los activistas de izquierda, de los que estaban identificados con el socialismo como modelo y objetivo. Desde entonces, se hizo visible y adquirió velocidad el proceso de desgaste político, material y organizativo. Razones relativas al carácter específico de la lucha en las ciudades y a sus enormes y particulares exigencias: políticas, organizativas, materiales y, en última instancia, las que atañen al tipo de cuadro, a su mentalidad y entrenamiento; así como las relativas a la dureza del clima represivo y a la eficacia policial que, al reducirse y perfilarse su objetivo, no podía menos que multiplicarse; y, por último, las relacionadas con el peso, autoridad, prestigio y particular significación de las corrientes ideológicas correspondientes en el pensamiento de izquierda latinoamericano, hicieron que la sublimación del aislamiento, su conversión en virtud, tomara la forma de la guerrilla. Ya desde 1964, pero sobre todo en los años siguientes, el izquierdismo y su cerrado horizonte político se expresó como línea guerrillera aunque, por razones explicables desde luego, no siempre y no en todos los casos como conducta y práctica guerrillera. Incidentalmente, es bueno decir que el hecho de que la actividad guerrillera haya servido de expresión y se haya visto asociada en Venezuela al izquierdismo, es lo único que le da fundamento a la queja tan

oída en esos años, de que las acciones guerrilleras solo lograban el desprestigio de esa forma de lucha.

VII

En los años siguientes, la lucha armada fue progresivamente reduciendo su relación con el movimiento real de las masas. Esta reducción que, en sí misma, debería revelar la inconsistencia del criterio que hace de la pertinacia guerrillera homóloga de la firmeza revolucionaria, aumenta su sentido porque, al margen de la disminución práctica guerrillera, una nueva presencia popular ha venido a remover, desde abajo, los términos de la política nacional.

Sin embargo, estamos convencidos de que un replanteamiento, de conjunto y en perspectiva, de la política popular en Venezuela no puede pasarse sin una comprensión de los años sesenta —desde el 23 de enero del 58, hasta la llamada ancha base—, sin una síntesis de la compleja experiencia de ese período. Solo nos resta añadir que, a nuestro juicio, esa comprensión no se expresa ni en un oportunismo sin principios, ni en una cierta caricatura de la perseverancia.

Noviembre de 1970

Para esta situación*

Vivimos una especial situación: lo peculiar de ella consiste en que coinciden un estado de atomización, desorganización, derrota y debilidad de las fuerzas revolucionarias con extraordinarias posibilidades para el desarrollo del movimiento popular y revolucionario. Queremos apoyarnos en esta rara y poco común coincidencia para subrayar lo especial del momento. En general, todos los "momentos" son especiales, pero como este lo es precisamente por el rasgo señalado; como no es regular que a los estados de debilidad de las fuerzas organizadas de la revolución los acompañen condiciones tan favorables, y como estamos interesados solo en lo que esto exige de nuestro esfuerzo, es por lo que calificamos así la situación actual. De esta manera, lo que para otro nivel sería tautológico, para la política, para nosotros, tiene sentido preciso. Esta coincidencia —es decir, esta contradicción— es la que explica las dificultades insolubles con las que tropiezan los camaradas interesados en los rótulos: ¿Se trata de flujo o de reflujo, de auge o de descenso? Por nuestra parte, queremos referirnos a esta especial situación y a su peculiaridad.

* Publicado orginalmente en: *Venezuela 83*. "Editorial", 1971. Este texto es la trascripción de una intervención de Alfredo Maneiro ante la Juventud Comunista de El tigre. Para más información ver la nota que aparece al final del capítulo.

En el curso de los últimos años el país ha vivido transformaciones de importancia. El motor de estas transformaciones ha sido un intenso y determinado proceso de crecimiento económico. La propaganda oficial y oficiosa ha venido insistiendo de tal manera en él, que resulta innecesario y, para los fines de esta reunión, absolutamente ocioso copiar o referirse a las cifras del crecimiento. Este crecimiento ha venido desplazando a —es decir, se ha realizado a costas de— la Venezuela tradicional y sobre la base de su descomposición ha producido la Venezuela moderna. No entra en nuestra necesidad ni tampoco en nuestra conveniencia negar o disminuir esta transformación, esta "modernización" del país. Lo que nos interesa subrayar es que, primero, la Venezuela tradicional, la Venezuela para la cual programaron y elaboraron sus consignas los revolucionarios de la década del cuarenta y del cincuenta ha dejado de ser, estamos viviendo su descomposición. Y, segundo, que el tipo de transformación social de crecimiento económico que Venezuela está experimentando es, básicamente el más completo y el más acelerado que se pueda en las condiciones de una sociedad capitalista dependiente, organizada a la manera que se ha dado en llamar: democrático-representativa. Las implicaciones de lo primero son obvias: la descomposición de la Venezuela tradicional ha provocado un envejecimiento correspondiente del pensamiento revolucionario y se hace, entonces, necesario reelaborar la crítica revolucionaria. Las consecuencias de lo segundo no son menos evidentes: la transformación social que se programe, el desarrollo económico que se suponga ya no puede proponerse sino cambiando las bases de la sociedad. Con un signo capitalista dependiente —por lo demás, el único capitalismo viable para la Venezuela del mundo actual— no es posible proponer ni proponerse ningún desarrollo positivo que el actual sistema no haya logrado ya, o no esté en vías de lograr. No existe ya ningún propósito serio de progreso económico y social que no parta de la transformación radical de la estructura de nuestra sociedad y de la ruptura de las relaciones de dependencia y sometimiento que la ligan a los Estados Unidos.

Recientes experiencias latinoamericanas han hecho ya saber a nuestro pueblo que lo primero no es posible sin lo segundo. Esto quiere decir que, incluso por razones no evidentemente económicas, para los Estados Unidos tiene que resultar subversivo y altamente peligroso y amenazante cualquier transformación revolucionaria en los sectores no externos de nuestra economía. Cualquier idea de una Venezuela "posible", de un cambio social nacional que no calcule y suponga la ruptura de las relaciones con los Estados Unidos, o es una ilusión o es mala intención. En la jerga de izquierda este tipo de idea es conocido como nacional-reformismo. La práctica política del nacional-reformismo dura ya decenios y la discusión sobre el asunto ha dejado de ser ideológica: ya no se trata de la viabilidad de una política; una discusión de esa clase fue realizada por los revolucionarios latinoamericanos hace años y nosotros no tenemos por qué repetir la tarea en el mismo nivel. Ahora ya es posible hacer el balance del nacional-reformismo. Recientemente, por ejemplo, dos economistas venezolanos dedicaron algunas páginas de su libro al examen de los resultados de años de aplicación de la cuantiosa renta petrolera, un examen de lo que han conseguido gobiernos más o menos diferentes y de legalidad institucional distinta pero unidos todos por la misma estrechez e impotencia en el asunto de las relaciones de dependencia y sometimiento de nuestros países con los Estados Unidos. Ahora bien, el resultado es de tal clase, la evidencia del fracaso de las "posibilidades" del nacional-reformismo es tan rotunda o, dicho de otra manera, los resultados de la práctica hacen tan definitiva la pérdida de la validez ideológica de esta posición, que la insistencia en mantenerla por partidos, sectores e individuos autocalificados de izquierda y de progresistas hace mucho que no deja lugar a dudas sobre la ausencia de ilusiones o errores de juicio en ellos. Así, la aplicación del calificativo de nacional-reformismo para muchas "críticas", programas, partidos y personalidades hace tiempo que pasó a ser un eufemismo.

No es descartable que en alguna época estas fueran ilusiones que estos grupos y personas tuvieran, pero ahora son solo ilusiones

que, simplemente, intentan sembrar. A la equivocación ha sucedido el compromiso, las más de las veces explícito y, por lo demás, perfectamente descubrible en el cambio del modo de vida y en los recursos a disposición. Definitivamente, en ese asunto de las posibilidades de progreso social al margen de la ruptura de la dependencia de los Estados Unidos, la buena fe ha quedado confinada a muy pocas y contadas personas —entusiastas de la C.V.P., de planes de promoción o de algunas experiencias piloto.

Menos experiencias pero igualmente definitivas nos tienen que hacer saber que lo segundo es, así mismo, imposible sin lo primero. Esto quiere decir que están condenados al fracaso los que pretenden no digamos ya romper, sino tan siquiera modificar en beneficio de nuestros países las relaciones de dependencia y sometimiento sin un cambio estructural correspondiente de nuestra sociedad. Una ruptura de esa clase exigiría de nuestro pueblo una tensión enorme de sus fuerzas, una aplicación absoluta de todas sus reservas de energía, entusiasmo y fuerza creadora. Creo que para cualquiera que se imagine el proceso, debe resultar claro que la ruptura de las relaciones de dependencia de los Estados Unidos es una tarea superior a las fuerzas de la actual estructura de la sociedad venezolana. Solo un cambio profundo y revolucionario de la actual estructura de la sociedad venezolana puede crear las condiciones para interesar a nuestro pueblo en una empresa nacionalista de gran envergadura. No es casual, por ejemplo, que cuando las burguesías de algunos países se han visto obligadas a comprometer y utilizar los esfuerzos del conjunto de la nación en la defensa o extensión de lo que en definitiva no son sino sus intereses, como ocurre en situaciones de guerra, siempre los pueblos tan "patrióticamente" reclamados han utilizado la coyuntura para avanzar y conquistar contra su propia burguesía una que otra posición. Infinidad de ejemplos demuestran, por vía negativa o positiva, que ninguna sociedad ha salido airosa de una tarea exterior sin que internamente haya tenido que pagar a su propio pueblo el precio de algún determinado progreso social. El saldo que dejan los esfuerzos por separar la ruptura de la dependencia hacia los

Estados Unidos, del cambio revolucionario de la estructura social venezolana, no es otro que las grotescas y últimamente reiteradas campañas por hacer comprender a los Estados Unidos que ellos —es decir, los propios Estados Unidos— necesitan de un nuevo enfoque para América Latina, de una nueva política para nuestros países. Resulta verdaderamente ridículo el espectáculo de quienes piensan apoyarse en la comprensión de la metrópoli para afectar los intereses de la metrópoli. Este espectáculo no es sino la expresión bastarda de lo que en el lenguaje de la revolución ha venido siendo justamente calificado como la impotencia y la incapacidad de las clases dominantes criollas para llevar hasta el fin las tareas de la lucha nacional.

En fin, lo que queremos decir es que el progreso social solo puede asociarse en nuestro país al desarrollo económico, que este desarrollo es esencialmente distinto al crecimiento operado, que es imposible en condiciones de capitalismo dependiente y, por eso, solo es concebible a partir de un cambio revolucionario de la estructura de la sociedad venezolana; que tal cambio no se pueda disociar, ni en el planteamiento ni en la ejecución, de una ruptura radical de las relaciones de dependencia y sometimiento de los Estados Unidos. La lucha nacionalista y la subversión de las actuales relaciones sociales son hoy una y la misma empresa.

Hemos dicho que no está en nuestro interés y que tampoco necesitamos negar la "modernización" —es decir, la maduración del capitalismo dependiente— de la sociedad nacional ni el crecimiento económico vivido. De este crecimiento y de esta modernización han medrado políticamente los partidos más importantes de la burguesía. Durante la pasada campaña electoral, en el último mensaje de Leoni, en las ya abundantes alocuciones de Caldera, sobran las referencias al avance económico y a la modernización del país. El aumento de la producción industrial, el crecimiento del producto agrícola y, sobre todo, la parte de este obtenido en condiciones capitalistas, la abrupta elevación de la población en las ciudades principales y el nacimiento de nuevos y densos núcleos urbanos, los efectos de una determinada

aplicación de la gran capacidad de compra de un país petrolero, etc., todo esto recogido y expresado en los, a veces, patéticos esfuerzos de los partidos de gobierno, de Fedecámaras, de los servicios de noticias y de relaciones públicas de las grandes empresas —y en primer lugar, de las compañías petroleras— por convertir en asunto de orgullo nacional los índices y las cifras del caso, nos permiten comprender a qué clase de terreno se está trasladando parte de la lucha social por el control de este país. Existe una nueva realidad cuya interpretación, explicación y agitación revolucionaria constituye parte fundamental de la lucha ideológica hoy, y cuyos datos abren, a nuestro modo de ver, extraordinarias posibilidades para la aplicación del esfuerzo revolucionario, para nuestra actividad como organizadores y estimulantes del movimiento popular.

Pero, se nos dirá, ¿qué tiene que ver todo esto con lo que se califica de extraordinarias posibilidades para el desarrollo del movimiento popular y revolucionario? ¿Qué actitud, distinta al simple cuestionamiento de la veracidad de las cifras oficiales, puede pedírsele a los revolucionarios? ¿Cómo vincular la crítica, absolutamente justa, que descubre la distorsión profunda de nuestra economía —el callejón sin salida de un crecimiento que con cada paso de avance agrega un eslabón más a la cadena de la dependencia y sometimiento de los Estados Unidos— con las necesidades prácticas de la organización, movilización y elevación de la conciencia revolucionaria de nuestro pueblo? ¿Qué relación tiene esto con la necesidad de recuperar el movimiento revolucionario, superar su dispersión, depurar sus filas —es decir, fortalecer su calidad y elevar su eficiencia—; o sea, dotarlo de la capacidad necesaria para conducir al pueblo a acciones revolucionarias definitivas y exitosas? Como ustedes ven, tenemos ahora que sacar algunas consecuencias políticas de los cambios que nos parecen evidentes. Tenemos que ver de qué manera nos sirve esa evidencia para acercarnos a una caracterización del momento y de sus posibilidades para la acción de los revolucionarios, y creo que con lo dicho hasta ahora estamos todavía lejos de lo que al comienzo llamábamos

situación peculiar y especial. Tratemos ahora, entonces, de ver el asunto un poco más de cerca.

En primer lugar está el hecho de que este crecimiento y esta modernización del país se ha realizado, se está realizando y se va a realizar aún más a través de enormes tensiones sociales. Venezuela no podía escapar, como en efecto no ha escapado, a las condiciones que universalmente han rodeado al crecimiento del capitalismo, cualquiera sea el signo de este. ¿Qué significa esto? Significa que por detrás de las cifras del crecimiento existe una realidad básica que se reproduce y amplía constantemente y sobre la cual no se arroja luz. Esta realidad, no reflejada eficientemente por nadie, es la de una sociedad dividida, fundamentalmente, en un pequeño sector, extranjero y criollo, beneficiario del crecimiento y una inmensa mayoría de venezolanos que paga su costo.

El gobierno, Fedecámaras, los grandes consorcios y, en primer lugar, las compañías norteamericanas, dedican grandes recursos a difundir por prensa, radio, T.V., cine y, a través de publicaciones especiales, los logros del crecimiento. Venezuela se entera de la inauguración de la represa de Hurí, del aumento de la producción industrial y agrícola, de la modernización de los puertos y carreteras, del lujo urbanístico de Caracas y otros centros. Pero nadie habla de los gigantescos beneficios de este proceso, de su concentración en pocas manos millonarias, ni tampoco, del gigantesco costo social y nacional del mismo, del aumento de la dependencia y de la insoportable carga de miseria que —y esta es la paradoja del capitalismo— el crecimiento produce. Por ejemplo, en esta misma asamblea se encuentra un camarada trabajador del hierro. Por él sabemos que para el traslado del mineral a los trenes se introducirán en Guayana, en la zona donde él trabaja, unos cuantos grandes camiones eléctricos para cien toneladas de carga. Con la introducción de estos camiones, nos ha dicho él, se podrá elevar tremendamente la producción de mineral para su transporte diario. Según el camarada, los nuevos camiones habrán suplido para 1972 a los vehículos actuales de mecánica tradicional y de muchísimo menos capacidad. Cuando esto ocurra, pueden ustedes apostar que

Venezuela sabrá de mil maneras, y habrá suplementos especiales de *El Nacional* dedicados a ello, que el país ha ganado un nuevo combate en la llamada batalla de la productividad, que la producción de mineral de hierro ha crecido en tantas y tantas veces, que ocupamos determinado alto lugar en la introducción "de primeros" de tal innovación y determinado otro más alto lugar en la minería latinoamericana, etc. Sé que esta es una apuesta que nadie les va a cazar. Todos estamos hoy demasiado acostumbrados a esta publicidad del crecimiento. Pero, al mismo tiempo, pueden ustedes estar igualmente seguros de que nadie va a decirle al país —y nadie, por cierto, que no sea un revolucionario está interesado en hacerlo— lo que esta innovación significará para los beneficios de las compañías del hierro y lo que significará correspondientemente para los trabajadores despedidos, desplazados por los camiones eléctricos de cien toneladas. Desaparecerán señaleros, conductores y mecánicos, además de los que dejarían de incorporarse al trabajo para lograr tal aumento de la producción si se mantuvieran los actuales camiones. Este es el problema, en esta sociedad los avances técnicos los pagan las masas populares a un precio tal, que resulta inútil pretender asociarlas al crecimiento. Desde el punto de vista popular, desde el punto de vista de los que pagan con su desempleo, su desalojo, su hambre y miseria los triunfos de la batalla de la productividad, esta sociedad "no tiene derecho a crecer". Además, esta lógica popular es irrefutable cuando se considera que los problemas populares que el crecimiento agudiza marchan paralelos el aumento de los beneficios del reducido sector de la opulencia. Ya lo vimos el año pasado, ustedes se acordarán que los trabajadores del puerto de La Guaira se opusieron a la traída de los barcos furgoneros. Pues bien, ¿quién puede negar que los barcos de tal clase significan el "último grito" en materia de transporte marítimo? ¿Quién puede negar que constituyen un avance considerable sobre los sistemas actuales de tráfico? Pero este, y parecidos avances, benefician a los Boulton en la misma medida en que se desemplean estibadores sin garantía de nuevo trabajo, y desde el punto de vista de los obreros del puerto es entonces absolutamente

legítimo oponerse, hasta impedir, la entrada de los furgoneros en La Guaira. Ustedes pueden estar seguros que, de no haberlo impedido los obreros portuarios, la entrada de los furgoneros habría provocado el alza de alguno de los índices del crecimiento. Pero lo de La Guaira no es lo regular. Muchos "furgoneros" han entrado en la economía venezolana en el curso de estos años. Lo cierto es que se han "ganado" muchos combates en la "batalla de la productividad" y paralelamente se ha venido produciendo una intensificación brutal de la miseria popular. Así, el país de este decenio, el país de la siderúrgica, de las industrias metalmecánicas, del complejo manisero de esta ciudad es, al mismo tiempo, el país de la masificación del marginalismo, del desempleo, de la delincuencia insoluble, del analfabetismo crónico.

Fíjense ustedes en Puerto La Cruz. Allí se proyecta construir una zona verde, un parque. Sin duda el llamado complejo urbano de Puerto La Cruz, Barcelona y Lechería necesita de un parque. Pero, ¿por qué tal parque tiene que pasar por el desalojo de centenares de familias pobres en el barrio popular Isla de Cuba? Los habitantes de ese barrio están dispuestos a hacer problema de orden público el que se les intente desalojar. Tenemos que insistir, esta sociedad no se merece parque alguno si le resulta imposible programar su construcción sin proyectar, a la vez, el desalojo de centenares de familias pobres sin garantía de nuevo techo.

Queremos llamar la atención, entonces, sobre el hecho de que el crecimiento económico, la modernización del país, ha ampliado e intensificado hasta un nivel explosivo, las necesidades populares. Caracas y otros centros satisfacen, sin duda, con su evidente opulencia, a los reducidos sectores que la usufructúan. Las autopistas, los clubes, las plantas televisoras, etc., contentan desde luego, a los entusiastas del turismo, de las elecciones de reinas y de las carrozas de carnaval. Pero para centenares de millares de desempleados y marginales, para decenas de millares de obreros cuya participación en los beneficios de su trabajo se ha reducido porcentualmente en estos años, para millares de estudiantes y jóvenes el lujo y, en general, todas las expresiones del crecimiento

económico tienen que actuar, y nuestra actividad en ese sentido debe aumentar la fuerza de su actuación, como un elemento importante del carácter potencialmente revolucionario de esos sectores.

En segundo lugar está el hecho de que estos años de intensificación de las necesidades populares han transcurrido a través de una peculiar situación política. Ocurrió que durante los últimos años, precisamente en los años en que se concentró el proceso aludido, las fuerzas revolucionarias se plantearon la más alta y ambiciosa tarea que fuerza revolucionaria alguna pueda plantearse: durante esos años la revolución venezolana, la posibilidad de conquistar un poder patriótico y popular, fue la tarea práctica y cotidiana de lo mejor de las fuerzas revolucionarias. En esas condiciones, abocados a unas tareas tan altas, duras y exigentes, los revolucionarios sencillamente no pudieron, creo que hay que decir que legítimamente no pudieron y que cuando las condiciones vuelvan —como inevitablemente volverán— a exigirles la misma ambición y a plantearles las mismas tareas nuevamente, no podrán dedicar el esfuerzo necesario para la organización y movilización popular, en la lucha por atenuar y reducir los espantosos efectos de un crecimiento calculado y dirigido por intereses millonarios. En esas condiciones políticas nacieron y crecieron innumerables barrios densamente poblados, desasistidos de los más elementales servicios; creció la población estudiantil y se acentuaron las limitaciones y los anacronismos de la enseñanza; se desarrolló sin la elemental traba que significa la actitud defensista de los revolucionarios en el medio sindical, la ofensiva patronal.

Cuántas veces fueron violados los fueros sindicales, las cláusulas de estabilidad relativa a los contratos colectivos y otras tantas reivindicaciones hechas ley por el esfuerzo obrero anterior. Cuántas empresas surgieron o ampliaron sus actividades con obreros sin otra protección que los contratos notariales. El hecho es que los revolucionarios estuvieron ausentes —o fue precaria su presencia— de las llamadas tareas menores de la revolución, precisamente en los años en que las necesidades populares se acrecentaban enormemente. Dedicados a la defensa activa y con tareas diarias de los fines históricos del movimiento, los revolucionarios

no pudieron hacer otra cosa que rebajar, más o menos conscientemente, la cuota de esfuerzo que le dedicaban a los fines inmediatos del movimiento. Claro que esta no es una forma muy precisa de describir el caso. En realidad, tendríamos que decir que en épocas de situación revolucionaria, los fines últimos y superiores toman el lugar, se convierten en los fines inmediatos del movimiento. Pero lo cierto, lo importante, es señalar que las necesidades populares agudizadas por el crecimiento económico y la modernización del país fueron recargadas por la ausencia, en mi opinión obligada, de la práctica reformista de los revolucionarios.

Pero hay además otra cosa. La política de los revolucionarios y su práctica activa creó una inevitable política represiva por parte de los dueños de este país. Todos sabemos los niveles de brutalidad y desenfreno a los que llegó la represión contrarrevolucionaria y antipopular. Se puso en marcha un mecanismo político-policial-militar de hasta entonces desconocida fuerza y falta de ataduras y controles morales o legales. No es necesario describir la situación creada; aquí todos la recordamos más o menos fielmente. Lo que me interesa es destacar el hecho de que en ese período, en condiciones en que tres personas eran disueltas a plana y treinta lo eran a plomo, en que una liga campesina que se reuniera por créditos y tierra era considerada como un foco guerrillero potencial y tratada como tal, en que una movilización barrial por agua, luz o cualquier cosa por el estilo era considerada un brote insurreccional y tratado como tal, en que una huelga era considerada parte o expresión de una conspiración y tratada como tal, en esas condiciones la defensa de intereses populares y la lucha por satisfacer las necesidades tan intensamente acrecentadas no pudieron ser organizadas y atendidas por los revolucionarios, al menos en la medida adecuada, pero tampoco pudieron ser adelantadas de manera espontánea. Todos sabemos que, en general, la falta de fuerzas revolucionarias organizadas no es suficiente obstáculo para que las propias masas tomen en sus manos la defensa de sus intereses inmediatos y adelanten gestiones para paliar en algo su difícil situación. Pero en nuestro país esa posible movilización espontánea era, al mismo tiempo, estimulada por la situación económica e inhibida por la situación política.

Venezuela parecía una olla de presión que no le funcionan las espitas. El resultado no podía ser otro que un aumento formidable de la potencial explosividad de nuestra sociedad.

En tercer lugar, estamos viviendo el acelerado desgaste de los partidos, instituciones, organizaciones y personalidades que tradicionalmente venían controlando la opinión popular. Este es uno de los signos más relevantes y al mismo tiempo más favorable. Uno de los saldos más positivos del período reciente es precisamente este. El desprestigio en unos casos y la evidente inadecuación en otros ha hecho que todas las organizaciones partidistas y gremiales hayan perdido su anterior importancia. Hoy no existe ninguna dirección a ningún nivel, que pueda presumir de controlar y efectivamente dirigir un movimiento popular de masas, más aún ni siquiera puede permitirse esa presunción con relación a su propia militancia, a sus propios afiliados. Claro que una situación así supone el peligro de que a sectores claves para el esfuerzo revolucionario los gane un escepticismo estéril. De este escepticismo ya conocemos manifestaciones, sobre todo aquí en El Tigre y particularmente en los medios sindicales. Pero este es un peligro menor. El que sí es un peligro para preocuparnos más es que nosotros mismos disminuyamos nuestra confianza en la participación directa de las masas en los asuntos de su propia organización y, sobre todo, que no seamos capaces de renovar nuestras propias estructuras, nuestro propio estilo. Pero este es otro asunto y tendríamos, en verdad tendremos, que discutirlo especialmente. Lo que creemos sobre esto es que resultará imposible a los revolucionarios cumplir sus tareas de transformación social, si antes y durante el curso de la empresa no son capaces de dotar al movimiento de organizaciones de vanguardia a todos los niveles y en todos los sitios, mil veces más eficientes, mil veces más flexibles, mil veces más creadores y, por eso mismo, mil veces más merecedores de la confianza de los centenares de millares que inevitablemente tendrán que movilizar. Pero, repito, este es otro asunto.

Lo que nos interesa destacar ahora es que los tradicionales sistemas de control de la opinión popular se han relajado y ya no

tienen la capacidad que tenían para manipular e inhibir la actividad de las masas. Creo que esta es una situación excelente o, mejor dicho, un rasgo excelente de la actual situación. Por ejemplo, aquí en El Tigre están preparando las elecciones sindicales. Como siempre ocurre, se están fabricando las planchas de los partidos. Ustedes verán cómo estas planchas elaborarán, más o menos idénticamente, programas antiaceiteros. Con toda seguridad nuevamente serán usadas consignas sobre estabilidad en el trabajo, contra los traspasos y despidos y, sin duda, en ellos se reflejarán las reivindicaciones más sentidas de los obreros petroleros de aquí. Estoy completamente seguro de que si los revolucionarios participamos en esta nauseabunda competencia, muy poco o nada podríamos añadir a los programas de estas planchas. Pero hemos visto cómo un grupo de trabajadores ha estado promoviendo una nueva plancha. La simple promoción de esta plancha es ya un signo de los tiempos. Los promotores han acudido a los departamentos y han solicitado de los obreros que, conocido su programa, designen de entre ellos aquel compañero que, comprometiéndose a defenderlos, goce a la vez de su confianza. Los promotores se comprometen a incluir al así designado en su plancha, cualquiera sea la militancia política del mismo. Por eso, con ser bastante, no es todo. Vean ustedes el programa de esa plancha. No hace sino mencionar los problemas reivindicativos y en este sentido es tan tradicional como cualquier otro. Pero fija la atención en los problemas del sindicato, en la necesidad de un sindicato distinto. Sus proposiciones de cambio de estatutos para hacer del jefe de reclamos el lugar de un dirigente designado, un dirigente electo, para hacer a los dirigentes electos amovibles en todo momento por una mayoría calificada. Sus ideas acerca de los derechos de la minoría sindical y sus opiniones sobre la posibilidad de disensión pública y sobre el papel de la base sindical; en fin, el hecho de que aparezca como una plancha desligada de los tradicionales mecanismos electorales sindicales, y de que no haya sido fabricado en ningún laboratorio partidista, es no solo algo inconcebible en las situaciones pasadas donde una represión brutal en unos años y un control rígido de

partido en otros impedían o cohibían cualquier intento parecido, sino que, además, nos brinda un ejemplo cercano y del día acerca de la característica del momento que estamos comentando.

Finalmente está el hecho de una situación política distinta. Ya desde la campaña electoral en virtud de procesos ajenos a nosotros, y también por efecto de nuestra propia decisión, era evidente que nuevas posibilidades tácticas se le abrían a las fuerzas revolucionarias y además nuevas posibilidades se le abrían al movimiento popular. Esta precaria apertura actuando al final de un período como el que recientemente vivimos y sobre una sociedad tan cargada de insoportables problemas, de grandes, insatisfechas, acumuladas y pospuestas necesidades populares y, además, con las frustraciones que deja una situación revolucionaria cancelada con la derrota del movimiento, tenía y tiene que expresarse. Algunas costuras tenían que ceder. De tal manera tenía que hacerse evidente el conflicto básico que, al resolverse a favor de la reacción y del *status*, no había hecho otra cosa que aumentar su agudeza y su explosividad latente. Y vean ustedes, como si quisiera demostrarnos irrefutablemente sus grandes posibilidades, este particular momento de la revolución venezolana se anuncia con los acontecimientos de Maracaibo. No podía pedirse una demostración más definitiva de la nueva situación: en un lugar donde la tradición combativa del pueblo es tan baja, donde el entrenamiento en la acción de calle ha estado tan ausente, donde ninguna fuerza política organizada, legal o ilegal, estaba interesada o estaba en capacidad de proponerse nada serio, un simple problema de salarios en el aseo urbano provoca un estallido de amplitud y fuerza tal que superadas las posibilidades de la policía, provoca y hace necesaria la intervención del ejército. Después ustedes han visto cómo la falta de electricidad por una noche produce los acontecimientos de Río Caribe; la falta de agua en el 23 de Enero hace reaparecer las barricadas en el barrio; la necesidad de repavimentación para las calles de San Félix causa manifestaciones de millares. Estos son signos de la conflictiva situación social y, sobre todo, son signos de la nueva situación que comentamos, de las especiales condiciones que este

momento ofrece a la acción de los revolucionarios. Durante los años pasados hubo seguramente decenas de problemas de salarios en Maracaibo, durante muchas ocasiones faltó la electricidad en Río Caribe, fueron muchos los días en que el 23 de Enero estuvo sin agua y las calles de San Félix siempre han estado en pésimas condiciones. Pero es ahora, en esta nueva situación, con las nuevas y distintas —sobre todo distintas— posibilidades para la movilización y las luchas populares que ocurren acontecimientos como los citados.

Todo esto: los procesos sociales, las condiciones políticas del período insurreccional la apertura tímida y precaria, pero cierta, de nuevas condiciones políticas, el desgaste de los instrumentos tradicionales de control de la opinión y del movimiento popular, el tremendo y acumulado costo social del crecimiento económico y los evidentes beneficios que este ha concentrado en pocas manos, han producido y están produciendo una situación altamente favorable para el agitador revolucionario, para el organizador popular. Una situación que fundamenta, que da posibilidades y que debe exigir de nosotros el máximo de iniciativas y audacia. Seguramente viviremos un período de luchas populares, de huelgas y movilizaciones. Seguramente viviremos también un período de búsquedas a amplio nivel y con dimensiones masivas de nuevas y más eficientes estructuras, se ampliará el marco de la intención revolucionaria, se promoverán nuevos —no necesariamente jóvenes, pero sí nuevos— dirigentes. En fin, estamos viviendo y viviremos todavía más una situación objetiva exigente y no desalentadora.

Finalmente, quisiéramos llamar la atención sobre un aspecto que nos parece de interés a la hora de planificar nuestra actividad. Se trata de lo siguiente: en algunos aspectos de los aquí considerados y salvando, desde luego, las distancias del caso, una situación como esta ya la ha vivido antes el movimiento revolucionario. Conversando con los veteranos —cosa que aquí en El Tigre no tiene nada de difícil— nos enteramos de que a la muerte de Gómez y cuando la propia presión contenida empezó a aflojar las pretensiones gomecistas del lopecismo, la sociedad venezolana, que en condiciones políticas tan rigurosas había soportado los tremendos

cambios del petróleo, comenzó a vivir un intenso y extenso despertar popular. Los desajustes de decenios sin réplica popular comenzaron a ser atendidos por el pueblo. Las necesidades acrecentadas y pospuestas y las nuevas oportunidades convertían en una tarea relativamente fácil organizar un sindicato, realizar una lucha reivindicativa. El movimiento popular se desarrolló y organizó con acelerada velocidad. Surgieron agrupaciones gremiales, estudiantiles y obreras. Hubo huelgas y luchas. Con su esfuerzo, el pueblo mejoró su situación. Al frente de esas organizaciones nacientes, estimulando y dirigiendo esas luchas, se distinguieron los revolucionarios. Una brillante y abnegada vanguardia comunista estuvo a la cabeza de prácticamente todas las acciones de masas de la época. En la gestión reivindicativa ocupamos un primerísimo lugar en el cariño popular. Ahora nos toca realizar parecidas tareas y para no abundar en el asunto, solo queremos decir que cada combate cotidiano, cada lucha reivindicativa, debe servir, tiene que servir y, en fin de cuentas, esa es nuestra tarea, a la elevación de la combatividad popular, al aumento de su conciencia revolucionaria. Si de alguna manera rebajamos el contenido, la calidad revolucionaria de las luchas populares, no importa cuán exitosos sean los combates reivindicativos concretos, no pasaremos de ser gestores queridos por las masas, y ser eso, solo eso, está muy por debajo de lo que exige nuestra condición de revolucionarios.

El 27 de junio de este año se celebró en todo el país el DÍA NACIONAL DE CARNETIZACIÓN del PARTIDO COMUNISTA DE VENEZUELA. En nuestra región hubo plenos del activo de nuestro partido en varios lugares. En la reunión que para esa fecha preparó el Comité Local de El Tigre participó el e. A. Maneiro, miembro del C.C. de nuestro Partido.

Como parte de las actividades de celebración del XXII Aniversario de la JUVENTUD COMUNISTA, el Comité Local de la J.C. en Puerto La Cruz edita ahora la transcripción de la intervención del C. Maneiro en la reunión de El Tigre el 27 de junio. Al final de su intervención el C. Maneiro respondió diversas preguntas que le permitieron precisar y ejemplificar algunas de sus opiniones. Esta parte de las preguntas y respuestas no fue recogida y no aparece en este material; igualmente no se incluye la parte que el C. Maneiro dedicó a los asuntos organizativos y de carnetización tratados ese día.

Estas ediciones nuestras llevan el nombre del camarada Chico Velásquez.

El camarada Chico Velásquez fue asesinado por la policía betancourista el 27 de agosto de 1961, cuando cumpliendo instrucciones de nuestra organización expresaba la solidaridad de la juventud venezolana con la Revolución cubana.

Juventud Comunista de Venezuela
Comité Local de Puerto La Cruz - Anzoátegui
Septiembre de 1969
XXII Aniversario de la J.C.

ENTREVISTAS

Entrevista hecha por Iván Loscher*

—Yo tenía entendido que ustedes habían ido del Partido Comunista al MAS para salirse de inmediato. Podríamos comenzar partiendo de esto: ¿por qué se salen del MAS tan rápidamente?

Los últimos años, o por lo menos meses; en todo caso más de doce meses de militancia en el partido coincidieron con la crisis de esta organización, crisis muy curiosa porque tenía por un lado un ingrediente universal: era una época en la cual todos los partidos comunistas del mundo, incluyendo algunos en el poder, como por ejemplo el Partido Comunista chino, vivieron ellos mismos serias crisis. Todo ese período que mundialmente en el plano práctico se asocia al Mayo Francés, al Tlatelolco mexicano, al verano sangriento de los Estados Unidos, al movimiento obrero salvaje, a los *shock stewart* ingleses, a la polémica chino-soviética, a los movimientos obreros de Milán, de la Fiat y, en el plano teórico, a figuras como Marcuse, o Trotsky, quien tras años de silencio empezó a ser un *best seller*.

Toda esa hora mundial si por algo estuvo caracterizada fue por una especie de descongelamiento de la política y de crisis de las organizaciones de izquierda establecidas. Algunos partidos hicieron agua de manera, al menos aparentemente, irreversible,

* *Escrito con la izquierda.* Libros Tepuy. Octubre, 1977.

entre ellos el Partido Comunista de Venezuela. Era la hora del descongelamiento y los partidos comunistas fueron sentados en el banquillo de los acusados; se le pasó una hoja de fiscalía al militante comunista, a su sentido, a la disciplina, a la verticalidad, al espíritu de secta, al partido como lugar de iniciados, y ese ingrediente no dejó de estar presente en la problemática de nuestro partido. Claro, se podría abstraer todavía más y decir que todo esto coincidió con una crisis mundial del marxismo, pero para no entrar en terreno que nos llevaría a una polémica más sofisticada, por lo menos coincidió con una crisis general de la posición de la izquierda a nivel mundial. Ese ingrediente mundial hundió o llevó a pique a muchos partidos en América Latina.

Hasta donde llega mi conocimiento del asunto, el Partido Comunista de Venezuela fue, sin embargo, de los pocos, o tal vez el único partido de esta clase en el continente, que se arriesgó a plantear una política de opción de poder con las más altas de las formas de lucha, como todos sabemos. Ese período, que no sé si eufemística o generosamente ha sido llamado de la lucha armada, terminó con una derrota de la insurrección comunista; y este intenso ciclo político, que abarcó desde el 23 de enero hasta más o menos el triunfo de Leoni, sacudió de tal forma al Partido Comunista, que reveló muchas de sus incapacidades, limitaciones y fue una especie de ingrediente pasional de la crisis. El partido había saboreado el néctar divino, había sido un partido de masas a diferencia de otros partidos de América Latina; mundialmente fue reconocida su condición de opción de poder, de alternativa de poder; llegó a ser un peligro importante e inmediato para el orden establecido y, es defendible la idea de que, aun sin la crisis mundial, aun sin el aporte de estos teóricos del descongelamiento comunista, aun sin esos elementos, muy probablemente la crisis del Partido Comunista se hubiera dado, si no con igual intensidad, al menos con iguales resultados, fracturando al partido. Tal vez ello explique el hecho de que a diferencia de cómo se resolvió la crisis aludida en otros países de América Latina, en el caso del PCV no se tradujo, no se resolvió en

la formación de un partido prochino o de un partido prosoviético, sino de otra manera.

El primer signo de esta crisis fue el fracaso electoral del UPA en 1968, es decir, la baja abrupta de la votación comunista en la campaña presidencial ganada por Caldera. Grupos de militantes del partido que tenían posiciones distintas frente a la crisis, coincidían en que realmente "algo estaba podrido en Dinamarca", que se debía hacer algo, y así, a la crisis se vino a agregar un tercer elemento, que fue una especie de búsqueda consciente de la solución. Esto es importante subrayarlo por cuestiones que tienen mucho que ver con la práctica comunista, con la forma de organizarse los comunistas. A menudo, crisis de esta naturaleza se resuelven en descomposición, desmoralización, pérdida del activo militante, incomunicación del partido con relación al resto de la sociedad, en resumen, a una descomposición total. En nuestro caso, no obstante, eso no afectó más que a un mínimo desdeñable, sobre todo porque intervino ese elemento consciente, porque militantes y dirigentes del partido comenzaron a buscar conscientemente una solución, agregándose entonces el propósito deliberado de fracturar al partido de alguna manera, tanto entre quienes forman hoy la dirección del Partido Comunista de Venezuela, como entre quienes están en la dirección de Vanguardia Comunista (otro resultado tardío de la crisis), en la dirección del MAS, y desde luego nosotros.

En definitiva, el partido que teníamos para el momento de ganar Caldera la presidencia no satisfacía el diseño que de él tenía cada uno de sus miembros (sobre todo en la dirección), tropezando por tanto la realidad del partido en que se militaba con aquel en que quería militarse. La gente empezó a buscar ese partido en el seno del anterior y necesariamente se produjo un juego de fracciones, una lucha por la división, que al comienzo fue una lucha por el control del partido y finalmente una lucha más sincerada, más franca, por el partido que se quería, por lo menos entre las personas más relevantes del proceso.

Todo esto era consciente; para expresarlo de una forma que lo resuma, diré que en todos existía la sospecha (por lo menos la

sospecha) de que lo derrotado en la lucha armada no había sido solo, ni tanto la lucha armada misma, ni la política que presidió la aventura, sino el tipo de instrumento, el tipo de partido. Claro, esto no fue un descubrimiento tardío de algo que sabe todo el mundo, o por lo menos que se sabía antes, y es que la forma organizativa no es neutral, intransitiva, sino que corresponde a un cierto contenido; no se puede decir: "cualquier partido, no importa cómo esté formado, es válido si quienes lo dirigen o si la política que le imprimen es de cierta naturaleza". La forma no es tan irrelevante, la forma tiene que ver. En nuestro caso, era el instrumento mismo de las conformaciones de clases ocurridas en la década del 60 lo que estaba en cuestión; era el partido mismo el que no servía.

Esta fue la versión que adquirió la crisis en la cabeza de algunos; en la cabeza de otros, desde luego, la crisis adquirió el signo contrario; es decir, lo que se le reprochaba al partido no era el haber sido derrotado, sino el haber combatido, deduciendo que en la estructura misma del partido había algún elemento que precipitó una aventura no querida por ellos.

Comenzó así la lucha por el partido que se quería. El elemento consciente de esta lucha provocó que ella culminara en un plazo más breve que de costumbre en estos casos, y que terminara en división. Si ese no hubiera sido el caso, el proceso habría conducido a la descomposición como ha ocurrido en el Partido Comunista Argentino y otros de la América Latina: a la simple descomposición, a la simple pérdida de la condición política real de la organización.

—Pero ustedes en un comienzo creyeron en la perspectiva de un nuevo partido que es el MAS.

Nosotros, es decir, los que en este caso hablamos por mi boca, no creímos en eso ni desde el comienzo.

—Pero, ¿entraron en el MAS?

No, fíjate, nosotros participamos activamente en el proceso y fuimos de los primeros activistas de la lucha fraccional, que llevaron la conciencia de la crisis a sectores más alejados de la dirección, a sectores de militancia menos densa; es decir, que llenamos del sentimiento de crisis todos los poros de la organización, fuimos

activos y conscientes elementos fraccionales. Fuimos un fermento, que no puede ser subestimado, en el ritmo de los acontecimientos y en el desenlace de los mismos. Estuvimos fraguando una idea del partido que queríamos (¡bueno!, la idea no fue tan pura, tenía mucho que ver también con la gente, con el tipo de hombres que en el partido había). Al final, la crisis arrojó un resultado que fue el que el público conoció: por un lado el PCV (volviendo a su más antigua tradición, la del 44, 45), y por otro lado el MAS que hoy conocemos. Y nosotros nos encontramos en una difícil situación entonces. Por un lado, no añorábamos la unidad, es decir, no añorábamos al partido en el cual habíamos militado durante 17 o 18 años y, por otro lado, estábamos satisfechos con el resultado de su crisis: la división.

Nos encontramos así en una situación muy difícil. Por otro lado, nuestra participación en la crisis había sido de tal naturaleza en el partido anterior, que éramos particularmente mal vistos y, ¡claro!, con razón, pues no coincidíamos con el tipo de militante que los excamaradas querían para su organización. Pero en la nueva organización del MAS éramos igualmente mal vistos, y éramos muy pocos los que estábamos en esa situación. La perspectiva de permanecer en el MAS dependía de que tuviéramos alguna mínima posibilidad de actuar como tendencia dentro de él, de que no fuéramos atropellados. Sobre todo en una organización naciente, era particularmente fácil que se nos hiciera posible la militancia; pero estábamos tan mal vistos, que desde el congreso de instalación se hizo evidente en algunas intervenciones estelares, que no podíamos militar allí. De ese congreso, en el cual participábamos como miembros, hay un montón de anécdotas que ilustran el proceso de por qué llegó a sernos claro que allí se nos iba a exigir un precio demasiado alto para militar: el precio de una humillación. Son anécdotas que no vienen al caso, y que no tienen un interés más que puramente familiar.

No obstante, en ese congreso participamos hasta el final y entregamos, de la manera más franca que fuimos capaces, nuestra versión de las cosas, nuestro pronóstico sobre el desarrollo de esa organización, y nuestra decisión en ese momento de no participar

en su organismo de dirección, decisión que fue la forma educada y decente que adquirió el propósito de no permanecer en el MAS. Entonces nos salimos de inmediato; nos encontramos en una situación terrible: "éramos muy pocos"; del comité central del Partido comunista y del nuevo comité central del MAS, el único era yo; de los que en la jerga comunista y también masista se llaman "cuadros medios", había dos o tres más; y de los que en ambas jergas se conoce como activistas de base habían cuatro o cinco adicionales. Total, éramos un pequeño grupito, una docena escasa.

—¿Pero, básicamente, cuáles son las razones fundamentales por las cuales ustedes se van del MAS?

Hay una razón de las circunstancias, pues ya en el lapso que media entre la división real del Partido Comunista o la cristalización de esa división del Partido Comunista y la aparición del MAS, ya en ese lapso a nosotros, de mil maneras, se nos dijo que se nos iba a hacer la cosa difícil en el MAS. Sin que viniera a cuento, el secretario general de la organización me dijo a mí personalmente que el MAS nacía con un "se reserva el derecho de admisión" sobre la puerta, en conversación que por todo el contexto estaba dirigida a mí. Se nos iba a hacer difícil. Las otras razones que en ese momento teníamos y aún hoy tenemos las ha venido justificando el desarrollo mismo del MAS; y un poco más tarde, cuando enjuiciemos a esa organización, aparecerán con mayor claridad.

De todas esas razones, la de mayor peso para aquel momento era que el tipo de división que había sufrido el PCV no satisfacía las expectativas con que nos habíamos lanzado a la empresa fraccional. Estas expectativas se referían fundamentalmente a la conformación de un cierto tipo de organización revolucionaria (de la cual te hablaré más adelante), de una cierta clase de cuadro o militante, con relaciones políticas de un tipo bien particular, y eran aspiraciones cuya propia naturaleza excluía la compañía de muchos de quienes nos acompañaban en el PCV. Eran aspiraciones que suponían la conformación de un grupo, si bien no tan pequeño como el nuestro, por lo menos no tan amplio como el MAS que nació en enero de 1971. Pues bien, el curso del proceso fraccional en el partido fue determinando

que varios de los camaradas, que en un principio compartieron con nosotros esas expectativas, fueran ganándose para la idea de un amplio partido de masas, la idea de "ganar la división" (en el sentido de llevarse a la mayoría del partido comunista) y por ese camino se conformó esa compleja alianza que desde un principio fue —y sigue siéndolo— el MAS. Era evidente, pues, que en un partido como el que resultaba de esa división imprecisa del PCV, nos iba a resultar difícil militar a quienes seguíamos sosteniendo la idea de una vanguardia de otras características, sobre todo si el sello que marcaba esa compleja alianza era la sustitución de la franca lucha de tendencias por la maniobra, la intriga y la zancadilla.

Lo cierto es que nos encontramos fuera del MAS y del PCV, sin los elementos que hacen viable un gesto político, o sea sin notoriedad pública, sin nombradía; sin lo que se llama prestigio, ni en el sentido positivo ni en el negativo, simplemente sin ninguno; sin relaciones que en una sociedad como la nuestra son vitales, sin acceso ni abierto ni solapado a los medios de comunicación, a los medios de difusión masivos, sin dinero; y, por razones que tienen que ver con la forma en que ejercimos nuestros últimos años de militancia en el PCV, sin contactos reales con los sitios sociales y de masas hacia donde se había desplazado el quehacer político. Con excepción del último año de actividad, prácticamente fraccionada e interna en el partido comunista, yo tenía —¡tenía que ser yo!— ocho o nueve años sin contacto con Caracas, por razones conocidas; ocho años sin contacto con los medios universitarios, obreros, barriales.

—¿Y el MIR tampoco los satisfacía?

No, no, en el MIR ni pensar, por favor; es decir, ni pensamos en el MIR, ni pensamos en AD. No quiero decir que sean iguales, quiero decir para los efectos de buscar un sitio donde militar. Nosotros no andábamos buscando un palo donde ahorcarnos; es decir, perfectamente nos imaginamos la participación en la política sin militancia. Nuestro compromiso con la idea de un cambio social tan profundo

e irreversible, que merezca el nombre de revolución, no tiene nada que ver con que haya un partido que nos cobije, uno queda solo tranquilamente, eso no es ningún trauma intolerable.

—¿No pensabas en esa época que, existiendo ya un aparato, podían penetrar y adelantar una posición partidista o tendencial dentro del mismo partido con mayor fuerza?

No, porque recuerda que muchas de las motivaciones que nos llevaron a esa situación era justamente el cuestionamiento de los aparatos; entonces no era la búsqueda de un aparato el resumen de nuestra angustia (aparato en el sentido que ha adquirido ese término en toda la jerga izquierdista del Mayo Francés, porque hay otro sentido posible que lo reivindica un poco).

–Bueno, una organización.

Sí, entiendo, pero no entramos. Y nos encontramos así, muy solos, muy desasistidos, sin relaciones, etc., y enfrentados, en nuestra simple intención de sobrevivir en el campo político, al PCV y al MAS.

Y es curioso, estas organizaciones de origen y de formación comunista en nuestro país; estas organizaciones, es curioso, tienen una gigantesca capacidad para triturar al disidente. Digo que es curioso, porque se puede decir que en Venezuela, Acción Democrática tiene una enorme capacidad para ablandar y asimilar adversarios; tanto en la oposición como en el poder, los adecos han dominado ese arcano extraño que les permite neutralizar, ablandar, ¡bueno, lo que han hecho con la izquierda!; en el poder han sido lo bastante generosos como para convertir a un teórico de la insurrección y antiguo enemigo a muerte del partido en Ministro de Planificación, y convertir al más rebelde e iracundo de los presidentes de la Federación de Centro Universitario, Carmona, en asesor jurídico de Cordiplan, y a un exdirigente comunista notorio durante Pérez Jiménez en Ministro de Fomento, y así por el estilo. Esta enorme capacidad de Acción Democrática para neutralizar, asimilar o ablandar adversarios posibles, sobre todo de la izquierda, se evidencia aún más en el Conac o las universidades, como *ghetto,* para que la izquierda tenga una válvula de escape. Es como una

especie de reconocimiento tácito a la necesidad de unos campos propios de la izquierda, y que allí ella pueda medrar y estar sin demasiados roces con el poder; campos como el arte, la creación artística, esas cosas. Esta capacidad de AD puede ser calificada con justicia, de cierta generosidad, pero en el fondo no es más que un conocimiento muy acabado de la naturaleza de la izquierda, que de esta manera se ablanda, y de un conocimiento muy acabado de sus propios fines, de para que están en el mundo los adecos o la social democracia.

Pues bien, las organizaciones de origen comunista tienen la capacidad contraria, una gigantesca capacidad para triturar al adversario, para convertir la voz adversa en el campo de la izquierda, cargarla de motes ridiculizantes, convertirlas en grupúsculos; ellos acuñan palabras como infraizquierda, grupúsculo, los locos, los anarco no sé qué cosa, en fin, una capacidad de construcción lingüística increíble. Tal vez por esto las luchas internas de estos partidos de izquierda tienden a producir ese tipo de polémica vil, en la que una persona termina siendo despedazada y nunca se sabe ni el curso del despedazamiento, ni por qué fue, y dónde la polémica franca y real es sustituida por esa discusión bastarda, de que si no sé quién se robó una plata, que si no sé quién se acuesta con la mujer de fulano, yo no sé quién tiene un carro que no corresponde a su condición de militante; todo tipo de cosas que producen polémicas feroces, por la vía justamente de rehuir toda polémica seria.

Partiendo de esa enorme capacidad, nosotros nos encontramos enfrentados por la presión de nuestro pasado militante y también de nuestra condición revolucionaria, al PCV y al MAS, en condiciones muy precarias, sin recursos y sin nada. Pero con la posibilidad de, sin alcanzar aún una escala social significativa, poner en práctica realmente lo que sobre la organización pensábamos, pues estábamos sin ataduras.

La situación desde el punto de vista de las posibilidades de éxito era mala, pero desde el punto de vista de las posibilidades de acción era óptima: no teníamos ninguna atadura, ningún problema,

no teníamos ningún estatuto que satisfacer, nada. Entonces nos planteamos a nosotros mismos lo siguiente: (es literal, no es una racionalización *post festum)* —"si debíamos de aparecer en el mundillo de los interesados en los conflictos de izquierda como una tercera opción, entre el PCV y el MAS, o si debíamos tratar de ser, digamos, fieles al tipo de idea sobre el partido, que llegamos a acuñar en el curso de la lucha fraccional"—. Decidimos no crear una tercera opción, una tercera organización, sino eso que planteamos, en *Notas negativas,* insistir en la necesidad de un partido en permanente formación, en un partido que no se presentara desde lo bajo con forma cristalizada de organización, de jerarquía, de vida interna, sino un partido distinto.

Vamos a tratar de redefinir más precisamente a qué tipo de organización aspirábamos (bueno, de esta manera, yo creo que es precisa y creo que al mismo tiempo es técnicamente acabada, o sea que satisface a los marxólogos): el problema clave, desde el punto de vista que estamos considerando el asunto, de la lucha revolucionaria antes de tomar el poder, desde luego de la lucha revolucionaria como la que aquí vivimos, es la vanguardia. Este problema como problema clave. El problema de la organización de vanguardia recorre todo el período anterior a la toma del poder. A veces eso, que es lo fundamental, se expresa de otra manera; pero en raras ocasiones tan directa y crudamente. En raras ocasiones se les pone ante las narices a los revolucionarios, a los interesados, que el asunto de la vanguardia, de la organización de la misma, de su origen, de su calidad revolucionaria creciente, todo lo que puede ser colocado razonablemente bajo el título de vanguardia, es la cuestión principal.

Ese fue el caso del período que consideramos, el del Mayo Francés, el de la renovación universitaria venezolana, que hizo del problema de la vanguardia el más corriente de todos. Se trató mucho, se habló a menudo de él. Yo recuerdo, por ejemplo, que el periódico *Meridiano* tenía una columna llamada la "Brasa en el pico del cuervo" o algo así, donde fueron entrevistados varios hombres de la izquierda, entre ellos yo, y la pregunta era: ¿cómo plantea

usted el problema de la vanguardia? Una pregunta elaborada por el diario, porque coincidía con el interés de aquellos lectores del diario que estaban ubicados en ese campo del asunto.

La renovación universitaria, por ejemplo, aun cuando hizo pocas cosas en la universidad, pues en realidad su programa quedó corto, por lo menos se llevó en los cachos a la FCU. Se multiplicaron entonces los grupos, grupitos, asambleas, foros, etc., y el problema de la vanguardia pasó a primer plano.

Cuando fuimos entrevistados por *Meridiano,* nosotros decíamos que la vanguardia debía ser definida desde atrás; poco antes Pompeyo había definido la vanguardia con una serie de características que, en su opinión, debía tener esta: ser flexible pero recta, audaz pero prudente, que deba ser yo no sé qué cosa, pero lo contrario, y así, *nosotros decíamos que por vanguardia revolucionaria, en definitiva, se entendía a un grupo de hombres del cual otros aceptan conscientemente la dirección.*

Nosotros éramos un grupo muy chico de herederos del Partido Comunista, arrojados por ese proceso de división fuera del Partido Comunista y del MAS, entonces nos imaginamos que teníamos que dedicar nuestro esfuerzo a la construcción de un tipo de vanguardia, un tipo de organización política que fuera al encuentro entre ese producto de la crisis del marxismo organizado que éramos nosotros, y el producto del movimiento espontáneo de masas. Este mismo movimiento de masas espontáneo, político, que no puede hacer otra cosa sino también producir permanentemente liderazgos; cualquier movimiento social lo logra. Tú pones a unos muchachos, o se ponen ellos, a jugar béisbol en una barriada, y a la vuelta de media hora de juego ya hay uno de ellos que dice: "Chico, tú bateas corto, batea de primero, tú que le das duro ponte ahí de cuarto, tú que faldeas bien te metes en el *short stop"*. Se desgaja una parte del conjunto que empieza a asumir los intereses del colectivo y funciona como dirección. También en el movimiento espontáneo de masas reivindicativo, o político, ese liderazgo se produce constantemente; o sea, nos imaginamos un esfuerzo que, al menos inicialmente, iba a ser el resultado del encuentro de este producto

de la crisis del marxismo organizado que éramos nosotros, con el producto del movimiento espontáneo de masas, y sabíamos que ir a este encuentro es riesgoso, pues suponía cambiar esquemas y mentalidades, correr riesgos y hacer todo más difícil, pero al mismo tiempo más serio y, si se quiere, emocionante.

Para el momento que así consideramos, ¿qué movimiento de masas de un cierto nivel perceptible, activable existía en el país? Concluimos en considerar a la universidad (sobre todo a las facultades donde se conservaba más ardiente el fuego de la renovación, ingeniería, arquitectura), Sidor, (que venía de la huelga de los quinientos catorce despedidos, movimiento obrero muy curioso, desarrollado con mucha pujanza y a contrapelo de las direcciones sindicales, que empezaba en la práctica planteando y resolviendo el problema de la vanguardia, al menos con relación a sí mismo), y en tercer lugar los barrios, Catia sobre todo, menos contaminado del cierto lumpen político que en otros barrios abunda, más fiel, conservador de sus tradiciones combativas, con una mayor capacidad para sintetizar la experiencia, un barrio no tan aluvional como los de Petare.

Catia es toda una ciudad, está estratificada como una ciudad, pero muy diferente a Caracas, como sabemos. En Catia y en el 23 de Enero viven medio millón de personas. Desde cierto punto de vista, y dada su oposición a Caracas, en los servicios, en la atención, incluso en la ingeniería popular, Catia puede ser considerada como la segunda ciudad de Venezuela; es toda una ciudad con su clase alta, media, baja, un microcosmos que reproduce todo el esquema social de la ciudad venezolana, con una especie de orgullo catiense, con una serie de ingredientes digamos subjetivos, difíciles de cuantificar pero alentadores para el trabajo de un revolucionario, ¡por haber sido maltratada infinitamente! Hay allí pues elementos que objetivamente hacían de Catia un lugar apreciable para el trabajo. Por ejemplo, Catia produce tal vez el 70 u 80% de la gente que en Caracas practica el béisbol y produce, seguramente, el 90 o 95% de la afición de este deporte y, sin embargo, el estadio queda en el Este y el nuevo va para Tazón. Uno de los pintoresquismos del béisbol

venezolano es que cuando termina un juego entre Caracas y Magallanes, los autobuses de la Plaza Venezuela se ponen *full* de gente que va para Propatria, Urdaneta, Los Frailes, El Manicomio; porque vienen de allá, y una zona tan poblada (quinientos mil habitantes) no tiene sino cuarenta árboles, los veinte árboles piches que están en la plaza de Catia y los quince o veinte que están en la plaza Pérez Bonalde, y pare usted de contar, no hay más; una zona espantosa, urbanísticamente, en definitiva.

Por cierto, recientemente leí en *El Nacional* un titular que, refiriéndose a uno de esos habituales casos de la ciudad, hablando de una calle de Los Palos Grandes en muy mal estado, titulaba sin asomo de vergüenza "como una calle de Catia"; y seguramente no era con ganas de ofender ni humillar a Catia, lo peor de esa frase no era su factura, sino que es verdad; si tú quieres un ejemplo de calles en mal estado vete para Catia.

Bueno, estaban pues Guayana, la Universidad y Catia, y decidimos ir conscientemente al encuentro de ese liderazgo popular que estaba produciendo, tanto en Catia, la Universidad, como en Guayana. Y a pesar de ser tan pocos, diez apenas, uno de nosotros se fue a trabajar en Sidor, como obrero; no con la idea de infiltrar ningún movimiento sino para facilitar la búsqueda y el encuentro con ese liderazgo, que seguramente se había producido durante el conflicto y que, dadas las condiciones de la lucha obrera, probablemente iba a ser un liderazgo oculto, solapado, no notorio porque un líder estudiantil se conoce en los pasillos, se le pregunta a cualquiera quién es, son los más notados jefes en tal facultad y lo dicen tranquilamente; entre los obreros, en cambio, la notoriedad tiene un precio que es el despido. Por lo tanto había que buscarlo con cuidado y la única forma de hacerlo era dentro de la planta; y así uno de nosotros fue a trabajar como obrero en Sidor, otros comenzaron en la Universidad, y otros en Catia.

Ahora, ¿cómo fue esta búsqueda? Claro, podíamos haber hecho una búsqueda, digamos detectivesca; es decir, empezar a averiguar cómo fue la renovación de fuerte en tal facultad y preguntar: "¿quiénes son allí los líderes? Fulano y fulano, me voy a hablar con

ellos: una búsqueda detectivesca que rematara en tráfico boca-oreja, ¡pero no! Preferimos hacerlo de otra manera, pese a que no teníamos a nadie en la Universidad, ni en Sidor (un hombre en una planta donde hay ocho mil obreros, es prácticamente nadie) y nadie tampoco en Catia (exceptuando dos o tres mohicanos que quedaban por ahí); y pese a tener muy escasos recursos, trabajando prácticamente con los hígados. Tal búsqueda no fue detectivesca en el sentido de ir a buscar los líderes, sino que creamos las condiciones para buscarnos mutuamente y que el encuentro se produjera más o menos claro.

En la Universidad, con dos hombres apenas, Rosales y Lira, comenzamos a sacar el periódico *Prag*, donde presentábamos el paquete de ideas manejado por nosotros, tanto en lo general, como en relación a la vida universitaria del momento; de tal manera que el encuentro con los líderes no quedara envilecido por el trabajo boca-oreja. Tú sabes cómo es ese trabajo: le vendes al hombre lo que el hombre quiere comprar; ¿tú sabes cómo crece un partido? ¿el MAS, o el MIR, o el PCV?: un militante activo quiere que su organización crezca, pero no es que crece, sino que engorda. Entonces hay un oscuro proceso que tiene el hombre de captación; te sientas en clase y le preguntas al compañero de al lado: "Vale, ¿tú no piensas militar en algo?" y el compañero te dice: "chico, yo sí, pero, yo te digo una cosa, a mí lo que me gusta es discutir, me gusta participar, me gusta la vida creadora", "cónchale, ese es mi partido vale, es casi un Ateneo, ahí se discute, la política se elabora de abajo a arriba, una participación perfecta, una democracia y no sé qué cosa, ese es el partido"; le preguntas luego al del lado izquierdo, y al de adelante, y así le vas vendiendo a cada uno el partido que quiere comprar, y al final la gente termina militando en un partido que le construyeron para ella, resultando por tanto un germen de divisiones y desincorporación constante. Para evitar entonces ese tipo de vil trato, nosotros dijimos: "aquí está el paquete de ideas en la calle, y listo", para que las lean los líderes a cuyo encuentro aspiramos, para los policías, los estudiantes, para que lo lea quien sea, "aquí están las ideas", ellos sabrán a qué atenerse y nosotros también. Creamos

esa referencia abierta, pública por lo que el proceso de búsqueda no fue detectivesco sino abierto.

Así fue como empezamos a publicar en Sidor *Matancero*: un esfuerzo considerable y costoso con un solo hombre allá. Sacamos *Prag* en la Universidad con dos hombres apenas; *Catia 83*, que hasta donde yo sé es el único periódico de esta naturaleza que salió en Catia en su historia. Bueno, así empezamos a aclarar las condiciones para que saliera el liderazgo. Desde luego, en el lugar donde más fácilmente aparecía y donde el liderazgo va asociado a una cierta notoriedad fácil, donde resulta más fácil el asunto es en los medios estudiantiles; allí fue donde más rápido apareció; en los medios obreros fue más trabajoso. Entre el N° 1 de *Matancero* y el N° 3, se mantenía la militancia en 1, pero del ejemplar N° 3 de *Matancero* al N° 10, la incorporación al periódico y a la organización ya llegaba a nivel de la decena, y es en los números siguientes de *Matancero* cuando la organización empieza a adquirir una fuerza innegable y una capacidad de movilización de primer orden en la empresa. En Catia el proceso también fue lento y difícil, como en Matanzas. Sin embargo, se ha venido logrando un liderazgo, una organización cada vez más seria, con una capacidad de movilización en el lugar, por demostrar, pero suponible.

Empezamos pues a practicar todo aquello, sin recursos, pero —¡eso sí!— los periódicos siempre fueron abiertamente polémicos, tratando de mantener vivo el problema de la vanguardia como problema central que heredamos de la renovación y del Mayo Francés. Tratamos de mantenerlo vivo hasta donde diera, sabíamos que iba a llegar un momento en que la gente desplazaría su atención de la vanguardia a otro problema; la organización estudiantil, por ejemplo, en el caso universitario, por los problemas académicos funcionales. O el problema de la condición obrera en Sidor o el problema de la desatención en los barrios en Catia. Pero mientras fuera patente el problema, mientras estuviera en la superficie, nuestro deber era tratar de atenderlo lo mejor que pudiéramos.

De esta manera, entonces, se fue desarrollando La Causa, como una especie de complejo de organizaciones autónomas donde la

diferencia de nombre: *Prag, Matancero, Catia* 83, no es un truco publicitario, sino que son realmente organizaciones distintas entre sí. *Prag* es distinta a *Matancero,* cada una tiene su propio ritmo, su propia forma de construir dirigentes, de definir su afiliado. La Causa R, ya tú ves, funciona como un complejo de organizaciones donde hay una especie de mínimo acuerdo ideológico y político que liga al conjunto, pero es un complejo de organizaciones donde la diferencia de nombre nos crea dificultades y confunde, cierto, pero es una diferencia real; son diferentes nombres porque son diferentes cosas.

—Ese problema de la vanguardia sería interesante que lo habláramos, porque la vanguardia cada día se va fragmentando más en Venezuela, aun cuando todo líder izquierdista la plantea como resultante de la fusión entre la dirigencia del partido, la base y las masas.

Es cierto. Nosotros decimos que es una fusión (en nuestro caso concreto, la forma que en Venezuela adquirió la construcción de una vanguardia revolucionaria marxista fue la fusión), conscientemente buscada entre los productos de la crisis del marxismo; entre ese producto, nosotros, y el producto del movimiento de masas, entre esos líderes que salen de los barrios; del encuentro con ellos para formar la organización.

—Partido abierto...

Hay una definición clásica de la vanguardia comunista, de vanguardia revolucionaria, que la presenta como el encuentro entre el socialismo científico y el movimiento obrero. Bueno, un poco de eso se trata; el encuentro del producto de la crisis del marxismo con los productos del movimiento espontáneo de masas; y ese encuentro, para que no fuera detectivesco, para que no estuviera matizado de las vilezas de la captación, procuramos hacerlo de una manera pública. De allí, como dijimos, salieron *Matancero, Prag* y *Catia 83*. Fíjate bien, el periódico *Matancero* no salió para resolver un problema de escala, de opinión pública, no para que la gente dijera: "mira, aquí está *Matancero*", sino como la vía para que ese encuentro fuera lo menos contaminado de trucos y de vilezas posibles; no fue una manera de adquirir notoriedad en Guayana,

sino el intento por poner a correr una opinión en el seno del movimiento obrero, facilitando al mismo tiempo la construcción de una vanguardia obrera; facilitando el encuentro de ese liderazgo ya producido; es decir, nosotros no inventamos a Tello Benítez, o a Andrés Velásquez; ellos estaban allí, eran parte de la experiencia de ese movimiento. Existía, pues, un grado de activación alcanzado por ese movimiento obrero en Sidor; nuestra labor era poner a correr un conjunto de ideas entre los medios obreros, ideas que sospechábamos éramos los únicos interesados en poner a correr, cosa que demostraron los hechos. Los demás no estaban interesados en absoluto en ese tipo de cosas, el tipo de cosas de la democracia sindical; fíjate tú cómo la elección de los delegados departamentales en Sidor ha sido torpedeado por todo el mundo, en primer lugar por el MAS.

—Insisto en lo de la vanguardia por lo siguiente: mucha gente se decepciona de la izquierda por su fragmentación. Se plantea en consecuencia el problema de situar la verdadera izquierda, llamémosla así. La división de grupos es cada día más notoria conllevando a un mayor descrédito de toda la izquierda en conjunto. Cada grupo disidente de algún partido o de algún otro grupo cree poseer la razón, y adelanta una praxis en busca de la conjunción entre el movimiento popular de masas y la vanguardia organizativa.

Cierto, cierto, es decir, la izquierda está sumamente fragmentada, dividida; el único que no produce esa impresión sino que, por el contrario, está publicitariamente medrando de la división del conjunto para presentarse como "grupo indiviso", es el MAS; pero del resto sí, hay un proceso de fragmentación. El MAS, sobre la base de tener una política de goma, donde muchas cosas caben (ellos incluso en algún momento han llegado a pregonarlo como su virtud), en nombre de un socialismo indiferenciado de un socialismo que les permite —por ejemplo, cuando la primavera portuguesa y la entrada de Soares en el gabinete titular en *Punto*: "Un socialista en el gabinete de Portugal" (cuando la historia demostró después que Soares de socialista tenía solamente el nombre). Han tenido la enorme fortuna, no solamente fortuna, sino verdadero

talento de apoderarse de la marca registrada "socialismo", y cualquier esfuerzo que se haga en nombre del socialismo de alguna manera los engorda. En definitiva, al MAS no le importa que haya diez mil grupitos socialistas, porque cualquier divulgación del nombre resulta en efecto práctico, pues sustituye el mensaje, ya que el MAS no tiene ninguno. Yo pregunto, ¿cuál es la política del MAS, o cuál es la política obrera del MAS?, ¿cuál es?, ¿por qué en la práctica se opone a la elección de los delegados departamentales en Sidor, al perfeccionamiento y a la práctica de la democracia sindical en esa empresa?, y después ¿cuál es la política barrial del MAS?, ¿qué incentivan?, ¿cuál ha sido su participación, por ejemplo, en la reciente crisis municipal? Simplemente destacar la oposición puramente ética entre honestidad y robo o corrupción, dejando colar la idea —aun cuando no lo dicen expresamente— de que en el caso de que ellos fueran elegidos concejales, la cosa sería distinta, porque el problema es que los concejales adecos y copeyanos son ladrones. Entonces, afeitando la posición, desnudándola, de cualquier preocupación de la visión misma sobre la representatividad popular en su seno, en esa discusión donde han participado Báez Duarte, Brewer Carías, Planchart, Diego Arria, los adecos y hasta el propio Presidente de la República, ellos no representan una opinión, sino la honestidad versus el despilfarro.

Sobre la base de no tener política se sujeta la increíblemente exitosa política de más o menos satisfacer a todo el mundo y aparecer como un polo, no neto, pero sí satisfactorio para los tiempos actuales, cuando Venezuela ha dado un brinco rapidísimo desde el apartamento del Banco Obrero al apartamento de propiedad horizontal, a la Entidad de Ahorro y Préstamo y la tarjeta de crédito. *El MAS encaja perfectamente y es un partido, así como Chacaíto es un centro comercial satisfactorio,* "va bien".

Pero el resto de la izquierda ciertamente se debate en angustias, está fraccionada y la imagen que representa en conjunto es deplorable. Ahí también nos incluimos, es decir, nosotros cargamos en nuestra imagen lo que de lamentable le ponen a este desastre general de la izquierda y lo que de lamentable seguramente le

ponemos nosotros mismos como coautores del desastre o como miembros de él.

Ciertamente la izquierda produce una visión terrible. Sin embargo, los tiempos no son de dilemas históricos; las opciones reales que hoy existen en Venezuela son muy escasas como para cambiar este estado de cosas. La desmoralización, la descomposición social alcanza incluso a los niveles populares más importantes.

Las llamadas sociales, fuerzas motrices de la revolución, están tan afectadas por la descomposición como las encargadas de mantener el estatus. En este momento el socialismo no presenta opción práctica, ni siquiera el socialismo indiferenciado, ese que el MAS expresó para el consumo de cualquiera, ni siquiera ese; un socialismo que permite hacer nuestros tanto los triunfos de Vietnam, como los de Soares en Portugal, *ni siquiera el socialismo de Punto es una opción real.*

—Creo que para dilemas históricos, para dilemas grandes, durante un largo período en Venezuela no hay nada que hacer, sino simplemente sobrevivir, acumular fuerzas, depurar un poquito el autocultivo de la organización, intentar desarrollar su capacidad movilizadora, sembrarse en masas significativas, mucha labor de esa que se llama en la jerga "labor ideológica", mucho trabajo menudo y de pequeñas denuncias tratando de ligar los intereses históricos y generales de la clase, en fin.

Todos sabemos que el "sí podemos" es como el "*irium* de Colgate". El "sí podemos" es un *slogan*, cuya significación vendrá a un larguísimo plazo. Además, todos sabemos que se originó cuando los adecos en la campaña electoral pasada dijeron: "es que no pueden con Carlos Andrés"; los masistas entonces respondieron que "sí podemos", y en realidad no podían y sabían de la vacuidad y frivolidad de la frase; de ahí que los masistas más lúcidos no esperaron el escrutinio para saberlo, estaban conscientes, sabían perfectamente bien que no podían, que lo único que podían era gritar "sí podemos" y más nada; y podían gritarlo entre otras cosas porque los adecos se lo permitían, pero más nada.

Sin embargo, ese desastre de la izquierda no es un desastre para el país, es decir, quiero señalar con esto lo siguiente: ese desastre no se da acá como se dio en Francia en mayo del 68; que era un desastre para la izquierda, pero también para Francia, porque no había quien asumiera en serio la dirección de un movimiento que tenía mucho que dar: había diez millones de huelguistas.

La España republicana del 36-37 arrojó un desastre para la izquierda, pero también para España, porque en definitiva Franco se enfrentó a un *collage*, a una colcha de retazos cuya capacidad defensiva era muy escasa. Hay que ver esa cosa de la crisis de la izquierda con relación a lo que la sociedad espera de ella en cada momento; su división, atomización, lo que tú llamas fragmentación, en la España republicana fue terrible, fue lamentable para la izquierda, pero fue terrible para España. En definitiva, por otra parte, nada más que se enfrentó al puro heroísmo; sí, el heroísmo a menudo fabrica héroes mas no vencedores. Así por el estilo, el desastre de la izquierda en los primeros años de la década del 30 en Alemania, por ejemplo, tuvo consecuencias desastrosas para Alemania y para el mundo.

Pero el problema de la izquierda en Venezuela es una cuestión familiar, la situación da para tan poco y el país está tan contaminado del sobrefisco petrolero, que suponiendo que ese desastre —por obra de algún mago— terminara esta noche y que mañana la izquierda amaneciera unida y coherente y lúcida, a corto plazo poco cambiaría en Venezuela.

—Eso deja mucho que desear. En España, por ejemplo, hay una coherencia dentro de la izquierda, motivada por la guerra, entonces era una situación…

Puramente defensiva, pero no había tal coherencia.

—No, pero había una unión por lo menos para sobrellevar la coyuntura de la guerra, ahora, en una situación crítica, realmente crítica como la venezolana…

¿Es que tú crees que realmente es crítica?

—Estructuralmente sí. Para el pueblo sí lo es, pero para la gente que se mueve a los altos y medios niveles de la izquierda para la "intelligentzia", no.

No, yo creo que es al revés: la gente que se mueve en esos niveles de izquierda se la pasa inventando crisis; mira los *Nacionales* publicados de enero para acá, y te encuentras con crisis agrícolas, deportiva, cultural, intelectual, estudiantil; y cada una de estas situaciones es polémica; cada vez que se afirma que hay crisis estudiantil, viene alguien y afirma que no, ¡que lo que hay es estabilidad y desarrollo de esta revolución educativa!; cada vez que alguien señala crisis deportiva, hay alguien que afirma que no, que al deporte venezolano le esperan días mejores y que estamos en un estado de arrancada; cuando a alguno se le ocurre decir algo sobre crisis agrícola entonces sale una federación o un ministerio o un declarante diciendo que al contrario, que nunca el agro venezolano ha estado mejor. Es a niveles de izquierda, por tanto, donde hay una situación crítica y hay crisis y crisis y abundan las crisis; en realidad yo creo que lo que se llame crisis en el sentido coyuntural que tiene la palabra crisis, no hay ninguna...

—No hablo, si quieres, de crisis coyuntural, hagámosla a un lado, concretémonos en una crisis estructural para la existencia del pueblo venezolano.

¿Pero una situación crítica en este país del billete, donde por ejemplo, el ingrediente de la lucha obrera en la espiral inflacionaria, casi no existe? Recuerda la reacción de la izquierda ante el mensaje de toma de posesión de Carlos Andrés, cuando al aumentar los salarios por decreto toda la izquierda lo saludó, o el caso de la ley contra despidos injustificados, es decir, *aquí lo que existe es la crisis estructural, latente, virtual, propia de todas las sociedades dependientes, propia del proceso de desarrollo-subdesarrollo.*

—A esa crisis estructural es a la que me refiero. Los líderes de la izquierda, al parecer, siguen especulando solo con las coyunturales habiendo mientras tanto una cantidad de demandas diferidas del pueblo; allí es donde está la situación urgente de crisis estructural de la que hablo, a la cual las coyunturales como la agrícola o la educativa contribuyen.

Bueno, creo que sin forzar el acuerdo, entonces es posible establecer esa crisis básica, permanente, pero cuya expresión en el nivel político es esa especie de economía concentrada, aunque a veces se expresa esa crisis básica incluyendo sus aspectos no económicos de manera, digamos, aguda. Creo que eso ocurre, por ejemplo, con la situación municipal, donde es evidente que al nivel de la opinión esta crisis sí que no es polémica. Allí no hay nadie (ni siquiera los directamente afectados, los municipios) que se haya opuesto al calificativo de crisis para la situación municipal, y esto ya es un signo cabal de que en este terreno sí hay algo tal.

Probablemente se presente en el futuro inmediato también una crisis en la educación, el hecho del crecimiento en flecha de la población universitaria, de la devaluación del título universitario, y de la constante redefinición que hay en las escuelas y facultades sobre el contenido de la enseñanza, sobre la utilidad de la misma, etc.; el hecho de que Venezuela mantenga una especie de universidad en el exterior, con el conjunto de los becarios Ayacucho mayor que los estudiantes inscritos en la Universidad de Oriente. El desfase entre la Universidad Simón Bolívar y Central es sinónimo de que en Venezuela el problema de la calidad de la enseñanza se ha podido resolver a favor de los intereses de las clases dominantes ... sin una discusión sobre la Universidad Central y los estudios universitarios, sino creando una universidad *ad hoc* como es la Simón Bolívar. Todo esto, que descansa sobre la enorme capacidad fiscal del gobierno, en el sobre ingreso petrolero, puede arrojar una crisis coyuntural en el terreno de la educación.

Igualmente, en otros aspectos de la vida social pueden presentarse situaciones críticas, dilemáticas; sin embargo, una crisis política de conjunto no parece tener existencia real hoy, ni parece sensato esperarla en un futuro muy próximo.

La situación es de tal naturaleza que, por ejemplo, el país asiste o ve impávido una serie de reportajes en *El Nacional,* calificando a Guayana como la Venezuela que trabaja. Esto, que es una especie de homenaje que el vicio rinde a la virtud, ni siquiera despertó reacciones avergonzadas o indignadas, en parte por la apatía

general del público, pero en parte importante porque *El Nacional* tiene razón: Guayana resulta ser la Venezuela que trabaja en un país cuyo resto vive del cuento. La situación es hasta tal punto seria en ese sentido, que nosotros creemos que la tarea actual de la clase obrera es simplemente reconocer en el proletariado siderúrgico su vanguardia y su ejemplo; es decir, es tan difícil la situación en el movimiento obrero, es tan inexistente este movimiento mismo, que su tarea se reduce, se agota en simplemente considerar a la clase obrera siderúrgica la única en producir un movimiento que merezca ese nombre y considerarla su vanguardia.

Sí, la situación es difícil, es la situación de un país levantándose a punta de dinero; las noticias que mejor definen al país, ¿cuáles serían?: pienso, por un lado, que las relativas a la muerte de Jorge Rodríguez y acontecimientos tales que han puesto en evidencia la endeblez de la democracia; pero otras noticias de enorme importancia son, por ejemplo, el aumento de la posibilidad de compra en el puerto libre de Margarita; esta es una noticia que define al país. Otra noticia, por ejemplo, es que Venezuela en los diez primeros meses del 76 gastó más de doscientos millones de dólares en compras de Cúcuta, convirtiéndose en el segundo proveedor de divisas para Colombia.

—200.000 cajas de whisky para diciembre...

Exacto, son noticias que definen la forma como, con la complicidad de la oposición parlamentaria, el gobierno pudo convertir lo que era un interesante e importante debate político: la muerte de Jorge Rodríguez, en un insulso debate jurídico sobre competencias de fueros civiles y militares; esta situación política en otro país hubiera sido crítica. Esta complicidad es tanto más sorprendente cuando la misma oposición había dicho, a 24 horas de la convención, que la detención de los parlamentarios (Herrera y Salom) no era sino una maniobra gubernamental para tender una cortina de humo sobre las situaciones reveladas por la muerte de Jorge, ¡increíble!, pese a haber dicho 24 horas antes que se le intentaba correr una

cortina de humo, después con su facilidad de colaboración la cortina de humo se corrió tranquilamente. Y no se había secado la tinta de las denuncias de los parlamentarios de oposición, cuando ya el gobierno había logrado la conversión de una discusión política en una discusión jurídica; eso solo da una idea de lo muy poco alentador que es el país en estos momentos. La cantidad enorme de dinero fácil falsifica el alma nacional, deteriora el perfil de la patria y hace difícil una atención seria a los serios problemas de lo que tú llamas, creo que con razón, crisis estructural permanente.

—No obstante, reconociendo la existencia de esto que llamamos crisis estructural permanente, para la clase obrera —aún más allá de la clase obrera, diríamos— para esta carga de marginados que sería en quienes primordialmente muchos depositan la esperanza de una toma de conciencia que los lleve a planteamientos socialistas, cabe preguntarse: ¿a qué se debe que en Venezuela el pueblo vote por AD o Copei, con respecto a una supuesta democracia? ¡Por qué el pueblo, proletariado, campesinos, marginados, no son de izquierda en Venezuela? Hasta cierto punto es posible, que los nuble un poco la visión de este pobre país rico, como le dice Pérez Alfonzo, pero eso mismo tiene que ir llevando a cierta concientización, pues si un Mercedes Benz de ciento treinta mil bolívares es ya un signo de agresión en sí mismo, mil Mercedes Benz caminando por las calles, más que agresión, representan violencia en un país donde existe tanta miseria. "La vaina no puede seguir", "este país está definitivamente repartiendo las riquezas hacia una minoría", se comenta; ¿cómo es que esa condición subjetiva de toma de conciencia del pueblo no se da?

De lo que dices queda, por ejemplo, el problema democrático. Esta cuestión que puede ser inscrita bajo el rótulo de los aspectos formales de la política. Hasta donde yo sé, ninguna fuerza revolucionaria en el mundo ha tenido que desarrollar su actividad en condiciones democráticas, con excepción de la Revolución rusa del año 17 (cuando Lenin calificó a su país como el más democrático del mundo), y en esas condiciones democráticas fue posible plantear y resolver una tarea revolucionaria extraordinaria; con excepción de ese caso, no conozco ningún otro en el cual las fuerzas

revolucionarias hayan podido desarrollar su actividad enfrentando con éxito el reto democrático. Siempre las revoluciones se han planteado en condiciones dictatoriales, en condiciones donde la solución de la lucha política era, en este sentido, más fácil, menos complicada, *las democracias parecen ser una forma política que protege a esta sociedad contra un cambio profundo e irreversible de las relaciones humanas;* y en nuestro país estamos viviendo, desde hace ya unos lustros, un régimen político que ha sido calificado como de ensayo democrático y que le plantea a los revolucionarios, interesados en un cambio social en Venezuela, tanto a nivel político como social, desarrollar sus actividades en estas condiciones de juego democrático.

Hay que ir a esta discusión, y plantear el problema democrático realmente en nuestro país. Por ejemplo hay una versión de la democracia que no es discutida por los revolucionarios; una versión, digamos, adeca de la democracia. La democracia para la sociedad venezolana se ha convertido, cada vez más, en un régimen que simplemente garantiza la renovación quinquenal de concejales, diputados, senadores y presidente de la república; es decir, la democracia entendida en su expresión mínima, puramente comicial, quinquenal, para renovar poderes públicos y allí ha sido dejada la cosa. Con la crisis municipal, el problema democrático, un poco tímidamente, pero al fin y al cabo de alguna manera, se planteó al país desde hace algunos meses y aún sigue en pie. También se planteó el problema democrático con la muerte de Jorge Rodríguez. La posibilidad pues, de enfrentar la versión adeca, con una versión más cabal de la democracia, está planteada para los revolucionarios. Por ejemplo, el senador Pompeyo Márquez, secretario general del MAS, aborda el asunto en declaraciones a *El Nacional,* hace dos o tres meses, diciendo que hay que llenar la forma democrática de contenido social; es decir, un planteamiento un poco tradicional, interesante, pero que aún nos parece mocho y recortado; el problema no está en darle contenido social a la forma democrática; no creemos que pueda ser el decreto definitivo porque sería un poco como aceptar que la forma democrática es intangible, que

está allí, solo esperando que se la provea de un contenido social, esperando que la democracia resuelva lo que tú llamas razonablemente la distribución justa de las riquezas; la democracia está allí y la tarea es darle contenido social, cuando la propia democracia que está allí está en discusión; es la propia forma la que está revelando un desajuste insoportable.

No se puede aceptar que la democracia esté establecida y creer que ella es simplemente la renovación quinquenal de todo eso, dando entonces la democracia como un hecho, como un dato, llenarla de contenido social, distribución justa de las riquezas, etc., sin discutir la forma misma. Por ejemplo, en la discusión planteada por el Concejo Municipal, que es una instancia participativa que desde su existencia se justifica porque crea una instancia para la formación y promoción de liderazgo popular, para acercarla con la actividad a la gestión pública de sus asuntos, etc. Sin embargo, los concejos municipales, que siempre fueron considerados, en teoría, como una forma de participación popular, se han convertido en una guarida de tahúres, en una cuestión que no es el contenido social lo que plantea, sino la propia forma municipal lo que se coloca sobre el tapete.

Cuestiones democráticas no atendidas por esa democracia, ni siquiera a nivel de discusión, como es el caso de los derechos organizativos de las masas; que si por ejemplo, es democrático renovar quinquenalmente diputados y senadores, ¿por qué no es democrático renovar, cuando los estatutos de esas instituciones lo obligan, las directivas sindicales? Tenemos que desconfiar de la postura democrática de la mayoría de las fuerzas políticas venezolanas cuando vemos que, con un celo extraordinario, defienden la intangibilidad de las renovaciones quinquenales en el Congreso y, sin embargo, no aplican el mismo celo a la obligación —por otra parte legal— de permitir que los obreros de Sidor, por ejemplo, se doten de delegados sindicales; es decir, las mismas fuerzas que se presentan en el país como democráticas han venido impidiendo de mil maneras —ninguna de ellas democrática, por cierto— que el movimiento sindical se dote de delegados departamentales.

Esta cuestión de las versiones de la democracia es una discusión que debe ser desarrollada, a propósito de la situación municipal, a propósito de los derechos humanos. Por ejemplo, a raíz de la muerte de Jorge Rodríguez, *Pro- Venezuela* publicó una declaración donde recoge y hace suya la versión más elemental de la democracia, simplemente como respeto a la dignidad del hombre. Ese tipo de discusiones tiene que desarrollarse; es decir, no se trata solamente de no dejarle la bandera democrática a Acción Democrática; se trata de denunciar y revelar que esa bandera, Acción Democrática, con excepción de la renovación quinquenal de los diputados, senadores, etc., la ha arriado hace años y la mantiene al pie del asta, desteñida, rota y deteriorada. Creo que la discusión democrática debe ser desarrollada, y en este sentido sí hay una cierta receptividad, hay una cierta disposición social a abordar la discusión.

No creemos que el país, en este momento, tenga enfrente de sí el dilema socialismo-capitalismo; es decir, no es un dilema práctico el de escoger el tipo de sociedad lo que parece indicar Pompeyo cuando habla de contenido; en cambio, sí parece el país sensibilizado frente al problema democrático mismo, frente al problema del perfeccionamiento, la profundización de la democracia. En ese sentido, no veo por qué no decirlo, los revolucionarios estamos, en los términos más absolutos que se puedan decir, en los términos llamados en la jerga política "más estratégicos"; los revolucionarios estamos interesados en una democracia ilimitada, en una democracia que no tenga otros límites que la conciencia del pueblo, y la disposición del pueblo a luchar por algunos derechos o intereses de tipo democrático, es decir, no hay limitaciones en el planteamiento. Si democrático es que cada uno de los habitantes del país tenga un cañón en su casa, bueno, pues que cada uno lo tenga; es decir, no somos nosotros los que podemos estar interesados en la limitación de la democracia, adjetivarla a troche y a moche, en desdeñarla, en mirarla por encima del hombro.

—Pero eso mismo nos remite entonces la discusión al dilema capitalismo-socialismo.

El dilema capitalismo-socialismo se va a colar en la discusión democrática. Esta discusión, después de todo, es formal, y llega un

momento en que el ejercicio de los derechos democráticos tropieza con lo que tú llamas realidades críticas estructurales. Entonces ese problema fatalmente se planteará, es absolutamente inevitable, abórdese o no la discusión democrática. Pero la discusión democrática misma es muy interesante y en ello hay algo que decir, hay que poner en cuestión las propias formas de la democracia; hay que participar en la discusión sobre el Concejo Municipal, hay que defender los derechos organizativos de los obreros, y en general de las masas; la intangibilidad de la dignidad humana, la sujeción de los guardianes del estado de derecho a las condiciones del estado de derecho. Lo que no podemos es desdeñar la democracia, lo que no podemos es quedarnos simplemente en el calificativo que puede ser, en el sentido estricto, correcto, pero que aplicado en la manera como a menudo se aplica, tiende a quitar del foco de atención el problema de la democracia. Creo que si algún problema político es importante en este momento, y para los años siguientes, es el problema de las condiciones democráticas de la sociedad, el problema de las formas políticas.

—Pero el dilema sigue en pie: capitalismo-socialismo.

Sí, ese dilema sigue en pie, como sigue en pie la crisis que tú llamas estructural. Es, digamos, un dilema básico; es, en definitiva, saber qué contenido va a tener la sociedad venezolana, pero la vigencia política del dilema está un poco atenuada, está muy debilitada, lo que tú llamas, con justicia, fuerzas subjetivas de alcance social. La discusión sobre la transformación de la sociedad no es una discusión a escala social, a escala de masas; en cambio el problema democrático sí; y además, en este problema democrático se está dejando pasar como moneda corriente, como moneda buena, la versión adeca, sin discutirla, sin exigir a los adecos ni al país una mayor consecuencia, profundización, una mayor universalidad de los llamados principios democráticos. Quedan en pie estas cosas renovar quinquenalmente la cámara de diputados y senadores, pero, ¿por qué no renovar, cuando así las leyes lo ordenan, las direcciones sindicales? ¿Por qué no dotar al movimiento obrero de delegados sindicales, previstos en el estatuto y en el contrato colectivo?, cumpliendo así el derecho democrático, independientemente que

los delegados electos resulten ser fascistas, o socialistas, independientemente del contenido de su gestión.

De otorgarse, tenemos por ejemplo el problema estudiantil. En Venezuela el movimiento estudiantil nunca tuvo que alegar su condición de aliado del pueblo; siempre, efectivamente y en la práctica, lo era; siempre estaba presente como agente o como catalizador de situaciones sociales importantes, a tal punto que era uno de los orgullos de la izquierda. Veamos la situación del movimiento estudiantil hoy, cuando está hasta tal punto disperso y ha tenido tanta carga, que creemos que el problema organizativo (a menudo un aspecto puramente objetivo, formal e instrumental que ni se discutía en el año 60 o 61) hasta tal punto se ha deteriorado que hoy se convierte en un fin en sí mismo y la organización del movimiento estudiantil es "la gran tarea". ¿Por qué, pues, no abordar esta organización del movimiento estudiantil con criterios democráticos? ¿Por qué seguir manteniendo organizaciones estudiantiles compulsivas?

Cuando un estudiante se inscribe en la universidad para cursar medicina, ingeniería, o lo que fuere, en el mismo momento de la inscripción se le considera miembro de la Federación de Centros Universitarios, cotizante de la misma, elector de ella, sin haber expresado su deseo de ingresar en ella. La filiación a la FCU es una filiación compulsiva, no consultada, que incorpora a todos los estudiantes a su membresía. Entonces, ¿por qué no abordar esto de manera democrática? ¿Por qué no construir una organización del movimiento estudiantil? Dado que esto es un problema gravísimo que se ha convertido en un fin en sí mismo, ¿por qué no convertirla en una organización de libre y voluntaria afiliación? Si la organización se sincera, se democratiza de esta manera, se podrá abordar con mayor sinceridad y autenticidad la problemática de la orientación, el contenido, el programa del movimiento, etc.; pero que en la organización esté quien así lo desee.

El movimiento sindical tiene, por lo menos, el democrático elemento de que el obrero se sindicaliza si quiere y que la

no militancia en el sindicato es una forma de lucha y de protesta contra un contenido antiobrero o una programación no conveniente de las luchas sindicales. Pero aún así, con toda esta condición más democrática en el propio movimiento obrero se retrocede. Se retrocede, por ejemplo, cuando en las elecciones del sindicato del hierro votaron todos los obreros, sindicalizados o no, por lo que era, evidentemente, una maniobra de neto corte electorero, y se consideró a todo obrero de la Ferrominera, por el simple hecho de serlo, se le consideró ya miembro del sindicato, lo que era un irrespeto al sindicato y al obrero. Los señores directores de Fetrametal y de Atiss han introducido en los estatutos un párrafo equívoco, sibilino, referente a la obligatoriedad de la militancia sindical de los obreros siderúrgicos, ¿y por qué? ¿por qué un obrero no puede rehusar ser miembro del sindicato?, ¿por qué trabajar de esta manera el derecho democrático del obrero de afiliarse o no a su organización gremial, y por qué trabajar de esta manera la sinceridad conquistada de un movimiento sindical que agrupa al activo obrero? ¿Por qué obligatoria? ¿Por qué rebajar el sindicato más importante del país a la antidemocrática condición de la FCU?

Fíjate, esto del movimiento estudiantil da una buena cantidad de referencias para comprender la cuestión democrática mundial. A finales de la década del 60, a contrapelo de las organizaciones cuya expresión más brillante —pero desde luego no la única— fue, como dijimos ya, el Mayo Francés. Esa renovación universitaria planteada en la Central en el año 69 es un reflejo nacional más patente, y aun cuando fue calificada para ese entonces —y con razón— de organización burocrática y no participativa, se planteó —pienso—, por lo menos de manera equivocada, de manera no circunstanciada, el dilema de los estudiantes franceses agrupados en la UNEF (Unión Nacional de Estudiantes Franceses) se planteó el dilema de participación versus burocracia, es decir, se reclamó una mayor participación de las bases estudiantiles en la organización de los estudiantes frente a manejos burocráticos, con visos paternalistas y dirigentistas de unos cuadros dirigentes que los acontecimientos mismos demostraron que habían perdido su condición de tales.

Pero en nuestro movimiento estudiantil, tan en la inopia, que ni siquiera sinceraba su militancia, el dilema participación versus burocracia resulta exagerado, demasiado alto. Aquí la lucha por la democratización del movimiento estudiantil, que es un momento de la lucha democrática general, pasa por un escalón bastante más bajo, de simplemente reivindicar para el estudiante el derecho a decidir su pertenencia o no a la organización estudiantil. Una organización estudiantil sincerada crearía un terreno infinitamente más favorable para la inevitable discusión, que hoy resulta distorsionada por el carácter antidemocrático de la organización, sobre el contenido de las luchas estudiantiles, sobre el programa, la condición, los planteamientos del V Plan de la Nación, sobre el proyecto de la nueva Ley de Educación, los problemas del cupo, la alianza con las luchas populares, etc. Lo que quiero decir es que la lucha por una organización estudiantil de libre y voluntaria afiliación por impedir que se rebaje y se distorsione la condición, al menos formalmente democrática, de los sindicatos; la lucha por extender y profundizar la organización de los obreros en el sentido de dotar al movimiento de delegados sindicales, de una renovación periódica y conveniente de sus estructuras o una revitalización de las asambleas y de las rendiciones de cuentas de los directivos, etc.; la lucha por lograr sanear la figura municipal en Caracas, son todos momentos de lucha democrática. No se trata estrictamente de darle un contenido social a la forma democrática, sino de una reformulación de la forma democrática misma.

El problema municipal, por ejemplo, es particularmente revelador al respecto. Fíjate tú la situación de Caracas, una ciudad complicada que ha crecido mucho en muy poco tiempo, con enormes problemas, y que tiene dentro de ella una especie de sub-ciudad, una especie de ciudad dentro que es la parroquia Sucre y el 23 de Enero, Catia. Uno debe pasearse por algunos datos; por ejemplo, a menudo se lee en los materiales del movimiento negro norteamericano, como una de las demostraciones y alegatos sobre su situación, argumentos en torno al hecho de que no hay ningún ministro negro, y en general, que los negros no están

proporcionalmente representados en las instituciones decisivas de la nación. Asimismo, en los alegatos del movimiento de la liberación femenina, la escasa presencia de mujeres en los sectores decisivos, la falta de ministros, de dirigentes, diputados y senadores de ese sexo, y esto se acepta como un argumento favorable a la tesis de que la minoría negra en un caso y la mitad de la humanidad en otro, están preteridas, lastimadas en sus derechos. Pues aplicando el mismo criterio, universalmente aceptado como diagnóstico de una situación intolerable, veamos cómo funciona en el Concejo Municipal de Caracas, de Catia, donde vive la mitad o más de la población caraqueña, no hay ningún concejal principal. Que yo recuerde el único concejal de Catia, residente en Catia y conocido en Catia que ejerció la concejalía principal fue Lucas Pérez. Ante tal evidencia, uno empieza a ver algo malo en la forma democrática, que hay algo defectuoso en el asunto, cuando la mitad de la población no está representada en el Consejo Municipal, independientemente que la represente un fascista, un adeco, un copeyano, un masista, un lo que fuere. Eso tiene el mismo peso que el argumento de los negros norteamericanos, o el del movimiento de liberación femenino.

Se comienza así a comprender una cierta relación entre la forma democrática y algunos problemas evidentes, como el hecho de que aun cuando Catia provee al deporte aficionado de la ciudad tal vez el 80% de los practicantes del deporte, o de quienes juegan en los equipos de béisbol, así como también provee una cifra altísima del público que asiste a los juegos de béisbol, pues basta ver la Plaza Venezuela a la salida de un juego Caracas-Magallanes con autobuses repletos de gente para ir a los Frailes, Ruperto Lugo, a Los Magallanes, etc., para darse cuenta de que tanto en la práctica del deporte como en la expectación del mismo, Catia tiene un lugar apreciable y, sin embargo, el estadio queda en el Este. La cantidad de salas de cine en condiciones decentes en Catia es infinitamente inferior a las del Este. En la Parroquia del Recreo, que según los datos del último censo tiene apenas unas decenas de millares de habitantes, están concentrados un porcentaje desproporcionado

de los servicios, en Catia ninguno de ellos. En toda la parroquia Sucre y 23 de Enero las únicas zonas arboladas son las cuarenta maticas que hay repartidas entre la Plaza Catia y la Plaza Pérez Bonalde; es decir, en dos pequeñas e irrisorias plazas que no dan terreno para construir ni siquiera una quinta del Country Club, están concentrados todos los árboles de la parroquia Sucre y 23 de Enero. Todo esto tiene que ver con la forma democrática, con el conjunto municipal.

La organización libre y voluntaria de los estudiantes, la profundización de la democracia obrera y sindical, el problema municipal, todo parece revelar el tratamiento que se le da a la dignidad humana, no solo en el caso conspicuo y notable de Jorge Rodríguez y de los detenidos políticos, sino también en el caso de los detenidos comunes. Todo esto plantea un problema formal democrático que la izquierda debe encabezar durante el período que sigue, en el norte de su política, y no participar apenas de una manera minusválida y empequeñecida en la discusión democrática, como si le tuviera miedo al tema... *No veo por qué un revolucionario no puede ser, en la teoría y en la política, el más demócrata de los ciudadanos,* el más interesado en la profundización y ampliación de las condiciones formales democráticas.

Es hacer una concesión teóricamente incorrecta y prácticamente innecesaria, una concesión horrible, el considerar a la democracia como un dato dado que simplemente hay que llenar de contenido social. Hay una lucha democrática planteada y creo que es la lucha política más importante de los tiempos actuales. Comprender y plantear el problema del derecho al estudio como un derecho democrático; plantear las reivindicaciones obreras como elemento y parte de una lucha democrática; considerar la situación de la ciudadanía y la atención a sus necesidades y la eficacia administrativa de la ciudad, como un problema democrático y no como un problema ético de lucha entre honestos y corrompidos. Ni como un problema de contenido social de una democracia supuestamente acabada, sino plantear el problema democrático como un problema en sí mismo; creemos que tal debe ser el norte de la

política de la izquierda. En ese sentido hemos dicho que con relación a la estructura general del país, nacional, patriótica y revolucionariamente, a Venezuela le conviene y le resulta indispensable una reducción de la producción petrolera, que sincere los ingresos y que le afeite de esa intolerable condición de país nuevo rico y desde el punto de vista político creemos que el centro de la lucha política, a partir de los intereses de la revolución, debe ser la cuestión democrática.

—¿No es depositar demasiado peso en esa área de la lucha? Porque la democracia actual se puede permitir y hasta sería un sucedáneo, un opio del pueblo, el permitirse colocar tres campos deportivos en Catia, cinco nuevas salas de cine, que además de rendir frutos en cuanto a su imagen popular, actuará como efecto nublador para la toma de conciencia de la gente de Catia y calmará un poco sus ánimos, que en algún momento pueden convertirse en "peligrosos" para el sistema. Depositar todo sobre una renovación de la democracia, como el mayor esfuerzo de la izquierda, va difiriendo el dilema capitalismo-socialismo, porque la democracia capitalista se lo puede permitir...

No Iván, no lo va difiriendo, lo va acercando. Tú dices que la democracia actual, es decir las clases dominantes, para decirlo en términos más comprensibles, pueden permitirse hacer unas cuantas mejoras en Catia, pero de hecho no se lo permiten. Hay una diferencia entre algo que la sociedad puede permitirse y se lo permite y algo que el pueblo conquista luchando; por ejemplo: ahí tenemos el caso de las pasarelas; armatostes baratos, simples, sencillos que ni siquiera alteran la afectación del gusto público. Las pasarelas son una bobería, y seguramente el gobierno no tendría ningún problema para construirlas, en las zonas de difícil paso peatonal. Seguramente no lo tendría, y sin embargo, ¿cuántos muertos costó construir las pasarelas de San Félix? ¿Cuántos muertos costó construir la de la Intercomunal de El Valle? ¿Y las de Maiquetía? El Gobierno puede decidir una pasarela de la misma manera como decide un puente elevado, tranquila y sencillamente, por una simple resolución, ni siquiera ministerial, sino de instancia inferior; pero de hecho no lo decide, porque no

está pensando en los peatones, y cuando los peatones se mueven y luchan por conseguirla, el problema ya no es construirla o no, sino que es la condición misma del Estado la que está en juego. El problema, entonces, es que el gobierno quiere aceptar que la gente consiga una bobería como esa luchando. Entonces, fíjate tú…

—Pero perdón, es que yo creo que en ese caso ya se da un problema operativo burocrático mediante el cual, desde el momento que se determina la pasarela hasta cuando llega el momento de construirla en sí, han pasado tres o cuatro meses.

No, es que no es así; fíjate tú Iván, primero no la deciden porque no están pensando en eso; es que les importa un comino el peatón porque ellos andan en carro.

—Creo que es errado pensar que los burócratas son tan ciegos. ¡Claro que se dan cuenta! Si no piensan por su propia cuenta en ello, reflexionan sobre el problema en cuanto el pueblo o la oposición partidista se lo hace ver. Tampoco debemos pensar que son necios.

Pero fíjate tú: hay un muerto, no se dan cuenta, pasa como un accidente vial; hay dos muertos, tampoco se dan cuenta; tres muertos y ni aún así se dan cuenta; pero entonces empieza la lucha de la gente por su pasarela para evitar más muertes, sin embargo, no te mandan al ingeniero a construir la pasarela, te mandan al policía municipal a disolver la manifestación a planazos y bombas lacrimógenas, porque el problema ya no está en hacer o no la pasarela, sino en la calidad del servidor público, en el maldito paternalismo de este Estado. Y así te ocurren cosas como esta: la única pasarela que el gobierno ha decidido sin presión pública es la más inútil de todas, la que une la California Norte con la California Sur. Tenemos por otra parte el caso de la pasarela de San Félix, donde hubo muerto tras muerto a la salida del puente que comunica Puerto Ordaz con San Félix. Las gentes de ambos barrios divididos se alzaron para lograr la construcción de su pasarela, interrumpiendo el tráfico prácticamente, construyendo una especie de pasarela a ras del suelo con sus propios cuerpos e impidieron el paso de vehículos. Hubo dos meses de conflictos, de allanamientos de casas y barrios, planazos, bombas lacrimógenas. Cualquier marciano que llegara se diría: "Pero si es

tan sencillo, ¿por qué no hacer la pasarela si hay dos muertos que demuestran su necesidad; el pueblo la está pidiendo y existen los recursos para hacerla y no es tan cara?". El asunto es que ya no era la pasarela, el problema ahí era el maldito principio de autoridad: "A mí no me hacen hacer la pasarela". En Maiquetía era también evidente su necesidad, sin embargo, tuvieron que alzarse los habitantes del sector y sucedió igual: no mandaron al ingeniero sino a la policía y la Guardia Nacional.

—Alfredo, con construir dos o tres pasarelas —y sigamos con este ejemplo como muestra de algo que se da en otros casos— el gobierno mismo cubre una posible necesidad: mejorar la operatividad burocrática y mantener contento al pueblo concediéndole a sus ruegos algo tan poco atentatorio a su estabilidad, como son en este caso las pasarelas.

No, al contrario, ocurren otros fenómenos. Paséate por esto: ¿qué dejó la lucha por la pasarela en San Félix? Dejó la pasarela, pero además dejó liderazgo, gente que sabe movilizar a sus vecinos, organizaciones populares; el centro popular del barrio El Gallo, el centro popular de la zona adyacente a la pasarela, dejó además algo inapreciable, no cuantificable pero un ingrediente gigantesco de lo que tú llamas toma de conciencia: dejó autoconfianza popular, la gente sabe que luchando consigue, pero que debe luchar. Dejó un inapreciable aumento de lo que tú llamas la conciencia, y elementos subjetivos. Tu dirías: ¿dejó también mayor conciencia burocrática? En principio si la dejó no es malo, si la dejó entonces la conquista es aún mayor, pues no se logró solamente una pasarela, sino también se conquistó una cierta sensibilidad oficial para construir pasarelas donde hagan falta; en principio no es malo, pero es que ni siquiera eso dejó. La pasarela en Maiquetía se logró después de la lucha por la de San Félix y fue una lucha similar. Pareciera, según tu esquema, que bastara con la lucha de San Félix.

—No, lamentablemente la operatividad burocrática no engrana tan rápido.

Bueno, suponiendo que hubiera dejado una mayor conciencia burocrática, o mejor, triple triunfo. Conquistamos no solo las

pasarelas, las existentes y por venir, sino autoconfianza popular, capacidad de movilización y mayor operatividad burocrática. Lo de la pasarela es un solo ejemplo, pero en general la lucha popular por conquistar lo que en derecho le corresponde, la lucha democrática, es una lucha en sí misma lo contrario del opio del pueblo.

—Lo que quiero decir con opio del pueblo es que el gobierno puede permitirse esas concesiones, tales como pasarelas, cine y estadio en Catia, pues ello actúa como sucedáneo de conquistas mucho más importantes.

Pero si el pueblo conquista algo por lucha, el opio no actúa.

—Depende de lo que conquiste.

Pero peor aun cuando conquistas algo sin lucha, por ejemplo, cuando Carlos Andrés toma posesión con un bolsillo prácticamente repleto de dinero, y Venezuela se convierte en una potencia financiera, establece el decreto 21 y aumenta por decreto los salarios y sueldos. La izquierda parlamentaria saluda alborozada ese aumento sin llamar la atención sobre el ingrediente inflacionario que ello suponía, sin pedir correctivo para impedir que el aumento de los precios revirtiera sobre el consumidor; sin nada de eso, simplemente saludó. ¿Qué logró Carlos Andrés, y qué logró el pueblo? Nada menos que deteriorar la capacidad de regateo sindical y la lucha obrera, afianzando por otro lado el paternalismo estatal. La gente espera el aumento de salario no de sus propias luchas, sino de un providencial decreto presidencial, de la misma manera que espera la cuota del carro de un cuadro del 5 y 6 que selló esta semana, así como se le pide que espere el socialismo para cuando el MAS gane las elecciones; es decir, la gente no luchó por el aumento del salario, fortaleció las directivas sindicales adecas, que aparecían como mediación entre la buena voluntad presidencial y la necesidad de los obreros, aletargó la lucha obrera; funcionó, aquí sí, como tú dices, como opio del pueblo. Sin embargo, esta capacidad paternalista de jugar a las necesidades populares para narcotizar al pueblo es una capacidad limitada por nuestro tipo de Estado, por la especial sensibilidad de nuestros gobernantes, que es muy baja y actúa en grande, muy publicitadamente, con relación al aumento

salarial, pero no hace los campos deportivos de Catia, no presenta programas en la Cinemateca para la parroquia Sucre, no crea plazas o zonas verdes allá, la gente tiene que luchar por ellos, y si lucha por ellos no será narcótico, no será opio, conseguir primero el objeto de la lucha, digamos el parque, o conseguir la pasarela.

—Digo que no es solo el hecho de la lucha sino el contenido, lo que se desea lograr con ella. Por otra parte, en última instancia, la lucha por este tipo de problema lleva en sí el cuestionamiento del partido que está llevando adelante el mando del sistema y no el sistema en sí.

El partido es la cara del sistema.

—Esto lo sabes tú, pero se plantea el dilema Copei o Acción Democrática.

No necesariamente.

—Paliativos como una plaza en Catia o una Cinemateca llevan o a acallar la verdadera lucha popular por cuestiones más importantes, o a una suerte de reformismo evolutivo mediante el cual se mantiene un gobierno tipo liberalismo norteamericano, con una democracia más funcional que la nuestra, y tal vez, en épocas lejanas, estas conquistas populares terminen por evidenciarle al pueblo su poder en caso de movilizarse hacia el cambio revolucionario. Concepción muy triste. "El socialismo se dará algún día porque la historia conduce a él". El socialismo, pienso, se debe acelerar desde ya, pues ha debido hacerse desde ayer.

Eso sí que es complicado. La lucha por la pasarela me imagino yo que también la habría en la Alemania nazi, con Hitler y todo en el poder; si les mataban los muchachos en una calle muy transitada, me imagino que los alemanes pelearían por una pasarela y, sin embargo, al régimen nazi no le pasaba nada, pero es que hay otro elemento en esa dicotomía, AD-Copei; porque no se trata de que la pasarela por la cual luché me la dieron los copeyanos o los adecos, sino que no me la dieron, la conquisté peleando, se las arranqué del presupuesto. El primer resultado es que te rompe la dicotomía, frente a AD que termina por construir una pasarela presionado por la población, frente a Copei que intenta un aprovechamiento puramente electoral del asunto; y entra un tercer elemento: la autoconfianza popular. Te digo una cosa, la pasarela de San Félix es ya un

hecho irreversible, no hay quien la tumbe, pues ya no es cuestión de que dos obreros con soplete la echen abajo, sino que hacen falta dos obreros con soplete más quinientos policías que te sometan a la población. La autoconfianza popular entra ya como otro elemento y así se rompe entonces la polarización, pero no por vía electoral, sino por vía práctica, el movimiento mismo la rompe. Ahora hay tres en la mesa: el gobierno, la oposición oficial (Copei) y el pueblo, que sabe que luchando consigue.

El problema de la polarización debe verse, creo yo, no como lo está enfocando la izquierda al plantear su ruptura como un asunto electoral, sino que a través de luchas que el movimiento mismo, dondequiera, adelante hasta lograr su objetivo. Por ejemplo, en la universidad, donde ahora se está reinstitucionalizando el movimiento y hay un desplazamiento de la confianza hacia las instancias institucionales, tales como delegados estudiantiles, delegados del consejo de facultad, etc., esa no era la situación hace cinco años. Ahí se ha luchado y hace dos meses, para nombrar un solo caso, los estudiantes de ingeniería lograron romper el cupo selectivo; así pues, se presenta otro elemento, ya no son las autoridades, o los delegados solamente, ahora son las autoridades, los delegados y nosotros. Estas cosas conquistadas no actúan como narcótico. Si tú tienes un hijo sabes la diferencia entre darle Bs. 100 semanales, o que él se los gane. Si tú se los das, fortaleces la imagen paterna al precio de convertir a tu hijo en un pendejo; si él se los gana, tal vez tu imagen paterna resulte un poco lastimada, pero obtendrás la gratificación de un hijo que vale la pena. Si el pueblo lucha por sus cosas en las condiciones democráticas, conquístelas o no, consigue en el caso de conquistarlas —además del objetivo de la lucha— lo que la lucha deja como remanente: la autoconfianza, el liderazgo, la capacidad, la demostración de que sí puede, es decir, la democratización del asunto.

—Ahí entraría entonces otro ingrediente necesario para convertir eso en una conciencia revolucionaria: la vanguardia.

El problema ahora es más serio, pues el lazo que une esta lucha democrática con la necesaria acumulación de conciencia para una

reversión profunda y revolucionaria de la sociedad es tarea de la vanguardia política. El lazo que une la lucha de los obreros porque le paguen media hora de tiempo viajando, porque le paguen unas vacaciones mochas, en fin, el lazo que une esta lucha lochera con los intereses históricos y permanentes de la clase, es el arcano, el secreto de los dioses. Pero no será volteándole la espalda a estas luchas como se logrará, sino tratando de conseguir de alguna manera que ellas revelen lo que tú llamas dilema estructural, tratando de alguna manera de conseguir que tales luchas, además de lograr las pasarelas, eduquen a quienes consiguieron la pasarela. Ese encuentro entre la lucha popular, a menudo espontánea, pero también dispersa, incoherente y desorganizada, y el objetivo histórico permanente de construir una sociedad más humana y digna, revertiendo las bases de la actual, máxima tarea de la vanguardia política, no se podrá resolver con falacias como: "Hay que darle a la forma democrática un contenido social", ni se resolverá aplaudiendo el paternalismo oficial, ni desestimulando y desactivando las luchas populares, al contrario, así ni siquiera se plantea el problema; resolverlo es bastante difícil, la prueba es que en definitiva es la clave de la revolución.

—Nos encontramos que al estar la vanguardia revolucionaria tan fraccionada, se le presenta a la gente el problema de situar cuál es la verdadera, y más aún cuando dentro de las tendencias izquierdistas hay esa gran cantidad de frentes.

Exacto, esa es una tarea tanto de la vanguardia como de la gente, que reconozca en esa fragmentación su sector; y que ese sector además revele de tal manera su competencia y su calidad, que se haga reconocible por los demás.

—Eso es casi imposible a menos que se tenga una gran comprensión del fenómeno.

Pero esa es la lucha política, lo que yo creo es que ese problema no se resuelve con la unidad como un planteamiento a priori, sino con el desarrollo de las propias luchas, con la revelación de

la verdadera calidad y naturaleza de los aspirantes a la dignísima, pero difícil función de vanguardia.

—Es que la unificación de la imagen o del proyecto debe venir desde la directiva de los grupos; para el pueblo resulta imposible, y más considerando que es un pueblo sin siquiera conciencia de izquierda.

Pero tú lo ves como un acto electoral entre ciertas alternativas: ¿por cuál de ellas voto? Pero no es exactamente así.

—Pero si ante la coyuntura de una elección no hay unidad, ¿qué puedes esperar de la izquierda?

El momento electoral es simplemente un momento, lo que pasa es que es un momento muy conspicuo del reconocimiento de las alternativas. Pero, por ejemplo, me imagino yo que ese problema de la selección los habitantes de las zonas aledañas a la pasarela de San Félix lo resolvieron, escogieron su liderazgo, lo crearon, lo produjeron, lo controlan y lo escogen, y entonces se desplaza un poco la selección política. Ese liderazgo que organizó al pueblo por lo de la pasarela, y mantuvo tal organización después y lo dirige, tendrá que resolver también el problema de las nuevas aspiraciones populares, incluyendo las políticas y de conciencia, es decir, que ese nuevo liderazgo tendrá el problema de la selección, pero ya mejor instrumentado para resolverlo, pues ya entra otro elemento: ese liderazgo se sabe líder. Ese es el drama de los dirigentes políticos. Cuando van a hablar con un líder de barrios se encuentran con el dilema difícil de que la verdadera potencia en el diálogo es el otro y no él. El dirigente político, ¿qué aporta? Aporta la notoriedad, el *background,* el respaldo del partido, la imagen pública, pero cuando va a la discusión con el líder local todos esos valores se disuelven, se encuentra con que el otro es quien efectivamente mueve el barrio. Se establece a veces un proceso vil de captación, de encuadramiento, donde el dirigente partidista no puede menos que concederle al otro lo que el otro ha conquistado. Es una trama de complicadas relaciones, porque no se trata de que las vanguardias estén allí como en un muestrario o botica donde la gente va y selecciona la conveniente, sino que es un proceso de interacción donde

las vanguardias dan con precisión al pueblo lo que del pueblo reciben con confusión. Un proceso tal, desde luego, no está exento de errores de parte y parte; es perfectamente posible la equivocación, no solamente transitoria sino inclusive permanente.

—Quien sigue escogiendo es el pueblo, aunque el líder de la comunidad, como tú dices, en esos encuentros con líderes políticos partidistas imponga su criterio y su visión; pero a la hora de una posibilidad electoral, quien debe acercarse al partido que representa la vanguardia es el líder de la comunidad.

Bueno, cuando viene la cuestión electoral todo cambia. El proceso se hace mucho más superficial y vil, se trata entonces simplemente de la escogencia del voto y los liderazgos populares se disuelven un poco; al no ofrecer alternativas a nivel político, la gente deja de pensar transitoriamente en ellos o deja de reconocerlos como su producto y dirección. Lo que quiero decirte es que se debe ver el problema de la construcción de la vanguardia como un proceso, como una interacción constante entre vanguardia y, digamos, retaguardia, base popular, entre movimiento y liderazgo, cuya mejor expresión no es exactamente la oportunidad comicial o electoral. Claro, la oportunidad electoral da pie para resolver otros asuntos políticos que facilitan la marcha del proceso, y tal vez allí tengan sentido los planteamientos unitarios, de conquistar juntos lo que por separado es de difícil logro, y tal vez planteado en términos de alianza electoral la cuestión unitaria sea de naturaleza distinta, tal vez más práctica y soluble, aun cuando desde luego, menos densa y profunda, de menor valor histórico. Pero en todo caso para nosotros la unidad no es un planteamiento a priori. La fragmentación de la izquierda en sí misma no es un difícil problema, lo peor sería —considerándolo como problema— darle soluciones administrativas o extremadamente fáciles o de simple alegato y que a la larga, quiero decir, no es mucho tiempo, sino en el sentido de que mediando un proceso el pueblo termina por vincular las luchas a las cuales está habituado con sus intereses históricos, etc., que se elaboran de mejor manera en una instancia un poco más avanzada, un poco superior, y terminan resolviendo de una manera laureal

que los acuerdos y las alianzas resuelven de manera tan defectuosa, cuando lo resuelven.

—El problema de la unidad va mucho más allá de la situación comicial. Existe la necesidad latente de la unión de la izquierda.

Pero, ¿cómo se presenta esa necesidad ahorita? Se presenta por una necesidad de polémica en la izquierda. Hay que desarrollar la polémica, no alegarla sino desarrollarla efectivamente: enfrentar tesis. Claro que esto enfrenta a la arrogancia de los llamados de las izquierdas establecidas, mezquinamente satisfechas con sus irrisorios éxitos. La exigencia de unidad en estos momentos es la de una polémica franca dentro de la izquierda, franca y seria. ¡Claro que esa polémica corre el riesgo de quedarse en la tradicional discusión "bastarda", pero ese es el riesgo que debemos correr. Nosotros hemos intentado abordar la polémica no alegando su ejercicio, sino ejerciéndola efectivamente y enfrentando las opiniones establecidas en el campo de la izquierda con muy poco éxito hasta ahora, con muy poco éxito es un eufemismo, con ningún éxito. La exigencia de unidad hoy es la exigencia polémica, de que se discutan con seriedad los problemas de la izquierda que son los problemas del país. ¿Por qué razón, por ejemplo, se aborda el problema municipal como una posición entre honestos y corrompidos y no como una posibilidad de organización popular distinta? Replanteamiento de este tipo es lo que necesitamos.

—Ahí caemos de nuevo en el hecho de que ante una situación de urgencia, debe haber necesariamente una homogeneidad de grupos que teóricamente presentan más convergencias que divergencias, conscientes de la crisis estructural permanente que vive el pueblo en cuanto a sus necesidades primarias y de la urgencia de remediar esto, y estando convencidos, pues, de que la única forma es con un gobierno socialista. Se plantea la irrenunciable tarea de un frente partiendo de esos puntos comunes, y presentar así no solo una alternativa electoral, sino una alternativa real, durable, permanente, tratando por todos los medios de hacerse sólida, pues luego de la coyuntura electoral el

presentar la izquierda una sola faz, o dos en el último de los casos, (ya que el MAS, aparentemente, va a quedar como un partido autónomo) conlleva a que toda esa gente —que pudiera tener alguna conciencia socialista— logre confiar en la coherencia y responsabilidad de lo que se le está presentando. Muchas personas se decepcionan de los planteamientos de nuestra izquierda por esa diversificación de los grupos que brinda apariencia de poca seriedad, aunque ustedes se tomen el asunto bastante en serio y hasta dramáticamente.

Sí, el aspecto que presenta la izquierda que tú llamas generosamente fragmentada debe ser deplorable, pero bueno, ¿cómo resolverlo? Me imagino que será necesario sincerar la discusión, elevarla tratando de asistir a ella no de una manera quisquillosa, buscando la diferencia. No veo de qué otra manera afrontar la exigencia de unidad, que planteándola como una exigencia de polémica franca y abierta. Las soluciones unitarias de tipo electoral si son amplias, son atractivas, pero me parece difícil llegar a ellas sin que esta discusión por lo menos se inicie y aún no se ha hecho. La ilusión masista de sustituir la unidad de la izquierda por un desarrollo de la propia organización creo que es solo una ilusión, y en definitiva no conduce sino al engorde de ese partido. Ciertamente, ahora la imagen que produce la izquierda fragmentada y atomizada, ignorante de cuáles son sus diferencias, debe ser seguramente muy triste. En eso creo que tienes absoluta razón. Ello conduce a la decepción, a la desactivación y a la pérdida de confianza en el proceso interno de la izquierda en conjunto. Sin embargo, así son las cosas; a nosotros no nos queda más que insistir en nuestro camino, es decir, intentar desarrollar la discusión y una práctica que no desaliente al movimiento popular sino que lo active.

—¿Qué posibilidades ves tú de aprovechar la circunstancia electoral del 78 a fin de lograr una unión de la izquierda en torno a un candidato, aun cuando ese candidato fuere presentado por el MAS?

Creo que es posible, yo creo que es bastante más posible ahora que en las elecciones pasadas, creo que sí.

—¿Siendo José Vicente el candidato?

O siendo cualquier otro, pero José Vicente puede ser. Creo que es posible que la izquierda haga suyo a uno solo de los candidatos y me atrevo a añadir que en determinadas condiciones, si las cosas se hacen de cierta manera, no solo es posible sino deseable y ahora es mucho más que antes. Las posibilidades electorales de la izquierda no son tan pequeñas; es decir, para la torta que han venido poniendo tan consecuentemente el MAS, MIR, MEP y PCV, la votación de la izquierda en las elecciones pasadas fue alta, bastante más que la merecida, aunque mucho más baja de la que se esperaba; sin embargo, creo que las posibilidades son altas y que vale la pena explorarlas, además porque la exploración no va a ser estadística sino política y, seguramente, a poco que se inicie una discusión de corte electoral, trasciende el planteo electoral y se convierte en una discusión más rica, más productiva, más fértil.

Entrevista hecha por Agustín Blanco*

—Alfredo, quisiera iniciar esta entrevista requiriendo tu visión sobre el período de la lucha armada de la década de los sesenta.

El llamado período de la violencia es un período cancelado. Entiéndase, no me refiero a la violencia estructural, a la que existe de manera permanente en una sociedad dividida en clases antagónicas.

No me refiero a esa clase de violencia que recorre como un hilo conductor toda nuestra historia, sino a lo que la gente entiende por violencia cuando se refiere al período particular de los años sesenta al sesenta y ocho, más o menos. Me refiero a esa acción directa, franca, frontal, asumida no solo como acción sino también como política. Ese es un período cancelado. Y eso es lo primero.

Ahora bien, por período cancelado no quiero que se entienda, por favor, no repetible. Lo que quiero decir es que en esta época la tarea no es soplar las brasas que quedaron del incendio, sino reunir la leña para el incendio que viene. Quiero decir que estamos en una especie de interregno de la violencia anterior y la siguiente, y ese tipo de paréntesis que pretende prolongar la violencia anterior lo que hace es caricaturizarla y desgastar fuerzas, agotar el oxígeno

* "Hablan seis comandantes". *Testimonios violentos.* N° 3. Faces. UCV. Caracas, 1981.

de futuros y probablemente inevitables choques. Sin embargo, este tipo de desvalencia creo que es usual en el curso de las revoluciones: estos períodos de paz relativa después de un período de violencia relativa. Por eso lo primero es considerar el período como cancelado.

La Revolución cubana: un pretexto para la insurrección

En segundo lugar, creo que una enseñanza, digamos general, del período, es que la política violenta o la violencia como política, pese a que tiene explicaciones estructurales profundas, necesita, sin embargo, como condición necesaria para expresarse, de circunstancias, coyunturas, pretextos. Quiero decir con esto que no basta constatar lo que es casi una banalidad: la existencia de ricos y pobres, y el enfrentamiento entre ambos. No basta constatar la dependencia, la situación nacional de minusvalía con respecto a un centro mundial de poder. No basta constatar todo esto para concluir, como si se tratara de una operación lógica, que sobre ese mar de fondo las relaciones entonces tienen que ser por fuerzas violentas. Más bien, ese mar de fondo parece que requiera de pretextos, coyunturas determinadas para que la violencia domine la relación política. Se trata, si se quiere, (no sé si la cita es exacta) de aquello que decía Marx: no basta que la idea quiera realizarse, es necesario que la realidad clame por la idea. En todo caso, una política de ese signo violento no es una inferencia lógica, no es una deducción de la estructura general de la sociedad. En todo caso, esa estructura general de la sociedad solo representa una condición de posibilidad para que en determinadas coyunturas una política pase a ser básicamente violenta.

La década violenta latinoamericana

En tercer lugar, los años de la violencia venezolana coincidieron (y supongo que no es una casualidad) con una década que también es recordada como la década violenta en toda América

Latina, en todo el subcontinente, y esto debe querer decir algo, que una generación, digamos, guerrillera, produjera al mismo tiempo combatientes de altura en Perú, en Argentina, en Colombia, en Guatemala, en Venezuela. Pienso que la explicación de esa coincidencia hay que buscarla en la Revolución cubana, que funcionó como una especie de detonante continental, que de repente actualizó formas de lucha olvidadas o nunca ejercidas. Justificó una cierta sana impaciencia revolucionaria, liquidó una vieja discusión sobre el fatalismo geográfico y el hecho de que al ser nosotros la retaguardia física del imperialismo de esta parte del planeta, ello parecía excluir las revoluciones latinoamericanas del mundo de las posibilidades. La Revolución cubana liquidó ese fantasma de un solo plumazo. Actualizó la acción directa, puso en el banquillo de los acusados al militante tradicional y a la forma tradicional de hacer política de izquierda; es decir, dejó de ser —como creo que dijo Guevara en una ocasión— una política que solo podía producir mártires, pero

La Revolución cubana y la magia guerrillera

En cuarto lugar, creo que la violencia en Venezuela es inexplicable, inimaginable; para emplear una frase: sin la magia de la Revolución cubana, sin la magia guerrillera. La Revolución cubana de pronto puso de moda hacer la guerra con barbas, y en cada muchacho comenzó a alentarse un Fidel Castro queriendo amarrar su caballo en la verja de Miraflores. Sin embargo, con relación, por lo menos a Venezuela que es el caso que aún conociéndolo poco es el que conozco más, la Revolución cubana tampoco basta para explicarla; es decir, creo que no se puede aceptar que lo ocurrido en Venezuela fuese un simple eco de la situación cubana; y no se puede aceptar, no por razones morales, ni para defender ninguna dignidad o recuerdo colectivo personal, sino por la elementalísima razón de que no es verdad. Claro, si en Cuba no hubiera ocurrido la violencia, en Venezuela y en el resto de América al menos no

hubiera ocurrido tal como sucedió. Pero no bastaba Cuba. Hubo como razones nacionales por esa situación.

La frustración del 23 de enero

En quinto lugar habría que referirse a esos factores nacionales y asomarse un poco a las características del período. ¿Cómo comienza la década en Venezuela? Comienza, hablando en términos gruesos, con una enorme frustración popular por los resultados del 23 de enero. Frustración muy intensa y patentizada por el triunfo cubano; es decir, hasta el triunfo cubano el 23 de enero parecía haber dado todo lo que podía dar, parecía una fecha que solo un examen muy a posteriori podría haber revelado sus potencialidades no desarrolladas, no realizadas. Cuba acelera ese proceso de revisión de los resultados del 23 de enero y subraya un sentimiento profundo de malestar, de frustración, de que algo no había funcionado. Para decirlo de una manera más eufemística: que el 23 de enero podía haber dado más de lo que dio.

Entonces los protagonistas populares del 23 de enero adquirieron un poco de conciencia culpable, digamos a nivel de dirección y a nivel de masas, y se extendió una impaciencia por sacarle, aun tardíamente, todo el jugo a la fecha, a los acontecimientos del 58; es decir, toda aquella política tan sofisticada y elaborada de la Unidad Nacional, del 23 de enero en nombre de y para la constitucionalidad, toda aquella cosa de repente pareció sin valor, banal. Cuba parecía de pronto decir que no se merecían esos resultados, que la montaña había parido un ratón. Y entonces se extendió una enorme frustración. ¿Hasta qué punto ese sentimiento se le puede cargar a la influencia cubana o hasta qué punto al dato nacional? Ello sería una tarea de cirujano dirimirlo. Pero la frustración fue patentizada, acelerada por Cuba, y el 23 de enero existió realmente y la frustración estaba referida a una jornada, a una lucha popular que no había dado todo lo que podía haber dado. Digamos, entonces, que en la escena pesa por igual el dato cubano que el dato nacional.

Claro, los derrotados del 23 de enero, del período betancourista, son sobre todo las masas radicalizadas de la ciudad. Recuerdo que inmediatamente después de haber ganado las elecciones Betancourt, sobrevino el chiste popular: lo llamaban "Tarzán" porque había ganado en la selva, en el interior. En la ciudad había ganado Larrazabal, y el 23 de enero era una fecha más ciudadana, menos campesina. Entonces esa frustración fue muy extendida pero muy urbana, y además en las masas radicalizadas de la ciudad, en la pobrecía de los barrios, en algunos sectores obreros avanzados, en los estudiantes, etc.

Pero además confluyen varias crisis, las más de ellas nacionales. Por una parte, la situación económica que era muy mala. Uno de los parteros de la violencia fue la llamada "ley de hambre" de Betancourt y la reducción por vía administrativa de un 10% de todos los sueldos públicos. Recuerdo que los primeros disparos que hubo en Venezuela, después del 23 de enero, excepción hecha de los disparos, un poco de opereta, realizados para controlar los coletazos del perezjimenismo, los de Castro León y esas cosas, fueron realizados contra una manifestación de desempleados en la plaza de La Concordia. Y hay una suerte de crisis militar también, es decir, el reajuste del ejército que sobreviene después de la debacle perezjimenista. Una debacle que para el ejército se convirtió en un problema interno, de rango, de mando, y ese reajuste no fue cómodo. Por el lado de lo que se acostumbra llamar la derecha, ese reajuste se expresó en los calificados coletazos del perezjimenismo (invasión de Castro León, aventura de Moncada Vidal, etc.); y por el lado de la izquierda, creó una oficialidad de nuevo tipo, cuya sola presencia creaba un elemento adicional a la crisis general.

Betancourt: presidente de todos los venezolanos

Por otra parte, hubo una crisis política real. Betancourt comienza su gobierno (es impresionante, y creo que pocas veces se registra así en la historia) con el apoyo del 92% de los venezolanos. Comenzó su gobierno con una amplia coalición que incluía a

URD, Copei y su propio partido, todavía no dividido, y a los independientes más atrayentes y movilizadores del país, como Pizani, que era Ministro de Educación. Betancourt comienza con un gobierno verdaderamente popular, es decir, era el presidente de todos los venezolanos. En la constitución del gobierno, la única parte del electorado no representada en el gabinete fue la que votó por el Partido Comunista, pese a todos los esfuerzos que hizo por estar en él y prolongar en ese gabinete la ficción de la unidad del 23 de enero. Así que Betancourt contaba con el 92% de respaldo efectivo y un 8% que no era una oposición frontal y, sin embargo, a la vuelta de dos años, ¿dónde estaba ese apoyo? URD ya se había salido del gobierno y pasaba a la oposición; el Partido Comunista, presionado por la frustración que mencioné antes y por la propia provocación de Betancourt, cambió su búsqueda y comenzó a participar en una oposición cada vez más radical y frontal. Copei se convirtió en una especie de aliado vergonzoso. Pizani renunció, en un acontecimiento más o menos dramático, al Ministerio de Educación. Y el propio partido Acción Democrática se dividió y perdió no solo la juventud, sino además (y parece que para siempre o por lo menos por un larguísimo período de duración impredecible) su influencia arrolladora en las universidades. Perdió sus cuadros de resistencia.

Claro, esto no se le puede cargar a la torpeza de Betancourt. Él ha sido siempre, lo que llaman los comentaristas, un político polémico. No es de medias tintas. Aceleró las contradicciones, aceleró la frustración, le quitó el botón al florete y empezó a jugar a la esgrima con el florete limpio y radicalizó todo. Y esa participación activa de Betancourt en la rápida pérdida del espíritu, falso o real, de unidad del 23 de enero, debe ser entendida como una provocación consciente de los acontecimientos que vinieron después. Una búsqueda consciente de enfrentamiento, sabiendo la debilidad orgánica, material y política de la oposición de izquierda. En una palabra: una provocación.

Entonces, en síntesis la situación era bastante estimulante para los acontecimientos que habrían de desarrollarse: una crisis económica, las frustraciones sacadas a flote por el triunfo cubano,

el desempleo, los desajustes militares, una situación de inestabilidad en el campo, con la creación de los llamados Frentes por el Derecho al Pan, y las tomas violentas de haciendas, todo ello unido a la participación particularmente lúcida y agresiva de Betancourt en la política, abría las puertas a la violencia.

La lucha armada fue un invento de Betancourt

Betancourt buscó conscientemente la situación que sobrevino. Betancourt conocía la debilidad política de la izquierda y realmente no se necesitaba ser muy inteligente para reconocerla. Era una izquierda que había perdido la oportunidad histórica del 23 de enero, que venía de la falacia de la unidad nacional, una izquierda que reaccionaba frente al excluyente Pacto de "Punto Fijo" en la manera que lo hacía, en especie de actitud mendicante, esa era una izquierda débil. Además era una izquierda que Betancourt la conocía desde los años 30. Una izquierda sobre la cual le sobraban razones para suponer que, en definitiva, no iba a hacer nada serio. ¿Qué importaba provocarla entonces si no iba a hacer nada serio? La provocación podía ser una buena ocasión para quitarle posibilidades por décadas. Y eso fue lo que pretendió.

La lucha comienza, en mi opinión (la lucha conocida con el nombre de lucha armada), con una provocación de Betancourt. La lucha armada fue un invento de Betancourt. Él toma el poder, como se decía hace un momento, encabezando una coalición que sumaba el 92% de los votos y construye un gobierno que era el gobierno de todo el país. Pero, estaba en el interés de Betancourt radicalizar los enfrentamientos, profundizar las oposiciones, marcar con un cierto hierro el desarrollo de la sociedad venezolana, meterla por un cierto callejón; y entonces, de una manera brutal, cuando el país venía del 23 de enero, acostumbrado a que las formas democráticas de lucha no eran solo la expresión electoral de ella, sino también la movilización de calle, etc., y todas las otras formas que se reconocían como auténticas y legítimas, Betancourt arremete contra ellas. Así, a una manifestación de desempleados, relativamente

pequeña, en la plaza de La Concordia, la enfrenta y disuelve a tiros, con muertos.

Los comunistas venían ascendiendo en el terreno sindical, a base de esfuerzo, de mérito y de un colectivo de cuadros más o menos impresionante, de mucho brillo, y Betancourt procede a enfrentarlos. Es entonces el asalto al sindicato de Lagunillas, al sindicato de La Guaira; es decir, Betancourt impone la violencia de una manera fría, deliberada y consciente. Él inventa la lucha armada, precipitando las cosas, los enfrentamientos. Le impone un cierto ritmo al proceso social venezolano. Acelera todo. Ya para ese momento, los primeros intentos de golpe del 58 y 59 habían sido liquidados por la acción popular. Ya el propio pueblo que él comenzaba a provocar había conquistado, para los gobiernos democráticos de este período (incluyendo el de Betancourt, y entiendo por democrático, de origen electoral), una cierta estabilidad con relación a la amenaza de los coletazos del perezjimenismo. Entonces, tranquilizado ese frente, Betancourt comienza a someter al país a un ritmo terrible de enfrentamiento, de provocaciones continuas, que tenían tal vez como telón de fondo la crisis económica cierta. Pero también es cierto que arremete de una manera brutal. Y se crea, sobre todo en las grandes ciudades, particularmente en Caracas, un clima de conflictos alimentado, además, como te refería antes, por esa extraordinaria revelación, o galvanización; ese extraordinario subrayado de la frustración nacional que fue la Revolución cubana. Betancourt, te repito, fría, consciente y deliberadamente comenzó a provocar. Y la izquierda, para decirlo de la manera más digna para ella, acepta el reto, o si tú quieres, cae en la provocación. Y da una respuesta violenta para la cual no estaba preparada.

Betancourt montó una gigantesca provocación

—Pero, ¿cuáles son las causas reales de esa provocación de Betancourt?

Porque él quería forzar los términos del dilema, porque él percibió el dilema que los demás no percibieron y que estaba

contenido en el 23 de enero. El 23 de enero aparecía como una especie de lucha constitucional contra la dictadura, pero llevó a Venezuela a una encrucijada. Encerraba un dilema sobre el futuro del país, sobre quién iba a controlar la democracia venezolana naciente. Y ese dilema del país no fue percibido por la izquierda. Y hasta tal punto no fue percibido por ella que salió a manifestar a la calle con increíbles gritos de "civiles a la junta", y es la izquierda con sus movilizaciones la que saca a Casanova y al otro militar de la Junta, ¿para qué? Para meter a Blas Lamberte y Eugenio Mendoza. En cambio ese dilema sí es percibido por Betancourt. Él se da cuenta de que el problema es forzar los términos. Él no podía presidir un país donde hasta de manera institucional se estaba al lado de Cuba en el acontecimiento de Playa Girón, un país que se enfrentaba a la OEA, con Arcaya como canciller, de manera institucional. Un país en el cual las fuerzas más radicales del movimiento obrero controlaban los sindicatos y venían desarrollando una influencia creciente en ellos. Un país en el cual se estaba revitalizando el movimiento campesino, cosa que Venezuela no recordaba desde el siglo pasado. Como te decía, al calor de la democracia naciente se habían formado treinta y cuatro frentes por el Derecho al Pan, se estaban realizando tomas de hacienda, se estaban constituyendo ligas campesinas. Un país en el cual la intelectualidad se estaba radicalizando extraordinariamente; es decir, no era la época del Triángulo de las Bermudas, ni el de la intelectualidad de ahora. Era la época de *En letra roja,* de *Clarín,* etc. Entonces era evidente que la conservación de los términos democráticos del conflicto social beneficiaba a un cierto futuro para el país, que no era el futuro al cual Betancourt se adscribía. Por eso necesitaba forzar los términos, forzar el enfrentamiento, provocarlo. Acelerar las cosas. Por eso montó esa gigantesca provocación.

Ahora, entiendo que pudiera parecer una exageración ese maquiavelismo real o supuesto de Betancourt. Pero no es verdad, no es una exageración. Toda la historia política del personaje es una historia de alambicamiento en los planes, de manejo de cálculos en la elaboración táctica. Todo. Desde las cartas del 37, las cartas desde Barranquilla

para fundir un partido y el levantamiento contra el sólido desarrollo democrático de la Venezuela medinista. Todo. La bandera del voto de las mujeres, el voto universal, todo lo que produjo el 18 de octubre hasta la división de Acción Democrática, que fue desde luego el resultado del desarrollo de un plan de Betancourt. Claro, no son planes en el aire, hay realidades sobre las cuales se asentaban estos planes, pero en todo hubo mucho de elaboración de Betancourt.

El encuentro entre provocación y frustración

—Sin embargo, Alfredo, la tesis de la provocación de Betancourt me sigue resultando discutible porque…

Pero fíjate que te hablo de provocación sobre la base de efervescencias reales, enfrentamientos reales de la sociedad. No fue que él inventó la lucha armada en el sentido de que la creó de la nada. Lo que él hizo fue tratar la materia social y política de la época de una manera que forzaba el enfrentamiento. No quiero decir de ninguna manera que todo fue el producto de su habilidad, sino que su habilidad fue al encuentro de unas circunstancias reales.

—Creo que se impone precisar lo siguiente: la llamada provocación pareciera estar en contraposición con la tesis de la frustración, a no ser que las dos cosas adquirieran posición causal. De no ser así, habría que pensar en Betancourt como una especie de gran e inmenso poder…

Claro, yo comprendo que lo que digo induce a un cierto psicologismo. Pero, fíjate, hasta tal punto él valoraba su participación como director de escena de los acontecimientos, que cuando ya el conflicto tenía los ribetes que iba a tener durante los cinco años siguientes, cuando ya había adquirido el conflicto sus perfiles propios y estaban más o menos delimitados los contendientes, Betancourt, cuando le dan el bombazo en Los Próceres, cuando todavía está en el hospital, balbuceante todavía, el mensaje que lanza al país es que hay que volver al espíritu del 23 de enero. Betancourt pedía que se respetara su convalecencia, pidió tiempo para recuperarse. El único elemento extraño en el desarrollo de los acontecimientos fue ese llamado de regreso al espíritu del 23 de

enero. Todo lo demás concuerda. De pronto, en medio del conflicto, aquel hombre que estoy calificando como provocador del mismo, llama a volver al espíritu del 23 de enero. De la esquina de Betancourt se tiró una toalla al medio del *ring*, para asegurar la tregua necesaria para recuperarse. Y se recuperó, y apenas recuperado, cuando del atentado solo quedaban las vendas de las manos, volvió de nuevo al estilo pugnaz, olvidó el espíritu del 23 de enero y volvió otra vez a agredir.

Y la izquierda procedió, creo yo, según los planes de Betancourt frente a la provocación; y frente al período de tregua solicitado por Betancourt, también procedió según sus planes. Betancourt se constituyó en una especie de director de escena sobre la base de unas circunstancias sociales, de un fundamento real, político, social y económico para el conflicto, que venía dado por la frustración del 23 de enero, por la recesión económica, por la falta de salida del gobierno a los problemas populares, etc. Y Betancourt corrió bastantes riesgos: estrechó el gobierno, se apoyó solo en la alianza con Copei, sacrificó la unidad de su partido, preparó las condiciones para la ruptura siguiente con el MEP, retó a la izquierda a una acción directa, violenta. En síntesis, lo que te quiero significar es que el papel de la conciencia en el desarrollo del conflicto fue mucho más acusada y seria del lado de Betancourt.

—Pero, Alfredo, está también la presencia —que tú mismo mencionaste antes— poderosa del ejemplo de la Revolución cubana, como especie de bofetada en la cara a la izquierda venezolana. Era como decir: es necesario correr, pegar una gran carrera para alcanzar el tiempo perdido...

Exactamente, es que eso es el pistoletazo para empezar la carrera, el juez de pista. Había todas las condiciones, estaba la pista y los corredores en posición...

—Sin embargo, eso no es demostrable históricamente. Habría que determinar en todo caso a quién corresponde el papel de juez de pista: ¿a Betancourt o a la izquierda?

Mira, en este caso nos tenemos que manejar un poco a nivel de lo que los lógicos llaman argumentos contrafácticos: es una convicción

pero desde luego no verificable. Pero es bastante razonable. Fíjate tú, si te ubicas dentro de ese ritmo de desarrollo, el llamado al espíritu del 23 de enero que lanza Betancourt después del atentado de Los Próceres, los disparos contra las manifestaciones de desempleados, la acción represiva, etc., puedes ir siguiendo los hilos de la provocación. Por demás, por ejemplo, los disparos contra las manifestaciones de desempleados eran totalmente inútiles. No digo Betancourt, este gobierno o cualquier otro, o cualquier dictadura, podía resolver aquella manifestación sin necesidad de producir muertos. Son muertos provocados. Ahora, te repito, en la historia política del personaje hay mucho de eso, mucho de deliberación, de plan preconcebido, de arreglo. Lo que pasa es que el Betancourt que se conoce hoy es un Betancourt muy menguado y que no ha estado a la altura de su pasado en el conflicto por el control del partido… es decir, entiendo que cueste creer que todo aquel conjunto de provocaciones, de agresiones, de apostarle a la impaciencia de la izquierda, de apostarle a su inmadurez, de apostarle a esa ley de la revolución de que el movimiento expía sus pecados de derecha con izquierdismo, de apostarle a que la izquierda llegara a sublimar una frustración como la del 23 de enero, y el reto cubano, acelerando su acción, buscando condiciones y madurando esas condiciones con carburo; cuesta creer que fue todo el producto de una acción deliberada. Pero hay mucho de eso, de provocación. O como te decía, al menos se puede afirmar que hubo mayor conciencia de lo que estaba en juego por parte de Betancourt. El papel de la conciencia resultó menos rebajado en el campo de los que sostenían un rumbo (el de la sociedad venezolana de estos últimos veinte años) que la de quienes enfrentaban ese rumbo y trataban de darle otro cauce.

Y fíjate, es curioso, pero Betancourt por vía negativa da una suerte de lección al liderazgo de izquierda, y lo hace en más de un aspecto fundamental de la actividad política. Por ejemplo, ahora recientemente, en relación a la lucha contra Carlos Andrés Pérez por el control del partido, en más de una oportunidad dio la adecuada impresión de que Betancourt estaba dispuesto a dividir nuevamente el partido y ha estado dispuesto a dividirlo cuatro,

cinco, veinte veces, porque Betancourt tiene una visión, si se me permite la comparación (que desde luego hay que tomar con pinzas, por favor), como leninista del partido. Para él el partido no es una montonera; es un partido de los betancouristas, que no puede darse el lujo de tener veleidades tercermundistas, o antiimperialistas, o veleidades de esa naturaleza como las que propone Carlos Andrés. Es el partido de sus iguales y para lograr el partido de sus iguales, Betancourt ha programado divisiones, desprendimientos, ha sometido a su organización a crisis, a tensiones, para que el partido siga siendo fiel al modelo que él diseñó en la década de los cuarenta; es decir, la concepción de partido de Betancourt es sumamente severa, si tú quieres, sectaria. Pero en cambio, en la constitución de frentes, en el trabajo de aliados, Betancourt es flexible, ha llegado a acuerdos a nivel de gobiernos con su archienemigo Copei, ha incorporado a URD, ha producido el pacto de "Punto Fijo", etc. Lo que te quiero decir es que ha procedido exactamente al revés de cómo proceden los líderes de izquierda.

¿Cómo han procedido los líderes de izquierda? En cuanto al partido, lo engordan, lo convierten en un aparato donde puede entrar cualquiera. Fíjate, por ejemplo, en el MAS: cualquiera puede ser masista. Es decir, en las cuestiones del partido son lo menos rigurosos, lo más amplios y flexibles, lo más prostituidos que te puedas imaginar; pero en la cuestión de concertar alianzas, de acuerdos sociales y políticos son estrechos, rígidos, quieren imponer su hegemonía. Por eso te digo, son rígidos y severos en cuanto a alianzas; flexibles y abiertos en cuanto a concepción del partido. Digamos que son, en lo que no deben, profundamente antibetancouristas.

El PCV fue inducido a declarar la guerra

—En definitiva, ¿habría que aceptar que el PCV fue inducido, a la altura del III Congreso, a la declaración de guerra?

Se me ocurre que no es una cosa del otro mundo sostener eso. Es posible. De todas maneras, como te he señalado, las inducciones

existieron. Había una crisis que presionaba realmente; es decir, no se trata de que la militancia del PCV, que más que disciplinada estaba domesticada, presionaba a su dirección para una declaratoria como la del III Congreso. No se trata solo de eso, sino que el partido en Caracas era el primero en movilización y el segundo en votos. Era un partido que llenaba el Palacio de los Deportes cada vez que le daba la gana, y ese partido estaba muy presionado. El PCV es la diana de la frustración y era el primer reo de todo lo que se pudiera escribir bajo el título de "Fracaso del 23 de enero", y esa presión llegó a hacerse material y física. Comenzaron a surgir, como hongos después de la lluvia, un montón de grupitos de acción directa (el "Triángulo Negro", el "PUL"), etc., que yo recuerde, grupitos de cuatro o cinco, especie de precursores de los Tupamaros, que inventaban de pronto excursiones a los fines de entrenamiento en el campo, que reunían dinero ya no para comprar un multígrafo, sino una escopeta o un rifle. Entonces, hubo esa presión y hubo la presión cubana, y todas esas cosas influyeron.

Ahora, la declaración del PCV en el III Congreso es una declaración que se recoge como una especie de pronunciamiento expreso y sin ambages por la lucha armada, pero en realidad no fue así. Fue una cosa más bien matizada y con un montón de peros. Una declaración, en otras palabras, por la cual se podía hacer la política que se hizo u otra cualquiera, o una más exitosa. Era una declaración que lo único que hacía era abrir un poco el compás de la política posible del PCV. Pero no fue un juramento en el Monte Sacro ni nada que se le parezca. Si se revisan los textos, se verá que la misma parte declarativa está como diluida en un mamotreto. Recuerdo que cuando Pompeyo Márquez la presentó en el Congreso, dijo una de esas parodias del lenguaje hegeliano que él tiene a veces: que esa era una política que no era concebida para derrocar al gobierno, sino para derrotarlo (y esto es textual). Y entonces el PCV se sumergió en esa sutil diferencia de derrocar y derrotar. Lo que te quiero decir es que la declaración no fue un toque de clarín.

—Sin embargo, en los informes que llegaban a la base...

Ah, eso depende de quien lo pasara. Si tú recibías el informe de uno de los que estaban entusiasmados por el desarrollo de la crisis, que estaba a favor de la vía violenta, te acentuaba ese carácter. Pero si lo recibías de alguno de los que hasta ayer no más estaban mendigando su entrada al Pacto de "Punto Fijo", y lloriqueando por la ruptura de la unidad, recibías la otra parte.

—Se hablaba mucho de aquella declaración de Jesús Faría, según la cual el Cuarto Congreso se celebraría en el poder...

Ah, bueno, es que se dijeron muchas boberías. Allí es donde entra a tener más fuerza la tesis de la provocación de Betancourt. Porque esas boberías que se decían a cara descubierta, que se decían a la prensa, de que el IV Congreso se haría desde el poder, de que ese gobierno era un gobiernito, toda esa sarta de cosas, que la historia de inmediato demostró que eran unas ridiculeces, lo que pusieron en evidencia era esa disposición a que todo se contara.

—Para ese momento ya ha aparecido el MIR, se ha dado la Revolución cubana, existen los grupitos de acción directa y lo que tú llamas la provocación de Betancourt, ¿consideras entonces que esa declaración de guerra era algo inevitable, que estaba en la realidad y que si no lo hacía el PCV lo habría hecho otro?

Tal vez, pero eso es una especulación. Es lógico, pero no comprobable.

—Guillermo nos llamaba la atención sobre esto, que ya había una serie de grupitos disparando, que había gente que quería acercarse más al espíritu de la Revolución cubana.

Pero no, esos eran grupitos muy chicos, controlados y controlables, con una capacidad de acción que no llegaba ni a los tobillos a la que esos mismos grupos adquirieron después. Mira, yo creo realmente que la política que hizo posible el cambio, el golpe de timón, comienza (y te lo digo porque yo estuve involucrado en el asunto que adquirió visos disciplinarios) con la negativa de los delegados estudiantiles del Consejo Universitario de la UCV, Américo Martín, por el MIR, y yo por el PCV, a condenar el golpe de Barcelona. Ese voto salvado fue algo que rompió totalmente la política

de constitucionalidad, de mentalidad democrática del partido. Yo creo que ese voto salvado fue el comienzo, en los papeles, de la política que se desarrollará después. Luego vino la huelga de octubre, la huelga de la telefónica, la huelga por aquel obrero anónimo que cayó, no sé si herido o muerto, en la esquina de Marcos Parra, los acontecimientos de noviembre con la división de Cuenca y Pérez Marcano, y luego el retroceso de enero. Ya esos meses cobran las primeras víctimas: el muchacho que murió en el edificio de Farmacia. Y continuó una cadencia muy rápida. Después de la muerte de ese muchacho vino la suspensión de garantías, la muerte de Livia Gouverneur, hasta la aparición de los primeros núcleos guerrilleros en el 62. Hay entonces, a partir de ese año, un poco por razones folklóricas o espectaculares —no sé—, la política de lucha armada se convierte por definición en una política guerrillera, una política de ambiente rural, de cuadros con barbas, de destacamentos en las montañas, de guerrillas. Y la lucha se convierte en guerrillera y cambia su contenido para pasar a ser antiimperialista, socialista.

—¿Y cómo se produce ese cambio de escenario?

Mira, cuando el sentimiento insurreccional de Caracas se ve sometido por debilidad de las fuerzas insurreccionales y, sobre todo, por debilidades de su dirección, y se coloca a la defensiva; cuando la lucha ya no podía tener la ciudad como escenario, la lucha que se había prolongado de manera más o menos espontánea se va para el monte. Claro, se va para el monte también influida por la Revolución cubana, que era una revolución de barbas, una revolución rural. Pero aquí hay un fondo nacional importante: el estado insurreccional de Caracas. El cambio de escenario, entonces, es un poco el cambio de escenario de los insurrectos de Caracas. El desarrollo guerrillero es el canto de cisne de la insurrección caraqueña. Por eso te digo que induce a error preguntar por qué se pensó en un cambio de escenario, porque en realidad no hubo tal pensamiento, no hubo tal plan maestro, ni tal conciencia de las cosas. Y para serte completamente franco, hasta donde llega mi conocimiento y recuerdo del asunto, nadie pensó nada. En ese período, el papel

de la conciencia fue netamente rebajado. Nada se sometió a plan, a diseño. Nadie dijo: bueno, vamos a dejar esto, vamos a hacer lo otro. Nadie dijo eso. Era una cosa a medio camino entre la espontaneidad y la decisión.

Y por eso la guerrilla venezolana no es expresión de la lucha de clases en el campo. Ni tampoco tuvieron la condición de operaciones de comando que tuvieron otras guerrillas en América Latina. En Colombia, por ejemplo, es evidente que la guerrilla es expresión de la lucha de clases en el campo, que es la expresión armada de un movimiento de masas inicial. En Venezuela, no. Más aún, y es curioso, ninguno de los llamados "Frentes por el Derecho al Pan", que se constituyeron aquí, tuvo guerrillas; es decir, ninguno de los sitios del campo donde la lucha alcanzó un cierto nivel en el año 58 se convirtió después en escenario de la lucha guerrillera. No sé, pero al investigador esto debe decirle algo.

Claro, ese cambio de escenario, que tiene la explicación que acabo de decir, en sí mismo no fue un gravísimo error, porque si la insurrección no puede estar a la defensiva, la guerrilla sí. Si la insurrección requiere de rapidez de ejecución, la guerrilla puede ser de lentísima ejecución. La guerrilla es una forma de acción político-militar dentro de una guerra prolongada. Por eso donde estuvo el gran error fue en el cambio de contenido de la lucha. La lucha dejó de ser una lucha democrática contra los abusos del betancourismo, para convertirse en una lucha de la izquierda por sus particulares y peculiares objetivos, y dejó de interesar al resto del país. Se estrechó, se aisló, y lo hizo en parte por los mismos errores de dirección que habían impedido la profundización del 23 de enero, pero en parte también, y es el mérito del vencedor, por la habilidad de Betancourt.

—Te interrumpo un instante, Alfredo. Recuerdo que una vez decías que no era lo mismo hacer la guerra que ganar la guerra. ¿No estaba eso ligado a…

No, no, no. Eso está dicho en un artículo mío que publicaron en el *Buró*.

Eso fue otra cosa y estaba referido a una política en el seno del partido. Era simplemente un expediente contra la irresponsabilidad de la dirección del PCV. Ese artículo tienes que verlo situado en la época, y no es que hoy no lo escribiría igual, yo afirmo todo lo que escribí allí, lo que te quiero decir es que ese artículo tenía una finalidad concreta: ser una especie de pieza de fiscalía contra la irresponsabilidad de la dirección del PCV, por su mezquindad política. Les decía que si ya se habían embarcado en la guerra, por favor, no hicieran de ella una caricatura. Ese artículo fue en el 64, y fue escrito en la montaña.

—Justamente en ese año 64 *es cuando Argimiro envía aquella carta expresando que no había solidaridad con las guerrillas, y señalaba que en las navidades del* 63 *solo habían llegado al Frente unas doce bolsitas de azúcar. Ello podría llevar a pensar que ya venía andando lo de la paz democrática, como un intento para acabar con las guerrillas.*

Pero andando como andan las cosas en este país, medio embozadas, sin decir su nombre, sin explicarse nunca, y ese artículo quiso funcionar al menos como parte de un expediente contra el espíritu frívolo (porque ni siquiera llegaba a aventurero) del PCV. La irresponsabilidad con la cual el PCV atendió las guerrillas fue la misma con la que atendió a los oficiales que se adhirieron a la política anti-betancourista en el año 62. El mismo espíritu irresponsable —que después señalaba Argimiro— estaba presente también con respecto a los oficiales de Puerto Cabello o Carúpano, o los del Batallón de Infantería de La Guaira. La misma cosa. La mejor expresión de cómo se trató la política en aquellos años es lo que vivimos después: la descomposición del movimiento popular, la existencia de esa izquierda que se muerde la cola y que vive todavía presa de sus viejas pesadillas y que da bandazos, o la del cinismo masista. Lo que vino después es la consecuencia de aquello. Aquel viejo análisis de Lenin de que si había una crisis revolucionaria y no se aprovechaba la posibilidad de la crisis, la sociedad entra en descomposición, se ha cumplido cabalmente. La posibilidad existió, no en la década de los sesenta, sino allá en el 23 de enero del 58 y no cristalizó, y la sociedad entró en descomposición.

El triunfo de la lucha armada era casi imposible

—Alfredo, pareciera que el triunfo de Leoni-AD en el 63 *significa la derrota del movimiento insurreccional y...*

Sí, ese es el comienzo de la derrota, aunque se podría decir que estaba desde antes. Esa consigna no podía ganar. En las condiciones de dirección, de línea política que existían, el triunfo era casi imposible. Aquella política de radicalizar innecesaria y *extemporáneamente* los fines de la lucha, de reducir el campo propio, de no mirar la conciencia de las masas, sino al contrario, imponerle directrices; esa expresión de irresponsabilidad no podía ganar de ninguna manera. Pero la derrota fue evidente después que la democracia comienza su consolidación con Leoni.

Las FALN: una organización sin masas

—Creo que si el triunfo de Leoni marca esa especie de línea divisoria, es posible intentar el examen del aparato armado de la subversión antes y después de este hecho. ¿Cuál es la relación entre FALN y PCV-MIR? ¿Cuál fue la relación de las FALN con las masas?

Esa relación fue siempre una relación de dependencia total; es decir, las FALN no fueron ninguna organización de masas, sino una simple prolongación del partido. Pero, además, ninguna organización de masas donde la izquierda participe tiende a serlo. ¿Qué es la FCU, sino una oficina de enlace de los partidos allí representados? ¿Qué son los centros de estudiantes, sino mecanismos de penetración de los partidos que los dominan?, y las FALN eran una dependencia del PCV, como *soviets*. Ser una verdadera organización de masas es algo que nosotros no hemos logrado ni en la paz ni en la guerra, ni en la universidad, ni en las fábricas. Aquí todo es una dependencia, una prolongación del partido, y la renovación universitaria, por ejemplo, reaccionó contra eso. Claro, no hizo nada, pero lo poco que hizo bien fue desenmascarar la condición de oficina partidista de la FCU.

—Hay, sin embargo, una operación que recibió la condenación de parte de las direcciones del PCV y el MIR —la de El Encanto— a partir de la cual parece ponerse en evidencia el paralelismo entre lo político y lo militar. De ese...

No, espérate un momento, ese paralelismo no era la asunción por parte de las FALN de un rol de organización distinto al PCV, sino al revés. Ese paralelismo se debió a que las FALN se convirtieron en la forma, la expresión de una agrupación fraccional del PCV. Las FALN no eran más que un mamotreto creado por el PCV, y sus famosos comandantes en realidad no comandaban nada. La política era la que decidía. Pero, después, cuando aparece como un paralelismo entre las FALN y el PCV, eso se debió a que en el propio seno del PCV ese paralelismo se dio y existió. Eso fue resultado del fraccionamiento interno del PCV y entonces las FALN pasaron a ser lo mismo que habían sido del PCV, pero ahora del PRV. Pero no fue producto de un perfil propio de las FALN. Simplemente las FALN pasaron a ser la expresión organizativa, publicitaria, o lo que fuere, de una de las fracciones internas del PCV. Lo que se llamó en la jerga de la época el "douglismo", y que adquirió después forma política como el PRV.

—Ahora que mencionas lo publicitario, ¿consideras que esa violencia de la década de los sesenta fue fundamentalmente publicitaria?

No, no, no. Yo creo que hubo jornadas de enorme contenido popular y que marcaban la línea. Lo que pasa es que esa marca no fue percibida con claridad. La huelga de choferes de enero, por ejemplo, fue una gran cosa, o los acontecimientos universitarios de octubre y noviembre del 60.

La habilidad de Betancourt

—Alfredo, ya que hemos trazado en líneas generales quiénes eran los contendientes, querría que viéramos en la práctica cómo se produce la derrota, cómo combate Betancourt a quienes intentan derrocarlo.

Mira, Betancourt se basó en lo fundamental en una utilización hábil de los errores de la izquierda. El gran éxito de ese gobierno,

en su lucha contra el reto al cual fue sometido y el cual buscó, fue la habilidad en la explotación de los errores del adversario. Por ejemplo, este rasgo de las guerrillas que te he señalado, de que no fueron el resultado de la expresión de la lucha de clases en el campo; el primero en decirlo fue Betancourt, quien llamó a las guerrillas venezolanas "un arroz con pollo, sin pollo", aludiendo a la falta de apoyo campesino; es decir, Betancourt se aprovechó de los errores, los subrayó y se apoyó en ellos. Cuando la lucha cambia de carácter y deja de ser una lucha democrática contra el rumbo del gobierno de Betancourt y se convierte en una lucha antiimperialista, y cosas así por el estilo, que eran cuestiones que no estaban en juego, que no estaban planteadas, Betancourt lo subraya y al hacerlo aísla al movimiento. La revolución tiende a aislarse y Betancourt contribuye con ese aislamiento. Empieza a afinar la represión y ya para finales del período deja de ejercer una represión indiscriminada y masiva, y lo que le entrega a Leoni es ya la culminación de un proceso donde era evidente quién era el derrotado y quién el vencedor.

No tengo interés en hacer una aproximación testimonial al período de lucha armada

—Quisiera ahora valerme un poco de tu experiencia para que me diseñaras la organización inicial de los grupos armados. ¿Cuáles son los primeros elementos organizados de lucha armada aquí en la ciudad? ¿Cómo y cuándo, en tu caso personal, decides dejar la lucha armada en la ciudad para trasladarte al campo?

Para el paso a que tú te refieres yo cumplo instrucciones del partido. En cierta forma, yo no me voy al campo, a mí me envían. Por otra parte, no sé, no tengo ahorita la memoria tan fresca, no recuerdo exactamente los detalles que puedan servirte. Son cosas más o menos conocidas. Surgieron primero grupos espontáneos, de autodefensa, después vino el cerco a la Universidad en octubre y noviembre del sesenta. Y en la Universidad los estudiantes comenzaron a defenderse con armas. Empiezan a aparecer grupitos con uno que otro revólver,

que intentaban enfrentarse a la brutalidad policial. Después pierdo un poco el hilo de las cuestiones en la ciudad y me voy al campo. Allí son guerrillas, más o menos como comandos. Se pugnaba a veces por acercar la población campesina a ese tipo de lucha, por hacer trabajo social. A veces se procedía con un vitalismo exagerado, bueno esa cuestión guerrillera. No recuerdo bien los detalles.

—A ti te envían a las montañas en el año 62, *¿a qué zona se te envía?*

Hacia occidente primero y después hacia oriente. El paso de occidente hacia oriente sí fue decidido por mí. En occidente aquello tenía muy escaso sentido. La acción en zonas como La Azulita, Agua Viva, era casi una acción de comando. Eran zonas muy despobladas. El paso a oriente sí ya es decisión mía.

—Esa experiencia inicial de La Azulita, Agua Viva, ¿en qué consistió? ¿ Cómo fue?

Ese era un grupo que actuaba en el medio rural, de manera armada y directa. Tal vez era más foco que guerrilla, con muy poca idea de imbricar su acción con la población campesina del sitio. Esas cosas comienzan a cambiar un poco en oriente. Donde yo actué hicimos lo posible, de manera consciente y deliberada, por evitar los riesgos del aventurerismo, siempre presentes en ese tipo de actividad; es decir, tratamos de evitar cuestiones como ajusticiamientos, la solución de *manu militari* a problemas políticos, orgánicos y cosas por el estilo. Tratamos que nuestra actividad se ciñera o expresara en forma de conducta siempre defendible, intentando hacer un trabajo de captación con los campesinos que influyera en elevar su nivel de conciencia. Los enfrentamientos duros, directos, intentamos que no fueran nunca lo dominante ni esencial dentro de nuestra actividad. Procuramos reducir al mínimo el uso, sobre todo en la concepción de la organización, del lenguaje, las formas, las actividades específicamente armadas y militares.

Yo creo que nosotros percibimos con cierta antelación (no sé exactamente en relación con otro) la situación de que aquello era un callejón sin salida, y tratamos de arreglar las cosas para la reinserción, para la continuación de la lucha política popular y democrática por medios distintos a los guerrilleros. Tratamos de asumir

la derrota con la menor desbandada. Pero en verdad, realmente no tengo ningún interés en hacer, ni contigo ni con nadie, una aproximación testimonial a ese período y a mi participación en él. Prefiero tratar los rasgos políticos generales.

—Pero evidentemente, Alfredo, ambas cosas están estrechamente unidas. Esa es una práctica a la que se le puede dar una explicación política que no tiene por qué excluir lo testimonial. Para la historia actual es indispensable la visión que tienen los actores de los hechos, pero importa también establecer lo ocurrido.

Te señalo solo los rasgos generales de la acción, digamos, concreta: como te dije, tratamos siempre que nuestra actividad fuera, en cualquier circunstancia y en cualquier período, defendible y explicable y que tuviera una cierta racionalidad. De todas maneras, te repito, en el desarrollo concreto de esos acontecimientos y de mi participación en ellos no quiero insistir.

—Sin embargo, Alfredo, es el testimonio directo el que explica y corrobora los rasgos generales. Es el análisis mismo de los hechos concretos lo que indica su verdadera racionalidad. Y creo que eso es lo que permite llegar un poco más allá ... Por ejemplo, si a mí me dicen que las guerrillas de oriente tuvieron tales características, ello debo intentar corroborarlo con el mayor número de testigos...

Mira, si te vas a poner en esta tarea, te diría primero que el término de guerrilla de oriente es un término muy genérico. Yo estaba en el Frente "Manuel Ponte Rodríguez", en una determinada actividad y en una zona determinada, y te lo aclaro, no vaya a ser cosa que los testimonios que recojas modifiquen lo que te he dicho, por ser testimonios de otro origen. El nuestro fue el primer frente en armarse y el primero en desarmarse también. Nos armamos en el 62, y ya cuando la llamada paz democrática, nosotros tratamos de contribuir a que la lucha social venezolana transcurriera por caminos distintos a los armados. Eso fue en el año 66, más o menos.

—¿Cómo se llamó inicialmente ese Frente?

Inicialmente se llamó "Cuatro de Mayo", con relación a la fecha del alzamiento de la Infantería de Marina en Carúpano.

El comandante que nunca llegó

—En relación a lo que señalabas antes, tengo entendido que la experiencia de Agua Viva, La Azulita, El Vigía, fue una cuestión que carecía de sentido no solo por lo despoblado de la zona, sino porque aquello no tenía ninguna organización. Eran apenas unos muchachos, con muy buena voluntad, que fueron subidos a las montañas y nada más...

Sí, sí, sí, la diferencia de organización entre oriente y occidente es apreciable.

—Algunos testigos de los hechos de La Azulita nos narraban que aquel grupo no tenía ninguna dirección y, más aún, que estuvieron esperando desde un principio la llegada de un comandante (el comandante Madero) que nunca llegó.

En realidad yo iba hacia La Azulita a desmontar todo aquello, pero antes que yo llegara lo logró el ejército. Se intentó entonces restablecer la cosa en Agua Viva, pero no resultó... Después lo que se hizo fue mudarla, y ya en Oriente la cuestión es bastante organizada. La conducta se sometió a principios y esquemas que no desnaturalizaran la acción política del asunto. Ya allí es otra cosa. Y eso lo asumo completamente. En occidente mi participación fue fugaz y nada más que para organizar la cosa allí.

—Sin embargo, quisiera insistirte, Alfredo, en algunas cuestiones. El comandante Madero que se esperaba en La Azulita eras tú. E incluso esa gente te llamaba "el comandante que nunca llegó". El contacto entre ellos y la ciudad, entre ellos y El Vigía, era Lucas Matheus, y él les decía todos los días: "Camaradas: el comandante llegará pronto, el comandante Madero no demora", y aquellos eran 17 hombres, materialmente desesperados, ubicados en un sitio a 24 horas de camino arriba, sin dirección ni directrices, y había dos cosas a las cuales todos los días se jugaba: el comandante que venía en camino, y Quintero Luzardo (quien murió, por cierto) que debía llegar de Maracaibo con las armas. El ejército llegó a la zona antes que ambos...

Mira, yo no sabía que a mí se me estaba esperando en ninguna parte. A mí se me informó en el partido mi destino a esa zona, y me lo dijeron un día como hoy y al día siguiente estaba saliendo y mi

tarea era ir a desmontar La Azulita, y resulta que cuando llegué ya La Azulita había sido desalojada, y lo que quedaba había que trasladarlo a oriente. Si a mí se me estaba esperando, yo no estaba enterado, yo no lo sabía. Imagínate tú, yo no sé qué decirte. A mí, te repito, simplemente me informaron mi destino y al día siguiente salí. Ahora, que en mi destino estaban informados de mi llegada mucho antes de saberlo yo, y que me hayan estado esperando sin yo saberlo, sin saber que estaba provocando esa expectativa, eso ya no lo sé. Y no solo, como te digo, salí al día siguiente de ser notificado, sino que una vez que salí y llegué, mi ligazón con esos hombres fue permanente y constante hasta el momento de la división. Una vez que llegué, todas las vicisitudes de los hombres ligados a ese frente desde allí hasta oriente, todas las peripecias, que fueron muchas, están inextricablemente ligadas a mí… Así que tú puedes decir que el comandante no llegó, pero también que una vez que llegó, no salió.

Una guerrilla para la sobrevivencia de la que no quiero dar testimonio

—Esa explicación que tú das, Alfredo, tal vez sirva para ratificar la importancia del testimonio, de la versión directa de los participantes en los hechos, para aclarar las situaciones y corroborarlas en su verdadero sentido. Ahora, una de las cosas que me interesaría, dentro de esos términos generales dentro de los cuales te quieres mantener, es lo relativo a la materia combates. ¿Los hubo o no los hubo? ¿Fue un frente combativo o solo de exploración?

Hubo combates, claro: la toma de Caripe, la toma de Quiriquire… Claro que hubo combates en la montaña…

—¿Y cuál es el balance de esos combates, de esas tomas?

En general, se sobrevivió, se establecieron relaciones con los campesinos que permitieron la sobrevivencia… claro, salvo circunstancias de una u otra clase… Desde ese punto de vista estricto, es más o menos la historia de las guerrillas en todo el país. Pero, te repito, no quisiera hacer un testimonio de todo eso ni contigo ni en ningún otro caso…

—¿Hubo bajas allí? ¿Recuerdas alguna?

Sí, como no, las recuerdo todas... Rubén Valentín, Tuto Lanz, León Rodríguez, Sanz, que era estudiante de ingeniería, el catire Sanz... Hubo bajas, sí, como no, pero estos son detalles que...

—Pero creo que recordar a los compañeros caídos no son simples detalles...

Yo los recuerdo perfectamente...

—En general, los destacamentos guerrilleros tienen la particularidad de acusar una permanente falta de recursos. ¿Ese fue también el caso de ustedes? ¿Era una guerrilla que dependía de la ciudad?

Sí, los recursos eran muy escasos. Había que ingeniárselas. Sin embargo, hubo un período en que nuestra dependencia mayor era de los campesinos de la zona. La dependencia de la organización central decreció muy rápidamente. En general dependíamos mucho de nosotros mismos.

En el frente Ponte Rodríguez no hubo fusilamientos

—¿Significa eso que hubo apoyo campesino para la guerrilla?

Sí, hubo apoyo campesino, el suficiente para sobrevivir. Hubo también mucha neutralidad del campesino, mucha expectativa. Pero, en todo caso, con todo y ser pequeño, con relación al campesino expectante y neutro, hubo más apoyo campesino que hostilidad.

—¿Condujo esa hostilidad en algún caso a fusilamientos?

¿Fusilamientos? No, chico, no.

—¿No hubo entonces en ese Frente casos de fusilamientos, ni internos ni externos?

No, no, en absoluto, ni nada que se le pareciera a eso. No hubo, además, ninguna sanción infamante, fuerte, más allá de esas cosas de disciplina mínima que se castigaban con días de servicio de agua y leña, cosas así.

—Quien me refirió la existencia de fusilamientos en el Frente que tú comandabas es un excombatiente de nombre Mauro Acevedo Márquez. Tal vez tú lo conozcas por otro nombre...

No, yo sé quién es. Pero no hubo ajusticiamientos, ni nada de eso.

Tratamos que las cosas… también eran unas circunstancias muy… digamos, extrañas, porque las guerrillas eran el último coletazo de la situación. Esas guerrillas tenían un carácter un poco languideciente. Desde el comienzo siempre estuvieron marcadas por su condición de traslado insurreccional de la ciudad.

—*¿Cuál es la geografía exacta de esa guerrilla?*

La sierra de San Bonifacio, y bueno… Caripe, Caripito…

Nuestro frente fue el único donde no hubo mujeres

—*¿Participaron mujeres en ese Frente?*

No, nada de eso. Creo que fue el único Frente donde no hubo. Nunca se planteó.

—¿Y *por qué esa excepción?*

Porque nunca se planteó, simplemente. No hubo y lo que hago es constatar un hecho. No es que se impidió que hubiera, sino que nunca hubo. Fue la única guerrilla venezolana que no tuvo.

—*¿Sería entonces un caso como el que ha planteado Américo Martín, respecto a las guerrillas de El Bachiller, donde él habría estado más de dos años en abstinencia?…*

Mira, yo nunca me he puesto a pensar en esa vaina… simplemente te puedo decir que no hubo mujeres en nuestro Frente.

—*Y cuando comienza a desmontarse ese Frente, ¿se desmonta de una vez?*

El proceso de desmovilización del frente dura meses.

—*¿Y qué hace esa gente al desmontarse el Frente? ¿Hacia dónde conduce sus pasos?*

La mayoría de ellos mantiene su adhesión a la lucha democrática popular venezolana, pero de otra forma. Tratamos de ser muy cuidadosos en eso de la desmovilización, para asegurar que la gente tuviera facilidades para trasladarse y reinsertarse en una realidad política distinta. Fue una desmovilización muy lenta, cuidada.

—Cuando se le manifestó a esa gente que la lucha armada había concluido, que se iba a cambiar de política, ¿cuál fue su reacción inmediata?

En general de comprensión. Eso era algo que ya habíamos discutido muy intensamente. Se seguía muy de cerca el desarrollo de la política nacional y, exceptuando casos muy aislados, muy particulares, se comprendió bastante la experiencia y la situación en que estábamos.

—En ese período se sacó mucha gente del país, hacia los países socialistas ...

Ese no fue nuestro caso.

—Cuando se produce la desmovilización, ¿hubo gente que cayó presa?

En el proceso de desmovilización, no.

—¿Tú caes preso posteriormente?

Sí, en el 67. Cuando el terremoto yo estaba preso. No recuerdo exactamente, pero estoy allí hasta el 69, hasta el gobierno de Caldera.

—Y cuando sales en libertad, ¿a qué te dedicas?

A lo mismo a lo que me he dedicado siempre, a la actividad social. Ahora desde el punto de vista personal, he trabajado toda mi vida.

La división del PCV y el surgimiento del MAS: una acción deliberada

—En el año 69, *cuando se produce el proceso de discusión interna en el PCV que va a conducir a la división, tú tienes una activa participación, aliado de gente como Teodoro, Caraquita, Freddy... A ti se te considera como uno de los impulsadores de la división. Me gustaría, en ese sentido, que nos refieras tu pensamiento sobre esos hechos y, sobre todo, que nos señalaras cuáles son los momentos principales de ese proceso de ruptura.*

Sí, como no, yo tuve una participación bastante activa. La división tiene diversos orígenes. Uno, es la crisis mundial del marxismo, cuya expresión más dramática es el enfrentamiento China-URSS. Otro, es la aspiración a sanear la vida del partido, hacerla más democrática,

más libre y el hecho es que no se podía hacer una crítica de ese período (y creo que tampoco puede hacerse honestamente una crítica del período de la lucha armada, con sus tremendos errores, sin incluir dentro del objeto de la crítica, al instrumento), obviando el partido mismo. Así que el sujeto de la crítica desde el 58 hasta el 68, estaba en discusión. Una discusión que abarcaba un período tan grande indudablemente que encerraba el riesgo de que el partido se descompusiera de manera espontánea, o que se dividiera. El partido estaba al borde de la descomposición. Y la diferencia que hay entre la descomposición y la división en un partido en crisis es que la descomposición es un fenómeno natural, espontáneo, mientras que la división es una respuesta racional, consciente, deliberada a la crisis.

Entonces, nosotros fuimos deliberadamente al encuentro de la división.

—Eso mismo me lo decía Teodoro, que había en ustedes un propósito consciente, deliberado...

Pero ese propósito deliberado y consciente, hasta donde llega mi conocimiento de las cosas, no fue de todos. En pocos del partido, en pocos de los que se fueron y en pocos de los que se quedaron. Porque el propósito de resolver, separando institucionalmente lo que de hecho estaba separado, animó algunos de los que allí se quedaron y también algunos de los que se fueron.

La del PCV: una división casi ejemplar

—No fue el caso de Pompeyo, por ejemplo...

Yo creo que no. La víspera de la división Pompeyo todavía hablaba de llegar a unirse. Pero sí creo que fue el caso del actual secretario del Partido Comunista, Jesús Faría. Y, por lo menos, para no meter a otros en el saco, también fue mi caso. Fue una solución lógica, racional y sensata. Y si te pones a ver, bastante civilizada, sin recriminaciones ni nada. Yo no comparto las razones de Faría, pero sé que son sus razones. Desde luego él no comparte las mías, es evidente, pero son las mías. Fue bastante civilizado en ese sentido. El partido dio, a la hora de dividirse, una prueba de madurez que

no había dado en el período considerado. La madurez con que se enfrentaron los problemas de la división, el esfuerzo de los más conscientes por reducir al mínimo las heridas del proceso, las amarguras inevitables, las irreductibilidades, fue importante. Claro, es un chiste, pero se puede decir que fue una división casi ejemplar. Sin odios, sin denuestos. Simplemente, la presencia de gente que pensaba y procedía de manera tan distinta. Y fue bastante madura. Y gente que está todavía en el partido es gente por quien sentía, y siento aún, respeto y consideración.

—Tengo la impresión, Alfredo, de que había allí mucho de lucha de comandos; una lucha que estaba planteada desde mucho tiempo atrás. Ya en el año 65, *la lucha tiene como cabecillas a Douglas y al mismo Teodoro...*

Sí, sí, claro, que hay de esas cosas. Por mi parte, yo decido no continuar la militancia en el Partido Comunista, pero yo no pugné por su dirección. Y no iba a pugnar por la dirección de un partido en el cual mi militancia personalmente no era satisfactoria. No me satisfacía a mí, y seguramente tampoco era satisfactoria para los compañeros que allí se quedaron. Ahora, seguramente hubo de todo eso. Pero, en general, fue una división bastante bien resuelta y el riesgo mayor de toda división de un cuerpo político, que valga la pena, es su propia descomposición, el que haya gente que se vuelva cínica, que se desmoralice, se descomponga; que sustituya las razones políticas por razones viles. Ese es un riesgo grande y allí fue reducido a un mínimo, a una porción insignificante. En general, el PC sobrevivió a la división, y hoy es lo que antes fue, y el MAS no salió como un grupo desmoralizado. En cuanto a mí, doy fe de que no salí en absoluto desmoralizado y mucho menos despolitizado.

La división del PCV amnistió a muchos de los culpables de la derrota

—Lo que quería señalarte es que cuando se plantea el problema de comandos, en los años 64-65 *(y pienso que aun habría que verlo más atrás, cuando se hace la declaratoria de lucha armada, en el año* 61), *el*

partido ya estaba escindido. El mismo hecho que hubiese grupos que estuviesen con la lucha armada, grupos que no estuviesen, y grupos intermedios, ya lo indicaba; y un partido en estas condiciones difícilmente podía conducir acertadamente una experiencia de lucha armada. A la larga, esos intereses de comando, grupales, siguieron existiendo por encima de la derrota. Surge entonces la interrogante: ¿No se impone acaso un ajuste de cuentas? ¿Quiénes son los legítimos culpables de la derrota?

Ahora, fíjate tú, el ajuste de cuentas fue un poco frustrado. La división canceló el ajuste de cuentas. Ya no le puedes ajustar las cuentas a una persona que no es tu militante. Más bien, la división lo que hizo fue amnistiar un poco a la gente...

Yo asumo tranquilamente y sin problemas la responsabilidad de mis errores

—Aun aceptando esa corrección, parece evidente que a partir de esa "amnistía" ya más nadie se sintió culpable de nada. He hablado con muchísima gente que me dice esto: la dirección fue la culpable; o esto otro: los errores fueron de la dirección. Y a la hora de determinar quién era esa "dirección" nos situamos frente a una gran dificultad. Es como si la dirección fuese algo absolutamente abstracto, indeterminable...

Mira, si de lo que se trata es de asumir la cuota de errores o asumir la responsabilidad de los errores en conjunto, yo los asumo tranquilamente, no con la expresión que le da el actual presidente de "tranquilo y sin nervio", sino que los asumo sin problema. Pero lo que te digo es que esa seriedad, ese carácter de la división lo que hizo fue cancelar la discusión. Y es que la discusión había perdido sentido en la gente que no iba a continuar en la lucha armada.

La discusión adquiere cierta distancia, cierta, digamos, objetividad, y en este terreno, la discusión no solo sigue, sino que siguió. Tú mismo lo acabas de decir, que te encuentras con gente que dice una u otra cosa. Pero la discusión pierde su significación práctica, política, e inmediata porque previa a ella, antes que ella y por encima de ella hay ya la decisión de no continuar juntos. En

consecuencia, la discusión adquiere una dimensión distinta. Ya es como objetiva, como para los historiadores, o ya para el plan de hacer testimonios, o algo por el estilo.

Pero una discusión que intente corregir un rumbo, ponerse de acuerdo para corregir algunos excesos o subsanar algunos defectos, o en fin, rectificar, solo tiene sentido si vamos a seguir juntos. En otras palabras: se dice, vamos a rectificar para que nuestra actividad no esté influida por el aventurerismo, el subjetivismo o el vanguardismo, o cualquiera cosa así. Pero si no vamos a seguir juntos, entonces la discusión sigue a la manera de cada quien, donde cada quien esté. El problema moral de si quedan o no culpables sin juicio pierde sentido político inmediato. Eso es lo que quiero decirte.

A mí, por ejemplo, para los efectos de la corrección del rumbo, me importa bastante poco la situación dentro del MAS o dentro del PCV. Sí me importa como ciudadano de este país, porque son partidos importantes y significativos que preferiría que tuvieran un cierto rumbo y no otro. Pero ahí tengo derecho a opinar como cualquier otro elector, como cualquier ciudadano de este país, vote por quien vote; es decir, los problemas de rectificación me afectan a mí con relación a mí y a la gente que está conmigo en cierto tipo de actividad. Y allí, en ese lugar es que cada quien resuelve y dirige la discusión como cree. Lo demás es la discusión ya objetiva, histórica, etc., que yo asumo, o asumes tú, según nuestra manera de entender, pero que ya no tiene nada que ver con la militancia respectiva ni con sus planes de acción. Ya la discusión es un poco las particularidades de una situación, pero para fines políticos inmediatos, en los términos de una organización, no tiene sentido alguno.

—Sin embargo, el viejo señalamiento sostiene que entender el presente significa entender el pasado y el futuro...

¡Ajá! Eso es verdad, y aquí hemos estado hablando durante un tiempo largo para tratar de entender el pasado y el presente. Y por cada uno hablan sus obras. Mi pasado está allí, lo bastante explícito como para que no pueda escurrir el bulto, pero mi presente también.

Todavía dirigen los cabecillas de la derrota

—Te decía esto para agregar algo más: el problema es que hubo en efecto una amnistía, que vamos a situar aproximadamente en los años setenta, aunque a lo mejor nos venimos amnistiando desde tiempos anteriores. Y mucha gente ha decidido olvidarse de todo lo que pasó. Lo ha decidido consciente e inconscientemente. Sin embargo, creo que no se puede soslayar el hecho de que quienes dirigieron ese período de los sesenta son los mismos que dirigen hoy la izquierda venezolana, los mismos amnistiados que hoy tienen mucha gente joven ante sí, a la cual habrá que responderle algún día muchas preguntas que hoy o mañana se habrán de formular.

Y se les responde constantemente. No creas que tampoco la cosa es así como tú dices. Imagínate tú una tensión entre dos polos; hay un poco de olvidar el pasado para hacer que los demás lo olviden y hay un poco de estar siempre anclado en el pasado. Son dos polos, ambos moralmente cuestionables y políticamente negativos; es decir, no creo que tengamos que estar constantemente revisando el pasado para tomar una actitud hacia el presente. Ni creo tampoco que se trata de evaluar nada más que lo actual como si el pasado no hubiera existido. Ni lo uno ni lo otro. Ni permanecer como una cierta izquierda latinoamericana que está siempre discutiendo la verdadera naturaleza del "cordobazo" para poder hacer hoy cualquier cosa; ni tampoco el oportunismo de estar nada más que con los términos de la política actual. En esa tensión hay que moverse.

Ahora, dicho sea de paso, nosotros no rehuimos el pasado. Y uno de los pocos textos no testimoniales que hay sobre ese pasado y que intenta una comprensión del mismo es el mío. Así que en absoluto intento regir el pasado. Pero tampoco se puede intentar que el pasado sea una losa que impida los relevamientos necesarios. Por ejemplo, en la organización en la que estoy, la Causa R, se ha producido un liderazgo muy nuevo que comprende, conoce y se le da a conocer el pasado de la mejor manera que podemos y sabemos. Los obreros en Sidor no son jóvenes que nos siguen. Es un liderazgo nuevo formado en la Causa R. Un liderazgo actual, de hoy,

producido al calor de las luchas de los obreros de hoy. Entonces, fíjate que uno mantiene la tensión entre la continuidad y la renovación. Porque tratar el pasado como si no hubiese ocurrido es de sinvergüenzas; pero clavarse solo en el pasado y tratar el presente como si no existiera, como si de él no se derivaran tareas, es de nostálgicos. El pasado es efectivamente una clave para entender el presente, pero también el presente lo es.

—Quiero insistir en algo: la dirección que condujo un movimiento que resulta derrotado no parece tener el suficiente aval histórico para continuar al frente de una responsabilidad de tal dimensión. Por ello…

Pero es que eso sería verdad siempre. Por ejemplo, ¿tú descalificarías al desterrado en Jamaica, al fracasado de la segunda república, a que continuara la lucha? No lo descalificarías. Esta no es ninguna comparación, de paso, lo que quiero es discutirte el punto. Si tú estás hablando con él en Jamaica, ¿lo descalificarías?, ¿sí o no? Ha perdido el Castillo de Puerto Cabello, ha perdido la segunda república. ¿Sobre las bases de cuáles calificaciones pretende entonces invadir por el Táchira? Descalificar a alguien por la derrota tiene un sentido, pero no exageres ese sentido. Porque, entonces, ¿cómo descalificarías al desterrado de Londres, al derrotado de 1905? ¿O al desterrado de México después del Moncada? Hoy el Moncada aparece como uno de los momentos estelares de la Revolución cubana, pero entonces eran decenas los muertos, los desterrados. Y a ellos, ¿los descalificarías o no? Lo que te digo es que el sentido de las descalificaciones hay que tratarlo con discreción. No se pueden hacer de modo alegre. Históricamente, no conozco ningún caso, en ningún país, de un movimiento popular o de un liderazgo que haya tenido una participación histórica lineal y siempre ascendente.

Yo asumo perfectamente el pasado y la carga de errores que se me puede imputar. Y no solo he estado dispuesto a discutirlo, sino que lo he discutido en efecto. Trato, no de justificarme, sino de comprender ese pasado y hacerlo explícito, hacerlo diáfano, de que la gente pueda usarlo, que no sea solo un tesoro personal en el sentido de que es parte de mi memoria, sino que sea parte de

la memoria de todos. El sentido que ha tenido esta conversación ha sido en parte ese. Pero también asumo el presente. Y también respondo por él. Respondo, por ejemplo, por el resurgimiento del movimiento obrero siderúrgico, o por el movimiento popular en la zona de Catia. De modo que hay que exigir a los que participaron en un período su contribución a la comprensión del mismo, para que sea una herramienta para las generaciones actuales. Pero si la persona asume su responsabilidad presente, hay que pedirle cuenta por él también.

Yo, por ejemplo, respondo por aquellas cosas que la Causa R ha venido haciendo. Respondo por nuestra participación política, por la denuncia sobre ingreso petrolero; por la democratización de Caracas, presentada con veinte mil firmas en el Congreso; por el movimiento obrero siderúrgico, que acaba de romper una calificación de despido, por Pro-Catia… y fíjate que, en rigor, ni siquiera estoy en la izquierda. La izquierda está en la coordinadora y yo no estoy allí. La izquierda fue con cuatro candidatos presidenciales y yo no voté por ninguno de ellos. No estuve en las planchas municipales. Así que fíjate, por eso te digo que los juicios de calificación tienen que ser globales y referidos a la cuestión política en su conjunto.

—Tú dices que no estás en la izquierda… pero estuviste hasta hace unos años…

Ah bueno, por esa participación mía en la izquierda yo respondo, y tanto respondo que te he respondido a ti dos cintas. Pero no puedo responderte por la división de la izquierda. Acepto y comparto todas las conversaciones y juicios sobre esa política en la cual yo participé. Pero no me puedes pedir que acepte una discusión sobre la izquierda, yo como su vocero. Cualquier conversación que me haga corresponsable en los problemas de la izquierda de diez años para atrás, hacia atrás, la acepto. De diez años para acá, no. Y eso no tiene nada que ver con el juicio. Porque te digo, creo que soy de izquierda. Y creo que soy más de izquierda que la enorme mayoría de los que están en la coordinadora. Pero no estoy allí. Y me siento mucho más de izquierda que la mayoría de los concejales que, en mi

opinión, usurpando esa calificación, llegaron a los concejos municipales. Pero yo no estoy allí.

Definirse como marxista es caer en el juego de los equívocos

—Has dicho, Alfredo, por una parte, que no te consideran de izquierda y, por otra, que tú te sientes más de izquierda que muchos de ellos. Sin embargo, supongo que ustedes como movimiento, como Causa R, deben tener una calificación...

¿Por qué?

—Bueno, supongo que tendrás una doctrina, que serán o no marxistas...

¿Por qué?

—¿Entonces no son nada?

¿Pero es que acaso hay que tener una de las etiquetas en uso?

—Pero un instante, ustedes tienen una ideología, ¿no?

Sí, democrática.

—¿Y eso qué es?

Democrática en el sentido que le dio Marx cuando dijo: cuando el movimiento revolucionario conquiste el poder, conquista la democracia. Ampliación y profundización de la democracia son los nortes ideológicos de la Causa R. Pero, ¿por qué tenemos que tener una de esas especificaciones?

—Alfredo, y, ¿cómo conseguir esa democracia?

Ese es nuestro problema: ampliando la participación popular, desarrollando un movimiento obrero, etc. Lo que estamos haciendo. Llevando un proyecto de ley con veinte mil firmas al pie, para democratizar la estructura municipal en Caracas, tratando de lograr que la izquierda se una y asuma su papel, denunciando las inconsecuencias con la ampliación de la democracia, de los dueños del país, adecos y copeyanos, el régimen de abuso ... Bueno, en fin, lo que se puede. Por eso te digo que el dilema es falso: eso de que o eres marxista o no eres nada.

—No lo planteaba así, quería decir que o eres marxista o estructuralista, o funcionalista, etc., en lo relativo a las formas de interpretar el mundo, o eres…

Mira, tú estás metido allí y es tu oficio. Tú manejas esas categorías y sabes lo difíciles que son. Por ejemplo, para un marxista determinado cualquier otro que se pregone como tal, pero que no piense como él, no es marxista. Tú sabes eso. Por ejemplo, Lenin se autodecía marxista y Lenin escribió millares de páginas diciendo que Plejánov, quien también se decía marxista, no lo era. Entonces, ¿dónde queda la calificación?

—Entonces no hay marxismo…

No, todo lo contrario. El estudioso de las cuestiones sociales lo que pasa es que debe tener mucho cuidado, porque la calificación de uno es la descalificación del otro. Y se juega con categorías fáciles y con mitos en la cabeza de la gente. Si tú me dices a mí que yo soy marxista en un país donde se dice marxista la Liga Socialista, el MAS, el PCV, el otro y el otro, estás presentando una forma fácil de que la gente me identifique con quien yo no quiero. Entonces, yo prefiero aparecer como indefinido ideológicamente, a correr el riesgo de la confusión. Y a lo mejor el más firme de los marxismos míos consiste, en vista de la confusión reinante, en negarlo. Son cosas difíciles, pero eso tú lo sabes perfectamente.

Te repito, quien se califica de marxista descalifica al otro. Por ejemplo, la gente del CLP se dice marxista, pero la gente del CLP dice que la gente del MAS no lo es aunque se llame tal. Y eso crea una confusión enorme. Entonces yo prefiero no correr los riesgos de la confusión y no entrar en ese juego de definiciones, que se convierte en el juego de los equívocos.

—El maestro García Bacca hablaba sobre eso del temor y el miedo a equivocarse, el miedo a errar. Y creo que en eso tenía muchísima razón. El problema no parece estar en que uno asuma una calificación en un momento dado, porque ello pueda contribuir a la confusión, sino más bien un problema de convicción.

No, no. Eso depende de cómo tú manejas la convicción. Porque, fíjate, para mí la piedra angular del marxismo es la consecuencia, la

relación indisoluble entre la teoría y la práctica. Para mí eso es vital. Entonces, si yo presento una práctica como definición, que la gente escoja. Y al hacerlo, creo que soy seriamente marxista. Presento la práctica como una clave para mi definición, pero no presento un alegato, una proclama. Porque el problema de las autodefiniciones es que a menudo se quedan en el simple alegato. Y es que estamos llenos de eso. Cada vez que tú oigas decir en Venezuela a alguien que él es profundamente honesto, llévate la mano al bolsillo y cuídate la cartera, porque seguro que ese es un ladrón. Bueno, y yo lo que no quiero caer es en el juego de los alegatos. Pero además, y entre otras cosas, no quiero caer en ese juego, porque me parece profundamente antimarxista.

—Mira, Alfredo, partimos de que tú hiciste una autocalificación de que no eres de izquierda...

No. Dije que la izquierda constituida en Venezuela no me reconoce como su parte. Entonces, yo lo que hago es constatar un hecho nada más.

—Ahora, el hecho es que si no eres de esa izquierda, y no eres de la llamada derecha de este país, ¿dónde estás?

Démosle a las etiquetas su exacto valor. Eso es lo que te quiero decir.

Los únicos marxistas que hay aquí somos nosotros: La Causa R

—Justamente, ustedes no están etiquetados, ¿cómo entender entonces cuál es la orientación ideológica o política de ese movimiento?

Mira, te digo algo más preciso: La Causa R es marxista, si tú me aceptas la afirmación de que los únicos marxistas en Venezuela somos nosotros. Yo sé que es difícil aceptarlo porque colide con otras afirmaciones de igual tono.

Pero, bueno, así es como están las cosas. Por eso te decía, que el juego de alegatos conduce a la confusión. Y ¿para qué confundir?

—Pero la gente del MAS, por ejemplo, nunca ha dicho que es...

Muy bien, no sé qué dicen ser hoy. Pero hasta ayer no más dijeron que eran. Es más aún, se legalizaron como fuerza comunista

venezolana. Pero ese es problema de ellos. Yo no tengo nada que ver con eso. Ellos ayer dijeron que la unión de la izquierda era una sopa de letras que a ellos no les gustaba, y hoy son los primeros chicharrones de la coordinadora de la izquierda. Entonces, con gente que respeta tan poco lo que ella misma dice, la discusión es casi imposible. Pero lo que yo te entrego a ti, y a quien oiga esto, son criterios objetivos de calificación. En Venezuela la izquierda es más delimitable que definible.

Con más recursos materiales se habría prolongado la agonía

—El último día planteábamos la cuestión de la economía de la guerra. Tú decías que ese era uno de los temas más escabrosos y que preferías dejarlo para otra oportunidad. Hay quien dice que fue una guerra pobre y que por eso se perdió, y hay quienes han dicho que hubo suficientes recursos materiales y que esa no puede ser la falla fundamental. ¿Cuál es tu opinión al respecto?

En todo caso, desde luego que resulta evidente que la situación material del período fue bastante superior a la riqueza política necesaria. Es muy difícil calificar un esfuerzo de esa clase, de pobre o de sobrealimentado. Y eso tiende a hacer del análisis un problema básicamente técnico, lo cual desnaturaliza el análisis. Fue un período, como creo que hemos acordado en las conversaciones anteriores, de bastante pobreza política. Y eso es lo importante. Buscar excusas en los aspectos materiales del conflicto es continuar en el balance la misma pobreza política del ejercicio. Desviar la atención hacia los aspectos materiales es insistir en la pobreza que en el pasado existió y provocó el resultado de todos conocidos. Yo no quiero contribuir, digamos, a esa desviación del balance. Si tengo razón, cualquiera hubiera sido la cuantía de esos recursos en juego, el resultado no hubiera variado en lo fundamental. Tal vez se hubiera prolongado la agonía del período, pero no hubiera variado el resultado. Y es la parte para mí menos interesante del asunto.

—Ahora, ¿se puede afirmar que hubo ayuda internacional?

Hubo ayuda internacional de diversos tipos. Tú sabes cómo es eso. Por ejemplo, aquí se secuestró a Smolen y las condiciones de la liberación incluían la salvación de la vida de Van Troi en Vietnam. Así que hubo ayuda en varias direcciones. El primer reclamo importante de amnistía, que es también el epitafio de la lucha armada, se libró, por ejemplo, con una conferencia en Roma, que hubiera sido irrealizable si no hay un seguimiento de la política venezolana por parte de revolucionarios y políticos europeos. Evidentemente, como todos los conflictos interesantes de nuestra época, fue en cierta forma un conflicto ecuménico, un conflicto global. Eso es también parte de los problemas: la globalización exagerada de los conflictos nacionales. Ello trae como consecuencia que se contaminan muy rápidamente de guerra fría, de esferas de influencia, acondicionamientos de ayuda y cosas por el estilo. Creo que el caso venezolano no escapó a esta situación general. Los detalles de esa ayuda en general los conocí poco, y lo poco que conocí se me ha olvidado.

—¿Cómo fue esa conferencia y cómo se organizó?

Yo estaba fuera de circulación cuando eso. Estaba en la montaña. No recuerdo bien, pero creo que uno de los organizadores nacionales de la Conferencia fue Héctor Mujica. No sé si fue en el 64 o 65. Pero fue también una de las expresiones de la incoherencia política del período. Como tú sabes, la lucha por la amnistía es una lucha que se legitima a partir de la asunción de la derrota. Tú no puedes hacer una lucha en serio por la amnistía desde posiciones ofensivas. Solo a partir de la asunción de la derrota es que la lucha por la amnistía tiene sentido. No solo sentido lógico, sentido interno, sino sentido para la opinión, para hacerse comprensible. Aquí se entreveró todo. Sin embargo, la preocupación por la amnistía, por cancelar el período, la preocupación por devolverle a la lucha social venezolana más frescura y aire, nuevos cauces para su desarrollo, fue el reconocimiento no explícito de la derrota, de la liquidación del período. Pero claro, la lucha se globalizó y se entrecruzaron diversas estrategias de todo orden y de todos los campos. Es de

recordar, por ejemplo, que los esfuerzos de los Estados Unidos por elevar el nivel técnico de las fuerzas militares oficiales en América Latina está asociado también a ese período. No sé en qué categoría contable poner, por ejemplo, los gastos de los campos de entrenamiento de Panamá no sé a qué presupuesto se le cargan, pero seguramente no a los presupuestos nacionales, no todo al menos. Entonces, la globalización de este tipo de conflictos fue uno de los signos de la época.

—Me referí antes al tema de los recursos porque se ha señalado que hubo una especie de rumba de millones. Pedro Duno nos decía, por ejemplo, que nada más que por sus manos habrían pasado unos cincuenta millones de bolívares.

¿Él decía eso?

—Y hay otros señalamientos, como por ejemplo la cantidad de dinero que se invirtió en la compra de un barco para el Contralmirante Pío...

Ese es el tipo de detalle que yo no conozco, que no conocí en su época, y si los conocí, se me olvidaron. Ya te digo, es la parte del asunto que menos me interesa.

Las divisiones del PCV son "ejemplares por nacionalistas"

—Sin embargo, Alfredo, habría que admitir que hay que estudiar este tipo de cuestiones para poder dilucidar la veracidad de las dos tesis que se manejan al respecto: una, la de que no había recursos, que esta fue una guerra pobre y que, en consecuencia, ello representó un factor esencial en la derrota; y dos, que los países socialistas, incluyendo Cuba, aportaron una abundante solidaridad no solo a través de cuestiones materiales, sino inclusive con hombres.

Pero, pasando ya a otra cuestión: tú calificaste de ejemplar la división que se produce cuando surge el MAS como resultado de una escisión dentro del PCV, ¿es igualmente ejemplar la división que se produce en el año 65-66, a partir de la cual surge el FLN-FALN-PRV?

En general, sí. Ahora, ¿dónde radica la ejemplaridad que yo le atribuyo, real o supuesta, en fin, a esas divisiones? A que la razón

de las mismas, el escenario de las mismas fue siempre este país y la experiencia de la lucha política desarrollada en este país; es decir, que no fue un reflejo, o por lo menos no fue un reflejo directo de la crisis mundial del marxismo. El Partido Comunista nunca se dividió aquí en prosoviéticos y procubanos, prorrumanos, o prochinos, ese es otro problema.

Pero la división misma no se planteó en esos términos; es decir, había una rica experiencia nacional, lo bastante rica y compleja como para darle alimento a cualquier división y a cualquier unidad. En ese sentido digo que fue ejemplar. En otros países de América Latina la historia de las divisiones parecen como si hubiesen sido telecomandadas, como actos reflejos. Aquí, la situación especial que le tocó vivir al PCV en este país obligó a que no se cambiaran ni se hicieran ambiguos los escenarios del debate. El escenario, te repito, era la experiencia de la lucha aquí y eran los problemas de este país. Y eso, creo yo, provoca y condiciona todo lo demás. E insisto en las comillas para rebajar su importancia, ese es el origen de todas las "ejemplaridades" adicionales: la objetividad de la discusión, la ausencia de denuestos, la escasa complicación personal en el debate, la falta de argumentos *ad homine,* y otras cosas así.

—Alfredo, tanto en un momento como en otro, se puede acusar la existencia de la lucha por los comandos…

Pero eso forma parte de esa lucha. Yo no conozco ninguna lucha social que no se exprese en algo de esa manera, en la lucha por los comandos, por la dirección. Además, es como una consecuencia lógica. Es muy difícil (y además habría que discutir si además de difícil es honorable, moralmente válido) que tú luches por una idea, por una opinión sobre la conducción sin aspirar a que se corporice, a que tome cuerpo, carne y nervio. Es muy difícil que puedas separar la discusión, por ejemplo, sobre el balance de la primera república, o sobre la república boba, o sobre otras formas de conducir los asuntos de las personas: de los bolivaristas y los mirandistas. Y yo, tal vez sea por ignorancia, pero en todo caso no conozco lucha social alguna que no haya resultado contaminada en algún momento por este problema de la lucha por la jefatura. Me

parece además como consustancial. Como tú sabes, para que la idea se convierta en fuerza material tiene que prender en el corazón de alguien. Lo contrario sería una lucha escolástica. Ahora, la relación de estas luchas con la motivación ideológica no siempre es diáfana y eso es lo que las convierte en un contaminante, en un factor que enturbia la calidad de la lucha de ideas.

—Ahora, ese tipo de lucha por los comandos, ¿no estaría más bien unida a la insuficiencia teórica y política y al factor lucha de clases dentro de los partidos revolucionarios?

Yo creo que si extremas el análisis encontrarás todas esas vinculaciones. Pero también no se te olvide, aunque parezca un psicologismo, en definitiva, la lucha política es una lucha de hombres. Quiero decir con esto que la lucha política es la lucha de clases, pero esa relación es verdad (o por lo menos evidente como verdad) para largos períodos, en cifras estadísticas, para consideraciones muy en bloque, a cierta distancia. Pero cotidianamente eso se expresa, se resuelve, en una posición entre hombres concretos, determinados; personas, pues.

La parte personal y la parte ajena de la lucha armada no me interesa para nada

—Una cuestión, Alfredo, antes que pasemos al balance del período de la lucha armada: tú señalabas en una parte de la conversación que no tenías disposición, ánimo o interés en la cuestión que podríamos llamar narrativa, descriptiva, testimonial del período violento…

No solamente eso: me falta interés y me falta memoria.

—Bien, sin embargo, te querría hacer un señalamiento: yo te decía que consideraba que la cuestión testimonial era básica como elemento para el análisis, para la determinación cierta de lo que ocurrió, sobre todo con relación a una historia reciente que comporta muchos elementos que hacen postergar ese análisis de lo ocurrido por diferentes intereses de orden personal, social o político. Para quien se enfrenta a la tarea de hacer este análisis, constatar directamente con los actores, los participantes, los afectados por los hechos, la veracidad

y sentido de los mismos, es algo indispensable. Cuando conversábamos, por ejemplo, sobre los hechos de La Azulita, para quienes integraban el grupo que estaba en la montaña tú eras, como te decía, el "Comandante que nunca llegó". Al confrontar esa relación contigo, tú manifiestas que ni siquiera lo sabías. De allí que solo la confrontación de la realidad a través de sus diversas vertientes es lo que nos permite llegar a la verdad, y aún más, nos indicas otros elementos que todavía deben ser investigados para comprender a cabalidad la complejidad de una acción. En ese sentido, te pedía el testimonio de tu propia experiencia guerrillera; y lo que nos has expuesto es en verdad general, podríamos llamar, conceptual, porque no examina los hechos. Tú me remitías en una oportunidad a tus escritos y ellos también tienen ese mismo carácter: no son nada testimoniales, no hay tampoco explicación de los hechos.

Y dado el sentido mismo de este trabajo que nos hemos propuesto, nos parece de honestidad plantearte los señalamientos que otras fuentes han hecho en torno a situaciones referidas a ti, de manera que puedas dar la respuesta que consideres conveniente. Por ejemplo, hay testimonios en relación con lo que fue el Frente "Ponte Rodríguez" que refieren una situación de desorganización, de insuficiencias, etc., que contradicen un poco la visión general que nos has expuesto aquí. Por otra parte, te decía también que había recogido testimonios de que allí en ese Frente había habido fusilamientos...

Eso es mentira...

—Fíjate tú, ello es lo que mejor indica la necesidad del testimonio; porque si tengo una versión, lo más lógico es que la verifique. Ese es el sentido de mi inquietud.

Mira, yo insisto en no aproximarme testimonialmente, en absoluto, a eso. No se trata de escribir memorias al estilo de "en el verano del 30 me encontraba yo en tal parte" nada de esas pendejadas. Insisto en eso, y creo que la aproximación que tú tan generosamente llamas "conceptual", y que hay en nuestra conversación, es la más útil y seria. Y en todo caso es la única que estoy dispuesto a dar sobre ese período. No estoy dispuesto a dar ninguna otra ni en lo relativo a mi personalísimo recuerdo de la época, ni a mis

opiniones sobre otra gente. No conozco ninguna discusión concreta sobre mi participación en el asunto, ni conozco ninguna acusación como la que tú señalas. Y en el caso de conocerla, creo que tendería a conceder. No estoy interesado para nada en eso. Eso de que a lo mejor, en opinión de alguien, el Frente era un islote de desorden en medio de la tan ordenadísima lucha armada venezolana, bueno, yo respetaría mucho esa opinión. ¿Cómo la puedo contradecir?

No puedo contradecirla. Que fuese un islote de inefectividad en medio de la efectivísima lucha armada venezolana, cuyos logros están en la conciencia de todos y son tan brillantes, muy bien, yo tampoco lo discutiría; es decir, las opiniones que pueden referir las cosas que están directamente ligadas a mí, no te voy a decir que son opiniones que respeto, pero sí que son opiniones que no considero. Y lo digo en el sentido de que no me voy a batir por ellas, en absoluto. Que cada quien evalúe esa situación en la cual participó, como quiera. Esa parte me tiene sin cuidado y no creo que te interese. No creo que sea un examen de suficiencia el que tengan que presentar los participantes en ese período. A mí la parte personal del asunto no me interesa para nada. Ni la mía ni la ajena.

La lucha armada no dejó nada positivo

—Alfredo, sin embargo, respetando tu posición, considero que hay gente que puede tener interés, y aun razón, en requerir una explicación respecto a lo ocurrido en todo ese período. Pero ya, continuando, creo que en este momento sería procedente hacer un balance general de este período armado. ¿Qué dejó de positivo? ¿Qué dejó de negativo?

¿Qué dejó de positivo? No sé, creo que muy poco. No sé qué cosas dejaría de positivo. Bueno, se puede hacer una retórica sobre lo positivo y decir que dejó un esfuerzo, que tensó algunos espíritus, que fraguó algunos liderazgos, pero eso es literatura. En realidad, ¿qué dejó de positivo? Nada. Te preguntaría a ti, ¿qué dejó de positivo la renovación universitaria? No sé. ¿Qué dejó de positivo esa tempestad, esa borrasca? No sé. Bueno, lo cierto es que fortaleció

esa democracia, fortaleció los mecanismos de defensa de esta democracia falaciosa. No sé qué pueda haber dejado de positivo.

Seguramente algo dejó, aunque sea solo por aquello de que no hay mal que por bien no venga. O a lo mejor es positivo el hecho de que los revolucionarios de este país han perdido el derecho, porque ya lo practicaron con los resultados conocidos, al subjetivismo, al voluntarismo, al delirio, al vanguardismo. Y eso es positivo. Han perdido el derecho a incurrir en los mismos errores, y si incurren, no hay absolución, pues. Entonces, tal vez sea positivo ese hecho, porque por lo menos crea una condición de posibilidad para exigirles mayor responsabilidad a los revolucionarios venezolanos. Es positivo también que si el examen del período no se desvía por senderos de esos llamados testimoniales, contando aventuras guerrilleras, cuentos de cazadores y cosas por el estilo, y se detiene el tiempo necesario en la comprensión del período y las causas de la derrota, se creen las condiciones teóricas de posibilidades para que confrontaciones futuras de la sociedad venezolana sean mejor resueltas. Digamos que eso es lo positivo. Seguramente hay muchas cosas más, pero yo no me he detenido en eso.

¿Negativos? Qué te digo yo: hay mucho. Una generación crédula y entusiasta terminó con la moral lastimada. La reinserción en la lucha política ha sido difícil, ha provocado en algunos una onda de cinismo, de acomodo, bueno, en fin...

—Tú señalas que esa experiencia de lucha armada conduce a fortalecer la democracia falaciosa. Ahora, ¿conduce a la vez a alejar la revolución en este país?

Depende de cómo se asuma el período, de cómo se comprenda. Yo creo que el futuro de la izquierda en Venezuela es una función directa, o depende directamente de cómo la izquierda pueda comprender su pasado. ¿No ves, por ejemplo, ahora este lío en que andan por la búsqueda del candidato para las próximas elecciones? No terminan de comprender que las elecciones pasadas fueron una suerte de primarias de las que vienen, que ni Héctor, ni Luis Beltrán, ni José Vicente eran candidatos reales a Presidente de la República. Los únicos candidatos reales eran Piñerúa y Luis Herrera. Y

entonces los demás, ¿por qué estaban allí? ¿Para adornar el triunfo ajeno? La participación de ellos era únicamente para que el electorado de izquierda resolviera entre ellos las mejores primarias del mundo. Unas primarias convocadas y garantizadas por el Estado, y financiadas por el Estado. Una referencia única y unitaria para las elecciones del 83, y sin embargo ahora están en ese lío. Entonces, si no asimilan ni siquiera la participación electoral del 78, si ni siquiera eso resulta asimilado, para una prueba de fuerza a plazo fijo y establecida en la ley para el 83, entonces, imagínate tú, ¿cómo será su capacidad de comprensión del período de la lucha armada?

Ahora resulta que hay que convencer al MAS que el candidato que ellos tenían, José Vicente, era bueno. Hay que convencerlos ahora de que el candidato que ellos no vendieron como solución de verdad, como el candidato real, el que ganó las primarias de la izquierda, era bueno y no otro sentido tenía esa participación. A menos que haya alguien tan bobo en creer que esos cuatro en realidad eran candidatos a presidentes de la república. Eran aspirantes a otra cosa, a resolver en las urnas lo que no pudieron resolver en las cumbres del hotel El Conde, lo que no pudieron resolver los dirigentes. Entonces, te repito, si ni siquiera pueden comprender un pasado electoral reciente, diáfano, cuya comprensión era necesaria para un combate, igualmente diáfano, a plazo fijo; si no pueden ligar esa manera del pasado y sus tareas del futuro y del presente, ¿vas a pedir que comprendan el período de la lucha armada?

Allí hay que pensar como un abogado, pero al revés: quien no puede lo menos, no puede lo más. Ahora tienen una buena ocasión para demostrar que están en capacidad de asumir el pasado y comprenderlo en función de sus tareas actuales y del futuro.

Comprender su pasado reciente electoral y relacionarlo con su próximo compromiso electoral. Vamos a ver cómo resuelven esa prueba y a partir de esa solución, exígeles entonces a ver si comprenden el gran pasado con relación al gran futuro.

—Hablando de esa comprensión del período de la lucha armada, te voy a decir lo que es la conclusión de mucha gente cuando hace el

balance; diría incluso que de la gran mayoría de la gente con quien he hablado (que ya van por más de 500 personas), dice: lo positivo fue haberse atrevido a empuñar las armas. ¿Estás de acuerdo con eso?

Eso forma parte de ese capítulo literario. Yo no me atrevo a hacer esa frase mía, ni a rechazarla. Me parece totalmente impertinente. Un arma es desde una piedra hasta un cañón sin retroceso. Y aquí las piedras y las molotov se empuñaron para derrocar a Pérez Jiménez. Aquí no se esperó la convocatoria de la lucha armada para utilizar la acción directa. Esa es una idea muy restringida de lo que significa la palabra arma. Aquí, la huelga general del 21 de enero del 58 fue una huelga armada. No armada con armas suficientes como para compensar el armamento enemigo, pero lo que te quiero decir es que no eran solo proclamas, octavillas y discursos. Entonces, creer que la lucha armada de ese período es la apoteosis de esa osadía, y que esa osadía en sí misma es lo positivo… no, esa es una discusión de literarios.

Yo soy de los primeros que se retira de la lucha armada

—Recordando un poco lo que hemos conversado hasta ahora, Alfredo, pareciera quedar planteada una especie de contradicción en cuanto a tu pensamiento y tu acción. Tú señalas que el 58 *es un año crucial, muy poco aprovechado y que materialmente ves las raíces del fracaso ya en ese mismo año. Sin embargo, tú eres uno de los últimos que se retira. Y cuando digo de los últimos, me refiero a que, por ejemplo, Domingo Alberto Rangel lo hace públicamente en el año* 64…

Pero Domingo Alberto era un hombre preso para quien adoptar una línea o desecharla era un problema de escribir un artículo. Yo comparto y participo de la decisión del repliegue, de la llamada paz democrática, desde el momento en que se hace. Pero eso para mí significó, entre otras cosas, desmontar y desmovilizar un frente guerrillero en el cual tenía responsabilidades con los combatientes, con los campesinos del lugar. Entre la decisión y la ejecución medió un período que fue consumido en hacer práctica la decisión adoptada. No soy uno de los últimos. Yo participé del llamado repliegue

y de la política de paz democrática, de su propia elaboración. Yo era miembro del CC del PCV. Así que fui partícipe de su elaboración y también de su ejecución. Así que no fui de los últimos, sino de los primeros.

La tregua unilateral: una forma de repliegue

—*¿Consideras la tregua unilateral que se da después de las elecciones del* 63, *como un accidente de la política de paz democrática?*

Eran ya formas de repliegue. Lo malo de esas formas es que, como muchas cosas de la política nuestra, no eran conscientemente asumidas como tales.

—*¿Por qué?*

Por esas cosas de tratar la política con eufemismos, por la falta de franqueza de la elaboración política. Pero eran formas reales de repliegue. Formas de ir atando la organización a la continuación de los compromisos políticos por ella asumidos en la lucha de clases, en condiciones normales.

—*¿No habría allí un temor del aparato político frente al aparato armado?*

¿Que procediera por un chantaje? Chico, no se me había ocurrido. Bueno, claro que hubo presiones. Hay una suerte de inercia de la acción armada. Los aparatos armados se autoalimentan poco y efectivamente, a pesar de que el análisis indique la necesidad de poner término a esa acción, la acción misma es un argumento para continuarla. Y ello produce una relación entre el aparato armado y el aparato político, de presiones mutuas. Sí, la discusión no siempre es un cruce de argumentos dialécticos, sino que también como argumentos se usan presiones, acciones de hecho, posiciones que sustituyen el argumento y a veces con mayor eficacia. Pero en todo caso, si lo pones en término de temores, entonces yo diría que esa relación abarca a los dos. El aparato armado también tiene mucho temor a la orfandad política, o a que la acción contradiga demasiado flagrantemente un análisis que luzca convincente. Y el aparato político también tiene temor a que el aparato armado se autodirija.

En fin, es una relación complicada. Ahora, si se habla de temor, son temores de todos.

Pensar que la lucha armada pudiera haber servido a la contrarrevolución es maniqueísmo

—Tú decías, Alfredo, que la lucha armada de ese período terminó por fortalecer la democracia de este país. En ese sentido, ¿se podría considerar entonces que esa es una experiencia contrarrevolucionaria?

Creo que es forzar un poco los términos. Creo que te deslizas un poco hacia un maniqueísmo muy corriente. Pero fíjate tú, eso sería tanto como decir que cualquier error revolucionario es una experiencia contrarrevolucionaria. Y entonces imagínate, por ejemplo, las autocríticas del Manifiesto de Cartagena, ¿qué quieren decir? ¿que las acciones autocriticadas por Bolívar eran de un Bolívar contrarrevolucionario? ¿Qué eran contrarrevolucionarias las autocríticas de la Carta de Jamaica? ¿Quiere decir que esas acciones de la república eran contrarrevolucionarias? Eso conduce a un manejo de términos que oscurece la comprensión. Porque lo contrarrevolucionario incluye la motivación plenamente consciente. Claro, se puede hablar de un contrarrevolucionarismo preterintencional, digamos, pero la contrarrevolución exige una conciencia. Si no caemos en ese maniqueísmo estalinista de aquella famosa frase que fue mundialmente terrible: que al hacer tal cosa objetivamente procediste como contrarrevolucionario.

—¿Pero si la lucha armada fortalece la democracia "falaciosa"?...

Pero en los hechos, en los hechos...

—Pero esos hechos en la práctica contribuyen a...

Caes en el maniqueísmo de que si objetivamente... Eso es lo que te decía: la acción contrarrevolucionaria exige la motivación plena y consciente. Si no, también yo te podría decir que el fracaso de 1905 contribuyó al fortalecimiento del zarismo y prolongó su agonía hasta 1917 objetivamente. Entonces, ¿Lenin y los dirigentes de 1905 fueron contrarrevolucionarios? Eso es un maniqueísmo.

—¿Y cuántos años crees entonces que faltan para la revolución en este país?

Eso es muy difícil de responder. Eso lo resuelve el futuro. Este es un país que ha banalizado la vida totalmente debido al sobreingreso petrolero. Ha colocado al país en manos de una ávida y patanesca clase media elevada.

—¿No sería esa la tesis de la malignidad del petróleo?

Del petróleo no, si fuera el petróleo sería otra cosa. Es que en el año 73 le cayó al país un chorro de billetes que no había conquistado, que no había luchado para conseguirlos, que fue un regalo. Y lo superficializó todo, lo falsificó. Entonces, el permanente regateo de la clase obrera y el inevitable conflicto social desapareció. Sobre la clase obrera cayó un paternalismo ejecutivo, aumento de sueldo por decreto, o un paternalismo legislativo, y sobre los estudiantes ni se diga: la única movilización estudiantil que se ha hecho de importancia en los últimos diez años ha sido por presupuesto. Una movilización, por cierto, oprobiosa, infamante, porque se hizo en una ciudad declarada cinco días antes en emergencia, con treinta y cuatro barrios aislados del centro, con mil seiscientos damnificados reales y cuatro mil potenciales. En una ciudad agobiada por sus problemas, entonces no se les ocurre otra cosa que salir a luchar para pagarle las prestaciones a Layrisse. Lo que faltó fue una pancarta de los masistas o miristas pidiéndole a los damnificados que se incorporaran a la lucha por el presupuesto. En eso la universidad es un fiel reflejo del país.

Fíjate que el único servicio nacional bien organizado es el "cinco y seis". Esos señores escrutan, clasifican y ordenan dos millones de cuadros, desde San Fernando de Atabapo hasta Güigüe. Mejor organizados que el Seguro Social, mejor que la recluta. El país en ese sentido es muy coherente. Es un "lego" bien armado. Esto es una hacienda con ciento cincuenta mil dueños, los oficiales del ejército, los ejecutivos de altos ingresos, etc., los cuales además proceden como tales.

Nuestra izquierda no está derrotada: hoy tiene más poder que nunca

—Cuando tú dices, Alfredo, que el país ahora es diáfano, que se sabe lo que va a pasar, sin sorpresas; un país con esos rasgos de superficialidad que tú atribuyes al sobreingreso petrolero, ¿no te parece que más bien la raíz de esa situación actual podría estar dada por la derrota de las izquierdas?

¿Derrota? ¿Las izquierdas están derrotadas? ¿Derrotadas y participan perfectamente bien de la bonanza nacional? Yo no las veo derrotadas. Unas izquierdas que tienen una cuota de poder extraordinario en las universidades, en la cultura, que tiene una bancada parlamentaria, la más cómoda en su historia, y no solo la más cómoda y grande de su historia, sino una bancada sin brillo, apática, que compite en su apatía con el ejecutivo, ¿están derrotadas? Porque si el gobierno es un fracaso, ¿la oposición también? Pero nadie les reclama, nadie les reprocha y han nulificado al movimiento estudiantil y nadie les pasa el recibo. Acaban ahora de participar en una especie de reparto por consenso de los cargos de la CTV y nadie se los reclama. Yo no las veo derrotadas: las veo gozando un mundo, las veo felices. Derrota la de la izquierda en Argentina, en Bolivia, en Chile. Esas sí son graves derrotas. Por qué yo no veo por qué se va a sentir derrotado un parlamentario con seis mil bolívares de dieta, cuya relación con los electores es tan escasamente democrática que estos no le pueden ni siquiera reclamar la banalidad de su ejercicio.

Lo que sí es que se han degradado, que es otra cosa. Es una izquierda degenerada, pero no derrotada. La izquierda tiene ahora mucho más poder del que tuvo en su mejor hora. Y lo tiene sin pelear. ¿Tú ves entonces que estén derrotadas?

La de los años sesenta fue una derrota de las izquierdas

—Yo no me refería a eso. Pensaba más bien en que esa situación, incluso de bonanza de la izquierda actual en este país, es el producto

de la conciliación, del acuerdo a que se llegó una vez que se produce la derrota de los años sesenta y…

Ah, tú te refieres a la derrota que ya no lo es, a la derrota que pasó. No, pero aquí los vencedores supieron saldar bien las cosas. Y yo no creo que la causa de la banalización de la vida nacional, incluyendo la vida política, tenga su origen en mayor medida en la derrota de los años sesenta que en el sobreingreso petrolero. Desde luego, en los años sesenta se creó todo un estado de frustración, etc., pero más que la derrota lo importante es señalar que fue una derrota de la izquierda, y solo de la izquierda, que no afectó a grandes masas populares. Porque el período de la llamada lucha armada, salvo ocasiones muy estelares, no tuvo resonancia de masas muy grande. No es la derrota del 58. La enorme frustración de entonces sí evidencia una derrota popular. Esa sí fue una derrota grande. La del sesenta fue una derrota mucho más refinada. Una derrota de la izquierda, y casi de la izquierda partidista.

Este es un país sin perspectivas de ninguna especie

—Alfredo, en medio de todo ese panorama que describes, parece procedente una interrogante: ¿cuáles son las perspectivas de la revolución venezolana?

Ahorita: menguadas, difíciles. Muy difíciles. Hay que devolver la política venezolana a la fluidez perdida, hay que romper este condominio de adecos y copeyanos sobre el país, movilizando a quien haya que movilizar, convocando a quien haya que convocar. Y si no hay fuerzas propias para lograrlo, hay que confiar en el concurso de las fuerzas ajenas, como sea. No puede seguir la política en esa noria maldita, en que nada pasa ni puede pasar. Este es un país sin perspectivas de ninguna especie. Es muy difícil si no se crea una fuerza. Yo a la izquierda lo único que le pido (aunque lo ideal fuera que contribuyera a crearla) es que por lo menos no estorbe ese surgimiento. Que surja una fuerza que, galvanizando la frustración de este país, de este pueblo, pueda romper ese condominio adeco-copeyano. Si tal cosa no ocurre, las perspectivas de

una "mexicanización" de Venezuela son más ciertas que las perspectivas de un encrespamiento nacional, de una revitalización nacional.

Los dirigentes del MAS son corderos disfrazados de lobos*

Para el dirigente de Causa R, el MAS solo se dedica a dar tedeums para celebrar sus victorias y el Frente es una estrategia política para conquistar el centro, no para unificar a la izquierda.

Con la habilidad para encontrar la frase sarcástica, el aspecto de un pacífico comerciante de ultramarinos, en una calle vecina a la Hermandad Gallega y en una casa —la Casa del Agua Mansa— que se sostiene de milagro, Alfredo Maneiro responde las preguntas, según el estilo que le ha ganado tantos amigos y enemigos. Así, sobre el MAS dice que "ya organiza tedeums para celebrar sus pequeñas victorias locales", y de Teodoro Petkoff afirma que es un gran plagiador de frases históricas. Alfredo Maneiro es partidario del Frente que auspicia José Vicente Rangel.

El alma de ese frente es conquistar el centro del espectro político, no reagrupar únicamente a las fuerzas de la izquierda.

—¿Sería, pues, una maniobra inteligente contra la primera fuerza de la izquierda: el MAS?

No hay nada de oportunismo en el Frente. El Frente no responde a la impotencia de la izquierda, que ni separada ni unida amenaza el equilibrio que han impuesto AD y Copei. El MAS ya no es lo

* *Diario de Caracas*. 6 de abril de 1980.

que era en sus principios: un grupo de jóvenes con imaginación y creatividad. Ahora se han reducido a inventar frasecitas sin significación, *slogans* vacíos que cubren su falta de actividad política real. El Frente sería también una opción para el mismo MAS, una posibilidad de salir del estancamiento político. A mí no me quita el sueño la actitud del MAS, porque la base de ese partido entenderá el mensaje del Frente.

El fenómeno del voto local aumentó la fuerza de la izquierda en las municipales. No se vota igual en una elección para un colegio profesional, un sindicato o un municipio, que en una elección nacional. Estas son verdades de Perogrullo. Por esto, el Frente no es una maniobra de la izquierda para forjar la unidad. El Frente es una concepción política basada en el centro. Por eso pudiera superar el estancamiento político actual, para lo que se necesita de las grandes figuras del centro, aceptándolas tal y como son. En la izquierda se elogia mucho en las conversaciones de café al tren blindado de Lenin, pero cuando se habla de pactar con Jóvito Villalba se reacciona con gazmoñería... La izquierda está estancada, ha llegado a un tope de crecimiento. En los tres lugares donde nació el MAS este partido ha sido derrotado: en la UCV, la AVP y Sidor. Yo diría que los dirigentes del MAS son corderos disfrazados de lobos, corderos cansados.

—¿No han pagado ese precio por crear un gran movimiento nacional?

¿Y lo han creado? Los ciento cuarenta concejales de la izquierda no hacen absolutamente nada, son un completo fracaso, un mito. Venezuela sigue siendo un país mediocre, con una izquierda a la altura del país. Seguimos como el día del descubrimiento, cubiertos con un guayuco, solo que ahora también tomamos whisky y algunos trabajan de funcionarios de Cadafe y el Imau.

En Venezuela se desprecia a los verdaderos productores. La prensa le ha dado cien veces más espacio a las peleas entre José Luis y Lila, que a la noticia de la agresión contra Andrés Velásquez, el presidente de Suttiss. Tampoco nadie menciona lo ocurrido en el sindicato de Venalum. Allí, la Causa R derrotó a una candidatura

de Acción Democrática y a otra de la izquierda unida —la sopa de letras tradicional—. Después, reeditándose procedimientos de los años 60, AD y Copei anularon esta elección e intervinieron al sindicato, con el pretexto de que no habían votado la mayoría de los trabajadores. Esto es una calumnia, porque 71 por ciento de los trabajadores sindicalizados sufragaron y, como se sabe, una de las grandes conquistas del movimiento obrero es la sindicalización libre. AD y Copei quisieran, aparentemente, implantar una sindicalización forzosa como han hecho en la UCV, el MIR y el MAS, obligando a todos los estudiantes a cotizar a favor de FCU. La democracia se convierte así en una burla. En Venezuela hay solo dos minutos al año de democracia real: el tiempo que se toma cada venezolano en sellar su tarjeta electoral.

—¿Usted cree en esos dos minutos de democracia?

Sí, yo no imagino a ninguna democracia sin representatividad, sin algún tipo de representatividad. La democracia directa en la sociedad moderna es un mito. En el socialismo real no hay ni siquiera esos dos minutos de democracia. En los países occidentales solo hay esos dos minutos...

—¿Y qué ha hecho la Causa R para justificar su existencia? ¿Dónde está la labor de ustedes?

Pues basta ir a Catia, a los principales sindicatos del país, basta visitar esta misma Casa del Agua Mansa. Nosotros hemos hecho demasiado para estar cercados, aislados y bloqueados. En este país, donde se ha perdido la combatividad, donde ha desaparecido el espíritu de protesta de otras épocas y la gente soporta el desastre de los servicios públicos, nosotros representamos una voz de protesta; nosotros no nos hemos doblegado ni hemos perdido nuestra imaginación... Yo sí preguntaría... ¿Qué hace la bancada de la izquierda en Venezuela? ¿A qué se dedica? El mayor fracaso de la política venezolana es su oposición de izquierda.

Entrevista a Alfredo Maneiro publicada en la revista *Resumen**

—El poder sindical real en la zona del hierro, ¿en manos de quién está?

Depende, si por poder sindical real llamamos la capacidad real de movilizar las masas obreras, está en manos, entre otros, de nosotros. Nosotros somos la Causa R. Si el poder sindical real se llama la representación formal del movimiento obrero, está en manos nuestras en el sindicato más importante del país y de la zona que, es Sutis, dirigido por Andrés Velásquez y por Tello Benítez; mis compañeros de partido. Pero en el resto de los sindicatos está en manos de las fuerzas que controla la CTV, y está en manos de ella no solo por la vía sindical ordinaria de la obtención del poder por los votos, sino también por la vía extraordinaria de irrespetar los comicios, irrespetar la democracia sindical, intervenir al sindicato. Tal es el caso de Sutralum, el sindicato de aluminio, donde en una oportunidad empatamos con Acción Democrática, una cosa insólita; unas elecciones, en una segunda oportunidad para romper el empate le ganamos a Acción Democrática, y la respuesta de la fuerza que dirige la CTV ha sido la intervención antidemocrática del sindicato.

* *Resumen* N° 361. 5 de octubre de 1980.

Hay una comisión interventora que sustituye a la directiva electa en la ocasión anterior.

—Esa dualidad que parece existir o que existe sin duda alguna entre el poder sindical burocratizado, formal y el poder sindical real, que es el que verdaderamente representa los intereses de los obreros, ¿acaso no sería el presagio, o cuando menos el indicador o el síntoma, de que la clase obrera venezolana se ha podido marginar de la corrupción general, del abotagamiento general del país por los excesos de los ingresos petroleros?

En general no es ese el caso. Ojalá lo fuera. Esa dicotomía existe realmente en Guayana y en algunos sectores del movimiento obrero, y es interesante señalarla porque no solamente es una dicotomía real, sino una dicotomía excepcional. Por ejemplo: nada en el movimiento estudiantil ha permitido sustraer este movimiento al efecto paralizante de las estructuras burocratizadas de la FCU. Nada en el movimiento popular ha podido sustraer este movimiento a las estructuras envilecedoras de los Concejos Municipales. En cambio, en el movimiento obrero algo distinto a lo que las fuerzas que dirige la CTV quieren y han logrado, existe por ejemplo en Guayana y germinalmente en otras partes del país como la región Centro-Occidental; algo hay allí. No podemos decir –ojalá pudiéramos hacerlo– que la clase obrera se ha sustraído a la descomposición general marcada por el sobreingreso fiscal petrolero, pero se ha sustraído más que cualquier otra capa de la población, ha resistido más los embates desmoralizadores del dinero fácil que cualquier otra capa de la población. Incluso, ha tenido que concretarse un plan en el cual han coincidido gobierno y oposición, derechas e izquierdas, para disminuir la capacidad de la clase obrera de mantener limpio su nervio vital. Por ejemplo: cuando el sobreingreso petrolero fue administrado por Carlos Andrés Pérez, parte importante de ese sobreingreso fue destinado a disminuir la capacidad de regateo de la clase obrera y a subsidiar a la burocracia sindical, acostumbrando a la clase obrera a los aumentos por decreto no peleados; así como acostumbraron al país al goce de un ingreso petrolero no peleado, porque el ingreso petrolero de

Venezuela tiene una doble característica: por un lado, no es fruto del esfuerzo nacional, porque el petróleo es un don natural y, por otro lado, no es fruto de la lucha nacional porque el sobreprecio, que no es un don natural sino una relación social, fue regalado para nosotros por las luchas árabes.

Entonces, es cosa curiosa, tenemos un sobreingreso de un petróleo que debajo del suelo no lo pusimos nosotros, y tenemos un sobreingreso producto de una relación social de precio que nos dieron básicamente los árabes, porque a la Opep lo que hicimos fue fundarla. Después de su fundación, la dirección de la lucha de los países productores contra los países industrializados consumidores, que giran alrededor del precio y del volumen de la producción, ha estado en manos de los árabes; entonces este sobreingreso, que no ha sido ni el producto de nuestro trabajo físico ni el producto de nuestra lucha nacional, ha corrompido al país. Parte de ese sobreingreso se administró para corromper a la clase obrera, para acostumbrarla al aumento de salarios por decreto, para eternizar la burocracia sindical, para disminuir su capacidad de regateo, para hacer irracional su lucha por mejorar sus condiciones de vida y de trabajo, y para perpetuar un sindicalerismo lochero que viene de los años treinta; un sindicalismo que en el mejor de los casos es una gestoría que te beneficia con un par de botas nuevas, te paguen media hora de tiempo viajando, te mejoren la comida del comedor de la empresa; un sindicalerismo que se contentó con gestionar la reivindicación menuda del obrero particular y la reivindicación menuda de la clase en general, la reivindicación puramente salarial.

En Guayana un nuevo sindicalismo ha nacido. Se han levantado preocupaciones que antes no tenían ni los dirigentes ni los dirigidos, preocupaciones tales como, por ejemplo, la lucha por las condiciones de higiene y seguridad industrial. Una lucha, evidentemente, incluso, más importante que la lucha salarial, la lucha por las condiciones de higiene y seguridad industrial en una empresa donde dieciséis mil venezolanos están trabajando a más decibeles de lo que permiten las normas mundiales de la OMS; dieciséis mil venezolanos que están trabajando por encima de los máximos de

calor que tolera la OMS, en condiciones de sobreturnos, en condiciones de jornadas de larga duración que están por debajo, no solo de lo que Sidor podría asegurarle a sus trabajadores, sino por debajo de lo conquistado por los trabajadores suderúrgicos del mundo entero, desde las siderúrgicas de Vizcaya hasta las de Alemania, y no solamente por debajo de lo conquistado por el mundo entero, sino por debajo de lo conquistado por el mundo entero desde hace ya muchos años.

La clase obrera venezolana está luchando hoy por los horarios de trabajo y las condiciones de seguridad e higiene industrial que son moneda corriente en las relaciones de capital-trabajo en esta rama desde el año '37, una lucha que tiene casi cuarenta años de retraso. Un sindicalismo que pone el acento en la higiene y la seguridad industrial, en la democracia sindical. Nosotros conquistamos la directiva del sindicato de Sidor con una mayoría sin precedentes y arrasando con todos los adversarios electorales.

¿Qué hace cualquier organización política en Venezuela cuando obtiene un triunfo de esta clase? Ejercerlo con arrogancia, sin participación ajena, sin nada de eso. ¿Qué hicimos nosotros? A las dos semanas de conquistado el triunfo, forzamos la celebración de elecciones para delegados departamentales, creamos el consejo de delegados departamentales de Sidor, nos creamos a nosotros mismos una disciplina democrática exterior, organizamos a los obreros hasta el nivel de departamento, con un razonamiento tan sencillo como este: si para explotar tu trabajo, la patronal te organiza en cuadrilla, departamento y grupo de trabajo para defenderte frente a ella el comité ejecutivo del sindicato no basta, hay que ampliar su organización, hay que organizarse por departamento, por cuadrilla, etc.

Hemos dotado al movimiento obrero-siderúrgico o hemos propiciado que se dote a sí mismo de una estructura de dirección que ha ampliado el colectivo dirigente del sindicato, de 11 miembros del comité ejecutivo a más de 40 que tienen en la actualidad, incluyendo los delegados departamentales. Se han hecho cursos sobre higiene y seguridad industrial con el consejo de delegados

departamentales; es un curso insólito en Venezuela, un curso donde el objetivo del mismo fue desmitificar este tema, que las condiciones de higiene y seguridad industrial dejaran de ser propiedad exclusiva de los técnicos y médicos que manejan manómetros, medidores de ruido y de calor. Entregarle a cada delegado departamental, incluso, algunos de ellos recientemente alfabetizados, las normas para proteger su salud y la de sus compañeros.

Desmitificar este tema y, al mismo tiempo, entregar al consejo de delegados mecanismos democráticos de control de la directiva sindical, en el cual nosotros mandamos con mayoría fácil, cómoda. Nos hemos creado una disciplina exterior a nosotros mismos, hemos profundizado la democracia sindical porque creemos que en Venezuela, pese a que algunos de buena fe empiezan a suponer, en vista del desmadre nacional, que la única solución para este país es una dictadura ilustrada; pese a ello nosotros seriamente creemos que en Venezuela la única solución posible es ampliar y profundizar la democracia.

—Sin que esta pregunta implique ningún juicio de valor, se refiere estrictamente al hecho escueto de que el poder sindical o la burocracia sindical o la estructura sindical, llámesele como quiera, en el curso de los últimos años en Venezuela se ha convertido también en poder económico, con bancos, empresas, compañías de seguros propias. ¿Qué tiene usted que decir a esto?

En un sentido general, que el sindicato de cualquier parte del mundo emprenda empresas rentables, solo puede tener justificación en la medida en que la ganancia de esas empresas vayan a ser convertidas en fondos permanentes de huelgas o vayan a ser para atender iniciativas de mejoramiento de la calidad del movimiento obrero, tales y como cursillos, seminarios, escuelas permanentes, formación de cuadros del mismo o sacar un periódico sindical, por ejemplo. Lo curioso en Venezuela no es que se convierta en un poder económico, sino que este poder económico no aparece por ninguna parte ligado a los intereses ni inmediatos ni históricos de la clase. Entonces, no es condenable en sí mismo que intenten, por ejemplo, más ingresos para la estructura sindical que la que dan las

cuotas de sus miembros; pero el problema no es tanto que intenten esos ingresos, sino cómo los gastan, y lo triste en Venezuela es que una lectura adecuada de la propaganda del Banco de los Trabajadores, y de acuerdo con el destino de estos ingresos que no son fondos para huelgas y que no mejoran en absoluto la calidad del movimiento, nos va a hacer pensar a nosotros que si el BTV es algo más que un banco, la CTV es solo y nada más que un banco.

—Estamos en las vísperas de un congreso sindical que se va a realizar en la isla de Margarita y que por la pugna AD-Copei parece ser tormentoso. En todo caso, la mera apariencia de la celebración de un congreso sindical, la realización de elecciones, etc., indicaría que los procedimientos democráticos en el mundo sindical-obrero son respetados, y si esas estructuras humanas existen y persisten allí, es porque los obreros siguen eligiéndolas y, por lo tanto, porque parecen sentirse satisfechos con esa representación y con esa representativa. ¿Qué tiene usted que decir al respecto?

Si es un caso típico la diferencia entre lo que la apariencia permite suponer y lo que un examen atento y cercano a la realidad permite concluir, no sé, tal vez tendría que atacar la cosa por vía de ejemplo. Todo el mundo acepta que es un alegato, por lo menos, plausible de los negros norteamericanos, por ejemplo, cuando aducen que siendo un porcentaje determinado de la población del país, la representación negra en el Congreso de los Estados Unidos está por debajo del porcentaje que en la población tiene esa raza. Todo el mundo le acepta pertinencia al alegato de las feministas del mundo, cuando dicen que siendo la mitad del género humano no están representadas en igual o parecida proporción en los centros de decisión del género humano. Esta fuerza que se le concede a los alegatos del movimiento negro norteamericano o el feminismo mundial, ¿por qué no extenderlo a la crítica de nuestra sedicente democracia? Por ejemplo: dieciséis mil obreros siderúrgicos de Sidor no tienen representación en el comité ejecutivo de Fetrametal, el sindicato más importante del país no tiene a ninguno de sus miembros en las estructuras dirigentes de la CTV, ¿por qué? Algo pasa. Han creado tal cantidad de filtros intermedios, de tal

manera que se estructura la dirección sindical, que es prácticamente imposible pasar esa valla gigantesca de obstáculos que hay entre el movimiento obrero y sus dirigentes. La mediación es, hasta tal punto, tortuosa, ¡que en el camino se desenderezan las cargas!

—¿O sea que la relación de representante con representado es una enorme y grotesca mentira?

Sí, casi como la del Congreso de la República, sin llegar a esos extremos de majestad. Esa es la bomba de tiempo del "Sierra Nevada", los efectos del "Sierra Nevada" se van a sentir aquí dentro de treinta años. El "Sierra Nevada" comenzó siendo seguido por el cien por ciento de los venezolanos, y al final solamente diez o quince mantenían el seguimiento del caso. El "Sierra Nevada" reveló de pronto al país que la clase política venezolana está desnuda, la banalidad, la ignorancia y la cobardía de la clase política venezolana quedaron tan al descubierto, que sus efectos, su onda expansiva durará lustros completos. El problema del "Sierra Nevada" no fue el finiquito en votos del caso; el problema es que, ¡el Rey estaba desnudo y la población se dio cuenta! Y el efecto va a ser largo, lo mismo ocurre con la cuestión sindical y con todas las estructuras democráticas del país. A este respecto, quisiera terminar simplemente con una referencia, si se me permite el adjetivo, pedagógica: la izquierda, por ejemplo, a menudo cuando hace las críticas del llamado "mundo socialista", insiste siempre en separar el socialismo que ellos llaman "real" del "Socialismo ideal" que están en sus programas y que, desde luego, como todo el mundo sabe, es el único bueno. Entonces, la izquierda insiste, sí claro, ese es el "Socialismo real" que no funciona, "Socialismo ideal" aquel que funcionará si yo tomo el poder; es el que está en mi programa. Pero cuando hablan de la democracia nadie la adjetiva y, ¿por qué no hablar de la "Democracia real", o es que esta es la "Democracia ideal"? ¿Por qué no hablar de esta "Democracia real", por qué escudarse tras de la palabra de Lincoln y cuando le piden a alguien definición sobre la democracia, responder con más impostación de voz que profundidad en los términos, responder, que democracia es el gobierno del pueblo y para el pueblo, por qué escudarse tras de Lincoln, por qué

no terminar de comprender que en este país durante veinte años, y por los vientos que soplan, por veinte años más, democracia es simplemente el poder de los políticos?

Vean, si no, la grotesca situación municipal. Estoy seguro que con la anuencia de, al menos, la izquierda más sonora, vamos a perder la timidez, pero al fin y al cabo real conquista de las elecciones municipales separadas. Después de las recientes lluvias ha quedado clara la doble condición de Caracas: qué frágil y qué fuerte. Frágil por lo poco que hace falta para paralizarla y descomponerla, y fuerte, lamentablemente fuerte, por lo mucho que es capaz de soportar, por lo mucho que es capaz de aguantar.

Más allá de la izquierda es donde está la solución*

Alfredo Maneiro y la reivindicación del centro político

El dirigente de la organización política la Causa R hace un análisis de la situación del país para llegar a la conclusión de que se hace necesario un movimiento de emergencia nacional. Alfredo Maneiro habla de AD, Copei, la izquierda y el centro político del país.

A medida que se va exaltando, acelera el ritmo de sus frases: cuando más metido está en el tema es cuando más rápido habla, con la particularidad de que siempre mantiene la coherencia. Maneja el sentido del humor con el mismo dominio con que maneja ese tabaco que se consume durante la hora de conversación. Lanza acusaciones, cuestiona, hace pronósticos, analiza, recuerda, se defiende... Alfredo Maneiro tiene una respuesta para cada planteamiento.

Su nombre, como el de la organización política que dirige (La Causa R), ha tenido un repentino y reciente resurgir. Se le ha dedicado la portada de una revista nacional, ha sido invitado a programas televisivos, se menciona en columnas y comentarios políticos ... De pronto, pareciera que se está develando el meollo de esa Causa R, asociada a tantas cosas. Precisamente, esa es la intención de esta entrevista realizada una noche de papagayos en La Casa del Agua Mansa.

* *Diario de Caracas*. 29 de octubre de 1980.

La orfandad electoral

—A raíz de la polémica que se dio con relación a la existencia o no de un centro político en el país, hay quienes identifican a La Causa R precisamente con ese centro. Se presenta entonces una especie de contradicción con lo que, hasta ahora, se ha identificado a La Causa R: los tipos radicales, antitodo... Habría como un vuelco...

La discusión sobre el centro arriesga a convertirse en una discusión escolástica. Se discute si el centro existe y, aun, si existiendo presiona o no presiona. Los que han levantado la discusión sobre la existencia y la efectividad social y política del llamado centro son, sobre todo, algunos dirigentes del MAS. El hecho de que sean ellos los que adelantan la discusión hace que la cosa pierda todo interés y toda seriedad para nosotros. El MAS ha venido creando realidades políticas por decreto: durante diez años negó la existencia de la izquierda y, ahora, con el mismo capricho, niega la existencia del centro...

Con el cabello despeinado sobre su amplia frente, Maneiro fija la mirada y corta el tema del "centro" para reflexionar sobre algo que considera fundamental:

Acción Democrática ha perdido toda capacidad de transmitir un mensaje de significación a los venezolanos militantes de ese partido. El mensaje de AD es de un revanchismo de la peor especie: "Volverás a ser portero del MOP, volverás a ser chofer del MOP, volverás a ser ministro". Por otra parte, Copei—después de la inmaculada decepción que ha significado la elección de Luis Herrera—no levantará ya el entusiasmo que lo llevó al poder.

Concluye en que hay una "orfandad electoral" que abarcaría de un millón a dos millones de venezolanos. Es aquí cuando sentencia:

Si no surge una alternativa que los reentusiasme, hasta la fuerza de la inercia los hará escoger siempre el malo conocido. Porque el otro polo en discordia es una izquierda con una reducidísima capacidad de convocatoria, que su unidad no la aumenta en mucho.

Aquí, vuelve a hacer referencia al MAS. Recuerda aquel documento de ese partido en el que planteaba que el candidato propuesto por el MAS tendría prioridad en caso de unificarse las izquierdas...

Para seducir a la izquierda, el MAS utiliza un argumento muy curioso. Le dice: "Y todos aquellos que se dejen arrastrar por nosotros, recibirán beneficios políticos". Fue casi un acto fallido. El MAS sabe que esa izquierda unida alrededor de sus banderas lo más que puede lograr es aumentar algunas curules. El objetivo de aumentar las bancas de la izquierda no entusiasma más allá de los candidatos a ocupar esas curules.

El panorama que muestra Maneiro surge aterrador:

Un electorado en orfandad, una izquierda con incapacidad para movilizarlo, y la perspectiva terrible de que —si no surge una fuerza capaz de romper el condominio adeco copeyano— desde ya podemos saber el nombre del próximo presidente de la República que es Caldera; el de 1988 que es Carlos Andrés Pérez; el del 93 que es Eduardo Fernández...

—¿Y esa fuerza va a surgir de la nada?

No. De la nada no. Te estoy hablando de millones de hombres existentes.

El centro tiene un sentido

Maneiro insiste en la necesidad de rescatar al electorado huérfano de AD ("antes de que AD recupere su capacidad para el engaño") y al electorado decepcionado de Copei ("antes de que Copei recupere su capacidad para reentusiasmarlo"), y, además, perfilar una "solución distinta".

—Aunque usted no quiere hablar del centro, precisamente lo que acaba de señalar es el planteamiento con relación al centro...

Exacto. Ahí es donde el centro tiene un sentido. Los más radicales de la izquierda, cuando se refieren a una posición izquierdista frente al problema electoral, hablan de que esta posición tiene que estar signada por una amplitud suficiente. Dicen que va más allá de la izquierda. ¿Qué quiere decir esto? Que es más allá de la izquierda

donde está la solución, donde están las fuerzas movilizables para romper el aterrador futuro de un país que tiene cinco lustros marcados con nombre y apellido...

—Teodoro Petkoff ha señalado absolutamente lo contrario de usted. Dice que esa bipolaridad de AD y Copei tiene ahora una especie de grieta donde la izquierda juega un papel muy importante, como izquierda...

Teodoro sustituye al país por la izquierda, a la izquierda por el MAS, al MAS por el teodorismo, y al teodorismo por él. Es una cadena fatal. El argumento de Teodoro es una forma delirante de promover su candidatura como solución. Teodoro no dice lo contrario de lo que digo yo. La cosa es más grave: dice lo contrario de lo que durante diez años estuvo diciendo. Porque durante diez años Teodoro le hizo un proceso a la izquierda. Se erigió en fiscal de la misma izquierda a la que hoy asigna posibilidades mágicas...

—Se le señala que La Causa R ha sido siempre calificada de antimasista. Él lo niega:

Se refieren al antimasismo, como si fuera una conducta sistemática y hepática. Nosotros tenemos con el MAS la misma relación de profunda crítica que la que tenemos con el resto de los partidos. Hemos tratado que las diferencias con el MAS se enmarquen dentro de una política civilizada que ayude a ese partido.

Como ejemplo, recuerda cuando...

Teodoro le impuso a la organización masista obrera de Guayana, como candidato sindical, a José Barrios. Hasta con caricaturas le advertimos al MAS que no promoviera a ese infiltrado. Y tuvimos muy escaso éxito. Lo promovieron. Pero, sin decirlo, el MAS lo tuvo que agradecer a los dos años, expulsando a José Barrios de sus filas.

—Dentro de todo este panorama que ha pintado, usted ha hablado de la izquierda en general. ¿Cuál es el papel que juegan, en esa posibilidad de alternativa, los otros partidos de izquierda?

Importantísimo. Yo creo que hay que rendirle un homenaje a la mesurada y prudente actitud del MEP, que es tanto más destacable cuando se hace con ese *backgkround* delirante que Teodoro quiere imponer en la calificación de los procesos actuales. El problema no

es contrastar un gesto con otro gesto, una capacidad por la diatriba con una capacidad para la respuesta. El problema es contrastar el discurso con los hechos evidentes de que AD tiene disminuida su capacidad de entusiasmar a la población no adeca, de que Copei es muy difícil que relevante el entusiasmo y de que la izquierda no ha recuperado la capacidad que tenía en el año 1958.

Una alternativa de emergencia

Maneiro explica que su organización trata de evitar que el MAS acepte las posibilidades de recuperación del maltrecho cuerpo de la izquierda venezolana y, que sí acepte la posibilidad de desarrollo de un movimiento nacional que es un movimiento de emergencia nacional. Soluciones de emergencia de un gran frente nacional".

—Precisamente, eso es lo que propone José Vicente Rangel...

Todo lo que se puede colocar legítimamente bajo la categoría de proyecto, José Vicente cuenta con nuestra expectativa esperanzada. Sí. Queremos alentar cualquier solución.

—Según lo que usted ha planteado hasta ahora, se puede decir que La Causa R, por un lado, reivindica al centro; por otro lado, se diferencia de la izquierda; y por último, apoya o está a la expectativa ante un proyecto de alternativa como lo plantea José Vicente Rangel...

Todo es correcto, menos la segunda afirmación. La Causa R no se diferencia de la izquierda. La Causa R se diferencia del izquierdismo. Hoy, el izquierdismo no es reivindicar la acción directa. Hoy, el izquierdismo es sobreestimar las posibilidades de la izquierda, subestimar la posibilidad de un país a la búsqueda de redentores y subestimar la descomposición de AD y Copei. La Causa R no es que se diferencia de la izquierda... Nos diferenciamos del vanguardismo, del snobismo, del gesto que sustituye al análisis; de la gritadera que sustituye a la palabra; de la arrogancia...

El profesor universitario —licenciado en Filosofía— considera que Carlos Andrés Pérez y Teodoro Petkoff han fabricado un esquema que, para él, es falso. Consiste en reducir el país a tres polos: AD, Copei y la izquierda marxista.

El interés básico de la izquierda debe ser descongelar la política nacional y montar otros actores en escena. Lo que está en discusión no es un problema clasista planteado en términos esquemáticos. No. Lo que está planteado es descongelar la política nacional. Y, la capacidad de la izquierda para descongelar la política nacional consiste en su capacidad para no estorbar e, incluso, promover un movimiento capaz de derrotar a AD y Copei.

Por último, en su análisis sobre el Parlamento venezolano, Alfredo Maneiro quiso hacer dos excepciones en cuanto a la no representatividad:

David Morales Bello que, sin duda alguna, representa a algún grupo revanchista y profundamente reaccionario que existe en nuestra sociedad. Y la otra excepción es José Vicente Rangel quien representa —desde el mismo momento en que ocurra el hecho— a cualquier madre venezolana cuyo hijo haya caído injustamente preso. La relación que hay entre el tema de los derechos humanos y José Vicente Rangel es innegable. También la relación que hay entre los intereses de la reacción y David Morales Bello.

ARTÍCULOS DE PRENSA Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS

El doctor Uslar y el subdesarrollo*

Una de las recientes conquistas de la conciencia popular venezolana es la extendida certidumbre de que vivimos en un país subdesarrollado y de que formamos parte del tercer mundo. La idea misma del subdesarrollo es relativamente vieja. Desde el libro de P. Barán sobre la economía política del crecimiento, hasta ahora, tanto el nombre como la realidad denotada han circulado sin dificultad en los medios intelectuales y universitarios. Pero la noción y el término mismo de subdesarrollo, confinado durante años a esos medios, permaneció como parte de la jerga de esos círculos, y paralelamente a su estudio en ellos otra mercancía falaciosa y paralizante se servía en los medios populares. En efecto, para las revistas especializadas, subdesarrollo; para el vocabulario general, "Venezuela Primero", "La autopista más cara del mundo". "El mejor cacao" etc. Las cosas han cambiado evidentemente. Es difícil que el patrioterismo sobreviva al ridículo propio y al impresionante y notorio despliegue tecnológico de ciertas partes del mundo. Y entonces, el subdesarrollo entró en las conversaciones diarias, se volvió tema de todo el mundo. Dicho de otra manera, el subdesarrollo (sus explicaciones, causas, implicaciones y remedios) entró en la lucha ideológica a escala social.

* Originalmente publicado en: *La causa R* N° 1. Mayo, 1973.

Todo lo anterior viene al caso por el artículo del Dr. Uslar Pietri en *El Nacional* del 11-03-73 (Palabras que paralizan). El Dr. Uslar es un intelectual serio, sin duda, franco y seguro de sí. En un país donde la indigencia en esas características y la pobreza polémica son dominantes; donde la defensa de posiciones se hace a menudo, ocultando los temas, desviando la atención y dejando a gacetilleros a lo Koesling, la tarea de mal plantearlos —véase al respecto la nota sobre la polémica electoral en este mismo número—, la actividad del Dr. Uslar es ciertamente notable. Ahora, el Dr. Uslar, en un artículo que seguramente influirá en la manera de abordar el asunto en este año electoral, pone en cuestión los términos e intenta una "edificante" receta para nuestro problema nacional. Veamos pues, qué dice el Dr. Uslar.

El subdesarrollo, término "paralizante" al que sería conveniente renunciar es, en definitiva, "una cuestión de estado de ánimo". Para ilustrar la influencia negativa del término (lo que el Dr. Uslar llama la carga de destino de la palabra), se refiere a la suerte de otros como "siervo, vasallo, villano, gleba o plebe" que, como "estigmas verbales", se usaron en otras épocas para aludir a realidades sociales, frente a las cuales "hubo necesidad de luchas prolongadas y de inmensos cambios históricos para que en la vieja Inglaterra"... el poder llegara a quedar... "básicamente"... en manos de los representantes de los anteriormente humillados. Desde nuestro punto de vista, resulta una verdadera lástima que el Dr. Uslar no haya escarbado más en esta analogía. Desde nuestro punto de vista, uno de los presupuestos indispensables para superar el subdesarrollo es, precisamente, investigar todo lo concienzudamente que se pueda, cómo lograron otros pueblos derrotar condiciones que "por largos siglos" les impidieron avanzar. En ese hueso hay que indispensablemente morder. ¿Cómo fueron esas luchas prolongadas? ¿Contra quién se realizaron? En otras palabras, ¿qué enseñanzas podemos los venezolanos (y los del Tercer Mundo) sacar de ellas? Por lo pronto, el Dr. Uslar reconoce que no fue ocultando a sí mismo su condición de villanos, cómo los que lo eran dejaron de serlo, todo lo contrario, el propio articulista nos enseña que "la proclamaban

orgullosamente". Y, por otra parte, pareciera que no es una pista segura suponer que las "luchas prolongadas" se invirtieron en el cambio del "estado de ánimo" de los que participaron en ellas. Claro que supone un cambio en el estado de ánimo el paso masivo de la resignación a la lucha, pero sospechamos que no es precisamente a esto a lo que se refiere el Dr. Uslar.

Insistiendo en la búsqueda de paradigmas para la Venezuela actual, el Dr. Uslar recuerda a la generación libertadora. Después de asentar que "en el mero hecho de repetir que se es un país subdesarrollado hay implícita la aceptación de una especie de fatalidad". Agrega: "no pensaban así" (los libertadores) (...) (en su obra escrita) "no es fácil encontrar un credo pesimista, ni una pasiva adhesión a una situación de sometida y complaciente inferioridad". Pues bien, con la afirmación inicial estamos decididamente de acuerdo. Pensamos que en el adjetivo "mero" está la clave de su justeza. Es decir, no basta constatar el subdesarrollo, no basta ejemplificarlo, ilustrarlo, interpretarlo. Eso está bien, pero no basta. Describir la realidad sin subterfugios y hacer "meramente" eso es, desde luego, aceptarla. Hacerlo y agregar esfuerzo en el desarrollo de las energías que la liquiden es justamente conjurar el espíritu de los libertadores, de los ingleses del siglo xviii... y de otros. Pedimos excusas a los que la afirmación del Dr. Uslar pueda sonar panfletaria. Pero se nos ocurre además que una versión usual del "mero hecho de repetir" es precisamente la curiosa manía de enfrentar a las denuncias sobre la evidente descomposición de la sociedad venezolana, con reiteradas e interesadamente fatalistas indicaciones acerca de que así es en todas partes del mundo: la crisis de la educación, el desempleo, la delincuencia, la inmoralidad administrativa. ¿Qué se puede hacer?, ¿es que no ven que son realidades mundiales?

Lo que sigue en el párrafo citado es un poco complicado. Ciertamente resulta un equilibrio difícil la combinación del pesimismo y del optimismo revolucionario. De hecho, la maduración de una conciencia revolucionaria tiene entre sus momentos claves la aparición de un acendrado pesimismo acerca de las bondades de la realidad, junto a un coincidente optimismo sobre la posibilidad

de transformarla. Más profundamente, este pesimismo está en el fondo del rechazo a las ilusiones reformistas. A esto hacía directa alusión el peruano Mariategui cuando hablaba del pesimismo de la realidad y del optimismo del ideal. Y, mucho menos sospechoso de "parálisis", Gramsci, en Italia, aludía al pesimismo de la realidad y al optimismo de la voluntad. Frase, por cierto, citada por el ultramoderno N. Chomsky en el "Séptimo Día", de *El Nacional,* del 10-02. Pero hay más. En las conspicuas figuras revolucionarias es dable encontrar una cierta carga "pesimista" de otra naturaleza. Se trata de la aguda visión acerca de las limitaciones de la acción transformadora. Hay en ellos, junto a un culto a las virtudes de la voluntad un reconocimiento "pesimista" de la finitud de las posibilidades. Parece que si por lo primero se diferencian de los ilusos reformistas, por esto último se distancian del puro utopismo. A riesgo de usar una calificación alegremente desdeñada por recientes "socialismos", diremos que este pesimismo es parte del carácter científico de la política revolucionaria. Por cierto, pesimismos de esta clase abundan en las ciencias naturales. ¿Sería acaso demasiado forzar las cosas, considerar una muestra ilustre de este pesimismo de la impotencia, de las condiciones objetivas, la admonición de Bolívar sobre el destino providencial que parecía asociaba a los Estados Unidos a la miseria nuestra y a la palabra libertad?

La frase final de la cita resume el fondo del asunto. No queda del todo claro por qué lo contrario de la negación del subdesarrollo y del Tercer Mundo, tiene que ser "una pasiva adhesión a una situación de sometida y complaciente inferioridad". ¿Por qué no oponerla a la activa lucha contra una situación real de inferioridad? Los ejemplos históricos de carácter social, aducidos por el Dr. Uslar, parecen indicar que una oposición de tal clase sería más significativa y pertinente.

Para terminar, dos observaciones. Primera: El Dr. Uslar continúa ilustrando su optimismo con el ejemplo del Br. Rafael Rangel, quien realizó "una labor increíble de investigación científica" (...) "casi solo, en un pequeño laboratorio, con irrisorias sumas de dinero". Excelente ejemplo de la realidad del subdesarrollo. Es un hecho

que lo que en los países desarrollados resulta plausible, en los nuestros deviene "increíble". Y sospechamos que Rafael Rangel no escogió la soledad ni se contentó con pequeños laboratorios e irrisorias sumas de dinero por vocación heroica. Más bien, suponemos que, a despecho de los niveles mundiales de la técnica, el heroísmo era la única salida que le dejaba un país científica y técnicamente y, "sobre todo", política y socialmente subdesarrollado.

Por último, el Dr. Uslar nos obliga a citarle un poco más largamente:

> Los hombres de su tiempo (del tiempo de Rafael Rangel. Es decir, hace unos 60 años. Nota de LA CAUSA) pensaban en el progreso. No es lo mismo que el desarrollo. Es cosa distinta sobre todo en su significación moral. El progreso lo pueden buscar todos. Es cuestión de vencer dificultades. Pero el desarrollo va inevitablemente acompañado de su sombra inseparable que es la noción del subdesarrollo.

He aquí el asunto. Una verdad mistificada: el desarrollo va acompañado inevitablemente de su sombra inseparable que es la "realidad" del subdesarrollo. Esta le da sentido y otras cosas más terrenales. Y una admonición realista: aspiremos al progreso, y (...) dejémosle el desarrollo a otros.

SOBRE CHILE*

Hoy, la sociedad parece haber retrocedido más allá de su punto de partida; en realidad, lo que ocurre es que tiene que empezar por crearse el punto de partida revolucionario, la situación, las relaciones, las condiciones, sin las cuales no adquiere un carácter serio la revolución moderna.
CARLOS MARX:

Puede ser que la dinámica de los acontecimientos dé lugar eventualmente a la creación de un partido revolucionario, un partido de la revolución.
SALVADOR ALLENDE
13 de marzo de 1971.

Debía ser una operación por sorpresa
GRAL. PINOCHET

Lo extraño, lo sorprendente, es que tuviera razón y que la condición previa del operativo resultara cabalmente satisfecha. En todo caso, el derrocamiento del gobierno de Unidad Popular parece haber sorprendido sobre todo a quienes tenían la responsabilidad

* Originalmente publicado en: *La causa R* N° 4. Dicimebre 1973.

del alerta supremo. Tres años de intensa lucha de clases, donde las organizaciones de izquierda parecen haber ocupado la mayoría de sus recursos en una cierta defensa del gobierno y no en el forjamiento del poder popular, permitieron el avance impune y a la descubierta de una contrarrevolución preventiva, sin otro disfraz para sus sangrientos designios que la ilusión de sus víctimas.

Evidentemente lo de Chile no fue un simple acto de fuerza. No fue un madrugonazo. Se trata, en cambio, de un proceso contrarrevolucionario que paseó toda su perspectiva por el arte de la insurgencia. Ahora pareciera que todo el arte político, tan laboriosamente investigado y ejemplificado por los revolucionarios, encontró insólitos y aprovechados usurpadores. Mientras la izquierda venezolana se solaza entre una acartonada discusión sobre vías y una ambigüedad oportunista, la burguesía chilena y norteamericana resolvieron el problema sin planteárselo: supieron valerse alternativamente (y hasta conjuntamente) de la legalidad y de la ilegalidad. Se apoyaron en el parlamento pero impulsaron la lucha clandestina. Realizaron o propiciaron huelgas legales o ilegales. Sabotajes y terrorismo junto a manifestaciones callejeras. Ollas y niples. Usaron el ejército regular y apoyaron la existencia y operaciones de grupos armados irregulares. Llegaron, en fin, hasta permitirse el lujo de un golpe de tanteo y ablandamiento: el Tacnazo.

La sedición trabajó con igual eficacia la opinión. Utilizaron al máximo, tanto fuera como dentro de Chile, abundantes recursos económicos, prensa, televisión, etc. El juego era simple pero efectivo: con una mano se saboteaba la economía, se estimulaba y hasta financiaba el mercado negro, mientras la otra mano dibujaba y divulgaba la imagen de un país desordenado y en crisis. En fin, un proceso maestro con una sola falla: no calcularon la autenticidad de Allende. Allende defendiendo "La Moneda", Allende arma en mano con los alzados, no entra en la lógica del golpe ni tampoco, por singular, tiene explicación en los términos de la política de la Unidad Popular. Es la muerte de Allende, cómo y por qué murió, la que da sentido y vigencia al allendismo. Es también su muerte la que hace nítida, rotunda e incuestionable la verdad de la profunda crueldad

de la revancha de la derecha. La muerte de Allende hace difícil, muy difícil la tarea de ocultar, diluir o negar los fusilamientos masivos, los bombardeos a los barrios obreros, el malsano furor homicida.

A diferencia del oportunismo que con su frívolo palabreo acerca de los procesos originales e innovadores, de nuevos métodos y vías de ensayo, de la utilización de caminos no trillados y alejados de dogmas, levanta de hecho la peligrosa e increíble soberbia de olvidar, adrede ignorar o simplemente no saber la experiencia histórica, incluyendo la más reciente y más reveladora de sus falacias, la derecha chilena acudió sin ambigüedades a sus propios precedentes mundiales. Allí donde cierta izquierda se niega a investigar y aprender, asistió la derecha a sintetizar sus fatídicas lecciones. Qué memoria tan ejercitada tendrán los actores cuando sus actos reproducen hasta el genocidio de Indonesia, pasando por matanzas como la de Badajoz cuando el alzamiento fascista en España, donde en un solo día fueron fusiladas mil doscientas personas en un mar de sangre que llegaba desde el atrio de la catedral hasta el centro de la Plaza de Toros. ¿Originalidad? ¿Vía chilena hacia el fascismo? Claro que sí. En Chile no hay afición taurina, en Chile lo que hay es fútbol y, desde luego, estadio de fútbol.

Pero ni el dolor, provocado por los sempiternos victimarios, doblega la irreflexión de los oportunistas. Porque resulta fastidioso pero, dado el nivel de la polémica de izquierda, es necesario reafirmar la indispensable comprensión de las realidades nacionales concretas. Lo que recibe nuestras sospechas es que con el cuento de las "peculiaridades nacionales" —peculiaridades que, por cierto, nunca terminan de describirse— resultan deliberadamente ocultadas y deformadas verdades universales.

Los últimos días del gobierno de la Unidad Popular y los primeros de la Junta Militar Fascista hicieron patente una trágica y dolorosa verdad: la clase obrera chilena se encontraba mortalmente aislada. Frente a un proletariado sólidamente organizado y protagonista central de la vida social chilena a lo largo de este siglo, se orquestó un frente reaccionario fuerte, audaz, desalmado. En condiciones de tensa lucha de clases solo la unidad de

propósitos, la firmeza política y la agudización ininterrumpida del proceso revolucionario pueden permitir a la clase obrera romper a su favor las vacilaciones de las capas medias. El aislamiento es, a la vez, álcese de la vanguardia popular. Al fin, condiciones revolucionarias que no se resolvían en poder revolucionario, pero que al mismo tiempo no se desgastaban con el ejercicio, por la burguesía, de la democracia burguesa. Elementos de vanguardia revolucionaria poco maduros para la circunstancia, y circunstancias demasiado maduras para que resultara efectiva la dirección política tradicional de la burguesía, mientras la vacilación de los llamados a decidir se disfrazaba de paciencia y de diálogo, vertía en desesperación. Y todo es el caldo de cultivo del fascismo.

Para los que cotidianamente mientan, comentan y descubren fascismo y, en general, para todos los interesados en el asunto, Chile nos lo presenta hoy, de cuerpo entero y bajo la forma de una contrarrevolución preventiva: iracundia de la pequeña burguesía, apelación a los sentimientos más atrasados de las capas más atrasadas de la población, compaña xenófoba, inquisición anticultural, sacralización de la autoridad, genocidio obrero y furor antimarxista, sometimiento despectivo incluso de la derecha política tradicional, y púdica arrogancia de la acción salvaje, desprecio de la opinión y oficialización de la mentira.

Es, desde luego, difícil hacer desde Venezuela el balance de la ilusión chilena. Limitados como estamos, queremos limitarnos a decir que hay una evidente relación entre las reiteradas declaraciones de los más conspicuos dirigentes de la Unidad Popular ("idiosincrasia del pueblo chileno", "peculiarísimo" y "legalismo" carácter de las Fuerzas Armadas) y el éxito de la sorpresa de la "Operación Jakarta". Finalmente, la ilusión pareció firmar su testamento con la incomprensible apelación a que los obreros, frente al golpe, ocuparan las fábricas. Después de todo, un ejército en marcha no es un *lock out* patronal ni un sabotaje gerencial de la producción.

Más fácil resulta comprender la ilusión, si recordamos el solidario coro que la alentó y acríticamente la ayudó, desde aquí (en el fondo, antes y ahora, la menos solidaria de las actitudes). Error o

irresponsabilidad, por ejemplo en las apreciaciones sobre los acontecimientos chilenos, el MAS —uno de los principales propagandistas de la "idiosincrasia", y "las peculiaridades"— no puede o no debe comenzar su documento oficial sobre Chile enrostrando a los "almirantes y generales" de haber jugado su "pantomima de lealtad y profesionalismo y apoliticismo". Porque los masistas participaron de esa "pantomima", como espectadores pasivos, sonrientes y divertidos con la experiencia chilena hasta sacarle la última gota en provecho de la campaña electoral.

Insistir en el error o en la irresponsabilidad es deslizarse peligrosamente por el tobogán del oportunismo. Y el oportunismo es lo que ha teñido la solidaridad partidista que desde nuestro país se ha mostrado por Chile.

Luego de excitar desde *Tribuna Popular* y *Punto* el culto a las ilusorias peculiaridades chilenas, la Nueva Fuerza y el MAS, cautivos de tanto electoralismo, revelaron en la Plaza San Jacinto (14 de septiembre acto por Chile convocado por la Nueva Fuerza) su identidad esencial: encendidos discursos donde la reflexión real era sustituida por la frase hueca con la segura confianza de que un auditorio cuidadosamente educado en la docilidad, no sería demasiado riguroso al oírlos. Desde el "todos los hierros" hasta la curiosa mezcla de profunda admonición ("una revolución no se hace con deseos… ni con ilusiones") e ingenua reincidencia ("Ojalá sea verdad que el general Prats viene con cinco divisiones"), pasando por los lirismos y velados llamados a la "solución" de la candidatura propia.

Pues bien, de esto se trata, no sabemos cuánto tiempo durará la regresión fascista en Chile —ya, por cierto, tildada de "pasajera", "circunstancial", "accidental"—, pero dure lo que sea, su fin definitivo dependerá de que la clase obrera y el pueblo de Chile logren ajustar su nueva gigantesca tarea con la crítica del alegre o plañidero, pero siempre irresponsable, oportunismo. La confianza en que esa tarea será cumplida cabalmente la desprendemos no solo de lo extraordinario de la experiencia reciente, sino también de que el examen de la fluida e intensa vida política de los últimos meses

permite descubrir sólidos elementos de tal crítica y de tal disposición a la consecuencia revolucionaria.

En América Latina retrocede a pasos agigantados el estímulo de una revolución frágil, surgida a lo largo de los últimos años de vida política continental. Desde los días del ruidoso fracaso del intento de calco de la Revolución cubana, hasta los actuales tiempos del socialismo fácil e indiscriminado, América toda sufre los estragos que la sutura socialdemócrata de las "originalidades" ha impuesto al movimiento obrero, para colocarlo a la cola de experiencias militares, nacionalistas, o para, irresponsablemente, obviar el paso ininterrumpido de la revolución política a la revolución social.

¿Era entonces necesario que el jefe de masas argentino pusiera las cosas en su sitio para percatarse de sus intenciones? ¿Habrá que esperar que los revolucionarios colombianos destiñan el socialismo de Rojas Pinilla? O, simplemente, que surja la ocurrencia de indagar qué quiere decir exactamente que las "coincidencias" con el menos contestario de los perezjimenismos, se deban a que el MAS y García Villasmil "colocan al hombre en el centro del desarrollo económico".

Brasil, Bolivia, Argentina y, con mayor precisión revolucionaria, Chile, serían un complejo de experiencias destinadas a amalgamar peripecias teóricas del oportunismo, si todo cuanto enseñan no aparece o no es traído a la superficie.

Finalmente, las sentencias que afirman a la fuerza social de turno (Peronismo, Rojaspinillismo, etc.) en nuestros países como la senda y la condición de la revolución tienen más de encandilamiento frívolo que de sana impaciencia revolucionaria.

Balance de las elecciones de diciembre*

Los resultados de diciembre hicieron dramáticamente evidente la verdadera estatura electoral de la izquierda. En muchas oportunidades dimos cuenta de que una política ilusoria y triunfalista iba a enfrentar, luego de diciembre, a los capitanes de la ilusión, al dilema de una valerosa rectificación del rumbo o a un despeñadero de progresivo envilecimiento. Pero se había llegado tan lejos en la elaboración y práctica de una política electoral, curiosamente ayuna de objetivos políticos, que la selección de la primera opción del dilema, forzosamente debía pasar por un proceso autocrítico y por reajustes organizativos de importancia. Lamentablemente no era seriamente abrigable la esperanza de que los partidos de izquierda se enfrentaran a la indispensable tarea del balance con espíritu autocrítico. A las fuerzas que en esos partidos (por su activismo y relación con las masas) podrían adelantar una tarea como esa les falta la cohesión necesaria, parecen no encontrarse expresadas a niveles de dirección (niveles que en esos partidos de apertura aparente y verticalismo real, son decisivos) y hay razones para creer que se encuentran apabullados por la grandilocuencia entrenada de los jefes, por la falta de información y también por

* Originalmente publicado en: *La Causa R.* N° 5. Abril, 1974.

los mecanismos de erizo, con los cuales estos partidos sustituyen la capacidad crítica por el espíritu de cuerpo.

Las dos agrupaciones sedicentemente socialistas (La Nueva Fuerza y el MAS) desarrollaron una campaña electoral en nombre del socialismo en abstracto. Se esforzaron por mantenerlo siempre en un elevadísimo nivel de abstracción, desdibujándole adrede rasgos conflictivos, conservándole a propósito en un estado de ambigüedad y vaguedad, con la secreta esperanza de hacerlo así más atractivo, más rentable electoralmente.

En realidad, los únicos rasgos que destacaron abundantemente del socialismo fueron precisamente los que este no tiene: su posibilidad inmediata (si podemos), su oportunidad electoral (venceremos) y su implementación orgánica (el socialismo debe gobernar y tiene con qué). De esta manera arriesgaron electoralmente una apuesta vana e irresponsable: no se trataba para estos socialistas de objetivos alcanzables durante esa campaña. Se trataba, en cambio, del socialismo mismo el que parecía estar en juego. "Los capitalistas están perdidos y no hallan qué hacer con el socialismo", *Tribuna Popular* del 07-11. "El socialismo no lo derrota nadie, porque la masa que decide, la juventud, está con el socialismo (...) los miles de explotados están con el socialismo y dentro de muy pronto estaremos en el socialismo", Freddy Muñoz, directivo del MAS el 11-07. "Yo no soy candidato a diputado porque yo seré presidente", Dr. Paz Galarraga.

Resultaba entonces de interés apreciar cómo iban los dirigentes de la izquierda a reparar los gastos del violento choque entre los resultados electorales y la política que presidió la campaña. Era necesario un notable esfuerzo para mantener la moral partidista en buen estado entre los militantes. Se trataba, además, de garantizar, acudiendo a no importa cuál malabarismo ideológico, la continuidad postelectoral de la política y de la dirección oportunista. Y, para nosotros, esto resultaba de interés porque estamos convencidos de que el desarrollo de la crítica, con o sin reacción polémica de los aludidos, forma un capítulo obligado en el desarrollo de una fuerza revolucionaria consecuente. Fuerza que resulta inimaginable sin una determinada tensión dirigida a ese propósito entre los revolucionarios que se encuentren dentro y fuera

de la Nueva Fuerza, dentro y fuera del MAS, y fuerza cuya significación social sería muy baja sin una reconsideración de las expectativas y una reconquista de la autoconfianza por parte de las masas de votantes por Acción Democrática y Copei.

Por otra parte, cualquiera que coteje nuestras apreciaciones de hoy con la conducta postelectoral que anunciábamos en el número cuatro de *La Causa R* no podrá menos que reconocer la consecuencia entre ambas. Examinemos pues, aun cuando brevemente, las opiniones de los más conspicuos teóricos de la izquierda, y adelantemos también una opinión de conjunto sobre las exigencias que la nueva situación plantea a los revolucionarios. Desde luego, estas opiniones van dirigidas no solo a quienes a través de La Causa R alientan el propósito de aumentar su solidez orgánica, su relación de compromiso con las masas populares y su significación política, sino también a los revolucionarios que, militantes o no, puedan estar interesados en las mismas.

La continuidad en el MAS: los nuevos pasos de la ilusión

Si de una cosa deben enorgullecerse los dirigentes del MAS es de su habilidad. Habilidad para sortear mediante la utilización de la retórica y de complicadísimos juegos de palabras, situaciones que sin esa manía para deformarlas resultarían bastante fáciles de entender. Esto es lo menos que se puede decir a la vista de las opiniones de uno de los más calificados representantes de esa izquierda. Nos referimos al artículo de Bayardo Sardi ("Los Nuevos pasos") publicado en *Punto en Domingo 27-01-74*.

Comienza Bayardo afirmando:

> Ahora entra el socialismo venezolano [¿cuál socialismo?] en un nuevo período de su historia. Es natural que nuestras reflexiones se encaminen a la recuperación de lo que hemos podido conquistar. Para marchar hacia delante contamos con el nuevo punto de partida ofrecido por el desenlace electoral.

¡¡Qué manera de soslayar el balance de la política electoral del MAS!! Debería resultar claro que ninguna reflexión por profunda que ella sea (o, en el caso de Bayardo, por profunda que ella pueda parecer que es) supera la situación ocasionada por el desenlace electoral. Lo que hoy se diga a la vista de los resultados solo es comparable con lo dicho y actuado antes del día de la votación. De lo contrario, se acepta la patraña que escoge antojosamente "puntos de partida" convenientes y arbitrarios sin la rigurosidad requerida en estos casos. Ocurre que el punto de partida del graciosamente llamado "socialismo venezolano" hay que remontarlo a los casi tres años de campaña electoral y no referirlo a los boletines del C.S.E. Sobre todo cuando más adelante, en un complicadísimo párrafo ("Nadie que sepa distinguir entre la vida política general y el episodio del nueve de diciembre, que es ante todo un momento de la primera, incapacitado además para reproducirla fielmente en lo que ella contiene de exigencias sociales profundas, de aspiraciones amordazadas o de conciencia libremente expuesta...") parece no atribuir importancia al "punto de partida", llamado ahora el "episodio del nueve de diciembre".

Es un truco muy viejo ese de que toda afirmación, para compeler a la clientela política a no discutirla, debe obligatoriamente acoplarse a un caprichoso sentido de la historia que ora llama a cualquier majadería "momento estelar", "punto de partida de nuevos períodos históricos", ora reduce acontecimientos a "episodios [...] incapacitados para...".

Para que sea verdad que "ahora entra el socialismo venezolano en un nuevo período de su historia" se necesita por lo menos demostrar que el socialismo en Venezuela existe o, que sea tan evidente que tal demostración resulte inútil. Si "socialismo venezolano" son los doscientos mil (200.000) votos del MAS, estos señores traicionan su propio programa. Pero suponiendo que Bayardo tenga razón, la única prueba presentada para hablar de "nuevo período" es su propia afirmación, como si la gente tuviera la obligación de fijarse en una palabra tan, digamos, contradictoria.

Lo que Bayardo ve detrás de la polarización

Dice Bayardo: "Si se piensa en la polarización en nada se desmerece nuestro esfuerzo, ni la posibilidad abierta para multiplicar el peso del MAS". "La polarización encierra una dinámica cercana [¿?] a la reducción electoral del hombre en votante". Y más adelante: "No tenemos la intención de explicarla (la polarización,) solo nos preocupa subrayar que en la lógica de la polarización las primeras víctimas fueron aquellas que pisaban el mismo terreno de los grandes". Ahora entendemos el porqué artificializar un punto de partida: claro, dado un peso electoral cualquiera, siempre se podrá concluir que en "el nuevo período de la historia" este peso es multiplicable. Profundísima conclusión.

"Si se piensa en la polarización" no desmerece el esfuerzo electoral del MAS. Pero, ¿es que se necesitaban los escrutinios para pensar en la polarización? ¿Es que acaso tiene algún merecimiento particular una política que con el "sí podemos" y el "venceremos" ocultaba la polarización creciente?

Bayardo no intenta explicar la polarización aunque, cosa curiosa, la defina como una "alteración violenta de posibilidades previas". La verdad es que tal definición, que a cualquier desprevenido lector de *Punto* puede hacerle creer que el 9 de diciembre hubo un golpe de Estado, resulta correspondiente con aquello de la "dinámica cercana a la reducción del hombre en votante". Hasta donde sabemos y después de hurgar en esa extraña frase en elecciones como estas, con o sin polarización, el "hombre" no se "acerca" sino que efectivamente se reduce a "votante". Después de todo, un candidato a senador no polarizado y sin duda inteligente como es Bayardo, a la hora de votar es un voto y nada más. Exactamente igual que cualquier lector.

Pero lo más interesante de todo es que a Bayardo "lo único que le preocupa subrayar" es "que en la lógica de la polarización las primeras víctimas fueron aquellas que pisaban el mismo terreno de los grandes". Imaginamos que "los grandes" son AD y Copei y que el "terreno" son las reglas de juego electoral que, por lo demás, fueron comunes a grandes y chiquitos, y que, entonces, lo que le preocupa

subrayar a Bayardo es, en el fondo, el descalabro electoral del MEP y del PCV sin pararle a los "grandes" y, para usar sus mismas palabras, "buscando tontamente consuelo en el mal de muchos".

Como puede darse cuenta el lector, por las citas que nos hemos visto obligados a hacer, no es una tarea grata, ni siquiera interesante, seguir paso a paso "los nuevos pasos" de Bayardo Sardi. Tal vez con lo dicho baste para ilustrar la peculiar manera con la cual algunos directivos de izquierda se enfrentan a la tarea de sintetizar la experiencia de la izquierda que dirigen. En todo caso, es necesario constatar que en esa manera Bayardo es tal vez el más representativo. Quizá solo Rigoberto Lanz (el del MIR) pueda comparársele.

De todas maneras, Bayardo titula su artículo "Los nuevos pasos" y el lector tiene derecho a exigir que se juzgue el esfuerzo teórico del directivo masista también en el terreno en el cual él coloca la especulación. Siempre se puede alegar que si bien no resultan muy felices a la hora de sintetizar la experiencia, y si para proclamarse socialistas no son muy consecuentes que digamos, la programación de su política para "el nuevo período de su historia" puede ser más clara. Hay derecho a pedir opinión sobre los "nuevos pasos" que propone Bayardo, sobre todo si se considera que Bayardo parece dirigirse en plan de consejero a toda la izquierda. Advirtamos primero que no es muy pródigo Bayardo en materia de programación. Apenas le dedica un párrafo, aunque este aparece como conclusión e idea clave. El párrafo es particularmente confuso y debe ser leído con cuidado. Dice Bayardo:

> La derecha está asistiendo a la confrontación con la doble ventaja de dirigir la sociedad y de dominar el modo como han transcurrido los choques por el poder. Tenemos que alterar su comodidad, evitemos el ciclo del derrotado que apenas se levanta nuevamente proclama su revancha en los mismos términos en que ya ha sido vencido.

He aquí una paladina declaración de que, en opinión de Bayardo, el MAS no debe volver a participar en elecciones. Si algún ciclo existe, incluso en la letra de la ley, es el ciclo electoral

quinquenal, y —según Bayardo— el MAS derrotado en estas elecciones debe evitar el ciclo. Es una réplica (sin nombrarlo) a Teodoro, quien recibió los escrutinios diciendo que en el 78 la polarización sería entre AD y el MAS. Es decir, que recibió la derrota proclamando su revancha en los mismos términos en que había sido vencido. De todas maneras, no exageremos conociendo la consecuencia de algunos directivos del MAS podemos asegurar que no solo este partido volverá a repetir en las elecciones, sino que, además, Bayardo volverá a ser candidato.

La continuidad en ruptura. Lo que trae Correo, Y... ¿Entonces?

Ahora bien, todo balance tiene sentido si obedece al análisis real de las posiciones sostenidas durante el proceso político. Pero los partidos de izquierda parecen despreciar esta necesidad, en cierta medida la garantía de una futura política acertada. En este orden de ideas parecen inscribirse los grupos de la otra izquierda, aquella que no postuló candidatos a presidentes, senadores y diputados, pero que al igual que su homónima levantó con sus consignas falsas esperanzas en muy reducidos sectores de la sociedad venezolana.

Examinemos, pues, algunas de estas posturas. Por ejemplo, la tendencia del voto nulo expresada en *Correo* y en *Y... ¿Entonces?*

Hablan de "un movimiento que se ha venido consolidando como fuerza política" y de unas "tesis que se han visto confirmadas en la realidad" (*Y... ¿Entonces?* N° 4); ante afirmaciones como estas solo nos queda preguntarnos: ¿Cuáles son los indicadores que prueban que la tesis del voto nulo ha sido confirmada por la realidad y que el movimiento que gira a su alrededor se ha venido consolidando? Confesamos que no conocemos y que no hemos podido descubrir tales indicadores. Lejos de ello nos parece que la situación induce a creer todo lo contrario. Francamente pensamos que una política no puede enraizarse si carga desde su nacimiento el peso de la irrealidad.

Por otra parte, las cabriolas de *Correo* son menos tajantes pero más incomprensibles:

> Quienes planteamos el voto nulo, sin pretender realizar una campaña electoral por él (sic), no fuimos derrotados en nuestra política concreta. Porque no pretendíamos derrotar a la burguesía en sus propias elecciones. Estamos derrotados si, en la medida en que todo el movimiento revolucionario lo está, en la medida en que las elecciones del 73 han sido un triunfo de la burguesía.

Entiéndalo quien pueda: estar derrotado y al mismo tiempo no estar derrotados, estar derrotados en la medida en que el movimiento revolucionario lo está y no estar derrotados porque no pretendían derrotar a la burguesía en sus propias elecciones. Estar derrotados en la medida en que las elecciones del 73 han sido un triunfo de la burguesía. La verdad es que el párrafo está concebido como para que no se observe mucho la ominosa y desmemoriada declaración de que estos partidarios del voto nulo no pretendieron realizar campaña electoral por él.

El balance de la abstención

Ruptura, bajo la firma de J. Saavedra ("La perspectiva postelectoral y el movimiento revolucionario". *Ruptura* No. 12), entre otros análisis de los resultados, anota: "Derrota del revisionismo-reformismo, cuyos votos sumados no alcanzan ni siquiera la mitad de los votos copeyanos". He aquí una muestra de ilusión electoral de quienes como plataforma principal de la política contemplan el rechazo implícito a todo tipo de elección. No está de más decir que como órgano de denuncia de los aspectos menos publicitados de la política venezolana, *Ruptura* cumple en general con tino.

Pero, hasta ahora no habíamos tenido conocimiento de que el "revisionismo-reformismo" podía ser derrotado por la burguesía en una elección. Esa corriente ideológica enemiga del movimiento obrero no debe subestimarse de esa manera.

La derrota del revisionismo-reformismo es posible solo mediante una tenaz y, a menudo, dura lucha ideológica. Aun

después de resuelto a favor de la revolución el problema del poder político, ese combate exigirá energías.

De todas maneras no está allí, sin embargo, lo que no nos resulta serio ni convincente en el artículo de *Ruptura,* sino en la coincidencia de afirmaciones difíciles de armonizar.

Afirmaciones y criterios como que "en Venezuela hay un incipiente auge que no termina de madurar", por factores que en nuestro país son, según *Ruptura,* "nacionales e internacionales que inclinan la relación de fuerzas en Venezuela favorablemente al campo del neocolonialismo", que ya son en sí mismos, digamos, temerarios, se hacen coincidir con la afirmación de que "el año 69 marca una reactivación de las luchas populares que lleva a las masas a la retoma de la iniciativa política".

Ciertamente, en los años inmediatamente anteriores a la campaña electoral ocurrió una activación de masas significativa y promisoria. En otro lugar nos hemos referido a la significación y a lo que permitía esperar ("esperar" ayudando, desde luego) esa activación. Pero supone una idea muy pobre de la política o una percepción falseada por el optimismo ilusorio, partir de esa activación para atribuirle a las masas la "iniciativa política" en esos años. Lo cierto es que esa activación se "resolvió" electoralmente en la polarización y, sobre todo, en la alta votación adeca. Todo lo contrario que pretendidas tomas de "iniciativa política", el movimiento careció y no logró producir expresiones políticas. Y el planteamiento electoral tampoco se las ofreció. El "proyecto" masista, que en el fondo no fue sino un intento fallido de expresar políticamente todo el descontento popular, no fue reconocido por el pueblo votante (y con razón) como su expresión. Sin salidas revolucionarias, sin expresiones revolucionarias en las políticas electorales, forzosamente la votación popular debía tender a adscribirse a las soluciones políticas viables de la situación. Y en ese terreno solo existían las opciones de la derecha y, sobre todo, la adeca.

Al referirse a la situación internacional es inconcebible sostener la realidad del supuesto auge, porque "el imperialismo norteamericano acentúa su dominación en América Latina, el golpe de Chile,

etc.". Pero ya francamente lírico resulta decir que estas condiciones enterraron "las ilusiones del reformismo-revisionismo de instaurar el socialismo por la vía parlamentaria".

Pero más que en afirmaciones como estas, es en un cuadro de cifras anexo al artículo donde J. Saavedra apoya sus apreciaciones. En el cuadro titulado "Las elecciones en cifras" establece tres categorías de votos; las del "sector reaccionario": 3.43l.150; las del "sector reformista-revisionista": 648.599 y las de "abstención y voto nulo": 524.622. Después de esta homogenización donde se deja sobreentendido que el sector abstención-voto nulo mide la participación revolucionaria, el autor, no contento aún, hace otra serie de sumas, que inflan escandalosamente los números del sector "abstención-voto nulo". La suma total de ese sector le llega a l.646.986 votos, siendo el sumando clave la inicial proyección de votantes que había hecho el C.S.E. J. Saavedra sabe seguramente que esa proyección siempre se presentó como estimado y nada más, y que nunca se pretendió (y que nunca nadie creyó) que fuera una cifra real. Manejar así las cifras no puede inducir a engaño sino a los lectores extranjeros, aquí es evidente que nadie toma como serios estos acomodos.

Además, no entra en la lógica política ni tampoco en las matemáticas sumar variables de diferente base, esto es exactamente como sumar huevos y lápices, para acomodar a su criterio el resultado electoral y, hasta cierto punto, ver una victoria donde no existe. Es una ilusión y justamente de aquellos que declaran no ilusionarse jamás con elecciones.

Finalmente...

Como la izquierda se niega sistemática y unánimemente a considerar analíticamente la situación postelectoral, despojándose de la mitología que carga sobre sí desde hace mucho tiempo y como, después de todo, esa situación postelectoral existe en los hechos, deseamos en beneficio de una discusión franca emitir algunas

opiniones dirigidas a quienes comparten el esfuerzo de la CAUSA R. Y también a quienes fuera o dentro de los partidos comparten con nosotros la idea de que las explicaciones dadas para perpetuar la ilusión y minimizar el descalabro del triunfalismo inconsistente, no resultan satisfactorias.

Ya antes de las elecciones decíamos (*La Causa R* N° 4):

> No se darán elecciones para decidir la estructura social; la propiedad de los medios de producción... Es de principio negarse a asignarle a no importa cuál proceso electoral, condiciones que no posee (...) En fin, dejando a un lado todo eso y las obligaciones demagógicas que impone el esquema ilusorio incluso al orador más serio, lo cierto es que las masas populares quieren un cambio favorable. Más aún, es evidente que la mayoría de ellas quieren un cambio radical, profundo y seguro, que no les entusiasma la conservación del actual estado de cosas. Y esto no solo es verdad para los que creen que ese cambio será el resultado de sellar la tarjeta del MAS, de la Nueva Fuerza o de la nulificación de su voto. Al contrario, también lo es para los obreros, campesinos y masas empobrecidas que votarán por Lorenzo Fernández o por Carlos Andrés Pérez. Este querer real de las amplias masas populares, de una sociedad diferente y favorable a sus intereses, es lo que explica la demagogia en Acción Democrática y en Copei. Si fueran otras las motivaciones de las masas adecas y copeyanas, tal demagogia sería innecesaria. El que tanta gente asocie su aspiración al cambio social, a su voto por AD o por Copei es indicador de una fuerte ilusión. El que a estas alturas tal ilusión esté tan extensa puede ser muy chocante, pero eso no le quita existencia.

Y, más adelante en el mismo artículo:

> Si alguien cree que votando de una determinada manera provocará por ello todo lo que la propaganda electoral de izquierda y de derecha le ha hecho ver que ocurrirá, que lo haga (...) ninguna lección puede sustituir con éxito a la que cada uno puede extraer

> de su propia experiencia. Pero la ilusión puede tener también un significado positivo y ese significado se revela en el desengaño (...) Nuestro papel será el de intentar comparar en la escala más amplia que podamos las ilusiones actuales con las realidades postelectorales. Cuando nadie de los que hoy las vocean quiera recordar las consignas electorales, el papel de los interesados en el desarrollo de la causa revolucionaria será el de recordarlas mucho e insistentemente. Hay quienes confían en la falta de memoria colectiva. Nosotros, en cambio, creemos que la mentira tiene las piernas cortas.

Cumplido por este número lo que permitía esperar de nosotros la edición anterior de *La Causa R*, veamos "ex-post" algo sobre las elecciones y sobre la nueva situación.

Un vistazo panorámico al mundo postelectoral no observa derrota alguna para el movimiento revolucionario. Ni siquiera por el lado contrario que saca la misma conclusión y habla de "derechización" del país cuando constata que AD y Copei obtuvieron más del 85% de los votos.

Pero esta falta de derrota lo es por la peor de las razones. De hecho, no hubo en las elecciones que duraron casi tres años, revolución en marcha. Por el contrario, el proceso estuvo signado por un prolongado letargo (que aún dura) de la movilización de masas y por un enorme retraso organizativo y político en el movimiento popular. Así mismo, los problemas de la vanguardia de la revolución —teórica y prácticamente— tuvieron un serio enemigo en la campaña electoral.

Porque no es producto del azar el hecho de que todas las fórmulas electorales estuvieran todo el tiempo desasistidas del calor de la lucha popular, y que las pocas iniciativas populares parecieron conjurar todo el cuadro político organizado para frenarlas o para maniobrar y ponerlas ¡a juro! al servicio de las candidaturas.

Aún es temprano para ver en profundidad lo que de "histórico" tienen los resultados electorales del 9 de diciembre. Pero es evidente que la gente sobrepasó en su disposición a votar los cálculos partidistas, desbordó los mecanismos previstos y hasta se

puede decir que "luchó" por votar en las condiciones del desorden imperante. Si no nos equivocamos al dar todo esto como "evidente", entonces se puede hablar de la aparición de un inesperado fenómeno que toca la esencia misma de la interpretación revolucionaria, de la situación del país y del estado actual del movimiento de masas: el rejuvenecimiento del sufragio.

Y si esto es así, el 9 de diciembre fue un elemento indicador de que nuestras tareas actuales no pueden verse con el lente de la creciente radicalización que incluimos hasta entonces. Porque mientras un prolongado letargo afecta la movilización y la autoconfianza popular y se mantienen casi invariables los retrasos en materia organizacional y política, adquieren un peso considerable la pasividad y la confianza en los mecanismos institucionales. Y en una época en que el oportunismo ha marcado con sus "luchas" por cuotas de poder en el parlamento, en el Inciba, en la Universidad y en donde pueda, la clase de resistencias que tendrá que vencer el activismo revolucionario se duplica.

Además, la ausencia de una oposición real y no solo "impugnadora", una oposición que luche en el terreno de la movilización de masas y se disponga a darle sentido político a las luchas reivindicativas de la clase obrera aumenta la soltura con que la burguesía y sus expresiones políticas resuelven lo que de conflictivo tenga que afrontar el gobierno.

Debía resultar innecesario, pero una simplificación exagerada de los temas políticos nos obliga a reiterar que para nosotros no está en cuestión la existencia y persistencia de una crisis estructural insoluble en los marcos capitalistas. Pero se trata de que esta crisis (mejor deberíamos decir esta condición social capitalista) se hace patente en ocasiones como una crisis a nivel institucional, como una crisis política. Y en ocasiones esconde su condición detrás de una estabilidad política que, si la referimos a la estructura social, la entendemos como aparente y relativa. Estas ocasiones, cuando sobrevienen inmediatamente después de los períodos

"críticos", adquieren la forma de una recuperación institucional. No es nuestra intención extendernos en esto y francamente lamentamos que la abundante simplicidad nos obligue a estas aclaraciones previas.

Se trata, pues, de que hasta el 9 de diciembre parece que los diferentes grupos de izquierda hacíamos una política basada en la creencia de que a los ojos de las masas, la democracia representativa se había desprestigiado hasta el punto de hacerla afuncional. Y ello podía obligar a corto plazo a las clases dominantes a aspirar a la continuidad de su poder sustituyendo los mecanismos democráticos. Desde otro punto de vista, esto quería decir que las instituciones resquebrajadas ya no merecían la confianza de las masas y que ellas adelantarían sus iniciativas sin "pararle" a los mecanismos institucionales. Después del 9 de diciembre mantener esa creencia es no solo extemporáneo, sino que conspira contra la posibilidad de acercar nuevamente períodos decisivos.

Tal vez algunos ejemplos puedan servir para explicarnos mejor. Digamos que en los años inmediatamente pasados, las movilizaciones de masas grandes y pequeñas tienen como signo el confiar exclusiva o mayormente en su propia fortaleza. Esta conciencia de, en última instancia, confiar la posibilidad de victoria solo a la magnitud y calidad del movimiento mismo, al margen de las instituciones y aún contra ellas, fue una característica de las luchas obreras, populares y estudiantiles. Era la época en que el activismo más significativo de las huelgas actuaba paralelo a los sindicatos, a menudo contra la institución sindical y con una marcada desconfianza a los arreglos obrero-patronales asociados a la dirigencia consagrada en los sindicatos. En el caso de los estudiantes era notable la inopia en la que sobrevivían los delegados estudiantiles, consejos y cogobiernos de todo tipo. Lo que queremos ahora decir es que esas virtudes del movimiento de masas están ahora por recuperarse. Y que el reconocimiento de su ausencia actual (en general) es la primera condición para una contribución seria a su recuperación.

Las relaciones entre estas apreciaciones y la conducta posible y necesaria de los revolucionarios resultan de imposible desarrollo

en esta ocasión y en los límites de este artículo. Otros materiales de esta misma edición (como por ejemplo, el dedicado al problema de transporte) abundan en la misma idea básica sobre las características de la situación actual y sobre lo que ella exige de nosotros.

Ante la situación nacional y el desconcierto de la izquierda*

Desde 1958 no se veía algo igual: Con exclusión de los exgobernantes de entonces y de ahora, una complacida, satisfecha y risueña unanimidad ilustra la reconciliación entusiasta del país político. Toda la unidad que ayer logró la constitucionalidad, hoy se repite conmovedoramente con el presupuesto. De la unidad en el espíritu del 23 de enero, a la unidad en los cuarenta y cinco mil millones. Sindicalistas y empresarios; nacionalizadores, socializadores, revertores, indemnizadores... y ejecutivos de la Creole, ejecutivos de la Shell, ejecutivos de la Mobil; mayorías y minorías parlamentarias; gobernadores y gobernados; policías y detenidos; cobradores y deudores; iletrados y funcionarios del Inciba: todo el país político unido y unánime funciona a coro, como para hacer obligatoria la aceptación de gran hora nacional para el momento que vivimos.

En cierto sentido, cada momento es una coyuntura. Pero este pareciera que lo es particularmente porque se espera que signe, por un prolongado período, la vida política y económica de los venezolanos. Sin embargo, ¿de dónde ha venido esta nueva circunstancia? ¿Cuándo y por qué comenzó esta aparente redefinición de los términos políticos? En fin, ¿qué es lo que pasa?

* Originalmente publicado en: *El Nacional*. Página D-8 del 02 de junio de 1974.

El origen del escandaloso asunto de las medidas extraordinarias

Cuando el entonces presidente de la república, Rafael Caldera, pronunció su optimista salutación del Año Nuevo, dijo que "gracias a la Providencia" en este quinquenio se contaría con recursos para liquidar definitivamente el subdesarrollo. Puede discutirse el pronóstico del expresidente. Pero lo que es indiscutible es que desde entonces se orientó hacia el "milagro" la explicación de las ejecutorias de AD.

Toda una conspiración, a veces sicológica, se ha orquestado para ocultar el origen de las medidas y para, con ello, enturbiar y confundir los problemas nacionales y sociales en juego:

> La existencia de un gobierno electo por una mayoría que lo ha provisto de solidez y de fuerza significativa, el consenso de todos los sectores de trabajadores y empresarios alrededor de la necesidad perentoria de resolver los problemas y de lograr nuestro desarrollo económico y social; y la voluntad espontánea motivada y convencida de realizar cuanto sea necesario para la conquista de estas metas, son algunas de las circunstancias que han colocado al país en la situación particularmente propicia para las transformaciones y realizaciones arriba aludidas.

Declara el doctor Delfino, presidente de Fedecámaras.

"El gobierno de Carlos Andrés Pérez parece haber comprendido la necesidad de reorientar el crecimiento del capitalismo venezolano", corea tímidamente el MAS. Resulta comprensible, entonces, que las agencias internacionales de noticias califiquen al gobierno de "sorpresivo e insólito", y que más de un materialista, exageradamente, hable del "milagro" adeco.

Por paradójico que resulte, fue más sobrio y estuvo más cerca de la verdad el mismo Carlos Andrés Pérez, cuando en su mensaje extraordinario hacía depender las posibilidades gubernamentales de una riqueza no producida por nuestro trabajo, de un don natural: el petróleo. Efectivamente, en parte, de eso se trata. "¿Voluntades espontáneas?" "¿Comprensiones?". No. Al comienzo no fue el verbo. Al comienzo fue el petróleo. Y más que el petróleo: el billete.

En efecto, el petróleo es un don natural y forma parte de una justa pedagogía nacional recordar que no es el resultado directo y meritorio del esfuerzo de los venezolanos; que su presencia bajo nuestro suelo no es el producto de nuestro trabajo. Pero petróleo ha habido siempre y también se extrajo durante los quinquenios anteriores. Sin embargo, es solo ahora cuando pueden apoyarse en él planes como los actuales. Luego hay que ampliar la pedagogía: el petróleo es un don natural, cierto; pero su precio es una relación social, es decir, su precio es un resultado de las relaciones entre los hombres y, más particularmente, de las relaciones entre los países productores, las compañías del cartel y los países consumidores.

Sin extendernos, se trata simplemente de destacar que, por un lado, parte de la bonanza fiscal ha sido y está siendo pagada por los pueblos del mundo, incluido el pueblo de las metrópolis y, por otro lado, que los sectores venezolanos más beneficiados por el nuevo precio no pueden exhibir ninguna participación ni honrosa ni pequeña en la lucha librada por establecerlo. No sabemos cómo han ocurrido estas cosas en los países árabes, pero en el nuestro es evidente el carácter misterioso y exclusivamente gubernamental de los asuntos petroleros de la nación.

Sin embargo, el señalamiento anterior no tiene solo el sentido de llamar la atención sobre el ocultamiento avieso de los orígenes de la política oficial. Tenemos, además, la intención de subrayar el carácter petrolero de nuestro problema nacional y, por ello mismo, insistir en la condición internacional de nuestra política. Para intereses internacionales bien definidos, Venezuela es y vale petróleo; pero, dados ciertos cambios mundiales, esta condición petrolera

puede devenir debilidad o fuerza nacional. Este es el verdadero sentido de la coyuntura.

¿Capitalismo vs. Capitalistas?

La abundancia fiscal es el trasfondo de las llamadas medidas económicas especiales, de los cálculos económicos privados y de los repentinos cambios en el lenguaje político. Desde este punto de vista, quisiéramos hacer las siguientes constataciones:

-Tal y como venía marchando el "mundo de los negocios", la entrada en escena de los nuevos y cuantiosos recursos arriesgaba un abultamiento de la evidencia de los "desarreglos" sociales hasta niveles de escándalo. Una situación tal sería de imprevisibles consecuencias, y a esta sociedad nada la conmueve más que la incertidumbre. A la luz de los ingresos, había que salvar el capitalismo de la voracidad de los capitalistas, y era demasiado notorio que los niveles "razonables" de ganancia alcanzaban, a menudo, proporciones de estafa. En nombre de los intereses supremos, había que regular la tasa de interés.

-Las condiciones generales eran propicias para intentar un acomodo de nuestra estructura a los nuevos ingresos. Acomodo, claro está, que la fortaleciera. Esas condiciones eran, básicamente, dos: la debilidad profunda del movimiento popular, sus reducidos niveles de organización y movilización; la merma de la conciencia de clase entre los obreros y, consecuencialmente, su reducida significación política; la lastimada confianza en sus propias fuerzas de importantísimos sectores de masas; en fin, todo un conjunto que, las más de las veces, inducía al escepticismo resignado o hacía fluctuar entre la ilusión y la desesperación. La otra condición era la refortalecida existencia de Acción Democrática. En efecto, en la nueva circunstancia, AD aparece como un partido particularmente dotado para funcionar como una carta de triunfo. Su experiencia administrativa, la veteranía reformista de un conjunto organizado de cuadros con las organizaciones de masas, su madurez y sabiduría en el conocimiento y trato con una izquierda a la cual le conocen

sobradamente su debilidad de principios, su inconsecuencia y su vanidad, en una palabra, su precio. Cosas como estas hacen de AD un partido (si de partidos se trata), insustituible para esta ocasión.

-Y el nudo de esta ocasión venía marcado por una cierta tendencia en el mundo de los negocios. Bienes raíces, préstamos hipotecarios, comercio y servicios, actividades de financiamiento: la tendencia al dinero fácil, a la rápida ganancia, a la inversión puramente especulativa. La tensión entre los diversos tipos de capitales podía seguir más o menos cordialmente, y librada a sí misma. Pero con la segura llegada de decenas de millares de millones de bolívares, las tensiones iban, por lo menos, a necesitar arbitraje. Esta necesidad es lo que le da sentido a la calificación de bonapartismo, para explicar la función general del gobierno: adquirir una cierta distancia de los sectores en pugna, y servir de mediador en la guerra por el reparto del inesperado botín.

-Esa función es necesaria, además, para hacer aceptable el financiamiento de las llamadas medidas populares —cuyo verdadero carácter es el de anticonflictivas—, temperar la avidez especulativa y sostener físicamente la notoria ineficacia de las inversiones industriales y agropecuarias. Claro que este arbitraje actúa distintamente en los diversos escalones del capital: hay un alto nivel donde las inversiones son manejadas por las mismas manos, y en el seno de la misma familia se toma la decisión de fortalecer y debilitar relativamente los diversos tipos de inversión; en tanto que a niveles más bajos la diferenciación es más neta y afecta a la figura misma del capitalista. Esto quiere decir que las llamadas reorientaciones de este capitalismo no están diseñadas para cobrar sus víctimas en el sector burgués más elevado.

-Una medida de tan unánime apoyo, como el aumento general de sueldos y salarios, es de tal manera cómplice —apoyada por la izquierda— que resultan oscurecidas importantes implicaciones. Por ejemplo, ni el gobierno por razones obvias, ni la izquierda ya neutralizada, destacaron la diferencia de tiempo ocurrida entre el anuncio de las llamadas medidas populares y su puesta legal en vigencia. El país no se enteró de que entre una y otra fechas

mediaron días suficientes para que los empresarios se adaptaran, por la vía del despido, a la anunciada variación de su estructura de costos. Este desfase entre el anuncio y la implantación legal difícilmente puede ser atribuido a descuido o improvisación. El aumento mismo concedido por decreto ejecutivo disminuye la capacidad de regateo de la clase obrera —capacidad particularmente exigida en un año en que se vencen millares de contratos colectivos— y, consecuencialmente, fortalece la autoridad de los sindicalistas reformistas, autoridad que exhiben orgullosos paseando, tomados de la mano, el primero de mayo. Por otra parte, el aumento concedido diluye a los obreros en la gran categoría de "consumidores" y aún así no alcanza la reconocida alza en el costo de la vida, burlando, además, la fundamental cuestión de la disminuida participación porcentual de los obreros en el producto de su trabajo.

-Igualmente oscurecidas resultan las implicaciones de las llamadas medidas de inversión y desarrollo. La abundancia fiscal es ya utilizada para financiar la reconsideración de la deuda agraria y, además, para asegurar generosos créditos empresariales de rápido trámite. Días antes del anuncio presidencial, el presidente del Banco Agrícola y Pecuario hablaba por televisión de treinta agencias del BAP intervenidas por oscuros manejos con los créditos. ¿Cómo queda eso, con este borrón y cuenta nueva? Impertinente pregunta en medio de tanta alegría. Definitivamente, las vacas —si llegan a engordar— no engordarán solas.

Pese a la retórica, de lo que se trata es de "realazos". Delio Amado León ilustró brillantemente la situación nacional cuando en su comentario de clausura del cuadrangular de Boxeo, celebrado recientemente, dijo: "ahora sí tendremos buenos boxeadores, porque habrá presupuesto".

-Sin embargo, no podemos dejar de señalar que resulta, por lo menos infantil, que alguna izquierda se refugie en la esperanza de la inflación frente a las medidas gubernamentales. Esta reiterada ilusión del Apocalipsis, que dará al traste con el sistema, debería

estar a estas alturas suficientemente desprestigiada. Demasiado a menudo las últimas oportunidades del capitalismo han pasado a ser después, en el balance, las penúltimas. Ningún fenómeno natural ni social podrá nunca sustituir la actividad de los revolucionarios, el desarrollo de la conciencia social y nacional, la organización y la movilización. En fin, la claridad de propósitos en el pueblo y la confianza de este en sus propias fuerzas.

Aumento de precios, compañías petroleras, gobierno nacional y nacionalización

Aún persiste la creencia, alimentada por el patriotismo retórico y por el antiimperialismo inconsecuente, de que en el aumento de los precios del petróleo y en la restricción de las áreas de explotación, los países productores ejercen su soberanía sobre las compañías petroleras. Por supuesto, tal lógica, al simplificar exageradamente los términos y las relaciones, desarma la causa nacional y convierte en incomprensibles declaraciones como las de Mr. Doph, presidente de la Creole:

> El año de 1973 fue de recuperación de ganancias de la Creole hacia niveles recientes, como resultado de mayores niveles de operación, mayores volúmenes de venta y mejorías de los precios. Estos factores positivos tuvieron el efecto de contrapesar de sobra, sustanciales aumentos en los impuestos venezolanos y gastos operacionales más altos. El ingreso neto de la Creole en 1973 fue de 218 millones de dólares en comparación con 109 millones en 1972.

Ciertamente el mundo ha cambiado. La lucha de los países del Tercer Mundo, ya para lo que nos interesa en este momento, las conquistas de la OPEP, el reacomodo imperialista a las nuevas realidades; reacomodo facilitado por la evidente defección soviética y el brusco estallido de la cuestión energética en las metrópolis, son elementos suficientes como para hacer incuestionable la variación.

Se trata pues, en esta ocasión, de llamar la atención sobre algunos elementos de la realidad internacional y concluir con el problema actual de nuestra soberanía, vale decir, con el interés patriótico más alto:

Parece clara una cierta complicación en la habitualmente considerada como identidad, entre las empresas petroleras y los intereses generales estratégicos de los Estados imperialistas más desarrollados. La maximización de los beneficios en las compañías del cartel puede no coincidir con las necesidades de garantía y control de los suministros petroleros para el conjunto de la sociedad imperialista. Esta complicación de la identidad es la que explica el rápido éxito del eufemismo que ha rebautizado esas sociedades como "países consumidores".

Parece igualmente clara la capacidad de las compañías petroleras para desplazar su condición de concesionarias del conjunto de la industria, hacia formas compartidas con la nacionalización. El control de la comercialización, la debilidad técnica y administrativa del Estado, la debilidad e inconsecuencia del llamado país político, lo que hace particularmente seducible por fórmulas mixtas y por consideraciones "realistas y pragmáticas", le dan una cierta flexibilidad a las compañías para adaptarse a los avances soberanos sin perder mucho ni la cara... ni el bolsillo. Ciertamente retroceden, pero lo hacen de una manera que no se parece a la "definitiva derrota" con que, a menudo, se describe la nacionalización.

Con lo anterior, sabemos que alguno de los que destacan su recién adquirida cordura, llamando locos a quienes se resisten a acompañarlos en sus piruetas, concluirá que estamos contra la nacionalización. Nada de eso. Estamos con y a favor de la nacionalización. Resulta importante que los millones que las Compañías transnacionales remiten al exterior se queden en el país. Y resulta, sin duda, igualmente importante que los problemas sociales venezolanos se planteen en condiciones en las cuales se hayan reducido a un mínimo las complicaciones internacionales. Pero, al mismo tiempo, nos negamos a aceptar el problema de la nacionalización

sin incluir en el mismo la forma de la nacionalización, su extensión y la condición del Estado venezolano como patrono.

Es curioso cómo se burla el problema de la nacionalización reduciéndolo a una cuestión de derecho. Se oculta la adaptabilidad de las compañías. Se oculta el carácter capitalista del Estado y, lo más significativo, se oculta el juego imperialista y la más importante, perentoria y real cuestión nacional. Veamos:

No deja de ser indicativo que cuando la izquierda —en períodos electorales, se entiende— saca las listas de millonarios y explotadores, nunca incluye al Estado entre ellos. En el colmo de la modernización, se refieren a la hipotética estatización de la industria petrolera como a una cuestión de distribución de la riqueza. Modernísimo y original enfoque... sacado directamente de la opinión de León XIII sobre el asunto, hace decenas de años. La antigüedad de la visión y la asunción de la óptica de la *Rerum Novarums* no representan, en general, más que el leve asunto moral de no agradecer el origen de la idea, y de presentarla como visión modernísima y antitradicional. Lo que sí no es un leve asunto moral es la desvergonzada desviación de la atención de las relaciones de producción a los términos de distribución. La maximización de los beneficios, la explotación de los obreros, las condiciones de trabajo, ¿en qué se diferencian en Sidor, de las mismas cosas en una empresa privada?

La misma curiosa suerte corren las impresionantes y modernísimas abstracciones de la izquierda, sobre el carácter de la sociedad venezolana. Han acuñado la frase "capitalismo dependiente" para caracterizar la sociedad venezolana y, sin duda, han logrado un éxito relativo en su divulgación. Sin embargo, los triunfos de la frase han ido acompañados del desgaste de su contenido revolucionario. Se habla de "capitalismo dependiente", pero hacen su política, hablan al pueblo y actúan como si Venezuela fuera una dependencia del capitalismo. Como si el capitalismo estuviese en otra parte y nuestro único problema fuese el de ser "dependientes". Se usa, como en este caso de la nacionalización, nuestra condición

* *Diario de Caracas*. 29 de octubre de 1980.

de dependientes para ocultar y oscurecer nuestra condición fundamental de país capitalista. No resulta extraño entonces, que el vocablo haya podido ser asimilado hasta por los sectores más retrógrados. No es asunto nuestro ahora, pero abundan los ejemplos que hacen flagrante la contradicción entre la política de la izquierda y sus esplendorosas formulaciones teóricas.

El imperialismo, el tercer mundo y Venezuela

Debemos considerar ahora el juego imperialista, y lo que hemos calificado de la más importante, perentoria y real cuestión nacional:

Uno de los rasgos más significativos de la actual situación internacional y, al mismo tiempo, uno sobre el cual poco se llama la atención, es lo que sin exagerar puede calificarse de conspiración imperialista para, en medio de sus luchas y —aunque parezca paradójico— apoyándose en ellas, intentar corromper y dividir al tercer mundo y congelar la lucha nacional y de clases a nivel mundial. Sabemos que esto puede sonar truculento, sobre todo para quienes en nombre de un sedicente realismo han terminado por declarar obsoletas hasta palabras (como imperialismo, por ejemplo) que aluden a incómodos principios. Pero, vista en conjunto, la idea de tal conspiración no es particularmente audaz.

En efecto, sabemos el papel corruptor que en el movimiento obrero de los países imperialistas jugó la distribución entre los trabajadores de esos lugares, de parte de las ganancias obtenidas en los nuestros. Esa distribución no fue ni pacífica ni generosa y, en cada caso, se presentaba como el resultado de luchas reivindicativas obreras. Pero el contenido político de las conquistas fue hasta tal punto controlado por la burguesía, que se rompió la relación entre las reivindicaciones obreras y los intereses históricos de la clase. De esta manera, no son pocos los casos en los cuales el movimiento obrero de las potencias resultó, en la práctica, ligado a la política de exacciones de la burguesía imperialista. Este especial acomodo de los intereses de los poderosos a las presiones reivindicativas es de enorme vigencia, y no debe ser olvidado.

El centro de gravedad: ¡reducción de la producción!

La lucha de la OPEP ha producido resultados y Venezuela ha sido beneficiada generosamente con ellos. Pero esos beneficios pueden adquirir la forma de una compensación por el mantenimiento de nuestra condición de país proveedor de petróleo, no en la medida en que lo exijan nuestros intereses nacionales, sino en aquella determinada por la infinita avidez de la metrópoli, correspondida, complementada y apoyada internamente por la condición igualmente insaciable de la alta burguesía criolla. Desde este punto de vista, cualquier forma nacionalizadora que no revise nuestra situación de suministradores de petróleo a la medida de las exigencias imperialistas no tiene por qué representar, en sí misma, la línea divisoria entre los intereses nacionales permanentes y la conducta antipatriótica. Se podría argüir en contra que, ejercida la nacionalización, sería más fácil controlar la producción. Tal argumento es no solo legalmente insuficiente, ya que en las condiciones legales actuales Venezuela puede controlarla, sino que, además, no consulta realidades más profundas.

Queremos decir que después de adaptar la estructura económica, social, política, cultural, etc., a la extraordinaria abundancia fiscal, va a resultar increíblemente difícil aplicar la soberanía en el terreno que realmente perfecciona su ejercicio: el del control de la producción.

Insistimos, en las condiciones sociales actuales es absolutamente imposible impedir el deterioro y, realmente, el efecto corrosivo de una abundancia fiscal que no está asociada directamente ni con el trabajo de los venezolanos, ni con las luchas (y consecuencialmente con la conciencia) de la nación.

Y no es solo una preocupación conservacionista lo que nos mueve, pues es mucho más lo que está en juego. No se trata ya, ni tanto ni únicamente, de lesionar la infeliz servidumbre al petróleo. Se trata de impedir una dependencia suicida, nacionalmente, de esta abundancia fiscal.

En las condiciones actuales esta es la divisoria. Este es el dilema nacional. Este, y no los banales dilemas con que los partidos de izquierda y derecha acostumbran racionalizar sus cabriolas políticas y sus repentinos y asombrosos cambios de perfil, constituye el verdadero problema: ¿Nos atreveremos los venezolanos, se atreverán los parlamentarios —sí o no— a reducir la producción petrolera? ¿Y en qué medida?

Como quiera que una disyuntiva de esta naturaleza, planteada entre tanto alborozo, puede tocar la escrupulosa fibra de algunos técnicos en planeamiento económico, queremos agregar que una significativa baja en el ritmo de producción no tiene por qué devenir crisis para el gasto público y/o en repercusiones negativas para el resto de la economía. Vamos a decirlo con palabras del doctor Juan Pablo Pérez Alfonzo, cuando el 29 de febrero de 1972 polemiza con el entonces ministro de Minas, Dr. Hugo Pérez La Salvia:

> Tres millones de producción representarían una reducción de 550.000 barriles por debajo de 1971, pero de 708.000 barriles por debajo de la producción de 1970. Pues bien, todavía una reducción mucho mayor, que mantuviera la producción para todo el año de 2.500.000 barriles diarios, algo que resultaría increíble, con todo representaría la reducción de los ingresos fiscales de los 500.000 *bid* de esa mayor reducción. La extraordinaria reducción de producción a 2.500.000 *bid* aun así produciría ingresos equiparables a los de 1970, cuando se sabe muy bien que el gasto público fue elevado. Por consiguiente, no puede haber duda alguna de que sin mayores trastornos se podría ajustar el gasto de 1972 a aquel nivel, y que ese ajuste constituiría un buen estímulo a la mayor productividad de la administración pública y un rendimiento más efectivo del dinero de los venezolanos.

Las cifras utilizadas por el Dr. Pérez Alfonzo lo fueron antes del actual *boom* de los precios. Pero la idea central que permitiría actualizarlas aparece claramente expresada, por el propio Pérez

Alfonzo, en la misma rueda de prensa: "El reto [de los ajustes de la producción] estimularía una posición mental diferente, que nos haga voltear la vista de la peligrosa alucinación creada por el dinero fácil del petróleo".

Nacionalismo de nacionalismos

Ya el doctor Hernández Grisanti reveló lo que está en juego y comprometió la colaboración de los venezolanos a su propio desastre. Dijo el doctor Hernández Grisanti:

> Lo que esencialmente interesa [a los países importadores], es el suministro, lo que les interesa es que el flujo de la corriente petrolera no se detenga, lo que les angustia es que en un momento dado todo su aparato productivo, toda la vida económica y social de esos países pueda sufrir una grave perturbación porque se detenga el flujo del petróleo.

En otras palabras, los Estados Unidos necesitan nuestro petróleo para planificar su futuro y Venezuela no puede faltar a la cita, aun al precio de renunciar a planificar el suyo. Agregó el doctor Hernández Grisanti: "Ningún cliente tradicional de Venezuela tiene por qué temer que en momento alguno el petróleo venezolano sea detenido por motivos políticos...". En otras palabras, el país que Bolívar llamó a luchar contra la naturaleza hasta hacerla obedecer, solo detendrá su petróleo por decisión natural: cuando se acabe.

Este es el dilema. Lo que está en juego es respaldar o rechazar el compromiso que, a nombre de Venezuela, tuvo a bien hacer el diputado Hernández Grisanti.

Por un proyecto de ley sobre reducción de la producción

Con lo que va dicho, debe resultar absolutamente clara cuál es nuestra posición, por ello a nadie puede asombrar que comprometamos nuestros modestos esfuerzos a reunir las opiniones y

voluntades necesarias para promover con el apoyo de veinte mil electores, es decir, apelando al ordinal quinto del Artículo 165 de la Constitución Nacional, un Proyecto de Ley que frente a la amenaza del indetenible deterioro de la imagen de la patria, y de acuerdo con los intereses permanentes de esta, reduzca drásticamente la producción petrolera.

Estamos absolutamente convencidos de que cuanto pueda hacerse en este sentido, debe ser hecho según las previsiones del Ordinal Quinto del Artículo 165 de la Constitución, y no de otra manera: la elaboración, divulgación y promoción de este asunto de vida o muerte para el país, forma, en sí misma, parte importante del propósito anunciado.

No nos gusta las frases solemnes ni los toques de clarín, pero no hallamos otra manera más sencilla de calificar este propósito, sino como una tarea de salvación nacional. Frente a esta tarea es evidente nuestra particular debilidad. Es por eso que esperamos el concurso de todos los que, creyéndola necesaria y hasta vital, le den la fuerza que la haga efectiva.

Alfredo Maneiro
Lucas Matheus
José Rosales
Arturo Pérez Mujica
Alberto Luque

La doma del intelectual es también la doma del pueblo*

El hecho de que se me incluya entre quienes se les solicitó opinión sobre la domesticación de la intelectualidad debe ser, en mi caso, doblemente agradecido. Sistemáticamente, nuestra opinión y la actividad correspondiente ha venido siendo ignorada por la gran prensa y, además, nuestra inclusión en la encuesta supongo que concede la categoría de "no domesticado". Agradezco entonces la oportunidad y la suposición. Sin embargo, formo parte de La Causa R, y desde ella se está animando un movimiento de reactivación de la abandonada y dispersa responsabilidad crítica de nuestra intelectualidad. Al tal movimiento le llamamos "del Agua Mansa", y recién esta misma semana está abriendo su casa en Caracas. Sigue, pues, que por la naturaleza del tema y del Agua Mansa, sea toda ella y no solo yo quien aproveche la invitación y produzca la respuesta. Pero antes, quiero dejar una breve nota sobre el debate mismo, tal y como viene en el suplemento de *Últimas Noticias*. Espero que ella abunde en el porqué es el Agua Mansa quien participa en él.

El simple planteo de la discusión por parte del "Suplemento Cultural" ya alcanza a trasponer los límites del esteticismo, la banalidad y hasta la ridiculez con los que domingo a domingo nos

* Suplemento Cultural. *Ultimas Noticias*. 10 de febrero de 1980.

aburren las páginas literarias de la prensa. Pero cuando el director, Nelson Luis Martínez, presenta la discusión, una cierta dificultad se asoma; cuando Nelson Luis Martínez afirma: "...solo una posición como la nuestra, auténtica y estrictamente liberal, puede ayudar a definir los límites de cada pensamiento..." y, más adelante, "Mucho de lo que se plantea en la polémica que hoy abrimos está en discrepancia con nuestro modo de concebir el mundo. Pero merece ser conocido y debatido por la comunidad, y es nuestra tarea lograr que se difunda con la mayor amplitud posible". ¿De quién se toma distancia? ¿Se trata de marcar una diferencia e, implícitamente, ejercer un justo reclamo frente a quienes esquivan su tarea y se dedican a lograr que se difunda con la menor amplitud posible aquello que merece ser conocido, o se trata de un alibi? Espero que no se tome como una malcriadez contra Nelson Luis Martínez o en contra de *Últimas Noticias,* diario que cordialmente nos invitó a participar en este debate, pero para el lector debe quedar claro que puede ser cierto —y seguramente lo es— que mucho de lo que se plantea en la polémica abierta por *Últimas Noticias* está en discrepancia con el modo de concebir el mundo de la Dirección de *Últimas Noticias*. Pero lo que es mucho más significativo y de mayor interés público es que la simple apertura de la polémica está en los hechos, en abierta discrepancia con la conducta de la mayoría de los grandes medios de comunicación.

Por otra parte, queremos hacer público que, con mucho, la más interesante y la más amena de las respuestas recogidas hasta ahora por la encuesta es la de Pedro Duno. La participación de Pedro nos expresa, de tal manera que solo tiene sentido que concurramos ahora nosotros, si es que hay alguna diferencia notable con lo que él dijo, o bien —y ese es exactamente el caso— con lo que dejó de decir. Las diferencias son dos. La primera, muy poco importante y sin mayor relevancia. Se trata de que cuando Pedro rellena su ingenioso y apropiado esquema de los "entes domesticadores", su lista no alcanzó a incluir entre los "entes" públicos, a la Universidad; entre los "entes" privados, a Pro-Venezuela; y entre los de naturaleza internacional, a los muy importantes y poderosos países del

Oriente Medio. Claro que esta omisión que subsanamos no tiene significación, y por lo demás, la lista de él es exacta y está adecuadamente descrita.

La otra diferencia, digamos, es más importante para nosotros. Desde hace cierto tiempo el asunto del compromiso —y por ello mismo de su domesticación— de los intelectuales venezolanos ha sido permanente objeto de nuestras publicaciones y esfuerzo político. La mayor, pero no la única fe de esta preocupación ha sido el número de nuestra revista *La Letra R,* dedicado al compromiso del intelectual. La nuestra ha sido además una aproximación práctica a la cuestión: ¿Cómo contribuir, en este país al que cualquier definición relativa a su descomposición resulta ya un lugar común, a la inscripción de la inteligencia en el lugar que le corresponde? Hasta aquí no creo que haya diferencia con Pedro. O, mejor, con la respuesta de Pedro a la encuesta. Pero lo dicho se resuelve en diagnóstico y en un código personal de conducta. Lo otro: ¿Cómo acompañar a por lo menos sectores de la intelectualidad en el esfuerzo por escapar a la pendiente de envilecimiento que la sociedad venezolana le ofrece como única salida? La respuesta a esto, para nosotros, es el Agua Mansa. Por eso, sobre el debate que se convoca, adjunto unas breves notas del Agua Mansa.

En abril de 1974, cuando el país entero se rendía de éxtasis ante las espectaculares medidas económicas con las que Carlos Andrés Pérez iniciaba su mandato, La Causa R publicó un documento titulado "La Causa R ante la situación nacional y el desconcierto de la izquierda" (*El Nacional,* 1974). En ese momento, frente a una perspectiva paradisíaca contada por todos, sin excepción, nosotros hacíamos un análisis completamente distinto del asunto, advirtiendo que la fabulosa renta petrolera que comenzaba a ingresar al país iba a ser motivo de un deterioro galopante de la conciencia nacional, entre otras consecuencias nefastas en lo económico, político y social. Como es fácil recordar, aquellas ideas fueron recibidas con la más absoluta indiferencia por todos los sectores nacionales y consideradas, en privado, como apreciaciones alocadas y hasta

ridículas. Solo el viejo Pérez Alfonzo advirtió en el mismo sentido, él con mayores altavoces (por su renombre resultaba difícil ignorarlo), pero igualmente considerado (loco y ridículo). Hoy esas apreciaciones constituyen verdaderos lugares comunes del lenguaje nacional. Hoy todo el mundo, hasta los beneficiarios más evidentes del *boom* petrolero, se llenan la boca para hablar de la corrupción, la descomposición, los petrodólares, categorías que perdieron toda carga definitoria ante la creciente prostitución de su uso por toda clase de demagogos y oportunistas.

Lo anterior viene a cuento en la oportunidad de marcar un contexto que permita juzgar con precisión la conducta reciente de la inteligencia venezolana. Y viene a cuento porque el ejemplo permite conocer hasta qué punto ha operado esa descomposición del alma nacional, a la que alude Pedro Duno en su artículo sobre este mismo tema. Con los corrompidos denunciando la corrupción, ante la indolencia de todo el país, resulta difícil referirse al tema sin enrojecer, a no ser que la calidad de precursor de la idea le otorgue a uno autoridad para ello. Lo cierto es que la paradoja expresa un grado tal de fariseísmo, que no vacilamos en sospechar que la venezolana es una nacionalidad en desintegración. Queremos decir que la condición nacional, el respeto y la dignidad de los venezolanos por su propia existencia social, está amenazada gravemente por el deterioro creciente del país en todos los órdenes. Si ayer la indolencia del país, su frivolidad, el despilfarro del gobierno, los empresarios y la clase media, la despolitización y la banalidad, reinaron en virtud de un encandilador proyecto económico que virtualizó el bienestar, la abundancia, el progreso, hoy corremos el serio peligro de que todos aquellos males se afiancen en el alma nacional a pesar del derrumbe apoteósico de la ilusión. Si los viajes a Miami, las compras en Margarita, los Betamax, produjeron el venezolano arriba descrito, es probable que la liberación de precios, el desastre de los servicios, el pésimo gobierno de turno, el desempleo y todo lo que viene, no produzca un cambio positivo en ese tipo de

venezolano, sino que, por resignación, afiancen al que ya tenemos. Una suerte de remedo a la India, con su símil muy adecuado entre el retorno triunfal de la no muy descartable recuperación de CAP.

¿Y qué hay con esto y los intelectuales? Bueno, que los intelectuales sufren, "con vidrio de aumento", los efectos del país retratado. Cuando el pueblo se movilizó en procura de hacerse cargo de sí mismo, la inteligencia estuvo allí, acompañándolo, con no pocas bajas. Fueron los mentados sesenta, con su *Techo de la Ballena,* su *Pez Dorado, ¿Qué pasa en Venezuela?*, en *Letra Roja,* etc. Cuando el pueblo retrocedió, los intelectuales también lo hicieron, pero en mayor medida que el pueblo. La inteligencia abusó en su repliegue.

Agréguese a ese fracaso, como proyecto de transformación, los nombradísimos acontecimientos vinculados al sobreprecio petrolero y se tendrá la diáfana explicación de porqué la inteligencia venezolana ha tenido unos años recientes tan improductivos (intelectualmente hablando, claro está), tan frívolos, tan inconsecuentes y en muchos casos tan mercenarios y escindidos del digno pasado.

Hasta este punto del análisis (que de paso es ahora también un lugar común que antes solo pocos compartíamos) la inteligencia queda salvada. En fin de cuentas, su doma es la de todo el pueblo venezolano y si es mayor, es por la contextura un tanto débil del intelectual, y en buena medida porque los actos en este campo se ven amplificados por los reflectores y por el encuadre que la opinión pública les da. Si a ello se suma la estrepitosa cómica que a diario dan las opciones políticas establecidas, de derecha y de izquierda, sobre todo las de izquierda por aquello de que la inteligencia es más sensible a ese lado del debate social, nos encontramos con que nadie podría exigir a los intelectuales una solución de continuidad entre lo que se dice creer y los actos mismos. Es importante recordar en este momento que lo que define, en opinión nuestra, a la inteligencia es la elaboración de obra intelectual, artística, científica, literaria, crítica... y que la definición del compromiso se realiza en la obra más que en las palabras, creemos.

Los intelectuales quedarían libres de toda culpa si no fuera porque está entre sus responsabilidades la de contribuir a dar un

giro a la situación de descomposición, fariseísmo, entrega, despolitización y frivolidad que sufre el país. Si bien muchas veces, cuando el pueblo protagoniza su embestida por elevar su condición humana, la inteligencia solo acompaña como uno más, otras veces la exigencia es mayor. Cuando la ideología —llámese petróleo, Betamax, Miami o pobreza resignada— encandila hasta la ceguera al conjunto popular, alguien tiene que contribuir o despejar la ilusión. Y ese —¿cuál otro?— es el papel que le atribuimos a la inteligencia que queremos. Nada más ni nada menos que lo que nos exigimos a nosotros mismos.

Y hay más. Cuando existe el movimiento obrero siderúrgico a la cabeza de la clase trabajadora guayanesa; cuando existen apuntes de una lenta pero sostenida recuperación de sectores obreros en el centro (Caracas, Aragua, Carabobo); cuando, en fin, el país parece encaminarse hacia una situación de mayor movilización de la sociedad, cuyas consecuencias dependen con mucho de la presencia de fuerzas sociales y políticas de envergadura y calidades distintas a las actuales, no resulta pedante ni descabellada la convocatoria de los intelectuales para un proceso de inversión del estado de cosas. Convocatoria a la que es posible anexar, en el caso de *La Letra R* y La Casa del Agua Mansa, la pulcritud de una hoja de servicios que se verifica en cada una de las actuaciones de la Causa R y sus organizaciones locales y sectoriales.

La Casa del Agua Mansa está llamada a convertirse así en el lugar (o uno de los lugares) que garantice en buena parte la recuperación del movimiento intelectual. Sabemos que la calidad del movimiento intelectual no significa uniformidad de opiniones, de maneras de ver y hacer, ni de deposiciones. Por el contrario, pasa por la polémica y por el enfrentamiento creador. De esa polémica, de la conciencia y grado de conocimiento de nuestra realidad y de los sentimientos progresistas que el mundo intelectual hace suyos casi por definición en los momentos mejores, saldrán gran parte de los impulsos que hagan avanzar a esta sociedad en el sentido que debe ser.

En eso estamos. Tenemos enormes tareas por delante. Mientras tanto, para los intelectuales y para el pueblo en general, cada día que pasa el proyecto de La Casa del Agua Mansa está dejando de ser una simple posibilidad, para convertirse en una suma de hechos que conforman una realidad vigorosa.

Ni en las palabras ni en las cifras *

Ni medio valen las palabras. Las palabras públicas de la gente pública. No valen nada. Esa es ya una de las lecciones que nos ofrece la política venezolana. Quien la haya seguido con detenimiento, aquel que haya sido un cuidadoso lector de la prensa diaria o prestase cotidianamente atención a los diversos medios de comunicación, tendrá seguro un inmenso caudal de prejuicios, por no decir de juicios, contra el valor y la importancia de la palabra pública. Se ha visto que en el mundo político ella ha sido dotada del único objetivo de servir al inmediato interés del que la usa, al margen de toda consideración de sobrevivencia en el tiempo. Tal como envejece el periódico de ayer, lo hace igualmente, y sin remedio, la palabra política que no pretende trascender en absoluto a unos instantes. Es una flor de vida efímera, desinteresada por la memoria. Y ello ocurre, sin duda, porque su duración, aunque fuese corta, su sobrevivencia más allá del tiempo que a sí misma se destina revelaría la vaciedad que en esa palabra pública se encierra, la mentira que la alimenta, la iniquidad de la que con tanta frecuencia es cómplice y guardiana.

Ya forma parte de la cultura política, con expresión casi diaria, la renuncia cuyo verdadero objetivo es la continuidad; lo mismo

* *Diario de Caracas*. 27 de julio de 1982.

que la proposición que nace y se expresa bajo el íntimo convencimiento de que no va a ser aceptada; o al anuncio que anuncia lo que no va a ocurrir y que es casi un síntoma inequívoco de que ocurrirá. He aquí, sin embargo, que desasidos de la confianza en la palabra, al perder esta su valor real por ser usada tan a menudo para el engaño y la disculpa tramposa, nos aferrábamos por lo menos al mucho más objetivo valor y significado de las cifras y los índices: si la palabra fallaba, nos quedaban los números como elemento de mayor conexión con la realidad.

El desespero *

No van bien las cosas. No van bien las cosas del común, con unos gobernantes de segunda y con una oposición de tercera. Con una clase política que no solo es incapaz de enfrentar creativamente a los problemas políticos, administrativos, sociales, culturales y de todo tipo que el país tiene planteado, sino que carece de la voluntad para hacerlo. Reseñar esto parece abundar en un lugar común. Lo que creo un raro lugar es constatar el reciente carácter general del malestar: a un pueblo abrumado por el errático gobierno, se suma ahora un gobierno aturdido por su propia incompetencia. Vale la pena, entonces, detenerse en este universal desasosiego.

Lo que el pueblo en general ha tenido y tiene que aguantar habría bastado en una comunidad más impaciente, para hacerle sobrepasar los límites de la prudencia. Aquí, sin embargo, salvo casos aislados desfasados de la voluntad mayoritaria, el común de la gente –demócrata contra viento y gobierno– está demostrando que no le tumban fácilmente su esperanza de lograr una conducción más sensata y digna para los asuntos del Estado. De hecho, lo que este pueblo soporta cotidianamente sin perder la calma despeja cualquier duda que pudiera tenerse acerca de su capacidad de aguante. Innecesario enumerar las condiciones adversas

* *Diario de Caracas*. 27 de julio de 1982.

a las que se le somete. Es visible la desproporción entre las altas posibilidades que una sabia gestión hubiera aprovechado para invertir el signo de esas condiciones, y los miserables resultados que este gobierno está ofreciendo al país. Las exigencias que la misma realidad plantea como de solución posible e inmediata, se ven respondidas por decisiones y logros que, lejos de contribuir a despejar el camino de la necesidad, nos refieren a un futuro cada vez más incierto a través de un pésimo presente. Eso es así, tan cierto como la resistencia del pueblo a perder la fe en la posibilidad de una acción efectiva, que sepa corregir los desastres del manejo de las cuestiones públicas sin tener que recurrir a vías que traspasen los límites de la Constitución y de las buenas maneras. En el conjunto de la ideología democrática, ese es, por cierto, el aspecto que más hondas raíces tiene y más afianzado está en la conciencia ciudadana: el de la confianza en que por las vías pautadas puede darse un vuelco a una situación ingrata; que es cuestión de esperar el momento en que la garantía democrática, basada en la elección periódica, permita desprenderse de un gobierno particularmente infeliz, y asume como propia la sentencia de Kafka, que califica a la impaciencia como el pecado original del cual se derivan los demás. Para decirlo en el lenguaje de la calle, se hace evidente que este pueblo no cae en provocaciones, no cae en las provocaciones de su gobierno ni tampoco, ampliando un poco más el radio de responsabilidad, en las de la clase política en general.

No hay duda. El pueblo es paciente y confiado. Con razón o sin ella se siente dueño de los mecanismos de respuesta establecidos y confía en la capacidad de utilizarlos adecuadamente. Es empujado hasta el borde del desespero, mas no se desespera; conserva la cabeza despejada para estar atento al diseño del porvenir sin caer en provocaciones.

Pero ahora que una relativa escasez convoca a la seriedad que no se tuvo en la abundancia, ahora, cuando ocultas podredumbres salen a la luz y cuando la realidad petrolera revela que la firmeza y el piadoso paternalismo eran solo fanfarronería; ahora, en fin, que el malestar alcanza también al gobierno, hay derecho sin duda a

preguntarse si este va a tener la misma capacidad de aguante frente al desespero, si va a corresponder a la lección que el pueblo ha dado. Cabría preguntarse si, además de todos sus errores, el gobierno sería capaz, ahora, de desesperarse, impacientarse y tirar palos de ciego en un vano pero peligroso invento de disimular su propio y auténtico fracaso. Es para preocuparse. Acabamos de ver cómo el gobierno argentino embarró una reivindicación histórica porque, a la desesperada, la concibió como el pretexto para una operación de diversión. Hablando de gobiernos desesperados, cabría esperar que al nuestro no le diese por inventar algún tipo de juego, grande o chiquito, con la misma intención de desviar la atención. Porque hasta ahora, la irreflexión ha sido cultivada sobre todo en el uso de una cuantiosa renta. Sería triste cosa, y peligrosa por cierto, que faltando el dinero la irreflexión busque nuevos espacios.

DISCURSOS

Texto del discurso de Alfredo Maneiro en la presentación de la candidatura de Jorge Olavarría*

Si alguien tratara de entender y de describir la Edad Media, tendría que reseñar a Santo Tomás de Aquino, a la música gregoriana, el libro de *La Monarquía*, la majestuosa estructura del Sacro Imperio Romano, germánico y del Papado; pero si alguien asumiera la tarea de descubrir en la Edad Media los gérmenes de la tempestad renacentista, tendría que separar todo lo visible y ahondando en la indagación descubrir las aldeas perdidas del norte de Italia, de Florencia, de Milán. Y si alguien quisiera describir a los Estados Unidos en 1850, tendría que describir las polémicas a menudo majestuosas dentro de los partidos del momento; pero si alguien quisiera en ese país descubrir los gérmenes de su atlética democracia, tendría que buscar en un oscuro abogado de provincia, en Lincoln, en un mártir desconocido, en John Brown. Si alguien quisiera describir la Francia de 1770, tendría que describir a la Corte de Luis XVI, las intrigas palaciegas, Necker, las maniobras financieras; pero si alguien quisiera en esa Francia descubrir los gérmenes del futuro inmediato, tendría que buscar, indagar en ese oscuro abogado, a Arras, en un médico de barrio de París, en lecturas multicopias muy reducidas.

* Parque Central. Agosto de 1982.

Si alguien quiere describir esta situación, que se fije en un gabinete que se decida un día a prohibir los vidrios ahumados; si alguien quiere describir esta situación, que se fije en un gabinete que diga un día a eliminar, sin definición del término, la importación de pornografía. Pero si alguien quiere descubrir los gérmenes del futuro, tendrá que buscar las bacterias que están a mil metros debajo de la tierra. Después de todo, las gotas de agua que están en la cumbre de la ola, no son las que estaban en la cumbre de la ola precedente, sino en el seno que la separaba.

Parece una ley de la historia que los futuros se anuncian de mala manera y que solamente una investigación con profundidad, por debajo de la apariencia, puede descubrir los gérmenes del futuro.

Quién iba a decir un mes antes de la muerte de Franco que los nuevos protagonistas de la política española iban a ser Suárez, Fraga, González. Quién iba a decir un año antes de cualquier gran conmoción que los protagonistas de las mismas iban a ser los oscuros agentes sepultados en el inmediato pasado.

Es necesario, entonces, abreviar nuestro optimismo de esta ley de la historia. No es un desarrollo gradual, no es un desarrollo que poco a poco va entrando en la escena, es una abrupta eclosión de lo que está oculto, lo que marca los grandes virajes. Si alguien quiere descubrir la Venezuela de hoy, no tendrá otro remedio que hablar de la zona franca de Margarita, del multimillonario juego del 5 y 6, del hambre que asola por millones a nuestro pueblo, de gabinete, de las primeras páginas de la prensa dedicadas a asuntos tanto más banales con tanto más centimetraje. Tendrá que dedicarse a la apariencia.

Si alguien quiere descubrir en esta apariencia los gérmenes de una Venezuela posible, distinta y futura, tendrá que apartarla y buscar debajo. Siempre ha sido así, siempre ha sido cierto que la hora más negra de la noche es la que precede a la aurora. En esta aparentemente débil situación actual, pero que oculta tal tendencia a una Venezuela posible, allí abrevamos nuestro optimismo. Sobre todo cuando vemos cómo se intenta, por ejemplo, la reforma de las instituciones del Estado, convenciendo previamente y de manera

cuidadosa a los afectados por estas reformas. Tenemos que desconfiar de esos cruzados que van a Tierra Santa montados en la grupa del caballo saladito, de esa gente que abotona el florete y hace digerible su reforma, de esos tardíos alumnos de Lampedusa.

Olavarría ha hablado descarnadamente al pleno. Cuando se pronuncia contra el crecimiento masivo, es porque implícitamente afirma que tenemos que convocar a los mejores y que por la situación nacional los mejores son pocos, son escasos; hay que descubrirlos así como le pedimos a Venezuela que descubra nuestra existencia, estamos obligados a descubrir en la existencia de Venezuela los agentes del cambio futuro, y así serán las cosas. No de mal a regular, ni de regular a bien y de bien a mejor, sino de mal, muy mal a muy mejor, abrupta y rápidamente.

Los hitos de la historia son de lenta, difícil y laboriosa preparación, pero de rápida y explosiva ejecución. Estamos ahora en el período de la preparación, pero estamos seguros que nos esperan tiempos mejores.

Olavarría ha hecho mención a la Revolución francesa y a la izquierda y a la derecha. Desde luego, no vamos a corregir en absoluto lo dicho por él porque estamos de acuerdo, vamos simplemente a llamar la atención sobre lo siguiente: en un sentido, Olavarría es un signo reciente de los tiempos y, ¿cuál es la naturaleza de ellos? Durante decenios en el siglo xx, el viejo sueño milenario de los hombres de lograr una sociedad con un esquema de relaciones humanas distinta, porque la revolución no es solo un bistec en cada mesa, ni mucho menos un televisor en cada cuarto y en absoluto un carro en cada puerta; la revolución es sobre todo un cambio en las relaciones humanas, un cambio en la forma de relacionarse los hombres entre sí y arreglar de una cierta manera sus relaciones con la naturaleza.

Cuando Olavarría hablaba sobre eso, de la Revolución francesa, nos vino a la cabeza que en el siglo xx ese sueño milenario, ese sueño eterno de los hombres de lograr un lugar habitable, donde valga la pena morir por él, ese sueño milenario de los hombres se encontró en el siglo xx con que tenía causa habientes, tenía

capitanes notariados, estaban los hombres que habían conseguido una licencia, que sabe Dios en qué parte, para ser los capitanes del cambio posible. Se trata de una izquierda que usurpa el derecho a monopolizar las posibilidades del cambio social y que al usurparlo, solo al usurparlo, al intentar monopolizarlo ya lo debilita y pervierte. Por otra parte, no tiene nada que ver con la izquierda a que se refería Olavarría, a la izquierda de la Revolución francesa, como no tiene nada que ver Aristóteles Onassis con su tocayo de hace 2.500 años.

Esta izquierda, en Venezuela y en el mundo, notarió su derecho a capitanear, encabezar, monopolizar y a hacer solo suyo el derecho a diseñar una sociedad distinta.

Ese esquema que durante decenios aturdió al mundo, una izquierda notariada, perfilada, con requisitos de ingresos, con capítulos de comunión etc., ese esquema que durante decenios aturdió al siglo, hizo crisis en la década del ´60 y, a despecho de las previsiones de la izquierda, a contrapecho de su dirección, surgió el Tlatelolco mexicano, la rebelión de los campus en EE.UU., y los Walts de California, el Mayo Francés, la Revolución Cultural China, en fin, una serie de movimientos en una marca generacional engañosa, pero que por lo menos le dieron una contribución al mundo, la ruptura de los esquemas prefijados, la ruptura de la legalidad revolucionaria. A partir de ese momento, de no importa dónde saltaría la liebre, de no importa dónde el mundo conocería las esperanzas de su renovación, así quién podría afirmar hace cinco años que iba a ser Olavarría, que iba a hacer *Resumen*; pero si no venía a las filas consagradas para esa tarea, si no estaba escrito en ninguna notaría, si no tenía ni siquiera el carnet del CNP. De cualquier parte, es absolutamente obligatorio hoy tener un radar muy dispuesto para percibir en el mundo entero dónde están las esperanzas de la renovación, y la mejor forma de que este radar funcione es buscar en todas partes, menos en aquella parte que notarió el monopolio de la milenaria aspiración de una sociedad distinta, menos allí, en cualquier otro lugar hay posibilidades de cambio. Se trata, como decía Olavarría, de que la izquierda y la derecha histórica fueron una

forma de dilematizar una sociedad que tenía un dilema sustancial que resolver, que estaba decidiendo el diseño futuro; pero además de esa connotación especial que tienen los términos de izquierda y de derecha aplicados a la historia, está el hecho real de que en el siglo xx y durante decenios la posibilidad de cambio se notarió, se esquematizó, se clasificó, y por eso mismo se anuló, y al margen de esos esquemas está la única posibilidad de cambio que a nivel mundial y nacional podemos esperar. En Venezuela, por otra parte, en lugar de izquierdas y de derechas lo que hay es centro izquierda y centro derecha que se tocan en una realidad pastosa en el medio, donde diferenciar es tarea de químicos de altura. Tarea casi imposible diferenciar unos de otros, allí entremezclados, amamantados por la misma teta presupuestaria, usufructuarios del mismo régimen de privilegiados, ejerciendo el mismo sistema de abusos.

Entonces, Olavarría es un signo de los tiempos. Quien espere una Europa regenerada, que se olvide de su apariencia actual y detecte, busque por debajo de lo visible los Roger Bacon, los Lincoln, los agentes del futuro, los instrumentos de la historia. Instrumentos de la historia que tienen una característica común: que hacia ellos no se dirige el reflector de la atención. Los verdaderos protagonistas del cambio no han salido a escena. En los términos en que está planteada la política venezolana no hay posibilidad de cambio ni nada puede generarse, solamente al margen de esos esquemas se consigue algún aliento de esperanza.

Es curioso un movimiento que convoca al optimismo no en nombre de lo que es, sino en nombre de lo que no es; es curioso un movimiento que es optimista del ideal y pesimista de la realidad, absolutamente pesimista de la realidad; esta realidad tal y como está escrita, tal y como está manejada no amenaza con ningún futuro mejor, es un pésimo presente, es un futuro incierto el que este presente puede generar. El optimismo está todo anclado en la posibilidad de que Venezuela no sea una excepción a una historia que ha enseñado que sus cambios no se anuncian previamente, que la víspera del triunfo estaremos bajo tierra, que la hora previa a la

alborada estaremos a la oscuridad, etc., y ese es nuestro optimismo, nuestro optimismo no exhibe cifras actuales.

Finalmente sobre la descripción de la Venezuela que hay que cambiar hay una frase que, desde luego, es de una nostalgia decadente y ciertamente ridícula, es una frase que a menudo se usa como un capítulo más de la cursilería retórica, pero que en nuestro país, por desgracia, es una verdad absoluta; aquí en Venezuela todo tiempo pasado fue mejor.

En Venezuela, vean ustedes, ahora es que se habla de bono alimenticio. En Caracas había hace quince años doce comedores populares, quedan cuatro; en Caracas había hace diez años sesenta cines de barrio, queda uno; en Caracas, Venezuela recibió en Maiquetía a los Campeones de la Serie Mundial de Béisbol del 41, más nunca ha recibido otro con igual título. Las marcas panamericanas bajarán las marcas nacionales. Aquí en este país es de una nostálgica y decadente ridiculez, aquí en este país es cierto y veraz que todo tiempo pasado fue mejor.

La tarea, entonces, es no solo conquistar una Venezuela distinta y posible, no solo eso, es más aún, ni siquiera se trata de progresar; con retroceder bastaría, ya sería suficiente que retrocediéramos, que retrocediéramos al momento en que el ministerio del ramo pensaba en el solaz de los trabajadores, en términos que producían la colonia vacacional Los Caracas, o en el hambre del pueblo en términos que construía comedores populares, o en términos como cuando había policía de punto. Venezuela está en una situación tan pero tan mala, que para mejorar cambiaría el progreso posible por un retroceso determinado; si con regresar bastaba, y todo ello en lugar de esta pobre democracia, esta infeliz democracia, donde las reformas convocan para ser posibles, a los que van a ser reformados; esta infeliz democracia donde el Congreso somete a periódico estudio la realidad del país, evitando que el país se asome a la realidad del Congreso.

Bueno de eso se trata, Olavarría es un excelente capitán para esta empresa. No está contaminado por aquel tipo de connotaciones políticas que hacen poco creíbles a los políticos de oficio

de la actualidad. Olavarría ha sido el campeón de causas perdidas, el campeón de Manuel Malaver en su enfrentamiento con el CNP, el campeón de Suttis en su enfrentamiento con la CTV, el campeón de las realidades comunales en su enfrentamiento con la estructura viciada del Concejo Municipal. Está particularmente bien dotado para esta empresa; similares a él hay ahora en el mundo entero, ahora que todos aquellos títulos notariados de revolucionarios han hecho aguas, ahora que el esquema izquierda y derecha revela su condición conservadora por todas partes y tiende a ocultar la verdadera divisoria entre un país de doscientos mil venezolanos con uniforme y sin él, dueños del privilegio y agentes del abuso, y doce millones de compatriotas que ni tienen privilegios ni lo solicitan y que sufren cotidianamente el abuso.

La verdadera divisoria venezolana entre una pequeña Venezuela, una pequeña Venezuela de decenas de miles de usufructuadores de la riqueza petrolera, y una gran Venezuela de millones que ni siquiera se han enterado de su existencia. Esa verdadera divisoria tiende a ser ocultada con la divisoria artificial, mal heredada de un pasado glorioso, entre izquierdas y derechas.

Ahora estamos en esta situación. La tarea es sumamente difícil, sumamente complicada y por eso mismo es estimulante y atractiva, no va a ser una tarea fácil. Ya Olavarría advertía contra los peligros de dejarse seducir por un crecimiento masivo, millonario en gentes y recursos y llamaba a la ímproba tarea de convocar a los mejores; con el agravante de que son difíciles de descubrir, que están aplastados por la realidad actual, de que hay que buscarlos por debajo de lo evidente, buscar un movimiento comunal en Catia, un dirigente sindical en Guacara, es una tarea casi, casi de detección de metales raros.

Por otra parte, para la Causa R la candidatura de Olavarría es la posibilidad largo tiempo buscada, de redimensionar su presencia en el panorama político nacional, significa un compromiso muy particular para los hombres aquí reunidos y para aquellos hombres representados por ellos, un compromiso muy particular. Va a ser un

compromiso de pelea, la lucha es inevitable. Pero la lucha es la ley de la vida de la Causa R.

Muchas gracias al Dr. Olavarría, por su presencia en esta reunión.

Epílogo

Amigos y compañeros:

Los promotores de esta reunión realizada, como un homenaje y un tributo a la memoria de Alfredo Maneiro al cumplirse un año de su muerte, me han pedido decir unas palabras aquí esta noche, y me han colocado en un aprieto. Lo hicieron pensando quizás que debido a que durante dieciséis años ininterrumpidos y luego, con menor permanencia, durante los últimos cuatro o cinco años estuve acompañando a Alfredo en la lucha por conquistar lo que él a menudo solía llamar "el sueño del hombre".

Sin embargo, para mí no es fácil. Ustedes conocen lo complicado que resulta escoger aquellos aspectos a destacar de esa vida tan extraordinariamente fuera de toda serie, conociendo además que en relación a Alfredo los esquemas acerca de cómo pensaba, se quiebran. Quijote con aspecto de Sancho le escuché decir de él a uno de sus enemigos políticos. Resulta, por ejemplo, difícil de imaginar, incluso por aquellos que le conocimos de cerca, que Alfredo pudiera sacar a relucir un valor personal poco común en circunstancias en que tuvo que hacerlo. Por supuesto, me refiero a ese tipo de valentía que significa enfrentar con coraje una situación imprevista y sorpresiva que pone en peligro la integridad física y hasta la vida. Vimos a Alfredo en algunas oportunidades derrochar esa valentía temeraria, sin espavientos y sin alardes y sin haberlo

referido posteriormente siquiera a sus amigos o compañeros. Entonces decidí anunciar algunas reflexiones acerca de cuestiones que no sé si Alfredo consideraría importantes, pero que en todo caso me parecen vigentes por el tiempo en que vivimos.

La acción política de Alfredo Maneiro estuvo comandada por la idea de que resulta inútil cualquier esfuerzo revolucionario sin pasar inevitablemente por la alcabala que supone la construcción de una organización de revolucionarios, totalmente diferente a las que asumieron o asumen ese papel en este país; y por qué no decirlo: una organización que aún no es plenamente la Causa R, pero que aspiramos e intentamos que sea.

Una organización que aprenda a nadar en aguas mansas, pero que también sepa navegar en aguas turbulentas sin perder el rumbo; que domine cabalmente el arte de hacer de los caminos zigzagueantes las rutas más directas pero sin perder la dirección, con una confianza casi sin límites entre sus hombres principales y no le tema a la lucha, ni a las dificultades, ni a las audacias necesarias.

La evidencia de que lograr esta organización no es fácil es que un cerebro privilegiado como el de Alfredo, impregnado de convicciones tan firmes como las que sustentó; porque Alfredo, aunque decía no creer en los principios —al referirse a los dogmas que como tales se le etiquetan a los revolucionarios—, era un hombre de principios; y este hombre, a pesar de haberse dedicado con ahínco a resolver el problema —que yo recuerde desde 1968 hasta su muerte—, no pudo culminar esa tarea, dejándola en las manos de los que creemos por sus enseñanzas lo mismo. Por eso ahora las cosas son más difíciles y requieren un esfuerzo mayor. Si alguna cosa debemos recordar de Alfredo, es que en Venezuela no habrá victoria fácil de las fuerzas que pugnan por cambiar la sociedad.

Pienso que la tragedia de Alfredo, si es que podemos llamarla así, fue la de ser un hombre que se situaba siempre en el futuro del tiempo que le tocaba vivir y creo que estuvo condenado a no conocer la tranquilidad de sentirse satisfecho. Las murmuraciones contra las situaciones adversas insuperables de momento que vive el país hacían que Alfredo a veces casi maldijese, pero tenían que

ver mucho con esa personalidad que nunca se conformó con lo presente; sin embargo, es casi proverbial cómo ese pesimismo razonado le servía de argumentación para vislumbrar con optimismo las posibilidades futuras. Y siempre iba a ser así, hasta donde le alcanzase la vida, porque estamos convencidos que de haberse logrado la utopía, establecida esta, Alfredo hubiese inventado una nueva para aventurarse en ella como alguna vez nos dijo: "El límite que lo pongan ellos, nosotros estaremos siempre luchando para colocarnos más allá de la barrera que ellos establezcan".

Creo, además, que el hilo conductor de la vida de Alfredo Maneiro fue el ser un subversivo contra el orden y contra el desorden existente, y a ello dedicó su pensamiento, al que jamás consideró separado de la acción.

Si lo recordamos por eso y actuamos en consecuencia, todo lo que le dedicó a la causa no fue inútil.

Índice

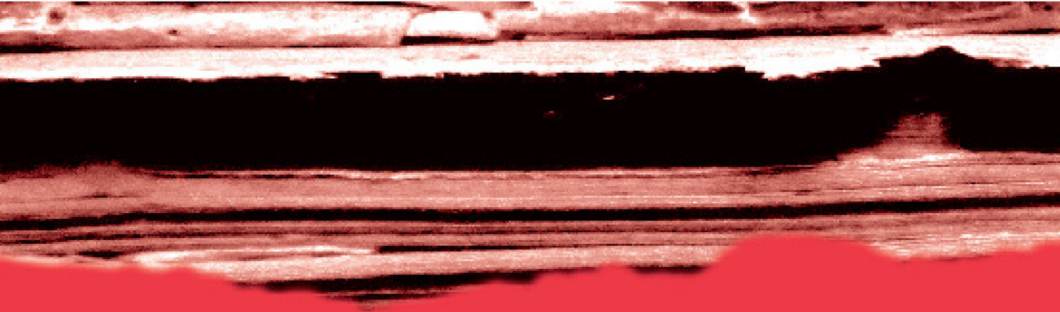
NOTAS NEGATIVAS

ENTREVISTAS

ARTÍCULOS DE PRENSA Y PUBLICACIONES PERIÓDICAS

DISCURSOS

Edición digital
enero de 2018
Caracas, Venezuela



NOTAS
POLÍTICAS

Como intelectual, Alfredo Maneiro, intentó vincular la teoría con la praxis revolucionaria. Como una de las figuras más destacadas de la historia política contemporánea del país dejó muchos escritos sueltos, entrevistas, artículos de opinión y discursos, algunos de los cuales recopilamos en este libro.
La presente selección es apenas una muestra de su extensa obra, la cual abarca temas fundamentales sobre teoría y la filosofía política orientada a la praxis. La eficacia política y calidad revolucionaria de los partidos que aspiran a la transformación de la sociedad; la cuestión de la vanguardia y el liderazgo, y el papel del intelectual y su responsabilidad política son algunos de los temas tratados en los documentos aquí reunidos. En la actualidad su legado adquiere una extraordinaria vigencia y se convierte en herramienta imprescindible para entender y fortalecer el proceso revolucionario venezolano.

ALFREDO MANEIRO (1937 - 1982)

Político e intelectual revolucionario. En su adolescencia ingresó en la Juventud Comunista, incorporándose a la lucha política contra el gobierno de Marcos Pérez Jiménez. En 1962 participo en el Frente Guerrillero Manuel Ponte Rodríguez en el oriente del país, asumiendo su jefatura con el nombre de Comandante Tomás. Tras la derrota de la lucha armada participó activamente en la disidencia dentro del PCV, la cual culminó con la división del partido en 1970. En 1972 se incorporó a la Universidad Central de Venezuela donde inició estudios de filosofía, obteniendo la licenciatura en 1977. Fundó el partido Causa R. Fue un intelectual orgánico e ideólogo de las luchas populares, destacando su participación en el sindicato SUTISS de los trabajadores de la Siderúrgica del Orinoco (SIDOR), en Ciudad Guayana, y el movimiento Pro-Catia en el oeste de Caracas.

Gobierno Bolivariano de Venezuela
Ministerio del Poder Popular para la Cultura

9 789801 431374